Arturo Reynal O'Connor

Doctor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Capital Federal, ex-Catedrático de Literatura del Colejio Nacional de Buenos Aires y de Derecho Internacional Marítimo de la Escuela Naval de la Nacion, Miembro Honorario de Sociedades Científicas y Literarias nacionales y extranjeras, etc., etc.

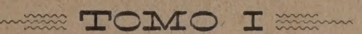


Mi Año Literario

(PUBLICACION ANUAL)

1903

POLITICA, CIENCIAS, ARTES, DERECHO, JURISPRUDENCIA, LEGISLACION, HISTORIA NACIONAL, COLONIZACION, VIAJES, DESCRIPCIONES, CUADROS, CRITICA LITERARIA, BIOGRAFIA, RECTIFICACIONES HISTÓRICAS, VINDICACIONES, PERFILES, PARALELOS, PENSAMIENTOS, ETC.. ETC.



TOMO I

PRECIO 1 $

BUENOS AIRES

Establecimiento Poligráfico, *Marquez, Zaragoza y Cia*, Bolivar 360

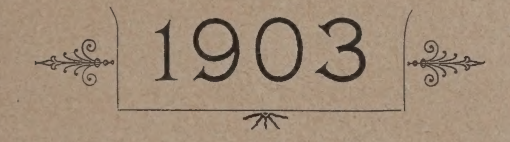
1903

Arturo Reynal O'Connor

Doctor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Capital Federal, ex-Catedrático de Literatura del Colejio Nacional de Buenos Aires y de Derecho Internacional Marítimo de la Escuela Naval de la Nacion Miembro Honorario de Sociedades Científicas y Literarias nacionales y extranjeras, etc., etc.

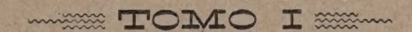
MI AÑO LITERARIO

(PUBLICACION ANUAL)



POLITICA, CIENCIAS, ARTES, DERECHO, JURISPRUDENCIA, LEGISLACION, HISTORIA NACIONAL, COLONIZACION, VIAJES, DESCRIPCIONES, CUADROS, CRITICA LITERARIA, BIOGRAFIA, RECTIFICACIONES HISTÓRICAS, VINDICACIONES, PERFILES, PARALELOS, PENSAMIENTOS, ETC.. ETC.





BUENOS AIRES

1903

Al Señor Dr.

Luis Berisso.

Recuerdo de la más alta considera-ción y aprecio al compatriota dis-tinguido é ilustrado escritor.

[illegible]

Bs. As. Julio 15/902

El autor.

330.982
M58
v.1

Prefacio

Opositor intransijente de la política industrial y entregado desde hace muchos años á mi profesion y al cuidado de mis intereses, creí que en nada mejor que en escribir podía ocupar mis horas de descanso.

Sea cual fuere el valor del producto, no lo inspiró la vanidad literaria,—que, al fin y al cabo, sería la más legítima de las vanidades,—sino sustraer el alma al espectáculo de la cosa pública y olvidar los agravios á los principios y las ideas. Soy un romano del siglo de Augusto, que busca en vano el Forum, ó un espíritu sajon que no comprende la vida sin el *self government* y sin las libertades personales amparadas por la conciencia de la seguridad y una extricta justicia.

¡Los dolores de la patria! ¿Quién los conoce en esta época! Son el gran infortunio de la vida y entrañan hasta la maldicion del destino............al verla explotada............, sin poder sacrificarse un solo instante por su libertad,—y con ideas distintas sobre nacionalidad, vivo más en el pasado que en el porvenir. ¡Qué me importa del destino de las inmigraciones inferiores que no han llegado aun! Son las que nos han desnacionalizado y arrebatado la patria, sustituyendo nuestra civilizacion propia por una espúrea, preñada de vicios! Prefiero el Buenos Aires de los 300.000 habitantes,—y sin vínculos con las inmigraciones que nos atrasan todavía, veo la patria en la Recoleta, porque ella es la raza, que produce, por la homogeneidad de la sangre, la familia, el alma y el carácter nacionales. No extrañeis, lector, mi franqueza en estos tiempos de falsía; necesito, ante todo, que conozcais la filiacion de mis ideas, para ser comprendido.

"Sublime es la política en los pueblos libres; inglés, sería un burgués feliz al ver la patria soberana, amada y respetada. Nada es pisar el barro,—¡pero no ser eficiente sino para sí mismo!" Así me dije, por último,—y dando un portazo, á riesgo de romper los vidrios, me encerré en mi biblioteca. Aunque la literatura tambien es patria, ni por las mientes se me ha pasado contribuir á engrosar las letras nacionales. Mis escritos son subjetivos; nacidos del alma y para el alma, descargada, bien podría,—habiendo cumplido su fin,—echarlos á la hoguera, si no creyera que hay millares de ciudadanos tan desgraciados como yo, que, al leerlos, sus corazones palpitarán al unísono del mio y con tanta fruicion como la que sentí al escribirlos. ¡Relámpagos en la noche del dolor! Nada más; pero es tan dulce la expansion, tan agradable la armonía espiritual, que constituyen al fin el único consuelo, y ¿por qué no decirlo!, — para evitar que el pobre pecho, devorado por la pena, se destroze en la soledad.

No desconozco que el pensamiento es el goce supremo. El que piensa, asciende á una cumbre iluminada...... Brota la chispa espiritual,—el alma se diviniza y presiente su inmortalidad,—y con todo de haberme hecho soportables las horas concientes, iluminándolas con sus sublimes fruiciones, juro que placer tan subjetivo no me estimuló nunca tampoco. No es que sea un hijo del dolor, sino porque el placer es siempre egoista, y ¡Dios lo sabe!, no hay en mi idealismo sino altruismo, que se pierde en el océano infinito de la abnegacion y el sacrificio. Solo así comprendo el destino del alma, regida por el pensamiento. Me direis que la vida es demasiado corta y triste para tanto olvido personal. Os responderé: el hombre pertenece á la sociedad; nada vale la existencia sin ideas, y si la palabra se apaga en el vacío, vendrán ótros y ótros, y teneis realizada la inmortalidad de las ideas, en que funda la humanidad su regeneracion moral. ¡Allá vamos tódos como olas! No nos cansemos.....

Escribí porque creí y me desengañé, alentado siempre por tan pálida esperanza. La literatura fué, para mí, un refujio, y en el suave ó febriciente proceso intelectual, hallé el mejor consuelo. Pertenezco á una generacion literaria (1), y no habré hecho sino seguir sus nobles tradiciones. ¿He escrito

---

(1) Isidoro Peralta Iramain, en *El Estudiante;* Cárlos Molina Arrotea, Fernando Centeno, Alejo Aveleyra y Miguel Laurencena, en *La Nueva Generacion;* Máximo Lopez Torres, Jorge M. Mitre, Alberto Diana, Enrique S. Quintana, Adolfo Lamarque, Martin Coronado, Mariano Marcó, Luis B. Tamini, Manuel F. Mantilla, Federico Cuñado, Juan R. Serú, Estanislao S. Zeballos, Domingo del Campo, Adolfo Calle, etc., etc., en el *Estímulo Científico y Literario,*—y Alberto Palomeque, Juan Carballido. Oscar Liliedal, Severo Gomez, Adolfo Decoud' Daniel Escalada, Florencio del Mármol, Adolfo P. Carranza, Cárlos Vega Belgrano, Rafael Obligado, etc., etc. en la amistad y vida literaria.

mucho en tantos años? Baste decir que, además de varios estudios jurídicos y literarios (1), poseo una cantidad de elucubraciones sobre las varias materias de la carátula como para seis volúmenes de este formato. Publicarlos á la vez, sería sencillamente una grosería, y como hay que correjirlos, daré á luz, mientras confecciono otros trabajos, uno anualmente. Debiendo reunirlos todos bajo un título comun, adopté, despues de muchas vacilaciones, el presente, por no agotar los de *Mosaicos*, *Misceláneas*, *Ocasos*, etc. etc., elejidos ya por ótros; diréIo con franqueza, porque al lector debe decírsele todo: chocábame el *Mi*, y, al fin, decidíme, á mi pesar, á aceptarlo, porque creo que ninguno expresa mejor la sicología de una coleccion literaria, y veráse despues que no soy pedante. Ahí vá el primer tomo, muy poco variado por dar cabida al extenso trabajo *Por las colonias*.

Producido un libro, y expuesto al comercio, pasa á ser una mercadería cualquiera, rejida por las leyes comerciales, y quien lo compra, tiene, como en el teatro, el derecho de silbar ó aplaudir. No reclamo,—como los escolásticos,—benevolencia, porque sé lo que digo,—y sin desafiar la opinion, me ofrezco como la primera víctima de la crítica, si, con mi inmolacion, contribuyo á crearla, para sacarla del sistema mendicante de cartas de recomendacion. Me obligan mis ideas literarias, reguladas igualmente por el patriotismo, porque la literatura, como producto orgánico del pueblo, es manifestacion de la nacionalidad y parte integrante de la patria. Me consideraré, sin embargo, muy honrado, si en un país, donde ya se produce tanto y bastante bueno, me incorporo, con mis esfuerzos, á la literatura nacional.

¡Allá va todo: ensueños, esperanzas, risas, carcajadas y lágrimas, porque todo ello es la vida! Bueno ó malo, expresa, contra tanta mentira, la verdad, tal cual la pensé ó sentí, sin inspirarme en las vanidades mundanales. ¡Atrás fantasías, que, en el fondo, no son sino preocupaciones, aberraciones y falsedades! Hojas caídas del cerebro, nada me importa, desahogada el alma, de su suerte. Si las hallas en tu camino, no las pises, lector: quizá te consuelen de los mismos dolores que las desgajaron, y despues arrójalas á las ráfagas del tiempo, para que se pierdan en el abismo de la nada. ¡Silencio......hasta la tumba, hasta la eternidad! La humanidad es Dios. Contra sus fatalidades, fé profunda en el destino, y contra la

---

(1) *Introduccion al Estudio del Derecho Internacional Marítimo* (2a Edicion), *Tomás Chatterton* (Estudio Sicolójico y Crítico),—Estudio de crítica literaria sobre nuestros antiguos poetas: José M de Labarden, Maziel, Miralla, Luca, Rodriguez. Rivarola, Lafinur, Rojas, Castañeda, etc., etc.,—dos romances: *El Resucitado* (Episodio de la Fiebre Amarilla de 1871), *El Monumento*, etc., etc.

mentira, hipocrecía y vanidad de la degeneracion humana, verdad, sinceridad y lástima.

Yo traigo, sin pretensiones inmediatas ni ulteriores, mi grano de arena á esta literatura sana, libre, que se inspira en la buena y vieja verdad y que abre al lector el alma entera con su estilo sincero. En la literatura, abunda tambien la mentira. ¿Quereís nada más falso que *El estilo es el hombre*? Todos los escritores se parecen, porque el arte, con sus reglas absolutas, los acerca y confunde, y aparecen idealistas, superiores, cuando al mismo génio lo acompañan degeneraciones morales y monstruosidades. No debe haber más que un estilo: el del lenguaje hablado, y el escritor debe trasladarlo, sin incorrecciones, al papel,—como quien se cepilla el traje para salir decentemente á la calle,—nada más,—para que úno sea úno mismo. Lo contrario, es ser cópia de ótros. Es un honor, indudablemente, parecerse á un autor conocido, pero es mejor que el estilo sea espejo. Yo aquí soy yo, con todas los rasgos y defectos característicos. Solo así la literatura puede ser variada y enriquecida por el personalismo, que vale muchas veces tanto como la originalidad. En primer lugar, nada del hipocrita *nosotros*; *yo*, modestamente y sin pretensiones, con tristeza, por la publicidad,—sériamente por la responsabilidad,—sencillez y naturalidad, y despues, sangre del alma: exclamaciones, suspiros, raptos, trances, rayas en la luz, latigazos de relámpago en la tiniebla, rasgos y palabras, como que manan verdaderamente de las entrañas. En cuanto á las ideas y sentimientos, la verdad, la verdad siempre, tal cual se concibieron y pensaron, para que las pájinas sean ráfagas inmarcesibles del alma, y el lector, por analojía, desarrolle su idiosincracia, hablando y discutiendo con el autor y consigo mismo. En cuanto á la palabra, no la concibo hueca, y más poderosa que la pólvora, lanza el pensamiento al traves de los siglos...... ¡Ah, pero solo es inmortal por la verdad ......!

Solo la meditacion puede iluminar esta vida tan oscura. La planta vive, el bruto siente, y el hombre piensa. ¡Paso á las ideas libres! El destino de la intelijencia es la verdad,—y sólo es bello lo que es verdadero.

Carta Abierta
A LA JUVENTUD ARGENTINA

I

AMADOS COMPATRIOTAS:

En ejecucion del programa de la carátula de este libro. que incluye, en primera línea, la Política, paso á tratarla, elijiendo por tema lo más interesante para el lector patriota: la situacion general del país,—porque dados los múltiples y valiosos intereses comprometidos, juégase hasta el destino de la patria,—sí, de eso que no es una abstraccion, ni una farsa, sino la entidad más respetable del universo, por significar raza, nacionalidad, historia, gobierno, leyes, instituciones, costumbres, usos, lengua, relijion, filosofía, tradiciones, hogar, familia y cuanto hay de caro para la humanidad. Perdonadme, lector, estos recuerdos elementales, porque, si no se ignoran, parece que se han olvidado por completo, á punto de convertirse en mofa,—y si encaramos este estudio, es para contribuir á despertar el patriotismo y el respeto á los principios y las ideas, destruyendo la vasta y profunda mistificacion que pesa como una niebla sobre los sucesos y las cosas.

Tódos no juzgan la situacion de la misma manera; únos, creyendo que la política sea un medio justo de vivir, miran el proceso al traves de sus intereses personales, y ótros los desfiguran desde la oposicion por la pasion, como si los viesen de la vereda del sol. La política,—esa region serena de los principios y las ideas,—háse convertido

en un campo de batalla, por no decir de Agramante: se lucha por el gobierno, y no para hacer administracion, sino política tambien,—arrebatándole al pueblo su facultad privativa,—y ¡qué política!,—salvo algunos ilusos que, cegados por el patriotismo indignado, creen que un cambio de hombres de la misma generacion y criados en idéntico ambiente, puedan, *todavía por la fuerza*, producir en el gobierno una vida nacional contraria. Para los priméros, todo va bien,—y si no va bien, es lo mismo,—porque habiendo pospuesto la patria al yo, cierran los ojos ante las desgracias evidentes; para los segúndos, todo, por este terrible egoismo, irá mal hasta que éllos no gobiernen: recien entonces se entreverá el porvenir, y resplandecerán la libertad, el derecho y la justicia,—y los indiferentes, que aparecen en este humo de combate, no aciertan, á pesar de oir, leer diarios y discutir, donde está el polo magnético, ó sea el conjunto de ideas que simbolizan la patria y su felicidad y las que hay que ejecutar para encaminarla á los destinos que merece y exije el patriotismo.

La oposicion,—aunque no la veo, por el momento,—no es entre nosotros, por más que lleve bandera, sino industria, cuestion *social*,—en vez de política,—para obtener *posiciones*, es decir, empleos, jubilaciones, pensiones y demás prebendas para sí y sus familias y aumentar la empleomanía y nepotismo que combate,—porque no se inspira tampoco en los principios y las ideas,—quedando así el pueblo, entre tanto que se lee y se escribe, privado de la palabra independiente, basada en la verdad, y que en nuestro mundo fementido y trastornado sería luz, luz del alma.

Felizmente está sediento de verdad, jadeante,—signos de que no ha perdido la conciencia de su soberanía, y sueña, en nombre de los ideales, por desasirse del yugo, desesperado por falta de libertades y los desastrosos efectos económicos de una política subversiva de las instituciones, de los acontecimientos y de los hombres. Esta es la llaga de la actualidad; pero es el único punto para apoyar la palanca de la reaccion, á punto de que, si no existiese, podríamos desesperar y llorar todo perdido. Allí apoyaremos la nuestra en este escrito desinteresado hasta el sa-

crificio, porque el patriotismo, en sus ansias redentoras, no puede tener mejor ayuda que los perjuicios á los intereses materiales y las exijencias brutales de la vida. En cuestion de males de la patria, sabemos que hay dos escuelas: la que los calla y la que los desvela. Comprendemos la primera, porque vive de éllos, y para subsistir, se encubre con la máscara del patriotismo, invocando cínicamente hasta la moral, la virtud y la patria misma, como si estas entidades pudiesen amparar todos los vicios de la tierra. *Hace* la vida, como ciertos inmigrantes la América. Vencida, por último, en su sofisma, exclama: "¡La verdad no se puede decir!" Duele, en efecto, tocar la llaga,—pero la verdadera política, á semejanza de la medicina sincera, que no trata de engañar para explotar al enfermo, tiene tambien que diagnosticar la afeccion del cuerpo social, como paso prévio para curarla; si no, todo es charlatanismo, mentira. La familia es el pueblo, y el escritor, como el médico, debe, en este caso, decirle la verdad, mucho más cuando no será toda, sino la imprescindible y necesaria al fin y toda la ropa sucia será lavada en casa. La mentira, por otra parte, ha sido una de las más grandes desgracias contemporáneas, porque encubriendo los hechos, persiguiendo y desnaturalizando la verdad, alimenta y sostiene esta época artificial y que es necesario terminar. ¡Si os dijera que la verdad es ansiada hasta por sus opositores!, porque todos saben que es capaz de vivificarlos con su universal aliento, y al verla oscurecida, superpuesta por la mentira, la ocultan, defienden á ésta, que los sostiene y sustenta. Así cruzan por los pueblos épocas como nubes......¿Quién es el desgraciado que, desde el fondo de su corazon, no ama la verdad!

Refujiado entre libros, y amante sincero de la libertad, no puedo hablar sino en nombre de la ciencia. Toda otra palabra sería inútil, desde que el lector ha escuchado tanto la del oficialismo como la de la oposicion y otros círculos,—pero todas,—por la manera de concebir la política, apasionadas. No me dirijo, por otra parte, á gobiernos; nó, no puedo cometer semejante error, por más que haya sido la estéril tarea de medio siglo de la prensa. He dicho

que este es un trabajo científico, y si tampoco me dirijo al pueblo, es porque los pueblos que se dejan arrebatar sus libertades, son tambien, fisiolójicamente, incapaces de reconquistarlas. Las libertades no se dan, ni se reciben; son obra propia del pueblo, como la fortuna en el hombre libre, y es ridículo *mendigarlas* á los que las arrebataron, si no fuera además ignominioso. Moreno, cuando quiso formar opinion pública para el movimiento de Mayo, no se dirijió al Virey y las autoridades, sino al pueblo, al pueblo que, por su fuerza, podía alcanzar la libertad; yo tambien, á imitacion de aquel patriota, que háse dado en llamar el génio de la Revolucion, quisiera dirijirme al pueblo,—pero no le veo, y desnacionalizado, formando el patriotismo del futuro, yace en la capital, las ciudades y el desierto, sudando en las fábricas, las industrias, los talleres, las estancias, las colonias y las chacras, esclavo, atareado para vivir y doblegado por el peso de los impuestos.

En esta época avanzada, en que todo aparece fruto de la accion de gobiernos y pueblos indiferentes, produciendo un solo delito y dos cómplices, solo tú, juventud, éstaís *limpia* (1). Los ancianos os llaman la esperanza de la patria, porque debes gobernarla en el porvenir. Os engañan; eres más aun: una realidad actual. Formas parte del pueblo, porque sois los conscriptos y estais inscripta en los padrones electorales. Es nula, por otra parte, toda sociedad en que una de las partes sólo está á las pérdidas. Ereis una generacion activa del pueblo, y debes depositar tu voto en la urna, porque con él se gobierna en las democracias, elijiéndose los mandatarios al poder. ¿No te levantaste en 1880 ? ¿No evitaste la unificacion? Ereis una fuerza; pero como parte del pueblo, dominada y subyugada,— y como deseo contribuir á emancipar vuestra conciencia, os diré, demostrando tu triste estado, que ereis los primeros esclavos de nuestro mundo desorganizado é injusto, porque, so pretexto de defender una patria que humillan, desmembran y venden, os arrebatan del hogar, familia y

[1] Palabras de Cristo, en la última cena, refiriéndose á los discípulos inocentes, en contraposicion á Judas.

trabajo. Con un concepto más digno de la patria, acudes presurosa á los cuarteles, y mueres helada estoicamente en las soledades, mientras los mandones quédanse para la proveeduría. ¿No os querrían inutilizar en las Lajas, abandonándoos en la nieve con trajes de verano? Todo se debe esperar de quienes esclavizan á su propia patria,—y contra este estado inconsistente, estúpido, tú eres el único enemigo futuro.

Hasta vuestros padres conspiran contra tí. Ya no hay internados; vives en las ciudades,—en el hogar, no estudias,—sin derecho para elejir los maestros, os enseñan muchas veces los más inadecuados,—lees diarios, discutes de *política*, envenenándoos el espíritu con semejante pestilencia,—paseas en vez de pensar,—con llave de puerta de calle, vais á los teatros, y antes de terminar la carrera, vuestros mismos tutores os llevan de la mano por las escaleras de los Ministerios para solicitar algun empleo. Doctorados ó, mejor dicho, sujestionados con semejante ambiente, no puedes ser sino demagogos, aspirantes á empleos, despues de haber sido durante quince años inútiles para la familia, la produccion y la patria, teniendo ésta al fin que recojeros como á un expósito, para que no perezcais. Así, inconcientemente, contribuyes, y contra vuestro destino superior, á que la Administracion sea una institucion de beneficencia ó de inútiles y dañinos. Teneis que reaccionar contra todo y contra tódos, porque eres el único salvador del pueblo.

No tienes responsabilidad, porque ereis una víctima. ¡Si te dijera que ereis la primera de esta época! Trátase de anularte, porque siendo el porvenir,—¿dónde están la instruccion y educacion cívicas,—los átrios abiertos, libres,—las franquicias y seguridades electorales y los ejemplos de tus mayores de respeto á la democracia, para que seais ciudadanos eficientes y felices?......

Educados en las aulas, al calor de los principios y las ideas, no puedes sino sufrir por las tiranías. Si estais fuera del gobierno, contribuyes, con tu idealismo, á inspirar la opinion pública. ¡Cuántas veces, con tus entusiasmos y estallidos, no has prevenido iniquidades y sofocado arbitrariedades! Los poderes absolutos os temen más que á

revoluciones y ejércitos,—no porque se abstendrían de haceros fuego, dejando el tendal,—sino porque libres, por vuestra edad, de los apetitos del mando, expresais, donde quiera que os levanteis, la protesta impersonal contra algun derecho ultrajado, y,—lo que es más noble aun,—para beneficio de los demás. ¿Cuántas veces no has quedado destrozada, inerte en los campos de batalla,—abnegadamente, porque combatías por ótros y para ótros?......

Nadie, por la intencion y libertad del alma, está más preparada que tú para escuchar la verdad,—hacerla suya y proclamarla á todos los vientos. Sois quien debe practicarla mañana. La patria será lo que tú la hagas; pero ereis el pueblo de hoy, su alma, su corazon, su fantasía, su idealismo, y tu poder, al despertar entre los rayos de tu destino, me decide, entre los varios partidos y fracciones, á dirijiros preferentemente la palabra. Me arrebata como un torrente......Os agregaré con sinceridad: dada la complicidad y abatimiento del pueblo, tú eres la única fuerza popular,—y lo que tú no hagas, no hará nadie.

Vais, por primera vez, á conocer la situacion del país, por más modesta que sea mi voz, porque la oposicion, por degeneracion de la política, huye de semejante tarea, — crée, íntimamente, que no es de su resorte, — propala tambien que la verdad no se puede decir, como un pretexto para callarla, — y la prensa, destinada á vivir del día y para el día, no puede echar la sonda tan al fondo, porque, desgraciadamente, nuestros males son demasiado fundamentales, bien profundos y con raíces históricas y étnicas. Así la corriente, que deberíamos cortar, nos arrastra...... Y la actualidad la reclama. ¡Oh, si la reclama! Urje que se la diga claramente y bien alto. ¡Allá va!, — sintiendo solamente ser yo quien la pronuncie primeramente, porque, por modestia, preferiría que fuese ótro, para aplaudirlo entre el pueblo desde las gradas del circo. Amo á mis compatriotas, y al último le discerniría tal honor. Yo no necesito libertarme, porque, desgraciadamente, sé lo que es libertad, — y agregaré con mi ingénita franqueza: tengo cierto horror instintivo á la publicidad, causado sin duda por este estado político inerme y sin derechos, que da hasta

vergüenza de mirar el sol cara á cara. El dolor sincero, por otra parte, es mudo.

¿Autoridad moral?, — porque háse creado esta frase, á manera de mordaza, para negar el derecho de hablar, — que no hable *cualquiera*, y, al fin, nadie, porque deséase que el pueblo prosiga echado como un rebaño al resplandor de la luna. ¿Quién? Ellos, — los mismos que propalan que la verdad no se puede decir, — los de siempre. ¡No la necesito!, — no la necesito en un país donde los políticos, por sus arbitrariedades, han perdido tan inherente facultad. Como un castigo, no son creídos ya, — y si éllos no hablan, ¿quiénes hablarán, en cambio?, — porque entre nosotros, sólo los políticos, por ausencia del pueblo, se ocupan de política. Se requeriría algun filósofo ó estudioso de los muchos que poseemos, — y cansado de esperarlo yo tambien, cometo el *crímen* de hacer oir mi voz. Poseo, á manera de derecho, el verdadero título: la verdad, — que es el mejor, — porque, basada en la ciencia, habla por sí misma, — y si soy un cualquiera para el mundo político, porque no he sido Ministro ni siquiera Diputado, no dejo de ser un ciudadano conciente como muy pocos y felizmente no desconocido del pueblo y de nuestra incipiente intelectualidad, aunque, en el primer caso, habría perdido quizá tambien el derecho de hablar, y, — vuelvo á repetir: no escribo para generaciones envejecidas é incorregibles. *¡Lasciati ogni speranza!* — díceme una voz al oído ...... Para mí, el pueblo argentino, compuesto de millones de almas, honrado, laborioso y digno de mejor suerte, no existe; políticamente, porque ha renunciado al sufrajio y sus derechos cívicos, y, civilmente, es un menor de edad, desde que tales son considerados los sordo-mudos, es decir, los que no oyen, ni hablan, sea porque no pueden ó no quieren. Es una sociedad muerta, y es inútil predicar en los cementerios ó los desiertos. Es la primera verdad que hay que confesar, so pena de que este escrito se base tambien en el cúmulo de mentiras corrientes.

Solo me dirijo á tí, juventud argentina. Con las nociones más frescas, juzgarás, y, sobre todo, si siento y

creo en lo que digo, lo que constituye la moral del escritor. No soy un simulador; no puede serlo quien hizo del Derecho Constitucional la pasion predilecta de su juventud, y, despues de doctorado, fuése á Inglaterra para ver con sus ojos la libertad, el ejercicio de los derechos y el juego de las instituciones, y ¿por qué no decirlo tambien!,—por amor á la seguridad personal (1). "Tomad mi voto, — falsificadlo, -- diríale á sus detentadores, —

(1) Se me han caido de la pluma estas palabras...... Desearía borrarlas porque son persosales, pero creo que en esta época de principistas oficiales y jubilados millonarios, todo ciudadano que escriba sobre política y posea pruebas de que no es un simulador, debe exhibirlas, tanto más que no serían posiciones (empleos) que no herirán la vanidad de nadie, sino *hechos* de desprendimiento, renuncias,......... *No ser*, en vez de *ser*, porque muy pocos de los que han sido ó son tienen derecho á que se crea en su sinceridad, tratándose de principios, desde que en el gobierno se han violado bastante, y lo que falta no son talento, erudicion y personajes, sino patriotismo, que puede existir en un humilde contemporáneo eomo en un prócer de la historia. Hablo, además, de otro patriotismo más raro: el científico, que se funda en convicciones profundas, que oscurecen vidas, y no en rasgos de carácter, ó, mejor dicho, de genio.

Buscando, íntimamente, la causa en mí, hállola en un profundo respeto á la política. Era tan grande, que la consideraba verdaderamente la ciencia divina, y no obstante mi aficion y ver figurar á todos mis amigos y compañeros de mi tiempo, no me atrevía á militar en ningun partido. Me había doctorado, y no me consideraba todavía capaz de servirla. Partí entonces en 1878 á Lóndres á estudiar el gobierno, los parlamentos y las instituciones, que constituyen la política. No llevaba empleos, sueldos ó comisiones, sino *dejaba* mis cátedras de Historia y Geografía en el Colegio Nacional, nombrado en reemplazo del ilustre poeta Andrade, y mi sociedad en el Estudio con un distinguido cólega, que es hoy una personalidad política. Complementada, al año y medio, la teoría con la observacion de la práctica, encontréme, á mi regreso, con otro vacío fundamental, nacido sin duda de mi vida abstracta: no conocía los hombres y las cosas de nuestro país,— lo que consideraba préviamente indispensable, por su primacia absoluta sobre las instituciones. Acepté á fines de 1880 el puesto de Oficial Mayor en el Departamento del Interior, que me permitió desempeñar varias veces la Sub-Secretaría, y despues el de Pro-Secretario de la Presidencia de la República, porque en nuestro pueblo gobernado, la Casa Rosada es la fábrica de todo en la vida pública: hombres, leyes, sucesos y hasta acontecimientos de la historia. Fué un gran sacrificio para mí, porque entré ganando 170 $ mensuales, y renunciaba, para mejor cumplir mis deberes, mis cátedras y al ejercicio de mi profesion, porque sigo creyendo que la Administracion es la mejor escuela del estadista. ¡A cuántos personajes no he visto entrar de Ministros, lastimosamente ignorantes de lo que es un decreto, un mensaje ó un expediente, y ser la risa de sus subalternos! En Inglaterra, la mitad de los Ministerios

pero respetad la integridad de la persona, de la familia, del hogar, de los bienes, porque sin ellas no puedo, —no quiero,—vivir un día, ni una hora". Siento lo que digo...... ¡Oh, si siento!, —á punto de inspirarme algo nuevo, que no se ha invocado aun y convence de la in-

---

están siempre compuestos de antiguos Sub-Secretarios ó Secretarios de las Cámaras. Mi objeto era simplemente aprender los procedimientos y el mecanismo gubernativo en la universalidad de los asuntos en puestos secundarios, pero de estudio, trabajando al lado de las personalidades más dirigentes. Creyendo haber conseguido, á los diez años, mi fin, renuncié, pero no para irme á otros puestos, sino á mi casa, porque no hallaba tampoco los principios en la oposicion, resultándome que, políticamente, había perdido los diez mejores años de mi vida, desde que solo se hace carrera pública dentro de los partidos. Acumulé entonces gran cantidad de datos para escribir una obra titulada *Reorganizacion de la República Argentina*, para condensar, al través de las necesidades é ideales, todas mis observaciones experimentales, y servir de esa manera, en mi *independencia*, á la política abstracta siquiera,—pero en nuestro país ni este sacrificio es posible, por la absoluta ineficacia de la palabra. Nombrado al poco tiempo Fiscal del Crímen de la Capital, renuncié enseguida este puesto de 800 $ mensuales, con todo el porvenir que podía brindarme la magistratura, juntamente con la jubilacion íntegra, sin ser rico, por el mal estado del Tesoro, pues era empleado desde 1869, y tenía además cinco años de Catedrático de Derecho Internacional Marítimo de la Escuela Naval, que se contaban dobles. Creo que un ciudadano tiene el derecho de entrar á aprender en la Administracion de su país, y llenando sus funciones con honorabilidad, sin mezclarse en política, cúmplese con los principales deberes, explicándose así, como sin vínculos con nadie ni con nada y sólo con los principios, pueda, despues de once años, juzgar con imparcialidad los actos oficiales. A fin de hacer eficiente mi buena voluntad, buscaba siempre, en nuestra política, alguna hendija, por donde penetrase un rayo de luz, y en 1896 ingresé al Acuerdo en la U. C. N., pero declarando que era simplemente como acuerdista y franco tirador en sus filas, y con todo de levantar mi candidatura para diputado nacional por la Capital, me separé de la referida agrupacion, porque lo que debió ser una política nacional convirtióse en combinaciones electorales. El buen juicio del lector comprenderá que al mencionar hechos tan modestos, que no esbozan ni prodromos de una vida pública, es solo para demostrar que no comprendo la política industrial, y que el gobierno no son empleos, jubilaciones, pensiones, etc., etc., y que cuando hablo de libertades, derechos, seguridad y justicia, puédese creerme. Soy, en nombre de la verdad de las instituciones,—es cierto,—el protestante más impertérrito de nuestro Estado fundado sin la base de las libertades personales. ¡Allá van, por el momento, algunas ideas en esta *Carta Abierta*, dirijida únicamente á la juventud argentina! Estando probado que no soy oficialista ni opositor, sino tan independiente como un flamante inmigrante, demás está decir que en las críticas, aunque coincidan con ciertos casos, no hago alusiones personales, porque ataco algo superior: sistemas,

tima sinceridad: el dolor, — porque en la política, cuando parte el alma, es tan profundo y respetable como la verdad. ¡Oh, eterna noche de lágrimas!, — ¡pero mejor es ser víctima que tirano, esclavo que verdugo!......

Juventud: eres juez, y para que seais imparcial, no ereis autora, y muchas veces, ni espectadora. Así lo exije la verdad, para surjir libre de pasiones.

Dentro de siete años hará un siglo de la revolucion de Mayo, y habrá llegado el ansiado instante de juzgar á las generaciones que recibieron tan sagrada herencia y á las inmigraciones que han contribuido á formar la actualidad. Juzgadlas con rigor, porque no tienen excusa. Todo lo recibieron de la naturaleza: clima espléndido, extension inmensa, feracidad, y de la ciencia, instituciones. Es necesario crear la sancion pública, porque la historia es un tribunal, y para que los estadistas, que no creen en Dios y la inmortalidad del alma, tiemblen, por sus errores y violaciones, ante el juicio severo. Nadie los arrastró á la vida pública. Voluntariamente dejaron sus hogares, y múchos las confiterías en vez de las aulas. ¡Qué vayan á errar en sus negocios privados, que atienden con harta cautela! ¡Qué carguen, pues, con las responsabilidades!

Entretanto, nosotros examinemos, á propósito del próximo periodo presidencial, este estado terrible, para probar que *debemos* entrar en una reaccion económico-política franca y liberal. Tú despues harás su historia, juzgando los acontecimientos y los hombres. Sed igualmente inexorables, mientras nosotros probamos ahora

---

—sistema actual de gobireno, de administracion, político, de finanzas. electoral, etc., etc., que tanto nos perjudican y atrasan. ¡Esto ya no es patria, ni vida, sino un país, en el sentido geográfico, convertido en potrero de todas las inseguridades, violaciones y vicios de la barbarie europea! El tomo II lo encabezaré tambien con otro tema fundamental.

que es contrario á la vida y al destino humano. Esto no es respirar siquiera...... ¡Preferible es la muerte, porque nada vale la vida sin ideas, y trás de la tumba estan la inmortalidad ó la materia, que al fin son, científicamente, verdades!......

Sé que debeis haber extrañado las voces de tiranía y esclavitud, creyéndolas exajeraciones,—pero no soy culpable de que ciertas nociones fundamentales no se incorporen al espíritu público. En nuestro país se pierde hasta las ideas innatas...... ¡Cuántas veces no me he imaginado á Miguel Angel entre nosotros, y, á los pocos meses, aplastado ante la vista de nuestra arquitectura de confitería, el prosaisísmo brutal y guarango, de oficial en una marmolería! ¡Consecuencia de la respiracion social! Peor pasa en política: la atmósfera sofoca como el humo de un incendio. Agregad ahora la sujestion, que produce las preocupaciones y aberraciones, como los terrenos incultos la maleza, y si se tiene en cuenta que no creemos en otra tiranía que la de Rosas, tenemos ya el imperio de la costumbre, que forma una segunda naturaleza. ¿Y de dónde vamos á sacar ideas de libertad? Nuestra historia se compone de cuatro periodos: el del coloniaje, sucursal de la monarquía de Felipe II,—la Revolucion, que fué la guerra y nos precipitó en la anarquía,—la tiranía, y el presente, que dura cincuenta años, y si no es tan tiránico y sangriento como lo concibe el criterio histórico, nada tiene absolutamente de liberal y civilizado. Todos han sido otras tantas vidas, que han formado escuelas y, lo que es peor, maestros y discípulos...... No conocemos más. ¿Con qué nociones vamos á juzgar este maremagnum, traidor de todos los principios é ideas? Agregad ahora que confundimos la independencia con la libertad, y el derecho con el hecho de gobernarnos. De ahí es que despues de la Revolucion no nos háyamos gobernado, ni sido más libres, gobernándonos, en cambio, hombres que valen menos que España y que representan sistemas más atrasados. "¡El patrioterismo!"—direis; pero el patrioterismo es producto de la ignorancia, y no tratamos de consolarnos. El himno nacional está bueno para los teatros ó antes de entrar en combate, con ó sin caña y pólvora; para las mismas conferencias es peligroso, por-

que turba, con el entusiasmo, el cerebro, y en un trabajo como el actual, casi didáctico, sería ridículo. No tratamos de engañar á nadie, sino, por el contrario, de convencer por la conciencia, é invocar un pasado que, por patriótico y legendario, debiera más bien avergonzarnos, es contraproducente.

No tenemos, por otra parte, que ver, por el momento, sino con el presente, y extendemos el cuerpo político, ó, mejor dicho, el cadáver en el anfiteatro, para hacer la autopsia. Despues vendrán el análisis y la crítica, y de tal investigacion experimental saldrán las reglas que deben dirijirnos y salvarnos,—y las muchedumbres, por más que se crean pueblos, no pueden, en su patrioterismo, pensar de otra manera, porque la ciencia, como el sol, es para tódos,—pero alumbra por la verdad,—y la verdad es Dios. Ello no impedirá que, inspirados por el verdadero patriotismo, entreveamos con la frente levantada el porvenir, y en vez de abatirla, sombreando la mente, la iluminemos con los ensueños de la patria libre, gloriosa y respetada,—ya que place tanto *pensar* con la imaginacion y el corazon.

Sólo las ideas nacidas de la ciencia pueden guiarnos en la selva enmarañada, y tú, juventud, que vives sobre los libros, ereis la más capaz de apreciar este estudio sincero y de buena fé. Sois la llamada á reparar tantos males. ¿Quién me ataca? ¿Quién no ha sido, por la falta de educacion social, que extingue el respeto al derecho, atacado entre nosotros? Y pregunto: ¿obtúvose la consiguiente reparacion y justicia? ¿Habríanse obtenido sin influencias ú otros medios impugnados? No necesito, por otra parte, que nadie me ataque para ser esclavo. Como ciudadano, no voto, no elijo, y sin libertades políticas y públicas, soy un paria. ¡La muerte política bajo de la república! ¡Una democracia que mata al ciudadano y le arranca la ciudadanía, que es casi la nacionalidad! ¿Dónde se ha visto semejante anomalía? Acostumbrados á sufrirla y aguantarla, nos parece muy natural, y no medimos el abismo,—pero ya he dicho que no escribo para impresionar, sino para ser pensado, como que me dirijo, inspirándome en la ciencia, á compatriotas que tienen más fijas las nociones elementales.

¿Poseo acaso, como en las monarquías absolutas, libertad personal siquiera? Es sabido que por la mala organizacion judicial, los procedimientos, los magistrados, las influencias y los elementos del foro librados á la avaricia,—el ciudadano no tiene que averiguar la causa,—la vida, el honor, el hogar, la familia, la propiedad, etc, etc, estan desamparados, librados á los malvados y sancionándose un universal cortejo de crímenes y delitos con la injusticia y la impunidad, en medio de la mayor indiferencia pública. Se vive mientras no se es atacado, y este espectáculo diario y constante en los demás, hace nacer la conciencia de la inseguridad, y el ciudadano se siente esclavo, porque, en tal caso desgraciado, ve el abismo y la espantosa realidad de nuestro mundo. ¿Qué da este Estado, despues de despojar de todas las garantías y derechos? Nada; condena todavía al trabajo y á abonar enormes impuestos para sostener una oligarquía sensual que se ha apoderado del gobierno, y si no se produce lo suficiente, demanda y embarga hasta el lecho y el pan de los hijos. ¿Dí si esto no es Roma, y Roma de la decadencia? Hay dos pueblos: uno, grande, inmenso, soberano, abatido, subyugado, inerme, con la frente empapada de sudor, y otro, que descansa, ríe, feliz, y por una ironía del destino, pequeño y libre. Yo defiendo al primero. Tengo este alto honor. ¿Quién ha dicho que el Estado sea una trampa? ¡Y qué falso concepto de la vida,—qué manera de ver y entender las cosas, que entristece y hace creer en una degeneracion intelectual! Inutiliza la vida, convirtiéndola en una vergüenza y un baldon. No hay en América ni en Europa otro país tan importante y con intereses enormes tan comprometidos y librados á la fatalidad......

No necesito que una legislatura delegue en el gobierno la suma del poder público y las facultades extraordinarias y nazcan mazhorcas, para creerme bajo una tiranía, indefenso, y anulado en mi personalidad y derechos; se es tambien esclavo bajo estados desorganizados que, despues de arrebatar todas las libertades públicas, desamparan al ciudadano y le abandonan al albedrío sin control de asociados sin educacion política y social, y la prueba es que los hubo numerosos é intelectuales bajo las democracias de

Grecia y Roma. Esta es la gran tiranía,—la tiranía de *tódos*, —la insoportable,—porque además de las preocupaciones, teneís la impunidad en los delitos. Maldigo la de Rosas,—pero quejándose á él se evitaban ó subsanaban arbitrariedades; id al Gobierno á reclamar del injusto fallo de una Cámara, que pone en libertad al asesino de vuestra esposa ó hijo, ó entrega vuestro dominio, que es el hogar sagrado de la familia, á algun litigante temerario (1), y os dirá que, dada la organizacion institucional, dos sentencias conformes hacen cosa juzgada, y que él no puede hacer nada, etc, etc. No es un caso extraño; es el de todos los días,—el caso en que puedes hallaros mañana, librados, por falta de garantía en los tribunales, á las persecuciones y ataques de los pleitistas aleves. Y despues de despojados de todas las libertades públicas y personales, y con derecho á vivir en vuestra patria como hombre siquiera, si por no haceros justicia por vuestra propia mano, prefieres, desalentado, desengañado, abandonarla, pregunto: ¿dónde están el hogar, la paz, la tranquilidad, so pena de oficializaros para ser libre y tener influencia? Es este estado artificial, asfixiante que venimos á combatir, y en pleno siglo XX, es un sarcasmo, una blasfemia,—una comedia costeada por tontos, desde que pagamos, por sostener nuestra propia esclavitud é inseguridad, los impuestos de los grandes pueblos libres como Inglaterra y Estados Unidos. ¡No somos Guatemala ni Nicaragua! Sostengo que un esclavo es más libre, porque su amo trabaja por él y para él, lo alimenta, y por su propio beneficio, lo ampara, lo defiende y lo cuida, aunque sea por no gastar en médico y botica...... ¿Qué os importa de la intencion, cuando son los hechos los que constituyen la libertad humana? Esto no es vivir, Un animal es más libre y feliz. Es una verguenza nacional, porque la persona, la familia, la propiedad y la produccion estan, dentro de los centros urbanos, amenazados exactamente de los mismos peligros que en la pampa por los indios, que fueron durante tres siglos los enemigos de la civilizacion y el progreso. Politicamente, gobernamos menos que los extrangeros, y cada vez que,

(1).—Doy por sentado todavía que un Juez de 1a. Instancia hizo justicia.

por revoluciones ó enjuagues políticos, cáe un gobierno, nos retrotraemos á la Revolucion de Mayo,—es decir,—al caso de constituir el gobierno del pueblo y para el pueblo. y,—lo que es más triste aun,—sin las bases naturales, las tradiciones, los usos, las costumbres, las ideas y todos los elementos preciosos de la nacionalidad y el patriotismo. Estos gobiernos son inútiles, si no fueran desquiciadores, arrasadores.....

II

Legislacion y Degeneracion de la República.

Veamos ahora que es Política, porque, segun la consideremos, apreciaremos los sucesos. *No hay más que una.* Es una ciencia, y la más noble, porque trata, con la práctica de los pricipios, de rejir la vida y el destino de los pueblos. Cuando se dice pueblo, se implica patria y cuanto encierra de elevado, digno y sublime.... Platon habríala dado el nombre de *divina*, porque la libertad, el derecho y la justicia, que producen la felicidad general, vienen de Dios....

Abordemos nuestra tarea. Principiemos por la legislacion. Como á cada paso se dice: *Las leyes son buenas*; *los hombres son los malos*,—demostraremos que las nuestras, sean de fondo ó forma, concurren al atraso político y social. Los hombres, es decir, sus mismos autores, son peores indudablemente, porque si les rindiesen el respeto que merecen, el país estaría mucho más adelantado; sin embargo, queremos decir solamente que no son tan perfectas, y tienen en el pasado su parte de responsabilidad.

La Constitucion, que es lo más norte-americano que poseemos en la materia, no evoca, en su preámbulo, los ideales y entidades solemnes para constituir una nacion ante el mundo civilizado en el siglo XIX, y el Estado no está fundado bajo las bases de las libertades personales,

que constituyen la seguridad individual, para que el ciudadano nunca pueda ser absorbido, sea libre y propenda al engrandecimiento de su patria. Las demás legislaciones, códigos, leyes, etc, etc., copiadas más á sociedades latinas, tienen, además de su profunda y palpitante inconciencia, el mismo defecto esencialísimo y trascendental, y cuando se atreven á declarar los derechos absolutos, creen que han cometido una herejía y principian á limitarlas con leyes reglamentarias, que terminan por anular el derecho. Estúdiense filosóficamente los Códigos, y veráse que el contrato, eje supremo en que rueda la sociedad, es algo muy deleznable, porque la compraventa, las donaciones y demás convenciones son completamente arbitrarias. El dominio es imperfecto. No se puede comprar, ni vender, ni donar libremente, es decir, vivir, ni tampoco morir, porque no se puede hacer particiones extrajudiciales sino entre mayores de edad y bajo la base de un testamento *válido*. Una noche estaba de visita en casa de un distinguido anciano, y mientras paseábase, preocupado, reflejando en los espejos sus venerables canas iluminadas por la luz, consultóme, como Abogado, si se podían hacer particiones extrajudiciales. "Habiendo menores, nó",—contestéle. Como era su caso, cayó desalentado en un sillon, y aunque lo sabía, púsose á llorar amargamente, exclamando: "¡En nuestro país, amigo, no hay más que dejarse robar!" Hay gente que se resiste á trabajar para los curiales. Las leyes de fondo dependen de las de forma, como si el derecho fuese un tratado de esgrima que se fundase en la ajilidad, si no desaparece entre la frondosa ampulosidad de las articulaciones. Siempre, por el temor de terceros, la sociedad absorviendo al hombre, como si no fuese la suma de tódos, y de ahí resulta siempre que la ley es superior al derecho,—lo arbitrario y artificial, á lo absoluto,—la ficcion, á la realidad, y la forma, al fondo, sintiéndose socialmente un desasosiego permanente y revolucionario, porque el hombre y el ciudadano, vénse, en todas sus acciones, sacrificados por fantasmagorías que no existen fuera de su sér animado y trascendental. Este principio, diluido, se ha convertido en sistema, y ha tomado formas tan peligrosas, que constantemente se estan haciendo leyes para prohibir..... ¿Qué? Cualquier fa-

cultad, á propósito de cualquier motivo, y ahora que todo el ideal gubernativo se reduce á crear impuestos para que la oligarquía pase vida más cómoda, el país entero, por el sistema federal, es una fábrica permanente de leyes, produciéndolas hasta las municipalidades de los villorios.

Muchas veces he tratado de buscar, al través de tan tupida trama, al ciudadano ó siquiera al hombre, y lo he hallado al fin como á una mosca en una telaraña, cual si el Estado fuese una trampa. El que quiera salir, aunque sea al cementerio, deja, como las ovejas sarnosas, los cercos, de verdadero alambre de púa, llenos del rico vellon, producto de su sangre y de sus fuerzas. Téngase en cuenta ahora que esas leyes malas, prohibitivas de todo, esencialmente absorbentes y anuladoras de la personalidad humana, se violan, — se violan á cada paso, en todos los órdenes, por los encargados de ejecutarlas, sus representantes ó influencias, — y os pregunto al fin: ¿dónde está el hombre al menos?......

Descendamos á la vida pública, porque el lector, por una nocion falsa de la ley, cree que la esfera de la legislacion son abstracciones. No hay tal República, ni sistema republicano. ¡Qué se lo vayan á hacer creer á los microcéfalos de los manicomios, y no á nosotros, queridos jóvenes, que hacemos el sacrificio de vivir entre los libros, mientras éllos pasan vida burócratica y objetiva! El gobierno civilizado es uno; diferénciase únicamente en la concepcion, que le atribuye distinto oríjen: úno cree venir de Dios, y ótro, del pueblo. No obstante su esencialísima diferencia, se distinguen sólo en la forma, á punto de que los más absolutos respetan los derechos del hombre y ciertas libertades políticas. El nuestro, es monárquico, tanto en el fondo como en la forma, quedando republicano únicamente en la letra, para ser eternamente violada; así, por ejemplo, nuestros *presidentes* son monarcas, porque el pueblo no los elije...... Si no dicen que vienen de lo alto, tienen la audacia de asegurar que el pueblo realmente los elijió, cuando no los conoce ni de vista, y á múchos, los detesta por conocerlos demasiado. Ni más ni menos que los litigantes temerarios, que, con todo cinismo, juran hechos

falsos en pleno estrado de la justicia. Bolivar decía de nuestros pueblos de América, á propósito de sus tendencias anárquicas, que *necesitaban monarcas con el nombre de presidentes.* ¡Quién diría que realizaríamos admirablemente, en distinto sentido, la profecía del genial libertador!...... ¡Si no fueran más que monarcas con el título de presidentes!, porque han existido monarcas humanos y progresistas, y muchos de los actuales son liberales y la garantía del pueblo; pero han trepado al poder violando las libertades, sofocándose el sufrajio con la fuerza de línea; por éllos háse falsificado, muertos en los atrios y los hogares, derrocado las autonomías provinciales, orijinando revoluciones, guerras civiles, derrochando los dineros públicos y cometiendo todo género de crímenes, delitos y atropellos! Usaríase, si fuese necesario, el puñal y el veneno de los Borjias. No es una eleccion, ni menos popular, porque ese día el pueblo está bien léjos, si no es aprisionado ó fusilado en las urnas, si tuviese el valor de presentarse; es un asalto, como el que perpetran salteadores por los fondos á la luz del día, porque la familia está maniatada y encerrada en el sótano y se cuenta con la proteccion de la autoridad y la impunidad.

El gobierno, segun la Constitucion, es un mandato, y nuestros *mandatarios* poseen poderes tan legales y verdaderos como los falsificados por escribanos venales. Son tan vitalicios como los reyes y emperadores, — si no por sí, por sus sucesores, que, para el pueblo, es lo mismo. Que á Martinez suceda Rodriguez, no implica que sea otra persona, desde que el segundo no es sino el representante, no del pueblo, sino del primero, ó, mejor dicho, de Martinez, del mismo Martinez representado por Rodriguez, ó de su política, que es lo mismo. Así se entienden legalmente las cosas en juicio, á punto de que al Juez le es igual que las partes litiguen por sí ó por apoderado, y, políticamente, no pueden interpretarse de otra manera; sobre todo, nosotros no atacamos hombres sino sistemas, porque aquéllos desaparecen, y éstos, persisten. Vivimos en plena Monarquía, porque el pueblo no existe, ni toma parte en las elecciones y

funciones de su propio gobierno, — y como pasa con las degeneraciones, — no porque dejemos de ser República, perdiendo la facultad de gobernarnos, nos convertimos *ipso facto* en Monarquia; nó, — al desaparecer todas las libertades públicas y privadas, la forma huye trás del fondo, quedando sólo la etiqueta en la botella, es decir, en la Constitucion, documentos y timbres oficiales, para muestra de la más gran falsificacion en la industria nacional. Recuérdame este caso los letreros de ciertas pulperías de los suburbios, que dicen: *De los amigos*, *De la fraternidad*, *De la union*, etc., etc., y á la noche, son tales las disensiones y puñaladas, que el carro de la Asistencia Pública recoje los heridos.

"Perfectamente", — dirá alguno, no pudiendo desmentirnos; pero "¿cómo se nombran? — ¿quién nombra á estos gobernantes?" — se agregará, — porque, al fin y al cabo, no nacen espontáneamente en una noche como los hongos. "Alguien los ha nombrado", — diráse. Sin quererlo, la suposicion lo dice: son *nombrados* como cualquier empleado, — no elejidos, porque, por la Constitucion, no hay más eleccion que las populares ó las de sus legítimos representantes. Antes los nombraban los antecesores, por medio de candidaturas oficiales; hoy los nombran los gobernadores, que, á su vez, han usurpado las autonomías provinciales, y, fieles á su oríjen, se aunan y confabulan para imponer presidentes á la Nacion. Este cambio es, sin duda, otro *adelanto material*, debido á que el anterior, atacando las autonomías, los presidentes tenían muchas veces que dar batallas para vencerlas, y como eran orijinadas por susceptibilidades federales, y *todos éllos* estaban conformes en el fondo: imponer un gobierno general á la Nacion,—el Supremo les ha delegado esta *facultad inherente* á su *mandato*,—pero para los bobos, porque, en el fondo, éllos son él mismo. Son sus hijos políticos; los ha formado,—dejado unirse, y como buen Presidente, los preside é inspira. Si no elijen su candidato, los deshace y se los impone,—pero éllos, por conveniencia, se adelantan á sus deseos, ofreciéndole el voto de sus provincias,—sistema más económico, porque ahorra sangre, dinero, un largo proceso electoral al país y es más

propio de la diplomacia falsa, engañosa, que rije ahora nuestra política débil, porque, aparentemente, divide las responsabilidades, aunque no sea sino uno el que nombra, y los demás, instrumentos. Aunque á los presidentes les conviene que aparezcan los gobernadores como autores, porque, como espíritus *prácticos*, vánse al fondo, á la recoleccion del resultado, cual es el de obtener un sucesor sacado de la *urna* por manos ajenas, aquéllos quieren además que, en virtud de haberse respetado su autonomía, carguen con la responsabilidad popular, desde que, en rigor, no hay instrumentos, porque todos son mayores de edad y perfectamente concientes. Si *ejecutan*, es porque quieren, sea conveniencia ó servilismo; nadie los obliga,—y, al fin y al cabo, en nuestro mundo político revuelto, trastornado y degenerado, donde las cosas han perdido su oríjen y filiacion, todos son instrumentos, y como al cósmico, hay que juzgarlo por sus efectos. La causa ó el creador, no se ven. Este sistema electoral háceme acordar á la cadena de las norias,—formadas de eslabones cuadrados, en los que no hay principio ni fin,—pero que todos forman una unidad y sirven para lo mismo: sacar agua del pozo, ó sea empleos del presupuesto. Esto es un verdadero *trust*, y se llama Liga de Gobernadores, y, por lo general, son doce ó trece, más ó menos, que vencen, con sus listas de electores, al candidato de la Capital Federal y de la Provincia de Buenos Aires, á quienes, por tradiciones liberales, los acompañan comunmente Corrientes, y, algunas veces, Santa Fé y Entre Rios. Este es el sistema electoral vigente para elejir presidentes, y, para nuestro desdoro, de invencion argentina, desde que los demás pueblos sudamericanos, que viven tambien del fraude electoral, usan el antiguo y costoso de candidaturas oficiales. Podríamos sacar patente, aunque Europa, por las revoluciones del 74 y de 1880, nos la ha otorgado liberalmente.

Este *régimen*, ó, mejor dicho, esta mentira se ha impuesto de tal manera por la costumbre, que ya no hay gobiernos de hecho; se aceptan sus poderes, tan falsos como un billete falsificado, en nombre de la paz y quietud materiales. Ha sido el primer paso dado en el terreno del convencionalismo. Si fuera para llegar al derecho, com-

prenderíase tal sacrificio moral, habiéndose renegado de los principios y viviendo fuera de la Constitucion, para salvar el comercio y las industrias, cansadas de revoluciones y anarquías; pero la capa no aparece......, y en esta violacion constante, que constituye nuestra vida, la costumbre se ha hecho ley,—nos volvemos más materialistas,—y papel ridículo haría quien pretendiera revisar los títulos de las autoridades contemporáneas.

¡La posesion del primer ocupante! Así fundó Proudhon su teoría originalísima sobre la propiedad, filosóficamente verdadera, y, á su imitacion, me permito exclamar: ¡El poder es un robo en la República Argentina! ¿Qué me importa del consentimiento tácito de un pueblo que está léjos, sudando en las colonias, en las minas, en las fábricas y en los talleres! Hablo científicamente, é, investigando, hallo el vicioso oríjen, tanto más que se trata de hechos que no pueden prescribirse en seis años,—y si tales títulos debieran ser visados por otro poder,—por la Suprema Corte, por ejemplo,—no dudes que muchísimos habrían sido rechazados por falsos, como les sucede á tantos congresales en las Cámaras.

Si fuera para regenerar el gobierno, como muchos patriotas que, cansados de ver sufrir á su patria, dan, con su influencia, golpes de Estado,—¡pero toda la tarea se reduce á sostenerse y perpetuarse en el gobierno mal adquirido! ¿Y contra quién? Contra el pueblo: el soberano. Antes era con veinte ó treinta batallones de línea diseminados en las provincias y la Capital; ahora es con la política positivista, que cuenta, entre los medios incitantes para acallar pasiones, con el servilismo y los halagos del poder. El terron de azúcar ha sustituido al látigo; sin embargo, la cuestion es siempre la misma: sostenerse,—porque si las revoluciones desvelaban, este género de política mantiene una atmósfera de recelos, animosidades y desconfianzas, en medio de farsas, chismes y mentiras, que hacen temer hasta de la propia sombra y soñar con defecciones y traiciones á cada paso. Trás de los principios y las ideas, volaron los sentimientos; la política ya no tiene corazon, y no existiendo más vínculo que el interés, los amigos han sustituido á los enemigos, y gobernadores, sena-

dores, diputados, caudillos, etc., etc., son temibles, porque son *sostenedores*. El gobierno, puede decirse, es una conjugacion general del verbo *sostener*. ¿Y los pretendientes, partidarios, opositores, indiferentes, que pululan al rededor del oficialismo, formando ese ambiente falso? ¿Y la Administracion, formada, en su mayor parte, de enemigos políticos, porque no ascienden ni prosperan? Así vemos acumulacion de empleos, comisiones, concesiones y otras prebendas que no se darían nunca, y al gobernante tan comprometido, tan asediado de pedidos, tan gobernado, que más parece un prisionero en la Casa Rosada. Todas no son flores, y si el pueblo se divide en una oligarquía que manda y una mayoria colosal que suda para pagar impuestos, tampoco aquella gobierna, ni el partido, sino el círculo,—los circulillos y ciertas influencias, que hacen de boas constrictoras, porque los partidos, formando parte del mismo pueblo, no tienen por qué ser más capaces. ¿Quién gobierna entonces? El sistema. De ahí es que se ve huecos á tódos, como si hubiesen dejado el cerebro y el corazon en sus hogares,—sin ideas ni sentimientos,—incapaces de manifestar opiniones, sin iniciativas, sin accion, ni voluntad siquiera, llegando muchos legisladores, por su mutismo, á perder el uso de la palabra. ¡Cuántos presidentes no se han paseado algunas veces, entre las sombras de las salas, arrepentidos de su eleccion!,--porque *eso* no es ser gobernante,¡ni mandar. Son raros los presidentes pujantes, y los que han querido emanciparse, cayeron. ¡Qué les importa! Su poder no está allí, sino contra el pueblo, -y en medio de este trabajo de zapa, incesante como el de una maquina á vapor, cualquier temor los congrega. ¡La asamblea de los mineros ante el gato que se aproxima! Siempre estan prontos para ir contra el pueblo, que es el enemigo comun. ¡La posesion de toda la Administracion: ¡hé ahí su gran poder, su fuerza, que constituyen la *opinion* oficial en los pueblos incapaces! La Casa Rosada es la gran colmena, y entre la nube aturdidora, los presidentes son supremos........mientras se dejan gobernar por los suyos.

No bastándoles nombrar, por la Constitucion, los empleados de la Administracion, elijen á los gobernadores de

provincias, los senadores y diputados nacionales, las Cámaras provinciales y hasta los porteros de las alcaidías de los departamentos. ¡No hay elecciones! Ellos son el pueblo. ¡Peor que en las monarquías esclavócratas!,—porque la cultera europea respeta ciertas exterioridades,—pero los autócratas republicanos son el Congreso, el Poder Judicial, los sistemas, las provincias, la Constitucion y todo el Gobierno. ¡Guay de los que, por patriotismo é independencia malean!; son excomulgados, perseguidos, si no van á esconderse en su terruño. Y los gobernadores... ¿qué hacen, en esta absorcion general? Reducen sus provincias á feudos, á chacras, y, unídos, *sostienen* al presidente, para que, á su vez, los *sostenga* y les *permita* venir de Senadores nacionales á la Capital, que es todo su ideal político,—y á cada término presidencial vuelven á formar la famosa liga para designar al sucesor,—continuando así esta rongacatonga, más propia de indígenas, calentándose al fuego, que de ciudadanos al rededor de los bienes sagrados de la patria. Despues repítese que Buenos Aires, que desapareció hace veintitres años como provincia, los absorbe. ¡A esto se reduce toda, toda la política nacional!

El federalismo, que no es sino un sistema, queda convertido, por esta subversion constitucional, en el unitarismo más férreo y militar; de la democracia, no queda ni rastros, porque privado el pueblo del derecho electoral, el Congreso son cámaras de lores, *nombrados* por la *soberanía oficial*, y la administracion es una oligarquía nepótica, y á la que solo entran los parientes, amigos y paniaguados. De la igualdad ante la ley, ¡para qué hablar!; es bien sabido que es puramente teórica, y en la práctica, no reina sino la desigualdad más absoluta. ¿Quién ignora que existe una aristocracia oficial, igual á la ateniense y dueña de la política, de la administracion, de la fuerza, de las rentas, con influencia decisiva en los parlamentos, y,—lo que es peor,—en los tribunales, *contra* las leyes y los ciudadanos! No cumple ningun deber,—se mofa de las instituciones,—tiene todos los derechos y cuenta con todas las impunidades. Vive del Estado, y por el afan de personalizarlo todo, es el Estado mismo,—lo absorbe,— y los demás, quedan fuera... de la ley. Es sabido que la misma justicia inventaría

artimañas para evitarle la cárcel, mientras en la Europa monárquica la igualdad civil es absoluta, siendo la aristocracia impotente para quebrantarla. ¡Cuántos verdaderos aristócratas europeos no yacen en prisiones purgando sus delitos! Rije entre nosotros la ley del embudo, — como se dice vulgarmente, — porque la parte más ancha queda para el pobre, el desvalido: se le multa, se le demanda, se le ejecuta, — se le castiga hasta con rigorismo y crueldad, — y en las comisarías, se le apalea. ¿Y quién es el pobre ó desvalido? Subleva cuando se sabe que es la mayoría, el pueblo, el soberano, y que honra la nacionalidad con el talento, la ciencia y las virtudes. En Atenas, era igual: Esopo, el célebre fabulista, fué esclavo, — y yo llamo á los desheredados, que sufren la desigualdad de nuestro régimen, esclavos, esclavos de la República. ¿Dónde está la República? Damos una buena gratificacion á quien la encuentre. ¿Y el famoso sistema republicano? Huyó junto con ella como la sombra trás el cuerpo, porque es su forma, no quedando de ambos sino la etiqueta, como dijimos anteriormente, ó sea sus nombres en la Constitucion, los documentos públicos y timbres oficiales, resultando todo el gobierno general, en el fondo, monárquico, absoluto, centralista y centralizador, brutal, impío, cruel, humillante y ridículo, y, exteriormente, puro papel pintado, que solo sirve para papel higiénico, y la prueba es que se adelantaron á limpiarse con la Constitucion y todas las leyes.

Sigamos con nuestros presidentes. Ensoberbecidos por el poder, y sugestionados por los hechos, imagínanse que mandan por derecho divino. Algúnos, juzgándose por su alta posicion, créense los ciudadanos superiores, y si no se hacen coronar, tienen todo el amor de los reyezuelos degenerados á las vanas exterioridades. Sin la nocion más lejana de sus deberes, se sienten mejor en las fiestas y paseos que en los acuerdos, rodeados de sus ministros y tratando los graves asuntos del Estado. ¡Oh, la banda! Deliran por ponérsela, y disparan del sillon de Rivadavia, Sarmiento y Mitre, como si no supiesen qué hacer, y en tan lamentable vacío, es inútil, de lástima, proponerles una idea de progreso material

siquiera, porque les tienen horror. No hay tales acuerdos. Allá, por la muerte de un Obispo, se reune el gabinete, y si no le imponen su opinion, se convierte en una tertulia. "El Presidente no puede recibir á nadie. Está muy ocupado. ¡Está de mal humor!"—exclaman los adulones, — y yacen adentro perdiendo lastimosamente el tiempo del *público* en charla tendida con jóvenes alegres. Son los que más los divierten, y como han llegado allí *cansados*, creen que no deben hacer nada, y gritan con toda conciencia: "¡Qué no entre nadie!" Como el ejemplo cunde, lo mismo pasa con los Ministros ó peor. Es curioso lo que sucede con cualquier ciudadano, apenas es nombrado Ministro. No sabemos lo que tiene la tal Casa. Por sólo la accion mortífera de sus fuerzas, debería llamarse Negra. En cuanto entran á su despacho, cierran la puerta y se ponen á jaranear con diputados oficiales, políticos y reporters, á quienes adulan, porque en tal vida artificial, sin ideales ni principios, los vínculos no son el deber y el derecho, y cuanto más arriba, quizá séase menos libre. ¡Y en las antesalas hay una multitud de ciudadanos verdaderamente distinguidos é importantes, que van por sus asuntos, ¡y algúnos, en años, no han podido ver al Ministro! Cuando se llevan á su casa un expediente para *estudiar*, es seña de que no será despachado. Una vez, nombróse, para tan altas funciones, á un ciudadano por recomendacion de familias de provincia, porque tocaba bien la guitarra, y otra, una señora, exasperada ante una espera infinita, empuja la puerta y entra, y vé á S. E. roncando, — aturdiendo, con sus ronquidos, la soledad del despacho, — y lo peor era que amenudo se repetía la siesta, que el ordenanza velaba con disculpas. "¿Y los espedientes?" "¿Qué espedientes?" ¡Qué inocente eres! ¡Qué se despachen sólos!

Congreso.

Este poder, en vez de controlar la accion del Poder Ejecutivo, para constituir el gobierno constitu-

cional, conviértese en *sostenedor*. Los senadores y diputados sólo mantienen relaciones con él, en pago seguramente de sus nombramientos y de las recompensas políticas. Cómplice en la absorcion de las libertades, es tambien su socio en la posesion y goce del gobierno, y en su ciego apoyo, ha sustituido al ejército de línea, pero sin la fidelidad ingénita de nuestros soldados, porque da la espalda al gefe en cuanto los sucesos lo conmueven. Al pueblo, no lo conoce ni de vista, y como éste desconoce su representacion, lo considera su enemigo, porque tiene que vivir de él y contra su voluntad. Este divorcio produce en los congresos ira contra el pueblo, y aquéllos, en vez de representar los derechos é intereses populares, no se ocupan sino de crear oficinas, sueldos, empleos, pensiones y jubilaciones. Las líneas estan tendidas y la oposicion bien marcada entre los dos campos.

Nada de libertades para propender á la civilizacion y felicidad, sino aumentar el presupuesto para esclavizar más al pueblo. Es el secreto, para que no se levante. Es la primera rémora para salir del pantano financiero. Se opone á toda economía propuesta por el P. E., y en su furia de gastos, le ha usurpado sus iniciativas, aumentando empleados innecesarios para colocar partidarios. La vez pasada, el P. E. quiso regenerar la administracion de Justicia y encaminar á la juventud por rumbos más prácticos, para salvarla, en el porvenir, del proletariado Intelectual, á que la condenan, con funesto perjuicio del erario, las carreras liberales, y se opuso terminantemente, como si por estos dos caminos solamente no marcháramos al precipicio. Hé aquí un mandatario contra el mandante. Esto solo daría derecho para rebelarse,—pero como no hay tal mandato.. .... De vez en cuando, los legisladores, en medio de esta actividad destructora, pronuncian uno ó dos discursos que estremecen los nervios como cantos de gallo á media noche, reflejando, por su estilo hueco, el espíritu enfermo de una sociedad decadente. Chínganse cual cohetes voladores. Nada más produce, ni menos tampoco, y el país no saca otra cosa. Ahí están, para probar esta aser-

cion, los Diarios de Sesiones, que no valen la milésima parte del precio de su impresion, y el Presupuesto, que es lo único que sanciona, déjalo para lo último, á fin de tratarlo á la lijera, ó, mejor dicho, no tratarlo, para que salga todos los años más abultado y enorme. ¡Siempre contra el pueblo y con el Ministerio!,—y si alguno de sus miembros llegara á iniciar una reaccion económica ó política, sería despedazado ó tomado por demente, porque no se concibe que nadie vaya contra el órden de cosas que lo creó, por más que sea desórden. Esta es la lealtad y el juicio en política.

En los grandes debates, versen sobre lo que fuere, ¿acaso vence la verdad, fundada sobre la necesidad ó la oportunidad? Nó; si no se trata de algun proyecto de ley ruinoso, sancionado de antemano por una mayoría preparada,—¿quién creis? ¿Acaso el de más argumentos y razones? Nó;—el que habla mejor,—el que consigue más aplausos de la *barra*,—porque hasta la barra, con su sujestion pública, gobierna entre nosotros,—el que la prensa elojia más, por ser amigo, pariente ó mayormente simpático,—el que produce más efecto,—ruido,—por sus maneras, gestos, melena, etc., etc. Aunque fuese un torneo, para juzgar del mejor orador, Vds. comprenden que no es la manera de tratar las altas cuestiones del Estado, que envuelven su fortuna, su hacienda, su sistema rentístico, su soberanía, su instruccion, sus libertades, etc. etc. Así han sido derrotados los proyectos de leyes más urgentes é importantes. No es que con semejante sistema mejor *efecto* produciría una banda de músioa,—desde que en vez de convencer, trátase de agradar,—sino que así se ha dotado inutilmente al país de escuadra y de ejército, de emprestitos innecesarios y gravosos, de impuestos crueles, establecido el proteccionismo, desmembrado el territorio, intervenido en las provincias, derrocado gobernantes, nublado el porvenir de la juventud etc. etc,—y el pueblo, ó mejor dicho, el público,—así deberíamos llamarlo en adelante (es más propio, porque los pueblos son entidades concientes y soberanas), y el público, decimos, como no conoce ni de vis-

ta la verdad, sino la apariencia pintada y cubierta con el velo brillante, lée, y, ansioso de libertad, aplaude, porque cree que esas frases huecas son de derecho, justicia é ideales, y sobre todo si se toca el himno nacional...

Las relaciones entre el Congreso y el P. E. son la mejor historia de la vía crucis de la Constitucion, y ¡qué parlamentos! Si entrais por antesalas, os parece, por la aljarabia, humo de cigarrillos y olor á café, que es un club, y si vais á la barra, no conoces, salvo uno que otro legislador, á nadie, á pesar de ser *tus* representantes. *¡Pobre Patria . . . .* !, sales exclamando, porque recuerdas los congresos de las peores épocas, compuestos siempre de ciudadanos ilustres y respetables. No figuran el talento, la ilustracion y el carácter de las provincias, que aun existen á pesar de haber muerto del Carril, Gorostiaga, Avellaneda, Rawson, Alberdi, Sarmiento, Torrent, Achaval Rodriguez y cien otros,—ni la intelectudlidad de la Capital, que le ha dado el renombre de cerebro de la República. Si hubiéramos de definir al Congreso, diríamos que que es un Comité político-oficial.

No hay Gobierno

Unidos de tal manera estos dos poderes espúreos, y que por sí sólos componen todo el gobierno político, no hay vida constitucional, ni principios, ni ideas. Es inútil hablar de ideales. Bajo el punto de vista internacional, la diplomacia en Europa no existe. Podrían intentarse relaciones políticas, á fin de producir el intercambio comercial y se tuviera en cuenta nuestra existencia, para ingresar en el concierto universal,—pero nó,—queda reducida á formar la cola en las fiestas

y ceremonias, y en América, donde tiene intereses políticos, no se ha mancomunado á los demás pueblos por el vínculo de la solidariedad, que nos habría hecho prepotentes y representantes de las repúblicas hermanas y de los ideales americanos. Estamos solos en este continente, y en Europa, para empréstitos y compras, nombramos Comisionados. Interiormente, no se piensa en reaccionar, aun estando al borde del abismo, y si se tocan problemas económicos, financieros, de inmigracion, agricultura, comercio, instruccion pública etc. etc., si no descubren algun fin especulativo, que la prensa ataca duramente, sobreviénenle temblores al pueblo, que teme alguna combinacion cerebral que lo perjudique más todavía. Se explota la cosa pública, ni más ni menos que si fuera una mina, y el asunto principal es la política, es decir, la sustraccion al pueblo de su facultad soberana. El P. E. sostiene al Congreso, y el Congreso al P. E. *Do ut des*; hé ahí todo el gobierno: un contrato en que el *sostenimiento* mútuo es la convencion originaria.

El goce de los beneficios, aunque cause enojos, es secundaria, porque está librada á lo que se llama viveza ó arrebato, y, algunas veces, es marchanta. La política viene á ser así, por esta doble razon, la manera predilecta de vivir, porque se obtienen, sin trabajo, sueldos, honores, jubilaciones, y, múchos, hasta estátuas, porque la gran comedia se hace en nombre de la Constitucion, con documentos oficiales, salvándose las formas. ¿Cómo se desarrolla la representacion? Como la de tantas comedias malas: á fuerza de claque, que aplaude y aturde en ausencia del verdadero público, y como al día siguiente los diarios han dicho que todo pasó perfectamente, tiénesela por obra maestra. Agregad algunos discursos pomposos de los espectadores, plagados de florones, citando á Norte América, Inglaterra, Story y Blackstone, y teneis la ciencia agregada al entusiasmo patriótico. Este es el tablado de la polítlca. Poned ahora de por medio, en esta ignorancia y mistificacion profundas y universales, el interés personal, es

decir, que los millares de espectadores son otros tantos pretendientes á sueldos, pensiones, honores y futuras glorias, y tendreis bien explicado el *caso* de algun patriota que, sugestionado por el trombon y los platillos, salta á la escena y echa, de su cuenta, un discurso. El cree, como múchos que lo aplaudieron, que fué debido al patriotismo desbordante, pero, por las facciones, conocióse que el hambre lo arrebató. Estos raptos, si no llevan al manicomio, dan con el entusiasta en el presupuesto, porque, apreciada y pesada su accion, es prometedora de otras mejores, y el autor, á los pocos días, aparece disfrazado de Oficial 1°, Secretario ó Comisario, según sus disposiciones sedentarias ó arbitrarias, para que los hombres, como las piezas de una máquina, sirvan de instrumentos inconcientes de este estado de verdadera revolucion permanente.

El gobierno, sin embargo, llama revolucionario al que pretende cambiar este estado artificial de cosas... Así, en medio de la más farsaíca fantasmagoría, se perpetúan estas situaciones ilegales, sin más títulos que las de haberse creado..., y para los actores, el enemigo no son los detentadores del poder y de las libertades públicas, que han condenado al pueblo al trabajo, sino Norte América, Inglaterra ó cualquier otro país poderoso ó vecino, por afan de expansiones territoriales, y el público, que hace de coro, dice amén, y el ardid patriotero rueda....... "Hay un gobierno que defiende la patria"—dicen,—y como la patria nació de la Independencia, creese que depende únicamente del extrangero. A la *licencia*, término desconocido en la ciencia, llámase, á imitacion de España, exceso de libertad, cuando no es sino una forma de la tiranía de tódos, y todas las demás tiranías, que hacen la vida insoportable, imposible, se consideran muy naturales, por ignorar lo que es libertad y compararse con las del pasado. ¿Ha desaparecido la patria por este abandono de tódos? Nó; nada muere en este mundo, sino para dar vida á otro organismo, y por la teoría de la evolucion, el patriotismo, ese sentimiento que vincula á la patria; conviértese en patriote-

terismo, forma más lógica y conforme con esta degeneracion de la política, como la máscara es más propia de los días de Carnaval. La forma no es distinta del fondo; es *su* perfíl,—como el carácter lo es del espíritu,—y así como la verdadera política sólo puede cubrirse con las formas austeras, severas y enérjicas del derecho, la ilejítima envuélvese, como la meretriz, en un velo brillante, salpicado con las estrellas de la patria, para ocultar la terrible verdad de su monstruosa fealdad. De esta subversion, ha nacido, para sostenerla, la hipócrita frase: "La verdad no se puede decir."

La Casa Rosada no es el Capitolio, sino una agencia nacional de empleos, con el letrero, en su frontis, de un partido, donde acuden, jadeantes ó cansados, pretendientes de todos los puntos de la República. ¿Quereis nada más impropio que un presidente, gefe de partido? El gobierno es para hacer administracion y no política. ¿Y qué dices, lector, de los comités provinciales, compuestos del gobernador, ministros y empleados superiores, en domicilios oficiales, y donde se reparten las posiciones públicas? ¿Habeis visto nada más repugnante que un comité parroquial? Así, la gente más séria apártase, por estos procedimientos, de los cenáculos de sus mismos partidos,—la política es exhalacion mefítica, y los átrios, al fin, vienen á quedar en manos del oficialismo ó de los pretendientes. ¡Se levanta el telon!

Mi Administracion

La Lógica, esa la ley natural que todo lo domina, impide que haya Administracion. Los puestos públicos principian por convertirse en moneda electoral, y ante las recomendaciones ó empeños caudillescos, nada valen el talento, la ciencia y la honorabilidad. Pocos son

los empleados que se contentan con los respectivos sueldos, y si no ascienden enseguida, se los hacen aumentar en el Presupuesto. No hay ley de sueldos, de empleos, ni de empleados; las vacantes se llenan arbitrariamente, y la carrera administrativa, que es la mejor mejor escuela para el Gobierno, queda desprestijiada, muerta. La diplomacia, inutilizada por su personal, es, por la mayoría, ridícula en el exterior, y el cuerpo consular está compuesto, casi en su totalidad, de extrangeros. El espíritu del empleado termina por oficializarse, y en vez de cumplir administrativamente con sus deberes, comete el anacronismo de hacerse partidista. Sintiéndose más seguro en su puesto á medida que es más partidario, la Administracion conviértese en el cuartel general de la política.

Felizmente no hay nada que hacer, porque los presidentes más honorables, impulsados por un espíritu de economía, han declarado que no se puede hacer nada, para evitar que las obras públicas se convierten en más focos de negocios. Sí, si no se ha de reaccionar, es mejor no hacer nada. ¡Recuérdese la pasada prolongacion de ferro-carriles, en que los políticos eran concesionarios de durmientes! No se hace un puerto, un ferrocarril, un muelle, un puente, ni un camino,—no marcha un expediente, si no es por influencia,—y ahí está la Administracion, como una locomotora apagada...... ¿Creis que, en cambio, favorece al que presenta algun proyecto progresista? Presentad vuestra solicitud, y vereis que si no anda por empeños ú otros resortes más indecorosos, contra los que la prensa clama de Enero á Diciembre, duerme el sueño eterno bajo el peso de la horfandad. Estas son las únicas fuerzas que hacen marchar la Adminisfracion,—y si se ejecuta alguna obra material, es entre las protestas de los diarios, que ya presumen el triste fin. No es capaz de hacer bien ni estampillas de correo, salvo que, por viveza, les ponga mala goma. Todos los adelantos son obra de particulares ó del capital extrangero, que no han hallado, en medio de la bien venida del público y de la prensa nacional, más enemigo que el Gobierno.

Todo está preparado para que no se haga nada. Las oficinas parecen clubs, como si se amueblasen más para bailar. Muchas están casi vacías, y la mayor parte de los empleados yacen paseando, con licencia ó prestando sus *servicios* en otra parte. Nadie está; pero son infaltables á la hora del té y á cobrar el sueldo. ¡Y qué falsa idea de la autoridad! El público es tratado camo esclavo. Hay gefes de oficinas que insultan y pretenden pegarle, y tinterillos dánle con la ventanilla de la mesa de Entradas en el rostro.

Cuando el comercio y las industrias pasan, por su accion retardataria, por momentos críticos, se hincan y le imploran ¡por Dios! que no haga nada, temoroso de su absoluta incapacidad ó de alguna medida especulatica de carácter infernal. Todo lo esperan de las fuerzas de la naturaleza, y despues que sus esfuerzos y sacrificios los sacan á la orilla, el gobierno pónese orgulloso,—cree que los ha salvado, y así se lo repiten tambien los adulones,—y en premio, prepárase á imponerle nuevos impuestos. Su gobierno es la Providencia.

¡Si los dejaran siquiera librados á sí mismos, tranquilos! ¡Qué verguenza! La ganadería y la agricultura, que son las industrias nacionales y que han suprimido los saldos internacionales, no le deben sino persecuciones y trabas. Todo el sistema rentístico consiste en perseguir al que trabaja, para que viva la oligarquía oficial, llamándose, muy seriamente, renta al conjunto de impuestos de un pueblo esclavo, empobrecido y de un comercio fundido. Son numerosos los impuestos dobles é inconstitucionales.

Esta série de actos, convertidos en sistema, constituyen un obstáculo tan grande para el progreso como los que oponía España durante el coloniaje al comercio y la navegacion. Si no existiera, de por medio, el interés venal, diríase, por lo contraproducentes, que domina la Inquisicion. En ese mundo vacío, todo es nada, y personajes acartonados se reblandecen, ocupándose seriamente de repartir empleos. Es la más alta funcion del Estado. No hay bibliotecas, y sobre los escritorios, en

vez de diccionarios, enciclopedias y obras de consulta sobre política y derecho administrativo, no vése sino el Presupuesto. De esta manera, poco á poco se han formado varios presupuestos: uno de muertos,—otro de jubilados,—un tercero de pensionistas, y un cuarto de subvenciones por docenas de millones á cuanta Sociedad y Hermandad reales y fantásticas, además del ordinario, colosal é inútil por su esterilidad.

El pueblo, por falta de libertades, ha exclamado varias veces, en sus crísis económicas: "¡No puedo más!", y en vez de aliviársele, contesta el oficialismo: "¿Y cómo va á sostenerse la *Administracion!*,"—es decir, *eso* que hiede y á que se le quiere imprimir un carácter sagrado. Es tal la arbitrariedad, que cuando un empleado es indigno, en vez de destituírsele, le jubila, y nómbrase, en su reemplazo, á otro peor, por ser pariente ó paniaguado. A esto llámase, con toda seriedad, compromisos. . . !

Política interior, inmigracion, colonizacion, instruccian, justicia y demâs ramos, que, en cualquier gobierno regular, son fuentes de progreso é ideales para engrandecer la patria, se convierten, por el epicureismo reinante, en palabras huecas ó pretestos para trasponer fines incalificables. Y así como en la vida argentina, los sufrimientos no terminan en la tumba, el gobierno nacional, despues de saquear al contribuyente, sin beneficio público de ninguna especie, lo pasa al provincial, y éste, imitando el ejemplo, á la Municipalidad, donde las cosas, á medida que ruedan, van de mal en peor. ¡Oh, la Municipalidad! ¡Es otro gobierno dentro del Estado! El ideal es idéntico: sacarle lo más posible al contribuyente, aunque se arruine en seguida, quedándose sin impuestos, como si fuese un enemigo extrangero, que se hubiese apoderado de la administracion al sólo objeto de hacerse pagar los gastos de guerra y abandonarla luego. Si las ideas políticas acostumbraran subir al poder, diría que dominan las de la Comuna, porque el sistema es esencialmente comunista: ganas cinco,—pues dame cuatro. Esta es su ley, su divisa. Este nuevo

género de autoridad, que ha surgido en estos tiempos subversivos, ha inventado impedirle todo al ciudadano, y aun satisfacer sus necesidades en su propio hogar sin prévia licencia (1). Como es para crear nuevos impuestos, dígnase otorgarla si se le paga lo exijido; si no, quedais peor que sitiado y sin poder disponer de lo vuestro,—y el público cree que, porque es por medio de papel sellado y atacando su bolsillo, que con estas confiscaciones modernas no se viola su propiedad. ¡Cuántos ciudadanos no dejan de poner fábrícas, industrias y casas de comercio por los numerosos é injustos impuestos, prefiriendo irse á otro país ó solicitar un empleo! ¿Y los que no edifican por el costo exajerado de la *licencia*? Sostengo que tales autoridades son, por la imposicion de sus ideas personales, los verdaderos enemigos de la administracion.

Ni Justicia

Vamos al Poder Judicial. No forma parte del Gobierno, ni es independiente, sino una oficina más como el Correo ó la Policía. Aquí viene lo sério, porque se puede vivir bajo el régimen monárquico, sin votar, ni administracion,—pero no sin justicia. Este vacío es tanto más lamentable, cuanto que nuestro país, desgraciadamente, es de aquellos en que, por falta de educacion social, las personas más ilustradas no pueden conversar ni discutir sin injuriarse, se llevan armas y se hiere y mata con la mayor facilidad. En la campaña y ciertas provincias, se deguella como quien toma un vaso de agua. El desayuno, en cuanto abrimos los ojos, es la

(1) Refiérome á numerosas ordenanzas que impiden satisfacer necesidades domésticas y exíjese licencia al solo fin de cobrar impuestos.

crónica más universal de delitos y crímenes, desde la reyerta escandalosa hasta el rapto, estafa, robo, envenenamientos, infanticidios, asesinatos, descuartizamientos, etc., etc., y apesar de tanta criminalidad, que exije severidad hasta el rigor, no hay,—volvemos á repetirlo,—justicia,—principiando por *no* aplicarse la pena de muerte, cuando Rossi ha demostrado que es el único remedio contra las sociedades enfermas.

Es tan erróneo el concepto de la justicia, que muchos jueces creen que es de éllos,—una cosa particular, de la que pueden ó no disponer,—á punto de que en varias Cámaras de la República es inútil que vayan en apelacion causas sentenciadas á la última pena, porque algunos de sus miembros las *revocan* por *sus* opiniones religiosas, en vez de renunciar,—lo que no impide que en un ejército donde se aplican *indebidamente* á cada paso castigos corporales, sea fusilado un pobre soldado lleno de glorias ó quizá un conscripto (un ciudadano armado), porque ejercitó el *deber* inalienable de defensa propia contra la agresion injusta y arbitraria de un superior y de salvar su vida que el Creador le *obligó* á cuidar. Este estado permanente de impunidad, sembrado de injusticias, suele sublevar la prensa, y el pobre encausado más á mano, sin la inteligencia, ilustracion y conciencia de Castro Rodriguez ú otra fiera de este jaez, paga en el banquillo, indudablemente su alevoso crímen, pero no en nombre de la justicia absoluta, para satisfacer la vindicta pública, sino de una ráfaga de hipocresía social, que protestó, en su histerismo,—y la justicia criminal, dueña de la vida del semejante, sólo es tal y merece tal nombre á condicion de ser igual para tódos.

Principiemos por la principal,—por la justicia de paz, porque está relacionada, precisamente por su menor cuantía, con las necesidades más íntimas del vecindario: la habitacion, el desalojo, la alimentacion, etc., etc. No existe. Hace algunos años brilló un instante á modo de fuego fátuo, por ser letrada, y como si la comuna estuviese destinada á principiar por carecer de este pan diario de la justicia, volvióse al sistema antíguo, sin otra satisfac-

cion pública: *que no había producido resultados.* ¿Esta fatalidad es acaso obra de la voluntad conciente, que no quiere justicia? Debe ser así, porque, en este mundo, los pueblos no tienen lo que necesitan, por que *no quieren.*

¿Cómo es posible, en estos tiempos donde se desconoce el patriotismo de servir á la administracion, tener buenos jueces, con obligaciones exactas, fieles á su deber y sin sueldo? ¡Con que con pingues sueldos no trabajan los empleados! Ahí estan los juzgados. Desconocidos de los vecinos, cuando tienen la desgracia de necesitarlos, es un triunfo hallarlos. Se encuentran, al fin, en la piecita de alguna casa de altos, cuando deberían estar cual kioscos en media calle. ¿Será porque no tienen lo que deben: justicia? Os encontrais con la puerta cerrada de la piecita, y en un papelito pegado en los vidrios, léese que el juez solo dá audiencia *dos ó tres veces á la semana, una ó dos horas.* En la casa, no hay quien dé más razon. El Papa recibe más. Vais al fin á horas inapropiadas, dejando vuestros quehaceres, y si teneis la fortuna de hallar, despues de vanas tentativas, abierta la ansiada puerta, os encontrais, por lo general, con que el Juez no existe, y un escribiente, que dragonea de secretario, hace de tal. El da audiencia, toma declaraciones, despacha, y aquél, en su casa, firma. Es el mejor de los casos, porque se trata de algun vecino sério, afincado, que no quiere molestarse en atender personalmente sus funciones; pero asista ó nó el Juez, ahí están los vecinos, empujándose en el patio en apiñada muchedumbre,—únos, como propietarios,—ótros, como inquilinos, demandando por alquileres ó pidiendo el desalojo,—tódos, sean almaceneros, comerciantes, industriales, obreros, lavanderas, planchadoras, etc., etc., deseando entrar, por sus intereses, en la ansiada pieza, mientras las aves negras se pasean encorvadas por el patio, con sus luengas melenas y chambergos hasta los ojos, gozando ante el pueblo que pide justicia en vano, porque, por su degeneracion, él es la llave. Ahí están las montañas de espedientes, no en armarios, sino arrojados en los rincones. ¿Y los espedientes que desaparecen? ¿Y los documentos que no se acompañan, por temor de ser sustraidos?

El Juez principia por no ir; no hay suficiente personal, ni tiempo para tanto trabajo; la menor cuantía del asunto lo expone mayormente á cualquier influencia, y el desconocido, sea ó no propietario, queda burlado, si no se pone en manos de un ave negra, que termina por envolverlo en un lío, del cual no se sabe al fin quien es el demandante ó demandado, y le compromete más sus intereses. Es tan absoluta la ausencia de justicia, que personas honorables, de elevada posicion, se *dignan* subir las escaleras en favor de tal ó cual asunto, y sea por la política ó relaciones sociales, para que se corte el hilo por lo más delgado; si no, son bastante egoistas para quedarse en sus chillonas mansiones,—y como las víctimas son al fin pobres diablos, todo no pasa de clamoreo,—pero extrangeros, por lo general, llegan á Europa los écos de las injusticias, que tanto contribuye á despretijiarnos y detener las corrientes que se esperan para salvarnos económicamente. ¿Qué persona séria puede salir de un juzgado de paz sin avergonzarse! . . . .

Pasemos á la justicia ordinaria, porque la de paz, aunque se liga con el pan, el agua, el aire, el sol, la habitacion, el alquiler, el desalojo, el propietario, el inquilino, la carne, el almacen, las provisiones y el pago de las pequeñas cuentas, que constituyen las múltiples necesidades de la vida, no es conocida y apreciada aun, por escasa civilizacion de la poblacion; basta con que sentemos lo que está en la conciencia pública y repite la prensa á cada instante: los Juzgados de Paz no responden á su alto fin social.

En el capítulo primero expusimos dos casos en que la propiedad y la vida son víctimas de nuestro sistema institucional. ¿Quiérese, en efecto, país donde estas dos prerogativas fundamentales estén más desamparadas? "¿Qué falta?",—me he preguntado tantas veces ante los irritantes eiemplos de impunidad . . . ¿Policía? Si no es la *mejor del mundo*, como se ha permetido aseverar algun diarejo patriotero, es de nuestras mejores instituciones, porque conoce su oficio y sabe dar caza á los delin-

cuentes. Raro es el que se escapa. "¿Dónde está el vacío? ¿No hay Jueces? ¿No están bien rentados? ¿Porqué entonces no hay justicia?", — me he dicho, desesperado más de una vez. La vida está librada á la pasion sublevada de cualquier degenerado, que exclama: "¡Lo voy á matar!",—y queda muerto un ciudadano superior, padre de familia, . . . Va á la cárcel,—pero la cárcel no es la justicia. Tan es así que á los pocos meses, vemos al criminal por las calles, presentando nuestra sociedad el espectáculo de ser víctima de los asociados inferiores, porque sólo los inferiores é ignorantes se manchan de sangre por no haber domesticado su fiera interna. En cuanto á la propiedad, ya lo sabeis: es asechada y perseguida por los pleitistas.

Los delitos de injuria y calumnia no se castigan; los jueces, por clemencia, son los más interesados, en el juicio de conciliacion, que se compensen mútuamente ó se den excusas,—quedando así el honor de las personas, del hogar y la familia á merced de la audacia y de las malas costumbres. La mayor parte de los robos y estafas se sobreseen, presentando nuestra Capital el espectáculo de un presidio libre con sus millares de reincidentes.

A la Penitenciaria sólo van los que han hurtado carteras y pañuelos, ó cometieron sus crímenes bajo la fatalidad de la degeneracion, del alcoholismo y de la ignorancia. Sostengo, en tales casos, que el primer culpable es el Estado, porque el pueblo, compuesto, en su mayoría, de colonos, agricultores, labradores, pastores, ganaderos, industriales y obreros. sudan sin descanso para que con sus impuestos se eduque é instruya á los pobres para salvarlos del error y convertirlos en séres útiles. El sentimiento de justicia estalla y el espíritu se indigna cuando se piensa que para éllos no más son las celdas deshonrosas. ¿Habeis paseado por sus galerías? ¿Habeis visto por las ventanillas algun rostro conocido? Todos los días anuncia la prensa, por lo menos, un infanticidio; son trescientos sesenta y cinco al año..... ¿Donde están las miles de presas por haber co-

metido el horroroso crímen de asesinar á sus propios hijos?

Nadie será bastante osado para negar que el hombre *decente*,—como se llama al que lleva levita,—no encuentra más clemencia en los tribunales. Nada tan curioso como cuando uno de estos sátrapas cáe entre rejas. Media sociedad va en carruaje, de levita y galera, á visitarlo. "¡Esto no puede ser!"—exclaman muy seriamente,—porque están sugestionados por la impunidad, é hicieron la Penitenciaria sólo para los desheredados. Tódos se ofrecen de fiadores; los abogados le buscan la vuelta á la ley; son vistos los Ministros y el Presidente, y al fin sale, porque la cuestion es la libertad y no el honor, y éllos sólos son libres. Estos triunfos de la injusticia, que averguenzan y dan ganas de llorar la libertad en un rincon oscuro, han tomado la forma algunas veces, despues de convertir la Penitenciaria en una romería, de ruidosas manifestaciones sociales con golpes de boca y pito catalan á nuestras leyes. Hasta el matrimonio, que es un sacramento, háse violado algunas veces, decretándose su nulidad, para obtener el efecto práctico del divorcio absoluto.

Y como pasa siempre con las injusticias, no son los presos los que sufren la consecuencia de la pena, sino sus familias, que quedan privadas, desde ese día, de su amparo, destinadas á arrastrar socialmente la verguenza y el dolor para terminar en la prostitucion ó el crímen. ¡Esto es pagar, por falta de organizacion social, justos por pecadores! A mal principio, peor fin. ¿Y cuántos, despues de purgada la pena, no han quedado años *olvidados* en las celdas, no hallando, al salir, ni familia, ni bienes, ni el recuerdo de las calles? ¿Y los numerosos encausados que las Cámaras, en sus visitas, han hallado con sus causas paralizadas hacía años? ¡Infelices!,—exclamareis,—pero ciudadanos, ciudadanos útiles, porque sostenían al Estado con su trabajo, y, por una aberracion del egoismo contemporáneo, compatriotas y hermanos. ¡Para qué hablar de la pena de muerte! Sólo existe para éllos, para estos esclavos de

la República que son arrastrados desmayados, con los ojos vendados, á un banquillo, más para calmar la *opinion* en las crísis de justicia, que para satisfacer el el castigo social, y si algun decente cáe concientemente en el crímen, se aceptan los reconocimientos médicos, que dan libertad con patente de loco.

¿Dónde están las personas distinguidas que la prensa presenta todas las mañanas como autores de innumerables estafas y falsificaciones? Todo queda entre gallos y media noche, pero al día siguiente los veis, no solo en las calles, sino en los mejores círculos y salones. En cuanto á los ladrones del Tesoro público, es un honor, un lujo verse perseguido por la prensa, porque la vanidad, con tal extravío de criterio, goza con la popularidad, mientras la Administracion, por una falsa solidaridad, echa tierra sobre el desfalco y se hace el silencio de la impunidad. ¿Y los delitos contra la propiedad? No existen,—porque si os es hurtada, teneis que *reivindicarla*, mientras que si es mueble, podeis acusar y avergonzar al delincuente con la justicia criminal, sancionándose así, por la desigualdad aristocrática, el lujo en el crímen.

Tódos tienen derecho á demandaros; por cualquier causa ó ninguna podeis ser turbado en el goce de vuestro dominio, y cuando menos lo pensais, sois notificado. ¡Un pleito! En una sociedad organizada, séria, sería la más grata de las satisfacciones probar inmediatamente vuestro derecho, hacerlo triunfar para la vindicdicta pública, concurriendo, con el castigo del bandido social, al mayor respeto de la propiedad,—pero nuestros tribunales son un infierno. Sabeis cuando entrais, pero no cuando, ni cómo saldreis. ¡Adios tranquilidad del hogar! La chicana, los procedimientos, las influencias y los testigos falsos del contrario os quitan el sueño, y si no teneis que entregar, despues de varios años, vuestro hogar, sales perdiendo algo más: la salud, y mueres en la miseria entre la familia doblegada por el dolor, que se desbanda á errar y caer vencida. Poséese lo propio hasta que no es robado, y la muerte que, en todas las

sociedades, es el descanso, el silencio eterno, orijina una segunda época de penas terroríficas, porque si cerrais los ojos con un patrimonio, fruto de una lucha terrible dominada por la economía, las aves negras, á favor de unos procedimientos inquisitoriales y de una justicia impasible, irresponsable ó cómplice, arrebatan á los vuestros hasta el último centavo, si no cometen la cínica ironía de dejaros deudores todavía. Desarróllase entonces el drama social más profundo, terrible y característico de esta época sin igual, que principia en el sepulcro para terminar en el prostíbulo ó los manicomios, si la Providencia no salva á las inocentes víctimas. La muerte, ese instante en que, por ser el último, debería ser plácido, reconciliatorio con la humanidad, es desesperante, horrible, porque se sabe que seráse robado.

Se vive mientras no se es muerto, pero con la conciencia de la inseguridad, hasta que un accidente desgraciado no descubre, con su terrible realidad, el profundo abismo velado por los oropeles y vanidades de una existencia efímera y artificial. Y guardaos bien de acusar á quien mató á vuestra esposa ó hijo, porque si perdeis la causa, aunque hayas probado el crímen, os va aparejada una demanda de daños y perjuicios. Esta, sí, está perdida de antemano, porque el asesino está declarado inocente, y tú, un infame calumniador. Por esta evolucion, el cuadro, como en una escena, cambia: él, que era un petardista, convertido, con vuestra fortuna, en poderoso,—y tú, en la calle,—y si eres pobre, preparad vuestro pellejo para secarlo en la cárcel.

¿Qué hay en la magistratura? ¿Clemencia ó severidad? Ambas cosas, como en la administracion que exime de multas al poderoso, y es inexorable con el desgraciado. Esto es lo terrible. No necesito hacer la sicolojía de este Estado, porque me basta este hecho: se violan las leyes,—y en medio de este mundo de impunidad andan los calumniados abatidos, golpeando en vano las puertas de la justicia ó de la prensa para probar su inocencia, despreciados, para poder vivir con patente de honorabilidad, hasta que caen doblegados por el dolor en el

sepulcro, y ¡asombraos: ¡despreciados por los ladrones públicos! No veo en el horizonte ningun rayo del sol de la libertad, porque cuando la Europa, que debe, por su mayor civilizacion, mejorarnos, trata, en defensa de algunos de sus hijos, de obligarnos, por la vía diplomática, á hacer justicia, para crearla de una vez y nos sirva despues á nosotros mismos, la prensa más séria, que la ha negado escandalosamente de Enero á Diciembre, niega, es decir, miente; da la espalda á su pasado, y como el último politiquero, llega, en su patrioterismo, hasta falsear los hechos, declarando que nuestra justicia es tan buena como la mejor del mundo, para volver á emprender la campaña al día siguiente y probar, con hechos concretos, que no hay justicia! Estas propagandas, si no son mercantiles, llueven sobre mojado, porque el pueblo, por su propia experiencia, conoce desgraciadamente la existencia de semejante vacío, y si logran impresionar la opinion, sublevando la mojigatería, las Cámaras son las primeras en probar que el despacho está al día,—como si no se tratase de males más profundos y superiores á los hombres, porque reposan en los procedimientos y las costumbres, que no han querido todavía principiar á regenerar. ¡Y el público queda muy satisfecho, porque entiende tanto de justicia y libertad como de cazar monos! Diré lo que Buckle, al salir de España: "¡No hay esperanza, no hay esperanza!",—porque la barbarie está en el pueblo. ¡Es él, por su carencia de sentimiento de justicia, su propio tirano!

Este estado es tanto más grave, cuanto que en los pueblos sin educacion social, ni respeto á las leyes, la justicia, por la mayor abundancia relativa de delitos, debe ser más celosa y extricta, y como hay menos que en ninguna república hermana, proverbiales por la inseguridad individual, porque prosiguen todavía la vida mansa y tranquila del coloniaje, resulta que, en libertad personal, estamos más abajo que en Nicaragua. En esas sociedades familiares, por otra parte, casi no se abonan impuestos. En el Paraguay, por ejemplo, no existe el de Contribucion Directa, que entre nosotros, por abonar á la Municipalidad los de alumbrado, barrido y limpieza,

no puede significar sino justicia. No acierto con quien compararnos, y sería, *bajo este punto de vista*, una injusticia con las épocas de Rosas ó Urquiza, porque si fueron dueños de vidas y haciendas, por las extraordinarias que *les dieron*, la seguridad personal era cien veces mayor: se cruzaba toda la campaña con cargamentos de oro sin temor alguno, y si un paisano encontraba un pañuelo ó una cartera, los tomaba con las puntas de los dedos, los colocaba en el poste más próximo é iba lijero á dar parte á la Comisaría. Enemigo nato de todas las tiranías, aborrezco los tiranos; es el único odio respetable del alma,—pero los liberales modernos, por querer, debido á hipocresías históricas, anular estos hechos, dicen que se producían de miedo. El derecho nada tiene que ver con la intencion, porque es un *hecho*, emanado de la vida social; tampoco se trata ahora de éllos, sino de los que se producen actualmente por la falta absoluta de temor á las leyes, porque á la justicia hay que tenerle miedo, terror, sobre todo las personas incultas. La campaña tiene un alto fin: la produccion; necesita la seguridad individual como el pan, y cada vez que voy á Entre Rios, no oigo, en vista de las irregularidades de todo género que se cometen, sino clamores por haber desaparecido el General Urquiza. ¿Con quién comparar nuestra época? ¿Con los indios, con las tribus nómades?...... El salvaje, si os da la mano y hospitalidad, os ampara, os defiende, y al muerto, entiérralo con sus prendas. "¡Son crímenes de la civilizacion!", —direis; nó, los crímenes de las civilizaciones que no son tales. Esto es lo que deseo que comprendais. Es nuestro error fundamental, porque vivimos engañados,—y lo peor es que no engañamos á nadie. Debido á ello la Europa cierra los ojos ante el clima, la produccion, los adelantos materiales y los discursos, y nos exije justicia, justicia, y justicia pronta y barata, como la principal muestra de civilizacion. Me refiero á la Europa civilizada; en cuanto á la salvaje, que vive allá en cuevas, en cárceles ó infestando los puertos, va al infierno, porque no sabe lo que es seguridad, ni lo que es carne.

Cuanto relatamos se empeora á medida que nos

alejamos de la Capital, y por una aberracion nuestra, cuanto más al interior, es decir, cuanto más necesaria es la justicia, tanto más es nula. En ciertas partes, los crímenes y delitos impunes hieden como peste. Ahí está el reciente asesinato del Dr. García en Santiago del Estero, burlado por complicidad de la justicia, y la viuda, por nuestro estado verdaderamente embrionario en materia de civilizacion, tiene que ver su trajedia de sangre y lágrimas convertida en comedia. Léase el libro titulado: *Cien Procesos Notables*, por Rafael Hernandez, publicado en 1891, donde *pruébase* que *por culpa de los Jueces* no existe justicia en la Provincia de Buenos Aires. Y sus numerosas localidades la desean, pero estrechadas por el Juez de Paz, el Comisario y el Intendente, viven sofocadas moralmente y perjudicadas altamente en sus intereses. La justicia, en vez de ser la garantía de la campaña, donde sólo se produce, es persecucion y azote.

Agregaremos, para completar el cuadro, que muchas veces la misma justicia se convierte en criminal. ¡Es cuanto se puede ver! Hay miles de casos frescos en la memoria pública. Entre los recientes, pueden citarse las bárbaras crueldades de la Cárcel Correccional de Menores, el de Tallarico, etc., etc., y en la campaña, las policías, agentes de la justicia, persiguen, apalean á los colonos y tienen en su personal criminales reincidentes, amparados por la misma autoridad por política ó compadrazgo. Hasta hace poco existían cepos en las Comisarías y se han arrancado declaraciones con torturas. ¡La Inquisicion!

III

Resultados Políticos y Económicos

Este es, á vuelo de pájaro, el estado de nuestro país,—bien lastimoso por cierto,—y como no lo encaramos en vano, sino para oponerle remedios y se salve del abismo, veamos los resultados que ha producido políticamente. Principiemos por los de carácter político y económico,

El gobierno es para estudiar y darse cuenta de las necesidades públicas, á fin de ponerse á su servicio,--porque es su instrumento nato; despues vienen las aspiraciones, la conquista de los ideales, que hacen de él una mision, un destino regenerador que embellece la vida y despierta el orgullo nacional. Entre nosotros, se cierran los oidos y los ojos á todas las exigencias,—olvídase que el Estado carece de las bases fundamentales,—que no hay libertades personales,—que sin éllas no se puede existir,—y la vida argentina, á pesar del tiempo, de los cambios presidenciales y los adelantos materiales, sigue lo mismo, ó, mejor dicho, peor, por el aumento de la poblacion y el materialismo invasor. Hasta ahora un Presidente se ha dado cuenta de esta mísera situacion, y ha dicho: "¡Es necesario crear la justicia, porque sin justicia no hay seguridad, ni derechos!",—creyendo que sea producto del tiempo, la han esperado con la boca abierta, mientras las corrientes inmigratorias de resíduos de razas inferiores, plagadas de reincidentes y carcelarios, han contajiado el ambiente y aumentado la criminalidad. Lo mismo digo de todo lo demás: política, poder electoral, administracion, etc., etc., que están en el mismo grado de descomposicion. Ya los gobernantes no hacen programas. Tienen alto desprecio por la opinion, y si los hacen, los violan. Toda esta degeneracion y olvido de los deberes más elementales, se operan porque los gobiernos, para sostenerse, hacen política,—y volvemos á exclamar: ¡y qué política!

El gobierno, de esta manera, deja de ser institucion científica, y sólo puede ser analizado bajo el punto de vista de la Higiene. Examinemos, no obstante, los perjuicios políticos y económicos, que son los más inmediatos, para que queden constatados los males que produce y que su conjunto constituye un estado de verdadera tiranía. El liberalismo contemporáneo seguramente lo negará, porque no quiere entender que la tiranía, como la libertad, son efectos, y efectos relativos del mecanismo de las leyes en manos de los hombres.

El pueblo ha perdido su entidad política, y pasa á ser una muchedumbre más ó menos numerosa; los atrios,

que son la mejor escuela doméstica, porque con el *voto* se *gobierna* en las repúblicas, elijiéndose los mandatarios al poder, parecen cementerios, como que fueran tumbas de fracciones políticas y fusiladas por las fuerzas oficiales. El argentino ha perdido su ciudadanía, y sólo existe para las cargas públicas. Vota tanto como un carnero,—al menos, no vota más. ¡Votad!—dicen los políticos, ofreciendo la urna electoral,--sin fijarse que las fracciones han principiado por arrebatar al pueblo sus derechos. No hay política, en la humanidad, sin partidos, y al surjir desnaturalizada, el voto público, en caso de ser admitido sin riesgo personal, sería falsificado por las mismas fracciones en conjuncion con las autoridades que se han apoderado del poder; son sus posiciones, sus ambiciones, sus ideales, sus fortunas, sus vida, su pan, y no van á dejar arrebatárselos. Esta es, al menos, la conciencia popular, y el pueblo yace sin educacion política, sin ejercitar sus derechos, desarmado, inerme, perdiendo en la abyeccion su fuerza, y, lo que es peor, la conciencia de su soberanía.

Un pueblo solo es tal á condicion de gobernarse á sí mismo, en lo que consiste toda su libertad. ¿Dónde está, entonces, el pueblo? No existe, porque falta lo principal: el ciudadano. ¿Y la libertad?... Es imposible obtener pueblos libres sin ciudadanos libres. Esta situacion, que ha creado la esclavitud política, ha originado, por espansiones liberales, las revoluciones del 74 y del 80, dando lugar á un estado peor todavía: de marasmo y aplastamiento,—por la imposibilidad de reconquistar la soberanía. Este es el hecho, que abate al pueblo como una montaña,—y creyendo que no ha nacido para gobernarse, sino para ser gobernado por los que se apoderan de la autoridad, no piensa más que en trabajar y en los halagos de la vida material. Esto es vivir, en este mundo dominado por los principios y las ideas, sin alma, ni conciencia,—para ótros,—para los que condenan á la abyeccion. Esta es nuestra escuela política: el fraude y la inaccion,—y estos estados, han echado, en tanto tiempo, tan vastas raices, que la administracion pública es una aristocracia tan vinculada por preciosos intereses, que

los mismos gobernantes dependen de élla. El pueblo, en esta desgraciada situacion, no tiene más que conjugar tambien el verbo *sostener*, y *sostiene*, porque, de lo contrario, perdería la libertad de trabajar, sus ahorros, su hogar, y hasta la vida, que es lo único que le resta.

La mayoría, por otra parte, cree todo esto tan natural, que se conforma con hacer negocios, divertirse y vestirse bien, y en cuanto al gobierno, considéralo tan legal, que al primero que se levante lo manda con toda conciencia á la cárcel. Da grima ver la idea que se tiene de la autoridad, desde la cúspide hasta el último comisario de campaña ó tinterillo: existe por sí misma, y con absoluta independencia del pueblo. Despojado el pueblo de esta manera, todo hay que pedírselo á la autoridad: libertades, derechos, amparo, seguridad, y con *recomendaciones*, porque élla es la dueña absoluta de todo,—y si quiere, da; si no, rehusa y quita. Esta es la supresion de la vida política,—la condenacion, lisa y llana, al trabajo y sin apelacion,—la esclavitud, porque los impuestos son para que se perpetúen los mismos detentadores,—la supresion de la soberanía y la negacion de la conciencia nacional.

No hay que esperar libertades, sino las que se quieran dar á medida que se presenten las circunstancias, como si fueran remedios peligrosos. Para distraer al pueblo, ofrécense entretanto adelantos materiales,—con dinero ageno, generalmente de empréstitos,—pero como la civilizacion, en los pueblos, es moral, porque consiste en el desarrollo complejo de su alma, continúa igualmente atrasado, reducido al papel de *sostenedor* de su propia esclavitud, sin iniciativas, sin personalidad, ni carácter. El tiene un límite, marcado de antemano por la conveniencia de sus opresores,—pero éstos, nó, y han ido poco á poco avanzando hasta hacerle imposible la existencia. No hay gobierno, porque no es gobierno confiscar los derechos y las libertades; Constitucion, porque vivimos fuera de élla; Administracion, porque redúcese á no hacer nada y repartir empleos, y la justicia, es sólo para los que tienen influencia. Se quita, en vez de dar, y mejor sería que no existiese nada, y estuviésemos

librados á la defensa propia.... ¿Qué hay entonces? Impuestos,—nada más que impuestos,—y cuando no bastan, empréstitos.

Con esto bastaría para morir, como todo sér por falta de nutricion,—pero la condenacion al trabajo, en medio de la inseguridad,—la persecucion, por gabelas, y el abandono del comercio, las industrias y los intereses populares á todos los peligros, calamidades é inclemencias de la naturaleza, tornan la existencia en una expiacion. Múchos, en sus quejas terribles y profundas, han sacado de los tuétanos un resto de patrioterismo para exclamar: "¡Esto es pasajero!" ¡Mentira! Vamos, en todos sentidos, cada día peor, y así como en viaje al polo, la oscuridad y el frio aumentan paulatinamente, no débese esperar, por este camino, luz. ¿Sueña alguien en una meta iluminada por la gloria de las libertades, de los derechos, de la justicia y de la felicidad? ¡Fantasías! Es lójico pasar de la Independencia á la anarquía, y de la anarquía á la tiranía,—pero no de ésta á un estado desconocido científicamente, que se ha tornado, con el tiempo, insoportable, porque las tiranías y los tiranos existen á costa de la corrupcion y embrutecimiento progresivo del pueblo. Deberíamos haber entrado en seguida en un período de franca y sincera libertad, dando á las instituciones por base las costumbres, porque es orgánico y justo que trás de la noche, venga la claridad, y de la tempestad, la calma,—y necesitábase descansar de medio siglo de luchas, martirios y vejámenes. "Poco á poco", —direis; perfectamente, pero no para atrás. Hay algúnos que á los críticos de este estado, que anhelan el restablecimiento de la verdad, les llaman impacientes. Preguntaré á estos retrógrados: ¿cómo hubieron libertades y derechos durante el Ministerio del Valle? Porque principióse por proclamarlos. Aquellos cuarenta días fueron un pampero constitucional, y el oficialismo, al ver erizadas las bayonetas en los hombros del pueblo, escandalizóse, sin pensar que eran las mismas que el gran tribuno arrebató á las provincias y salían á la calle para brillar al sol de la libertad y reconquistar el sistema federal. No era sino la sugestion del peligro, como en el naufrajio,

porque créese que esta situacion anormal se ha legalizado por la prescripcion. ¡Ah, el patrioterismo! Quiero matarlo para siempre con esta calificacion: ¡es la mentira del verdadero patriotismo! Se sale de la anarquía y la tiranía, pero no se evoluciona por el fraude, la mentira, la injusticia y la inseguridad, que se solidifican cada día más, formando este estado de esclavitud, desamparo y persecucion, que, jurídicamente, es un cáos incalificable. Cuando un patriota se espanta ante el aumento de los delitos y là relajacion de las costumbres, no falta algun patriotero que quiera explicarlos por la evolucion, —y yo digo: ¡no se evoluciona en nada por el crímen! La teoría de que la corrupcion pública corre parejas con el progreso material, es cierta, y prueba elocuentemente que la civilizacion es moral, y consiste, como dijimos, en el perfeccionamiento complejo del espíritu social. Es como la cuestion de las inmigraciones.

Tan deséase empeñosamente que esto se perpetúe, que la juventud, única fuerza que podía salvarnos de este abismo, la educamos, con el consentimiento mismo de sus padres ó tutores, para que nos reemplace en este derrotero de fines pavorosos. Estamos formando generaciones de empleados, que en vez de libertar al pueblo, servirán para aumentar el servilismo y esclavizarlo más en el porvenir. Cualquier sociólogo que viniese á estudiar nuestro país, vería que vamos á la ruina, la bancarrota y la disolucion social, porque no hay, interior ni exteriormente, elementos de reaccion. Si fuese una cosecha, podría esperarse de la lluvia, y Dios abandona á los pueblos á su genio y libertad, consistiendo su felicidad en el aprovechamiento de sus dones y los poderosos elementos de la naturaleza. ¿Quién ha dicho que el gobierno pueda ser extorsion, azote, plaga? Ahí están los intereses populares: abandonados, heridos. El crédito exterior, agotado, so pena de ofrecer garantías reales que nos lleven á la intervencion extranjera, y el interno, con el saqueo de los bancos oficiales, desmoralizado. Sólo ciertas naciones poderosas pueden importar sus capitales, para perjudicarnos despues con los drenajes de oro, y la nacionalidad ha sido llevada en las

plazas europeas hasta la humillacion. Intimamente, ya nadie exclama con orgullo: ¡soy argentino! Se ha aumentado enormemente el Presupuesto, incluyendo empleados y oficinas inútiles; se han contratado empréstitos innecesarios, derrochádolos, y elevado la deuda externa á suma inverosimil; el oro prestado fuése, quedándonos, en cambio, la deuda, y el país ha quedado como una escuadra encajada en el hielo.

Sin otros recursos que los internos, y decididos á seguir adelante, principióse á crear impuestos. Inventóse el proteccionismo, en perjuicio siempre del consumidor y de las mismas industrias, que yacen casi expirantes. Háse sembrado el país de impuestos internos. ¡Siquiera fuesen para crear un fondo de conversion ó redimir la deuda!,—pero nó,—para elevar sueldos y crear empleos inútiles. La moneda se depreció, valiendo hasta menos de la cuarta parte de su valor escrito, y las transacciones, por falta de confianza, terminaron por completo. Cayeron cientos de sociedades anónimas, fundadas al flujo del oro extranjero; la propiedad raiz ha quedado estancada, y sin justicia, recargada de impuestos, nadie la quiere para sostener al fisco y que vivan inquilinos gratuitamente. Junto con las compraventas, terminaron todos los contratos. En cambio, no hay trabajo. Las corrientes de inmigracion, en que se quiere fundar el porvenir, han cesado por completo; cientos de miles de inmigrantes, por falta de ocupacion y carestía de la vida, han retornado á sus hogares, y así como el gobierno, no halló, agotado el crédito externo, más mina que el pueblo, millares de ciudadanos, no tuvieron, por no dedicarse á tareas agrícolas, más amparo que el Estado. Las influencias violan hasta la Constitucion, y con las recomendaciones, se ha duplicado el Presupuesto. ¿Vencimos acaso á Chile y nos adjudicamos las minas de Tarapacá? No señores,—no tenemos más que el sudor de un pueblo exhausto.

No se quiere rebajar un impuesto, ni aun los adicionales, creados con pretexto de la guerra con Chile, habiéndose reducido todas las rentas á la mitad. ¡Qué hagan más bien los ciudadanos cesion de bienes y se

suiciden! "¡El cementerio es bien grande!",—parecen exclamar. ¡Qué quiebren el comercio y las industrias! Ahí están; no se vé sino este letrero en las calles más centrales: *Liquidacion, Liquidacion,* presentándose las casas vacías como fauces hambrientas. En 1902 hubo quiebras por valor de cincuenta millones de pesos. Lo más justo sería alivianar la carga; tal se procede en los naufrajios, para salvar el buque, y el último arriero con la bestia; el gobierno, no señores; no rebaja un peso. "¡Adelante!",—exclama,—aunque se vaya á la intervencion extranjera y revienten tódos,—y cuando se le apura mucho, contesta con el estribillo: "¿Cómo van á sostenerse los empleados?" Los empleados deben sostenerse; el pueblo, nó. ¡Qué lógica! Lógica oficial,—y cuando la prensa combate los males, el oficialismo defiende al gobierno á capa y espada; tódos tienen la culpa: hasta Dios y la Providencia,—menos él. Desaparecidos los temores de guerra, exclama: "¡Es la aftosa!" Desaparece, y grita: "¡Son las inundaciones!" Van las aguas al mar, y la culpa tienen los puertos británicos; se abren,—somos favorecidos por cosechas espléndidas, y el país sigue lo mismo: estancado.

Pregunto: ¿han nacido los pueblos para ser víctimas de los gobiernos? ¿Porqué los han de perjudicar entonces!

¿Qué le falta al gobierno? Renegar del pasado, entrando de lleno á la vida constitucional, para restablecer el equilibrio político y económico. Por eso la Europa civilizada, con Inglaterra á la cabeza, viendo que todos los males agenos á la voluntad del hombre han desaparecido, dice: "Ahora es necesario que disminuyais los impuestos, rebajeis el Presupuesto, aboleis el proteccionismo y asegureis la justicia..."; ¡pero es inútil!... Estos gobiernos, agenos al pueblo, solo pueden vivir contra el pueblo, construyendo, con estas anomalías, su base, que son, á la vez, los obstáculos insuperables de la civilizacion. Resulta de aquí, que el gobierno, en vez de ser el pueblo gobernándose, sea antagonismo, lucha constante por subyugarlo y vivir á sus expensas, y en lugar de amor y respeto, le profese odio y desprecio. Toda su

autoridad está fundada, como la del amo, en el terror,—salvo los que tengan influencia, para hacer este mundo más injusto.

Ya no hay luchas parlamentarias, polémicas en la prensa, conspiraciones, ni conatos revolucionarios. El gobierno es el primero en burlarse de las leyes, y el derroche sucede á la economía proverbial del pasado. Todo se espera de la providencia, y poco falta para que nos hagamos fatalistas como los Indus. Nadie quiere hacer nada, ni mezclarse en nada, y aunque se ansían las libertades, nadie rodearía al regenerador patriota que viniese á salvar á tódos. Y fuera de las ciudades, donde se desarrolla este drama desesperante de la agonía de la voluntad humana, yace un pueblo de millones de hombres, encadenado como Prometeo, esperando un grito de la ciudad para cambiar la azada por el fusil y reconquistar sus derechos; ¡pero la ciudad está enferma!.... Se ha enfermado de la voluntad, precisamente por falta de accion, porque la vida es movimiento. Es su ley invariable y fatal. La campaña, doblegada por los impuestos, trabaja, y la ciudad, que es el cerebro, la dirije,—¡y el cerebro está enfermo! . . .

Así está gobernado, en pleno Siglo XX, este pueblo noble, generoso, virtuoso y el más grande de la historia moderna: rebelóse contra la madre patria, pero para libertar, en nombre de la democracia, naciones vecinas, desmembrando su propio territorio; leal, caballeresco y desprendido hasta el altruismo en la vida internacional, no ha exhalado una queja ante los fallos de sus diversas cuestiones, no siempre ajustados á la historia y extricta justicia; piensa y siente con el alma de la humanidad, y siempre con las grandes causas; lleva en sus entrañas ideales americanos, y tiene la conciencia de su grandioso destino; la guerra del Paraguay la convirtió en hecatombe de sus generaciones, para arrancar el vestijio de la última tiranía de América; de consumidor, háse vuelto proveedor de los mercados europeos,—de importador, exportador,—ha inclinado á nuestro favor la balanza internacional, y en quince años ha creado la agricultura, que produce doscientos millones de pesos anuales. Carece de seguridad personal, y cuando un ciudadano es atacado en su honor, hogar y familia, no tiene

más justicia que el duelo. El duelo, ¡otro delito!,—pero el único recurso de las sociedades sin justicia y educacion social. Medid el abismo: ¡qué miseria! Como las finanzas dependen de la política, resulta que no hay economía ni parsimonia en los gastos,—y lo peor es que no hay hombres. ¡Ni hombres siquiera! La política es como el clima: no puede ofrecer sino productos propios. ¿Qué puede producir esta época inconstitucional? Hombres que se habrán servido mucho á sí mismos, pero á quienes el país no les debe una sola libertad y derechos. Entretanto, los de principios é ideales quedaron rezagados, perseguidos, y hoy, que es necesario reaccionar, para poner las cosas en su lugar, se exclama: ¡no hay hombres! No hay hombres,—y con razon,—y el pueblo sufre hoy las consecuencias, no teniendo quienes se pongan á su frente. Los existentes, criados y formados en esta época, no sirven sino para continuarla con ó sin acuerdos; por más talento y sabiduría que tengan, son inútiles para una reaccion; estan además desmonetizados, y nadie les cree, y el pueblo sufre tan desplorable vacío, por haberse dejado arrebatar su propio gobierno. En cuanto apararecían caracteres ó modalidales personales, los mismos que los ascendían hacíanlos á un lado, y si era necesario, los perseguían y anulaban. Parece extraño tal sistema en una política de despilfarro. Generosa con lo ageno, y desconfiada de todas las posiciones, ninguna de las pasadas administraciones ha formado estadistas como Elizalde, Rawson, Costa, Laspiur, Ocantos, Avellaneda, Plaza, Leguizamon, etc. etc., sino mediocridades ó intelectuales que ansiaban brillar en la vida pública.

¿Y las fracciones? Si son simplemente pretendientes, se componen de futuros empleados, que prefieren entregarse al oficialismo á correr las contínjencias del trabajo, donde hallarían la soñada fortuna.

Pensando una vez que este sistema de administracion podía ser peligroso hasta para la salud de los habitantes, me dije que, por su desidia, podían desarrollarse epidemias que arrojara á tódos en el sepulcro. Las aguas corrientes, por ejemplo,—agregué,—pueden infeccionarse, y ¡hé ahí una manera rápida y expeditiva de envenenar la poblacion! Sería un lógico final administrativo. ¡Ni adivino que fuera!

En ese mismo instante, veo que, por filtraciones del arroyo Maldonado, se han contaminado los depósitos de agua filtrada. Tal lo han declarado los análisis científicos, y por la manía de los procedimientos escritos, todo se ha reducido á un espediente, que debe estar bastante abultado. Tiene ya varios meses, y el agua que *bebemos* sigue infeccionada, y seguirá hasta que termine el expediente.... Este es el extracto de la desidia y de la España en América!

Así como en criminalojía, dícese: *Cherchez la femme*, en política búsquese el hombre,—porque es el que crea los hechos, los sucesos y los acontecimientos, que constituyen la vida y la historia nacional,—y dada tal época, tales hombres. Hombres de principios, fué el Dr. Rawson, y de ideales, el Dr. del Valle, y juzgados con el criterio oficial dominante, no dudo que al primero se le considerará un imbécil, y al segundo, un loco. No sé si estos hombres tienen una figura peculiar, pero desde que desapareció Don Juan Cárlos Gomez, no veo caminar por nuestras calles un político de principios. Resultado líquido: tenemos un presupuesto general de doscientos setenta millones, comprendiendo los provinciales,—hemos prolongado un pleito internacional, que hace diez, quince ó veinte años púdose terminar con mejores pactos aun, por convertirlo en el pretexto de gastar quinientos millones de pesos,—hemos despilfarrado cincuenta mil leguas de tierra pública, y se ha vendido la patria, porque con mil millones de pesos en deudas, jamás será libertada! Todo ha desaparecido: hasta la nacionalidad,—y al mirar al rededor, no vemos en la playa sino los restos del naufrajio. Para reconstruirnos fáltanos, en el cielo nublado del cerebro, la lumbre de las ideas naturales. ¡Manes de la patria, salvádnos! ¡Sombras de Sarmiento y del Valle, ¡inspiradnos!

IV.

Efectos Sociales

Todavía se puede vivir, porque la patria es como el buque: no débese, en los momentos de peligro, abandonar hasta lo último; pero los efectos sociales emanados de este

incendio, causado por la quemazon universal de los principios, garantías, prerrogativas, libertades y derechos de un pueblo, ha formado una atmósfera tan pesada, densa y agria, que sofoca, da tos y naúseas. Diremos un contrasentido aparente: los desastrosos efectos de la política, no son políticos, sino sociales, porque nacen de las relaciones entre los individuos y se tornan intolerables, inaguantables. Todos los fenómenos que hemos analizado, se han condensado, y como nuestro planeta que, en su principio, fué un cáos, se han solidificado, constituyendo esta época contemporánea. En 1874 y 1880 hubo levantamientos, que originaron batallas y miles de cadáveres, pero simplemente en nombre del sufrajio. Despues no háse tratado de destruir este mundo, falso como el cúmulo de mentiras que sustenta y le sirve de base, y la política declaróse impotente. Fué entonces que los políticos, producidos por las exijencias de una existencia cara, dura y difícil, crearon el Acuerdo. Si hubiese sido para gobernar con el oficialismo, ¡viva la concordia entre humanos!............ Existe tambien la Equidad en la region de la justicia, — pero á parte de que dejaba intactos los falsos fundamentos, redújose poco á poco á la concesion de unos cuantos puestos públicos, que solo beneficiaban á los ocupantes, quedando sin bandera, y el pueblo, sin defensor de sus derechos é ideales. Todas las fracciones, siguiendo la misma evolucion, fueron á parar á los acuerdos materialistas, y el pueblo espectador, mirando el triste fin de tantos programas y declaraciones, díjose tambien: "¡no hay quien deshaga lo creado: ¡es omnipotente!"

¿Dónde está la oposicion? ¿Dónde está, sobre todo, la oposicion que necesita este régimen? ¿Dónde estan los puritanos? Tan desgraciada conclusion, ha llegado, á fuerza de perpetuarse, por popularizarse, vulgarizarse y formar conciencia pública, y el último individuo, que no quería correr con los riesgos del trabajo libre, entraba en la política, sea en el oficialismo ó en los acuerdos,—porque hay múchos,—para obtener empleos y demás prebendas, sin fijarse que en cambio se despojaban del derecho de combatir al gobierno, que en las eras de esclavitud es el

derecho soberano, porque es abdicar del sufrajio y renunciar á la reconquista de las libertades. Un pacto: en virtud del cual los pretendientes entregaban al gobierno *la ciudadanía* por los goces simplemente administrativos, porque el Acuerdo no ha gobernado nunca. El gobierno hizo siempre lo que quiso,—y semejante contrato, en materia de principios, estando de por medio las libertades y el porvenir de la patria, es un signo de decadencia moral. El personalismo sucedió á la autoridad,—el sensualismo, al cinismo,—la política contaminó el ambiente, y las ideas, con él espectáculo de la cosa pública, cambiaron,—las costumbres se relajaron y tódos se fueron trás los dioses de este nuevo paganismo.

¡Así la política orijina desastrosos efectos sociales! Las virtudes privadas huyen trás las públicas,—la moral desaparece,—los sentimientos se atrofian,—los vínculos se aflojan, y la avaricia es el motor de la máquina social. Si los principios y las ideas resucitan como fantasmas, se les recibe á carcajadas, y se consideran preocupaciones de antaño, errores. ¿Qué ofrece, en el imperio de la subversion, la verdad? Miseria. ¡Atrás honestidad! ¡No sois sino harapos, vergüenza ante el lujo dominante! ¿Qué importa cómo se obtuvo? Solo se rinde culto al éxito, y si fueramos á averiguar su oríjen, múchos se enrojecerían. ¡Silencio! ¡Gocemos!,—y en estos tiempos científicos, no faltan filósofos que exclamen: ¡es la evolucion! El hombre es bueno ó malo, segun se eduque. La sugestion sustituye á las tradiciones, —la perversidad nace,—el alma se debilita, se desmoraliza, —todo es falsedad, mentira,—la verdad es perseguida,—la honorabilidad y seriedad, ridículas, y la vanidad, el desenfado y la insolencia se muestran sin descaro, completando la sintomalojía sicolójica. Se excitan los sentidos inferiores á costa de los nobles, frontales, y como la sociedad, á su vez, vuelve á ser la fuente originaria de los elementos políticos, surjen de las confiterías y carpetas los gobernantes, mientras los conciudadanos de talento, científicos y patriotas quedan despreciados en su hogares ó arrastran avergonzados sus pasos por las calles. ¡Lógico, desde que no gobierna la ciencia, sino el sensualismo! Tódos se van: ¡hasta los fuertes y los apóstoles!,—y el oficialismo, ante

cada apóstata, canta victoria, porque la habilidad es tambien corromper y dejar solo al pueblo. Es inútil hablar de ideales, derechos y deberes y aun de patria,—y como no hay creyentes, fácil es creer que se urde un nuevo negocio.

¡Adios filosofía é historia legendaria! El convencionalismo sustituye á las tradiciones; todo es bueno,—hasta los delitos, explicándose, se justifican, y bórrase la línea que separa la vida pública de la privada. El Estado es el Arca de Noé de este nuevo diluvio, y se rejistran las cómodas, para exijir, con viejos documentos é impidad de extranjeros, el pago de servicios agenos y prescriptos, que si los antepasados resucitáran protestarían, porque, más patriotas, los prestaron gratuitamente. Y por la *evolucion*, vuelve á venir de arriba el ejemplo, y las moratorias y las quiebras suceden al honor mercantil; las firmas se falsifican y se niegan en juicio,—el comercio, las transacciones y los negocios, son, salvo raras excepciones, estafas y cuentos del tío,—las profesiones, fuentes de explotacion, y los médicos inventan operaciones, se pelean por los enfermos y los tramitan como á espedientes. Cada úno hace su negocio á su manera, y como es hurto toda demasía, la conciencia abdica, y los abusos de confianza revelan que el crédito y los instintos sociales desaparecen. Salvais á vuestro amigo de treinta años del suicidio, hipotecando hasta el pan de vuestros hijos, y so pretexto de que faltasteis al funeral de su ridícula suegra, enójase para siempre y os deja en la miseria.

¡Un terremoto social!,—y de las grietas, surje un vaho...... que hiede y marea. Por la *evolucion*, sube á las cumbres, y los gobernantes, ahogados por la rarificacion, vacilan tambien. .... ¡"Aquí morimos tódos!",—exclaman. La anarquía se produce cual acceso en la agonía, y los pocos ciudadanos representativos, inspirados por la conservacion general, se reunen para evitar el cáos, y despues de largos conciliábulos nocturnos, donde la soberanía pasa por todos los contratos, anúnciase al fin del balcon que *todo está arreglado*, que *tódos* pueden retirarse, es decir, que la grey siga sudando tranquilamente para pagar impuestos. "¿Y el pueblo?" Ya os he dicho que él, precisamente, está fuera

de las ciudades, y esto pasa en las calles del corazon de la Capital y á los resplandores de la luz eléctrica. Vuelve la *evolucion para abajo*, y la vida, arrastrada por el tiempo, continúa. A pesar de aumentarse diariamente el Presupuesto, á costa solo de impuestos, los empleos, por la inmensidad de peregrinos, van siendo cada vez más escasos. Todos los corrillos son Puertas del Sol, y se habla de política, es decir, de lo que se entiende ahora por tal: medio de introducirse en el Presupuesto. La Justicia, los ferrocarriles, los Bancos, los parlamentos, la Instruccion, la Policía, cualquier ramo es igual, y así vemos los espectáculos más repugnantes: ciudadanos que pasan de la magistratura á un directorio de Banco ó de Ferrocarril, ó viceversa,—de un puesto á otro opuesto por su naturaleza,—demostrando que ni para su propia vida tienen ideales. La cuestion es un sueldo, empeñados en sustraerse á la ley del trabajo; si lo consiguen, se ensoberbecen y desprecian al que no es empleado; si no, deprímense,—entréganse á una oposicion personal, concretada á hablar pestes de los gobernantes, y su cerebro, á una vida especulativa, tratando de crear ideas que valgan puñados de oro. Las crónicas sociales se concretan á suicidios, duelos, pleitos, en medio de jubilaciones, pensiones, banquetes, placas de oro, albums, discursos á tinterillos y todas las formas del delirio ambicioso...... oficial.

La oligarquía, por esta *evolucion*, transfórmase en verdadera aristocracia social. Es la gran victoria del oficialismo. Tódos quieren ser empleados, y los mejores, al ver que no gobiernan las facultades superiores, ni las tradiciones, ni el carácter, ni el patriotismo, se disfrazan de dandys y se enorgullecen. El petardista quiere ser más que el poderoso,—el protejido, que su protector,—el ignorante, que el sábio, y el vago, que el profesional,—y la gratitud no existe. Cada uno es juez de su propia importancia, y múchos, creyendo no dársela suficiente, terminan, en su egoismo, por tratarse lo menos posible, á puros saludos, con unos saludos de tres tiempos, importados recientemente. Nadie quiere visitar, ni que lo visiten, sin embargo de asaltarse hasta por los fon-

dos las casas de los ministros para mendigar de rodillas empleos con cartas humillantes de recomendacion. Ya no hay expansiones, y el ciudadano se concreta á cuidarse, sabiendo que no hay seguridad, ni justicia; oculta sus bienes, mientras las aves negras estudian sus títulos en los archivos, y conténtase con los placeres materiales y vestirse lujosamente para imponerse con la apariencia. La gente anda airada, desconocida, alzada. ¿Cómo se vive?—preguntábame hace días un notable ciudadano. Así, mintiendo,—mintiendo tódos en todo,—adulándose todas las pasiones, preocupaciones y aberraciones que nos devoran, enloquecen y ridiculizan, y rindiéndose culto á todas las exteriodades, con completa abstraccion del mérito intrínsico. La posicion es el empleo, respetándose más por el bien ó el mal que pueda inferirse, y tódos se sienten desamparados, tratando de evitarse peligros, porque se considera la época como un lote de la suerte, á manera de la anarquía ó de una peste de lepra. Todo marcha bien; háblase de la Opera, paseos, de cosas alegres, y nadie se atrevería, ni aun bajo el peso del dolor, á referir la infamia caliente del viejo amigo, porque tódos la considerarían muy natural. Ya no hay infames, sino tontos. Dentro de esta profunda desorganizacion, uno de los personajes sobresalientes es el flamante ladron público, que sale á la calle, altanero, con la galera echada atrás, desafiándoos con la mirada. El convencionalismo, dále, atemorizado, la vereda, porque al verlo, entre las persecuciones públicas, libre, imajínase que debe tener mucha influencia,—y quien no lo saluda, es considerado díscolo, intransijente, que, en la jerga social, significa loco. Hay que transijir hasta con los delitos, respetar la impunidad y sancionarlas con nuestra condescendencia, so pena de expatriarse ó encerrarse en el hogar.

¿Cómo se tratan? Es la primera pregunta que ocurre: delicadamente, como á palos de gallinero; ótros se toman con pinzas, y se preguntan muy seriamente por la importante salud de la Señora suegra, que los tiene calvos y canosos á disgustos. Vívese sin pensamientos, ni esperanzas, y para no aparecer como una sociedad sin ideales, algúnos se refujian en la historia, créase el patriotismo ó cometen

la farsa de adorar á alguien. ¡Qué apuro si el muerto, fresco ó viejo, no merece estátua! Vése á los panejiristas, parientes ó idealistas, desesperados, proponiendo, en su honor, coronas fúnebres, nombres de calles y otras *glorias*. Se envidian los entierros pomposos é inmerecidos, y no sé cómo, en este delirio ambicioso, no se han inventado funerales á lo Enrique VIII, para gozar de la fruicion de la inmortalidad, ya que la vida subjetiva no existe y se ha nacido hueco. Y cuando la muerte nos libra al fin de algun vampiro social, fínjese dolor. "¿Háse visto qué pérdida!" —exclaman tódos sin mirarse, por no descubrir la falsedad del rostro,—mientras los ciudadanos dignos, envueltos en la virtud de la modestia, son llevados al cementerio en medio del desprecio público y por sus deudos solamente. Encúbrese, con una fría hipocresía, todas las llagas, vicios y pasiones que nos carcomen. ¿Y la nube de rateros, estafadores, cuenteros y petardistas que os persiguen á millares en la calle, en el trabajo y en vuestro descanso? Amase vestirse á la inglesa,—pero nada más que vestirse, violándose todo lo que sea ingles por la extrictez y cumplimiento de los deberes, y la prueba es que los trajes fiados abundan que es un contento. En esta universal comedia de séres lívidos y fríos, algúnos creyendo que sea un Carnaval, permítense aparecer pintados. ¡*Art nouveau*! Esta no es la sociedad argentina, ni la de Buenos Aires!

Todos las manifestaciones sociales llevan el estigma de la degeneracion, que la filosofía modernista insistirá en llamarlas de evolucion. La diplomacia en la política es chismografía, intriga, hasta traicion; la disciplina administrativa, adulacion, servilismo, y en la sociedad vemos prendidos de raiz el anarquismo, el comunismo, el socialismo, el clericalismo, el fanatismo, nepotismo, escolasticismo, huelgas y demas cánceres de los viejos pueblos latinos. La ciencia y la literatura, animadas por la vanidad, tienden más á impresionar que á convencer; sin sus ideales altruistas, tienen más fines mercantiles, cuando no son políticos, y el estilo, si se entiende, es amanerado, hueco y palpitante de inconciencia, contrastando con el de los nobles cerebros retirados que piensan y escriben solos, y son el orgullo de nuestra intelectualidad. La mitad de los días

son de fiesta, con grave perjuicio de la administracion, del trabajo público, del comercio, de las industrias y de la juventud. Resultado: cincuenta años de nuestra vida son un siglo de los países libres; vivimos la mitad de éllos, arrojando la otra mitad del tiempo en las fatalidades que nos devoran. ¡Parece increible!; no existe en toda la República un colejio sério, capaz de instruir un niño de una manera racional, siendo todavía, para un padre, irresoluble este problema, á pesar de tanto pedantismo escolar.

¿Dónde está Dios? Como un sol entre nubes. Las sombras nos rodean, y quien afirma su existencia, queda, en esta época de sábios, completamente desacreditado. El mejor de los libros es arrojado á un rincon en cuanto nombra al Creador, la Providencia ó da á entender que existe una vida ulterior, porque los lectores más reposados creen que se confunde á Dios con cualquier sacerdote de conventillo. La relijion, ese conjunto de relaciones entre la criatura y el Creador, fundadas siquiera en la gratitud, no existe, y está minada por el ateismo, la duda, el dilettantismo científico y la ignorancia. ¿Existe el alma y su inmortalidad? No se piensa sino en el presente y en lo material, quedando la parte moral, con sus facultades é ideales, relegada al desprecio. Sólo existe el cuerpo, para arrojarlo, agotado, á los gusanos. Estos son los resultados de de nuestra ciencia, las conclusiones á que ha llegado el *pensamiento* argentino en su vida de banquetes,—y como se enseña con la realidad,—¡qué ejemplo dáse á la juventud! ¿Cómo creerá en la patria, si se la desmoraliza y ultraja cual si realmente no existiese ó fuésemos inmigrantes? ¿Cómo va á pensar y sentir, en este desbarajuste, á manera de la Oxford *y* Cambridge? Es imposible, porque nadie puede sustraerse al medio ambiente. Tódos, con un franco egoismo, no tratan sino de salvar su vida y la de los suyos, como si estuviésemos en naufrajio permanente, y atropéllase virtud, tradiciones, derechos, deberes, libertades, principios é ideas. ¡Abajo la máscara!,—y los buenos, los mejores muestran pasiones de la bestia humana.

Lo que más llámame la atencion, en este zafarrancho, es la falsa idea de la vida,—profundamente triste, porque se concreta á lo material. Todo termina en la tumba y se

mira al traves de los intereses deleznables. La existencia es considerada una farsa, una comedia. ¡Lógico, desde que Dios no existe, ni el alma es inmortal! El alma se endurece, se enfría. ¿Dónde estan la familia, los hermanos? ¿Dónde, los compatriotas? Parece que se viajara al polo. ¡Ah!—los que hemos nacido en este suelo y no somos de ayer, el cambio arranca lágrimas. Todo se puede sufrir en brazos de los suyos, pero cuando la patria se va y la raza se desnacionaliza, el corazon pierde la entereza y cesa de latir. ¿Y qué decir del desarrollo colosal de la vanidad? La ingratitud nace, la insolencia se desborda y los insignificantes se ensoberbecen y se vienen á las barbas de los hombres superiores, porque son...........empleados. Busco la causa de estas excrecencias, y hállola en la política, que *oficializa* hasta el alma. El empleo somete y los pretendientes principian por aceptar la sumision. Refiérome principalmente á los qne hacen política en la administracion, y no á los técnicos, profesionales, magistrados y que cumplen su deber con independencia, sirviendo los intereses públicos,—y en esta vorágine, que arrebata las generaciones enteras, no veo fin, porque del hogar y la escuela, en que se educa el espíritu público, salen tódos formados para el funcionarismo.

Numerosos son los compatriotas que, por no presenciar este cuadro, en medio de semejante atmósfera, hánse expatriado, prefiriendo el egoismo europeo, regulado por la educacion y el respeto á los derechos individuales. París, Londres, etc., etc. constituyen hoy otras tantas sucursales de nuestra sociabilidad, que alimentan, con sus crónicas, la *Vida Social* de la prensa, porque el argentino háse criado en la sinceridad, en la franqueza, en el respeto á las tradiciones, en los ideales, y si se han extinguido tan nobles estrellas, los independientes se reunen como las golondrinas y vánse juntos á otra parte. Allí recuerdan la patria antigua, y si millones no emigran, es por sus hijos,—contrasentido, siendo Europa la personificacion de la ciencia, porque el mejor candidato para un cuento del tío es un sábio recien desembarcado en la dársena. Hay que educar á los hijos acá, para que se enteren de los procedimientos; no tienen otra defensa para salvarse,

y cuando se piensa cómo estará nuestra sociedad dentro de treinta años, terminadas ciertas facilidades y siguiendo este camino, siéntense escalofríos por su porvenir. Nada váleles la fortuna; tal vez es un incentivo para que se extravíen, y ante los inconvenientes del talento, ciencia y carácter, no aspírase sino á que sean *vivos*, sin caer en la pillería, para que se salven, como si nuestra sociedad llegara á ser un incendio Y muchos dicen: "No quiero un peso más de los que tengo, porque no estoy para trabajar para los forenses",—perjudicandose asi tambien, por falta de seguridad, el trabajo y la economía nacionales.

¿Y qué diremos del concepto del hombre público? No existe sino bajo la forma del empleado, es decir, del que, por su falta de independencia, no podría serlo nunca, porque la vida pública solo se concibe al traves del oficialismo. Como háse apoderado, por el presupuesto, del gobierno, créese que la política les pertenece tambien, y los escritores y publicistas, únicos que tratan, en defensa del pueblo, los intereses generales, son considerados unos entrometidos. Algunos esclavócratas quédanse boquiabiertos ante la independencia moral, especialmente cuando se ataca al gobierno ó el sistema de ideas que lo sostienen, porque extráñase más bien que no le pidan empleos. "¡Qué van á sacar! ¡Eso no es práctico!"—exclaman. No hay una hendija, entre tanta oscuridad, para entrever el patriotismo y la ciencia. ¡Hasta el cerebro se oficializa! Este mundo es un limbo,—y lo peor es que el pueblo cree lo mismo.

Si descendiésemos á la vida privada, veríamos una infinidad de detalles que la tornan más difícil y triste. No hay servicio doméstico, ni leyes que lo rijan; pócos saben su oficio,—tódos son aprendices de todo y maestros de nada, y en el país ganadero por excelencia, la carne es la peor y la más cara del mundo La fruta es para los ricos, mientras que antes, cuando éramos pobres, descargábase por un peso en el zaguan un carro de duraznos. Cuando hablemos algun día de la civilizacion moderna argentina, probaremos que su riqueza, por la desorganizacion actual, es miseria, porque es miseria que la tierra y los artículos de prime-

ra necesidad esten fuera del alcance de las inmigraciones y del consumidor, con perjuicio de la produccion y de la familia. Solo un poderoso puede tener hogar propio, porque el terreno solamente vale una fortuna, y un modesto sepulcro en el cementerio, para descansar despues de esta vida tan ingrata, veinte mil pesos!

V

Consideraciones Fundamentales

Este es el estado general de nuestro país. Solamente los enemigos de la verdad dirán que es incierto ó no ha debido decirse, para que continúe esta época de mentira que los sustenta y explotan,—pero los que estan al cabo de lo que sucede en todos los órdenes políticos y sociales, saben que no hago sino un perfíl,—lo necesario para dejar constatado que esto no es vida,—que así no se puede vivir, y apenas con detalles públicos y notorios, repetidos diariamente por todos los diarios de la república.

¿Cómo calificarlo? Dijimos que analizaríamos los hechos al traves de la ciencia, y ahora, despues de producidos, afirmamos que importan la más alta traicion á la República, al sistema federal, á la Constitucion, á los principios y las ideas. Hay una traicion más grande todavía, y es á la Revolucion de Mayo, porque nuestros padres no batallaron en vano diez años, pasando despues lógicamente por los periodos de la anarquía y la tiranía, para caer en esta época que, científicamente, solo puede llamarse de esclavitud. Es tan cierta esta última consideracion, que, políticamente, solo han venido á ganar las provincias de Banda Oriental del Uruguay, Paraguay y Bolivia, que constituían el Vireynato, erijiéndose, á la sombra de nuestra independencia altruista, en naciones libres y con menoscabo de nuestra soberanía en América,—porque lo que es nosotros, estamos todavía como al día siguiente de caer Cisneros: en el

IV

en la Administracíon y economía,—virtudes públicas y patriotismo; hoy no hay nada, sino la montaña colosal de resíduos universales, segregados, en este lapso de tiempo, por los diversos poderes públicos en complicidad con el pueblo. Por eso,—volvemos á repetirlo,—nos dirijimos, en estas ansias redentoras, á tí, juventud argentina, libre de toda culpa y cargo, y no menos víctima de lo acaecido.

¿Qué ha pasado? ¿Hemos degenerado? Examinemos las causas que nos han traido á este estado, para conocerlas y poder extirparlas en homenaje á la soberanía popular.

VI

Causas Predisponentes

Indudablemente la causa principal está en convertir la política en industria, porque en el gobierno transfórmase, á su vez, en negocio,—pero, meditando, nos encontramos con que hay predisponentes y ocasionales. Las de aquel género estan en la raza que nos descubrió y pobló,—batalladora, enérjica y encarnizada entonces,—pero incapaz de fundar la libertad en los pueblos del nuevo mundo, nacidos á la historia principalmente para la democracia moderna. La libertad es el único camino, descubierto por la ciencia, para llegar á la civilizacion, porque es el desarrollo complejo de las facultades, el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de los deberes, y nuestros colonizadores, intrépidos y fantásticos, eran incapaces de producirla, sujetándose á su vida sistemática. No ha podido, en ninguna parte, abrir los cimientos de una república, por la sencilla razon que no los poseía para sí misma. ¿No la vemos, en su propia patria, devorada por la anarquía y el desórden?

España no tuvo nunca un concepto neto del derecho. Monárquica, inquisitorial y absoluta, poseía una idea absurda y terrible del gobierno. La autoridad tenía un orígen

divino y debía imponerse más por el temor, y al constituir Estados, el hombre quedaba absorbido. La ciudadanía y el ciudadano no existían; el pueblo debía ser gobernado;—la aristocracía, mandar, y educados tódos sus súbditos en las Recopiladas, Las Partidas y el Fuero Juzgo, resultaba, como consecuencia social, más tiranía que libertad. Nosótros que, al tiempo de la Organizacion de la República, salíamos de la tiranía, sin más experiencia que la anarquía, no podíamos saber más. De ahí nuestro Estado, sin la base de las libertades personales, y el gobierno, ommipotente,—el pueblo absorbido,—el ciudadano anulado, —la falsa teoría de la autoridad, y el hombre sin derechos y esclavizado por los impuestos. Agregad ahora que los conquistadores se mezclaron con el elemento indígena y otros resíduos de razas inferiores, y tenemos, por la inferioridad relativa, toda la imposicion jurídica española, y cuando copiábamos la legislacion de naciones superiores, resultaba la imposibilidad de cumplirla. Víctimas del atavismo y de la fatalidad de la herencia, hemos tendido, con los resabios salvajes, más á violar las leyes que á cumplirlas. Este es el orígen humano de nuestras legislaciones,--impropias para desarrollar en una democracia el liberalismo y servir de escuela para la emancipacion del ciudadano. El amor indígena á la pereza, á la lucha, á la sangre, mezclóse á la fiereza, al orgullo, á la absorcion, al despotismo, al yugo, y nacieron nuestras generaciones contralistas, sin ideas de libertad y justicia, y por falta de escuela, no han podido crearlas y mucho menos convertirlas en los sentimientos que fortifican el corazon.

¿Y los ideales heredados? Nuestros antepasados llamaban á la República, por su etimolojia, *cosa pública*, que, en criollo, significa *res nullius*, es decir, cosa de nadie y sin dueño, mientras los sajones dicen *propio gobierno*, *nuestros propios negocios* (owr government, owr buissenes). El buen gobernante debe principiar por ser *amigo* de los *amigos*. Las consecuencias de estas ideas en América, bajo el punto de vista lejislativo y político, han sido desastrosas, y, económicamente, han tendido, por el oficialismo, á la absorcion del Fisco y la estrechez de mi-

ras, y más al atraso que al progreso. Prefiriendo, por idiosincracia, la vida cerebral y especulativa al trabajo libre que crea el comercio y las industrias, fomentaron el funcionarismo, que, al fin, es la empleomanía. El empleo, entre nosotros, es de oríjen español. No creais que se quiere solamente un sueldo, para no trabajar y escapar á los riesgos del capital, sino, por la vanidad, sobreponerse, por la posicion, á los demás,—mandar,— y vemos reproducidos, á pesar de tres siglos, los defectos impetuosos de los conquistadores, que orijinan la adulacion y el servilismo, la soberbia y la arbitrariedad, el despotismo, el militarismo, la falta de respeto á las leyes, y, al fin, la oligarquía, que crea la aristocracia social, y considera la cosa pública como de quien la ejerce. Económicamente, el pueblo es un rebaño, que solo sirve para ser esquilado en impuestos, y cualquiera exhalacion, aun en son de queja, es una rebelion y merece el aplastamiento.

Cuando se dice raza, inclúyese ideas, costumbres, usos, etc, etc, y España, poco dada á estudios abstractos, no nos legó ninguna filosofía. La filosofía es la base de la política, porque constituye un conjunto de creencias. Si no era materialista, tampoco profesaba ese espiritualismo puro, que parte de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, para rejir indefinidamente el progreso de los pueblos; es un espiritualismo escolástico, basado en la fé y no en la creencia,—inconciente, y no racional. No estaban preparados aquellos espirítus batalladores y tenaces para comprender el cristianismo, y la relijion de amor y caridad convirtióse en propaganda estrecha y egoista. Nuestra legislacion no es creyente, porque el pueblo no lo es tampoco, y sin fé, sin la fé espíritual que da la conciencia, no se espera, y no hay ideales. No se siente la palpitacion del porvenir; se vive del presente, y nacen los pueblos abyectos y las épocas materialistas. La legislacion refleja el espíritu público, y el poco respeto á las leyes, que causa todas sus violaciones, fúndase en la falta de creencias espiritualistas, mientras que los sajones dánle á las leyes un oríjen divino, y dicen: *sanctity of law* (santidad de la ley), es decir, la ley es sagrada, y viene de Dios.

¡Y qué diremos de la influencia europea! Ha sido ciertamente occidental, pero la simpatía de raza llevónos más á inspirarnos en la instruccion, instituciones y costumbres latinas, cuando su clasicismo es romano, de oríjen griego, y Grecia y Roma nunca fueron libres. ¿Qué nos pueden enseñar los pueblos latinos, devorados por los mismos cánceres que nosotros? La libertad no son tampoco los progresos materiales, ni los siglos de edad y las decenas de millares de hombres. ¿No veis á Francia que, al morir Gambetta, sintióse huérfana? ¡No sabía quien la iba á gobernar,—probó en el asunto Dreyfus que no tiene justicia, y no se ocupa hace años sino del *bordereau*! Su parlamento y prensa prueban, con sus numerosos duelos, que carece de educacion social, y su vida pública es sencillamente escandalosa(1). En cuanto á España, ahí está: viviendo todavía del pasado, librada á sus fatalidades, y dentro de tal estrechez de ideas, que dentro de pocos años se despertará arruinada y con su soberanía comprometida tambien por el oficialismo. Italia está convertida en un país de soldados. La libertad es moderna, de oríjen sajon,—y diré más aun: tambien el patriotismo, que en los pueblos latinos se convierte en patrioterismo, objetivándose más en fiestas, proyetos de estátuas y manifestaciones exteriores, con perjuicio de los deberes, de su destino, y de su desarrollo sicolójico, porque es un sentimiento del corazon.

VII

Causas Ocasionales

Las causas ocasionales son políticas y económicas, y se han desarrollado extraordinariamente con motivo de la federalizacion de esta ciudad, que imprimió á los sucesos un vuelo vertiginoso.

El localismo ha sido el pábulo, por más que se quiera negar, de todas las disensiones que han agitado la política

(1). Hablo políticamente, reconociendo que en ciencias y artes marcha á la cabeza de la haumanidad.

VIII

argentina. Las provincias contra Buenos Aires, y Buenos Aires contra las provincias. No he visto más. La Constitucion vigente, al organizar la República, estableció el predominio del Interior sobre Buenos Aires y el litoral, siendo éstos superiores por la poblacion, la produccion y las rentas. ¿Dí si con estos conflictos entre la ley y el derecho no es sembrar legalmente la guerra intestina? La federalizacion de Buenos Aires convirtió este Estado en Capital, es decir, en bien nacional, y, de consiguiente, de todas las provincias, y trás de la influencia del mayor número de Estados, vino la imposicion real del localismo, impuesto por la fuerza de los acontecimientos.

Afirmo, como argentino, que no solo es localismo el sentimiento autonómico contra las Provincias, sino el de las Provincias contra Buenos Aires,—pero el sentimiento nacional argentino, está, desde abolengo, más en ésta, por haber sido la cuna de los vireyes, el asiento del Gobierno, durante tres siglos, de media América, y el foco á donde converjieron todas las fuerzas, los ideales, las aspiraciones y la intelectualidad de los compatriotas del interior.

Las provincias representan el sentimiento provincial de sus localidades, debido al antagonismo en que se han criado respecto de Buenos Aires, y como las luchas han sido largas y cruentas, Buenos Aires, provincia ó Estado federal, ha sido la más nacional, porque aquéllos, en sus relaciones é ideales, no trataban de nacionalizarse, sino de imponerse y gobernarla. Así han entendido las provincias el gobierno general, es decir, la union con Buenos Aires, fundándose solamente en que eran once contra ella, Ente Rios y Corrientes, ó sea en el número, debido á la misma Constitucion, que, en vez de organizar, desorganizaba, manteniendo vivas las causas de la anarquía, y que, en política, son lenguas de fuego para producir el incendio de las guerras intestinas. ¿Porqué la Constitucion, que ha sido la Carta de la Organizacion, fundó ésta bajo la más real desigualdad? ¿Porqué la Provincia de Buenos Aires, que tiene la cuarta parte de la poblacion y territorio de la República, no ha de ser más que una, habiendo ótras que no valen, en ningun sentido, lo que el último de sus cien Partidos? La

Patagonia tenía su nombre clásico en la ciencia é historia, y cuando se formaron los territorios federales, se dividió en beneficio de ella misma y de los intereses generales de la Nacion.

Las Provincias combatieron legalmente, desde que la Constitucion erijiólas en mayoría, pero así como el hogar puede estar en una choza y la virtud en la miseria, el sentimiento nacional lo ha personificado siempre Buenos Aires. Ha representado siempre, interior y exteriormente, á la Nacion. Nuestros comprovincianos superiores, aunque se hayan llamado del Carril, Barros Pazos, de Oro, Sarmie to, Rawson, Avellaneda, Torrent, Frías, Alberdi, Paz, etc, etc. no han sido personalidades nacionales sino despues de nacionalizarse con su espíritu general, porque los hombres, moralmente, son como los pueblos. El localismo nos ha gobernado, y la estrechez de su mismo sentimiento representa nuestra menor cultura, porque las provincias, por su mayor alejamiento de Europa, han conservado más primitivas sus poblaciones y sin regenerarse tanto por su influencia civilizadora. No deslindamos responsabilidades, porque, en tal caso, la culpa tendríala Buenos Aires, cabeza de la República, que en mayor contacto con la Europa, hace de puente para que pase la civilizacion al Interior; establecemos, simplemente, hechos,--para deducir consecuencias. . . . .

En esta situacion, se sanciona la Ley de Capital, que convierte la ciudad histórica en propiedad nacional. El gobierno federal y los hijos de provincia, ya no eran huéspedes, sino tan dueños como el porteño. Pocos se dan cuenta del valor de este acontecimiento. *Fué uno de los más grandes del último cuarto del siglo XIX*, porque se abrían tambien al mundo las puertas de Buenos Aires como Capital de la Nacion. Era, despues de la Organizacion de la República, el hecho más culminante y trascendental. Así lo comprendió la Europa, que lo ansió siempre, y mientras nuestros compatriotas del Interior aumentaban la poblacion, afluían al puerto gruesas y repetidas corrientes de inmigracion. La victoria, por otra parte, dió aparente razon á los hechos, poniéndoles el sello de la legalidad, mientras sofocaba viejas pasiones lejítimas.

X

¿Qué le importaba á Europa el despojo de la autonomía de la ciudad histórica, desde que se convertía en Capital? Sabía que no había *Organizacion Definitiva* sin esta medida, y creía por el contrario que, en vez de decapitar, dábase cabeza á la República,—y nuestros compatriotas del Interior, ¡qué más querían! Vieron realizados sus antiguos ensueños, y los porteños acallaron sus pasiones, no entreviendo, entre el impulso económico, sino anchos horizontes nacionales.

Fué, sin embargo, un mal tan grande, que lo consideramos como el primero de ésta época. La capital definitiva debió ser Belgrano, para trasladarse despues,—si se hubiese deseado,— á la Plata. No hay que confundir la Capital de una Nacion con la Capital Oficial. La Capital de Estados Undos es Nueva York, y sin embargo la oficial es Washington, porque á ningun gobierno, aun en naciones de setenta millones de habitantes, se le ocurre federalizar, para sólo asiento de sus autoridades, una ciudad de millones de almas que, por ser el cerebro nacional, la decapitaría. La deja intacta para que piense. Las avalanchas de inmigraciones y todo el progreso colosal que enardecieron el comercio y las industrias, dando un vuelo vertiginoso á la República, habrían tenido lugar de la misma manera en Buenos Aires y mayormente en Belgrano. Buenos Aires aceptaba el adelanto creciente como precio de su personalidad, y estaba febriciente y orgullosa al sentirse, cual una ciudad yanki, entre el ruido nunca oido de las inmigraciones, los silbatos de las locomotoras, los rieles que se extendían y las fábricas é industrias que se implantaban,—pero á haber poseido su autonomía, en vez de enceguecerse con progresos aparentemente propios, se habría opuesto á los numerosos empréstitos inútiles, á las obras públicas ruinosas, los presupuestos lujosos y no habría contribuido tampoco á la liquidacion de los bancos y desbarajuste general. En nombre de sus propios intereses, no habría contribuido á su propia ruina,—pero transformóse en el escenario de la política nacional. Sus más vastas proporciones diéronle ámplio vuelo, y converjiendo con el materialismo naciente y estimulada por los progresos económicos, fué igualmente

proyectista, iniciadora, lujosa y derrochadora, como que ya no se pertenecía á sí misma, sino á la Nacion. Cuando no hay autonomía, no hay responsabilidad, ni personalidad, ni daños propios, porque todos los paga la Nacion, como lo prueban actualmente las deudas provinciales.

Al ciclon, que todo lo arrasó, no dejando en pié sino ruina, deudas y descrédito, llamosé, á falta de otro nombre arbitrario, *crísis de progreso.* ¿Dónde estan en la Capital, fuera de las Obras de Salubridad, ejecutadas con un empréstito propio, las grandes obras públicas, los monumentos etc. etc? Los ferrocarriles, que fueron lo único práctico, vendiéronse á vil precio. Vino la hora de pagar las amortizaciones de los empréstitos,—y en vez de entrar en un período de economías, los presupuestos siguieron aumentándose y contratáronse más deudas en las plazas europeas. Agotado el crédito exterior, no hubo otra fuente que los impuestos; el comercio y los particulares, agobiados por la competencia y las gabelas, principiaron á liquidarse, y como no son las épocas las que producen á los hombres, sino los hombres á las épocas, diré que la República, que abrió, con motivo de la federalizacion de Buenos Aires, una de presupuestos lujosos y gastos ruinosos, ha sido gobernada, desaparecidos Sarmiento, Rawson, Frías, Barros Pazos, del Carril, Velez Sarsfield, Dominguez, Adolfo Alsina, Avellaneda, etc., etc., últimos representantes de las virtudes de nuestros mayores, por la política industrial. Los Mitre, los José María Moreno, los Tejedor, los Lastra, los Estrada, los Goyena, los Lavalle, los Cobo, los Anchorena, los Acosta, los Castro, los Malaver, los Agote, los Frías, los Posse, los Torrent, los Machado, los Paz, los Tedin, los Bazan, los Dávila, los Daract, los Virasoro, los San Roman, los Garro, los Guastavino, los Chorroarin, los Mantilla, los Barbeito, los Zavalla, los de la Colina, etc, etc, criados todavía bajo los principios de una política más severa, se retiraron al hogar y á la magistratura, mientras se liquidaban los Bancos, se evaporaban los empréstitos y las inmigraciones europeas nos desnacionalizaban y empujaban al bárbaro materialismo. Dos fuerzas nos han domi-

XIV

finanzas, para evitar que al fin nos queden crísis comerciales, industriales, sociales, morales y deudas. ¡Si las inmigraciones hubiesen traido siquiera el liberalismo europeo!, —pero espectadoras impasibles de nuestro desórden político, han sido incapaces de propender á la ejecucion de la Ley Municipal, hecha más en su obsequio, — y las que se quedaron en las ciudades, múchas, en vez de educarnos con el ejemplo edificante del trabajo, nos contajiaron con la corrupcion y sembrado en las almas y el ambiente todos los vicios y delitos de las viejas sociedades. Las inmigraciones y el capital europeos no nos han traido sino progresos materiales, y la civilizacion no es el gas, el adoquinado, los ferrocarriles, los puentes, los diques, las cloacas, los muelles, los Bancos, ni tampoco las sociedades anónimas, los afirmados de asfalto, la luz y los trenvías eléctricos, sino las ideas y los sentimientos en un alto grado de desarrollo, porque es moral y consistente en el perfeccionamiento del espíritu público, manifestado en el cumplimiento de los deberes, ejercicio de los derechos, respeto á las leyes, usos y costumbres, que constituyen su existencia y personalidad propia. Todos los progresos existentes, que parecen autorizarnos á ser más bárbaros políticamente, ó sea menos libres, son europeos, importados, á costa de nuestras tradiciones, costumbres é intelectualidad, y, lo que es peor, de la moralidad. Entretanto, el pasado, como las constelaciones de un cielo, ha huido con sus ideas y sentimientos......... ¿Dónde están el respeto á los principios y el amor á la libertad? ¿Dónde están las pasiones políticas? ¿Y el patriotismo? Todo es interés, interés material, y el materialismo es la portada por donde entran los pueblos que retrogradan á la barbarie. Antes, cuando Buenos Aires tenía doscientos y hasta trescientos mil habitantes, gozábamos de mayor civilizacion, porque,—como dijimos,—ella es únicamente moral; así vémosla, en la historia, dar en su *Plaza Mayor* el grito de Mayo para libertar un continente, y despues ser autora y promotora de todos los movimientos liberales y regeneradores, y siempre siendo el cerebro de la República. ¡Hoy no es ni el brazo! La civilizacion

argentina no tiene quien la encabece actualmente, y librada al impulso de las inmigraciones retrógradas, las provincias, ante la Capital subyugada, sin autonomía, inclinan la cerviz y se acostumbran al régimen vejatorio del sistema federal violado.

VIII

Reformas

Para que no se diga que la crítica es fácil, y el arte, difícil, proponemos las reformas que se deberán implantar para salir de esta violenta situacion y entrar de lleno en la vía del desarrollo libre y el progreso. Sé que escribo para el papel. ¡No importa! Será un *ensayo teórico*,—pero concentrará nuestras necesidades públicas y completarán este humilde trabajo.

Destinados nuestros desiertos á poblarse con la Europa, el problema es muy fácil: rezagos de razas inferiores, bajo el punto de vista de la libertad, nos poblaron, propendiendo al atraso moral é intelectual; importemos entonces las inmigraciones del Norte, que condensan las fuerzas superiores de la humanidad, para que desarrollen el individualismo. El hombre de raza libre tiene, por ideal principal, independizarse por su trabajo personal; produce, crea, contribuye al Estado con impuestos y enriquece los países que habita con el comercio y las industrias, en vez de demandar sueldos y aumentar el oficialismo. Educa con el ejemplo, trae relijiones sinceras, espiritualismo creyente, filosofía social, tradiciones de hogar, costumbres, respeto á las leyes, celo por el derecho comun y amor á la libertad, y funda Estados bajo la base de las libertades personales. Crearía la seguridad y la justicia, en que se fundan verdaderamente las garantías constitucionales, y de sus respectivos países, al ver que es un hecho al fin el respeto por el derecho comun, se desencadenarían contínuas y enormes corrientes inmigratorias, atraidas por el encanto del clima, la feracidad de la tierra, la belleza topográfica y demás conveniencias económicas. Nuestros puertos permane-

XVI

cerían siempre abiertos para todas las razas que nos quieran poblar, y contra las que nos han atrasado, que preferirían entonces los países desarreglados como las demás repúblicas hermanas, vendrían ingleses, norte-americanos, alemanes, prusianos, sajones, daneses, noruegos, suecos, holandeses, rusos, y tambien vascos y boers, que tanto amor han demostrado al desierto y la libertad. Esta no es una innovacion violenta; es una poblacion lógica, porque nuestra querida patria no es el Brasil, el Ecuador, ú otros países abatidos por el calor y mortíferos por las pestes, sino el más atrayente por sus riquezas y encantos, y tiene derecho á exijir la mejor poblacion de la humanidad, ó que, por lo menos, sea capaz de fundar su libertad por medio del gobierno, con que espera realizar sus magníficos destinos. La imperdonable lijereza estuvo en haber atraido resíduos de razas inferiores hasta con pasajes subsidiarios, por no haber querido fundar primeramente la seguridad de las libertades personales por medio de una justicia séria. Hoy lo pagamos bien caro. Casi,—puede decirse,—hemos inutilizado nuestra bella patria,—pero felizmente el error es susceptible de enmienda, y como quien echa alcohol al vino para fortalecerlo, abramos, en nombre de la civilizacion, las venas, para perfeccionar la raza argentina en América, porque la sangre es el vehículo de las ideas, de los sentimientos y de todas las acciones que forman la historia.

El hombre, entre nosotros, es indudablemente el gran culpable; por él, de consiguiente, principia la reforma, porque,—hablemos claro: mejoramos, por la seleccion, todas las razas: la ovina, la vacuna, la caballar, hasta la de los perros, relegando la de nuestro pobre pueblo á sus fatalidades orgánicas y atávicas,—y ahora tenemos que correjir el error de los gobiernos pasados,—felizmente no para perder tiempo, sino para ganarlo,—á tal punto que seguir poblando nuestro país de la manera actual, es inutilizarlo para la libertad, la civilizacion y su destino. Pero existiendo defectos fundamentales en la Constitucion y legislaciones, hay que subsanarlos primeramente para evitarle tropiezos al pueblo y allanarle la senda con su fuerza educatriz,—porque la ley, al principio, es andador,—despues, fre-

no y, más tarde, la mejor escuela democrática. Las leyes bien hechas son ciencia y libertad. Ellas, pues, con su diario cumplimiento, contribuirán poderosamente á educarlo en medio de mejor ambiente, y traerán otras costumbres, otras ideas y otros hechos, mientras la Europa, con sus razas verdaderamente civilizadas, termina la obra de saneamiento, reparacion y perfeccionamiento. He ahí el plan regenerador.

Hay que principiar por adoptar el sistema unitario. Se necesita,—diráse,—reformar la Constitucion. ¿No se constituyó últimamente una Convencion para agregar unos ministerios inútiles? El federalismo es ciertamente el ideal de la ciencia política, pero para los pueblos ricos, libres, y aplicarlo á nosotros, sin otra escuela que la monarquía española, la anarquía y el desórden actual, es sancionar de antemano la imposibilidad de cumplirlo, como ha sucedido durante medio siglo. No hemos sido federales un solo día. Tanta ridiculez y pedantería no se explican sino por el placer inveterado de violar las leyes,—tanto más que autonomía significa independencia,—y hay provincias que están subvencionadas por el gobierno general. El federalismo ha sido la causa del atraso de las mismas provincias, impidiendo que un unitarismo liberal y científico las lanzara en el progreso de muchos territorios nacionales; es la guerra civil permanente durante todo el siglo XX con los nombres de revolucion é intervencion,—la confiscacion de libertades, el feudalismo, la política industrial, el nepotismo, la anarquía constitucional,—lejislativa, jurídica, comercial y rentística,—privándose todas las provincias, por un falso autonomismo teórico, de la influencia y beneficios prácticos del gobierno nacional. Las distancias que las separaban, como un océano, de Buenos Aires, ya no existen, porque el ferrocarril y el telégrafo nos comunican, á lo sumo, en dos días con la más lejana. El sistema federal ha sido, además, un fracaso entre nosotros. Así lo consideran las mismas provincias, y anhelan el sistema unitario para salir de la esclavitud. Lo imponen tambien la economía y las finanzas. Al unitarismo debe Chile su paz de medio siglo, causa de su progreso y libertades, que le permitie

XVIII

ron vencer al Perú y Bolivia, enseñorearse con nosotros, tener uno de los primeros ejércitos y armadas de América, molestarnos durante veinte años, y traernos, por los perjuicios de la paz armada ó la inútil guerra, á unos pactos desventajosos. Hay tambien que llamar Intendentes á los Gobernadores, para tratar, con los nombres de las más altas posiciones, de extinguir la vanidad política ó social, que es uno de los cánceres que devoran nuestra sociedad.

Suponiendo que estuviésemos en una Convencion, deberíamos aprovechar el magno *acontecimiento* para sancionar:

1° El traslado de la Capital Federal á la Plata, hecha providencialmente por el Dr. Rocha para el glorioso y patriótico fin de organizar definitivamente la República. Hay que sacarla de esta ciudad, para que la Nacion reciba su *mayor influencia*, y si perdurara el sistema federal, sería en virtud de su *legítima antonomía*, representada por sus cámaras y antiguos gobernadores porteños. Comprendería los partidos de Barracas al Sud, Brown, San Vicente y otros adyacentes, para establecer los campos de maniobras y operaciones militares, arsenales, cuarteles, haras, caballadas, Colejios Nacionales, Hospitales, Cárceles, Casas de Correccion y todo ese género de instituciones que, por bien de éllas y de la poblacion urbana, hijiene, moralidad, etc, etc., deben estar en el campo.

2° Elevar el Chaco, Misiones, Pampa Central, Neuquen, Río Negro y Chubut, con Santa Cruz y Tierra del Fuego, á Provincias, anexándose el territorio de los Andes á Jujuy.

3° La ciudad de Buenos Aires quedaría convertida nuevamente en Provincia con los partidos de San Isidro, Las Conchas, San Justo, Matanza y otros contíguos.

4° La Provincia de Buenos Aires dividiráse en cuatro: una, con los partidos del Norte, encabezados por San Nicolás; otra, con los del Oeste, por Mercedes; un tercero, con los del Sud, por Mar del Plata; y el cuarto, con Lobería, Dorrego y Villarino, por Bahía Blanca. Podrían llamarse Maipú, Chacabu-

co, Ituzaingo, Suipacha, etc., etc.,—nombres de glorias, no de hombres, por más ilustres que sean,—á fin de extinguir la vanidad y el amor á la gloria, que engendran el militarismo, funesto á la política. A la Provincia de Buenos Aires débesele cambiar de nombre, porque separada de esta ciudad por federalizacion ó jurisdiccion provincial, ya no le pertenece. La referida provincia hace veinte y tres años que está separada de esta ciudad, y no le alcanza la teoría porteña de que, dividiéndose, se debilita, desde que no es para ensanchar otras provincias limítrofes, sino para *cuadruplicar* su poder. ¿Con qué derecho la Rioja, Jujuy, Catamarca y Santiago, que valen menos que muchos partidos de aquel Estado, han de ser, políticamente, tan provincias como la de Buenos Aires, que vale, económicamente y en todos sentidos, más que todas las provincias, junto con Bolivia, Paraguay y demás repúblicas sudamericanas? Reorganizar es sacar á los Estados de la desorganizacion, sobre todo cuando la division se basa en la equidad, y á ser ésta extricta, la provincia de Buenos Aires debería componerse en tal caso, por lo menos, de treinta Estados. El aumento de provincias no debería traer el de diputados.

5° La independencia entre la Iglesia y el Estado.

6° Independencia del poder legislativo y del P. E., separando de una manera distinta las facultades de ambos, para impedir que uno absorba al otro, principiando por que ningun miembro de aquel cuerpo ni del poder judicial pueda aceptar empleos, cargos, ni comisiones extraordinarias de ninguna especie, aunque sean gratuitos y del profesorado.

7° Independencia del poder judicial, debiendo sus miembros ser nombrados por el Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado, pero por terna que le pasará la Suprema Corte. Sus miembros, como en la última parte del artículo anterior, no podrán tampoco aceptar comisiones extraordinarias ó gratuitas del Poder Ejecutivo.

XX

8° Siendo el Presupuesto una ley general de la Administracion, débese, por lo tanto, proyectarlo para cada término presidencial,—durar todo su periodo,—no debiendo versar la discusion anual sino sobre las reformas, aumentos ó supresiones *proyectadas*. Es de la iniciativa del P. E., no teniendo derecho el Congreso á crear empleos, aumentar sueldos, ni gastos qne aquél no solicite. El presupuesto, en fin, general ó parcial, va sólo al Congreso á lo que necesita: para recibir la sancion legal, pudiendo, si quiere, negarla, pero carece del derecho de crear ni aumentar nada. Puede, contra el derecho de veto, tener iniciativas, pero respecto del P. E. simplemente facultativas, porque aquéllas son del resorte de éste, y es poder colejislador.

9° El P. E. no podrá, ni con autorizacion del Congreso, contraer deudas externas por mayor suma que la de sus recursos anuales, salvo el caso de guerra internacional (1).

10° Es nulo todo proyecto de ley que demande gastos, no existiendo déficit en el presupuesto anual, si no se indica de antemano los recursos respectivos, no pudiendo el Congreso tratarlo en sesiones; si, no obstante, conviértese en ley, el P. E. deberá devolverlo, y en caso de dársele curso todavía, la Contaduría deberá rechazar la imputacion del gasto.

11° El puesto de Presidente de la Contaduría Nacional será inamovible y nombrado por el P. E. con acuerdo del Senado, para que pueda ser independiente, servir de control entre ambos poderes y defender el Tesoro.

12° Los Intendentes de Provincias no podrán ser elejidos diputados ó senadores antes de dos años de bajar de sus puestos.

13° Es incompatible la acumulacion de empleos, incluyéndose los del profesorado. Toda cátedra se obtendrá solo por concurso.

(1) En este artículo, el 8°, 10° y 11° trátase de impedir que el país sea nuevamente endeudado y comprometido.

14° Adoptar el franco como patron monetario, que sería el *argentino*.

Algo de lo proyectado pertenecería á leyes especiaciales,—pero por nuestra terrible tendencia á violarlas, asegúrase más su cumplimiento poniéndolo en la Constitucion.

Constituido este nuevo gobierno constitucional, debería:

1° Reducir el Presupuesto á la tercera parte, rebajando los sueldos excesivos, quitando los empleados innecesarios, subvenciones á Hermandades, Sociedades, etc., etc., pensiones y jubilaciones indebidas.

2° Reducir á la décima parte los presupuestos de Guerra y Marina,—porque desaparecido el peligro de guerra exterior, los gobiernos no necesitarán ya las bayonetas para sostenerse.

3° Arreglar la deuda exterior sin dar garantías reales, reduciendo, á favor del mayor crédito, los intereses y sujetando el pago á un sistema de amortizacion.

4° Bajar los impuestos,—quitar los dobles é inconstitucionales,—principiando por todos los adicionales de Contribucion Directa y de Aduana, creados con el pretexto del peligro de guerra.

5° Derogar la actual ley monetaria, y para no perjudicar, con una desvalorizacion rápida de la moneda, la ganadería, colonizacion é industrias nacionales, puédese,—desde que se da tal atributo á las leyes,—reducir anualmente el precio del oro en un 10 °/o.

6° Suspender toda obra pública, no ejecutando en adelante sino las productivas.

7° ¡Abajo todos los impuestos internos y las primas á la exportacion del azucar! No practicar más el proteccionismo, y suprimir todos los derechos de exportacion y de produccion á los cereales y frutos del país (1).

(1) Nuestro país actualmente ha sido comparado á un enfermo, pero se está ahorcando, y con estos siete artículos trato de aflojarle la soga.

XXII

8° Establecer la justicia letrada de paz, más Juzgados y Cámaras, dotando á cada Juez de un Fiscal y un Asesor de Menores. Adoptar, en procedimientos, el proceso verbal y actuado, sin más *escritos* que el alegato y la exposicion de agravios, y para los delitos de imprenta, el juicio por jurados. Afianzar definitivamente la justicia, velar por ella, tratando de que sea rápida, excelente y barata, para atraer, por la seguridad, las razas del Norte, que anhelan principalmente la libertad individual.

9° Dictar una ley de empleos y sueldos para crear la carrera administrativa, con una division de las funciones en *cargos, puestos* y *comisiones*. Los primeros, de carácter político, económico ó administrativo, como Senador ó Diputado, directores de Bancos, Obras de Salubridad, etc., etc., serán gratuitos, y las terceras, sean permanentes ó extraordinarias, sólo gozarán de sueldo cuando sean científicas. Déjese el nombre de Presidente sólo para el Gefe del Estado, debiendo los que están al frente de oficinas llamarse Directores, y los de Asambleas deliberativas, Gerentes, como en los bancos extrangeros, para alejar, hasta por los títulos, las causas incitantes de la vanidad pública. Al que no le guste, que no *pida* nada,—porque todas esas posiciones *ofrecidas*, dependientes de *conferencias* presidenciales, son, en casi todos los casos, solicitadas, arrancadas como muelas por correspondencia, empeños y hasta de rodillas. ¡Ya verá el lector cómo así mismo, por el afan de mandar, veráse el Presidente asediado de recomendaciones!

10° Suspender todas las legaciones en Europa, estableciendo, en cambio, en Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Estados Unidos, Encargados de Negocios, porque no tenemos relaciones políticas con estas Potencias. Hacemos con las Plenipotencias papeles ridículos, y es necesario suprimir estas recientes relaciones *fraternales* con naciones europeas, porque no son alianzas, y sólo sirven, por nuestra

inferioridad, para cohartar, por la gratitud ó la política, nuestra libertad,—tanto más que nuestro porvenir está mayormente en la sajonizacion.

11° El que quiera carrera, que se la costée, debiendo el gobierno abrir nuevos horizontes á la juventud por medio de oficios manuales y profesiones científicas adecuados á nuestro suelo, produccion y porvenir.

12° Hacer del ciudadano un hombre independiente, para impedir el parasitismo social.

13° Favorecer las inmigraciones del Norte, que crean el individualismo.

14° Despertar la confianza y el crédito, para que los capitales argentinos se inviertan en todas las construcciones de ferrocarriles, obras públicas y títulos de renta, para impedir tanto drenaje de oro.

15° Despertar el amor público á la ciencia y las artes y el espíritu de asociacion en los gremios, principiando por el de abogados y literatos, para que se funden las academias que contribuirán al progreso de las leyes, de la jurisprudencia, de la literatura y del espíritu nacional.

16° Adoptar en las escuelas primarias y secundarias los *Evangelios* como texto de lectura y estudio, aunque no se crea en Cristo ó Dios, porque es el libro que mejor desarrolla en el espíritu las ideas y sentimientos de fraternidad, igualdad, modestia, humildad, valor moral, enerjía, paciencia y resignacion para tratar la humanidad y vivir en el mundo conforme á los principios.

17° El Presidente deberá principiar por reducirse su sueldo, renunciar á los eventuales y mandar vender los carruajes y caballerizas. Podráse reservar el carruaje oficial, que lo guardarán Cabral ó Mirás para cualquier recepcion, y el Presidente debe andar á pié por nuestras calles como Mitre, Sarmiento y Avellaneda, para que el pueblo lo conozca, se familiarice con él, vea en su persona la representacion de sus propias libertades, y se despierte la simpatía pública con ejemplos democráticos.

XXIV

Vasto sería el programa, que, por falta de espacio, lo interrumpo, dejando que el lector lo complete con su experiencia é imajinacion. ¿Quién sostiene este Gobierno?,—porque, indudablemente, necesita de un partido. Como tal gobierno tendría el apoyo de todos los ciudadanos sérios y patriotas, éstos lo formarían. Sería el *Partido Conservador*, que lo tienen todas las naciones organizadas para sostener á los gobiernos que representan sus libertades é intereses. De esta manera, pues, el país, al reformar su lejislacion para un nuevo gobierno, crea el gran partido nacional del porvenir, produciendo así, en una sola evolucion, tres grandes actos trascendentales, que constituyen, á la vez, su presente y grandeza futura.

La nueva Constitucion deberá confeccionarse bajo la base del *bill* de derechos, para garantir las libertades del ciudadano. Si el lector ha leido con detencion lo escrito anteriormente, habrá deducido, con su clara penetracion, que todas las acciones, que han producido esta situacion, han sido orijinadas por una causa sicológica: la falta absoluta de relijion y de filosofía. Háse olvidado que Dios y la inmortalidad del alma existen,—que las sociedades civilizadas *son cristianas* y se *fundan* bajo la base de la libertad, de la igualdad y fraternidad,—que los derechos y deberes no son farsas,—que la vida es una mision,—que el hombre es nuestro hermano y el cristianismo, ante todo, es amor y caridad. Cuando digo relijion, no implico catolicismo, y, mucho menos, fanatismo; incluyo las numerosas sectas protestantes, y, al fin, cualquier relijion, entendiendo por tal, no un culto externo que, á la salida de la Iglesia misma, comete todo género de delitos para imputarlos á oraciones pasadas ó futuras; nó,—esa es la traicion de cualquier relijion, y desde que maldecimos la degeneracion en política, no podemos defender sino la relijion verdadera. Entendemos por relijion las relaciones con el Creador, fundadas en la gratitud de la vida, y que, bajo la base de la fraternidad, crean la igualdad, la libertad, el amor y la caridad, para que todos los hombres se consideren hermanos y vivan

felices y rejidos por la justicia. Todo pueblo civilizado se funda en el Cristianismo,—y no basta que la Constitucion se ponga bajo el amparo de la Providencia; es necesario que declare que cree en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Una sociedad no es una horda, y cuando se constituye en Nacion, debe demostrar su espiritualismo, para que las leyes tengan un *oríjen divino* y la moral condene lo que éllas *no prohiben*. Un pueblo sin Dios, y que cree que todo termina en el sepulcro, vaga, dentro de la vida, sin ley ni freno, expuesto al fin de Sodoma y Gomorra, y á muchos materialistas, empeñados en que vivamos así, pregúntoles: ¿Existe, en el planeta, otra sociedad así? ¿No tienen relijion *todas* las naciones civilizadas? Inglaterra debe principalmente su asombrosa civilizacion á su espíritu relijioso, es decir, á su respeto á Dios y al cristianismo, incorporando á sus creencias el amor y la caridad, traducidos en sus costumbres y convirtiéndolas en instrumentos del bien y felicidad públicas. Está probado que el protestantismo, relijion de amor, sicológica y modesta, es más fecunda para las libertades, y sin pretensiones al poder temporal, evita el fanatismo, el clericalismo, no pretendiendo ni inmiscuirse en la enseñanza pública.

Yo sé bien que el porvenir de nuestro país puede resolverse igualmente sin muchas de las modificaciones propuestas, pero suponiéndonos en una Convencion, proyectamos todas las que creemos necesarias para el presente y el futuro. Insistiremos, no obstante, en que sin el sistema unitario y la Capital en La Plata no hay gobierno posible: viviremos siempre en el desórden y sin haber todavía *organizado definitivamente* la República.

El anuncio de la constitucion de un gobierno semejante no sería una fórmula diplomática, sino un manifiesto al mundo, haciendo saber á todos los pueblos civilizados que, corrijiendo el pasado, nos retrotraíamos á la Revolucion de Mayo, fundando verdaderamente una *nueva y gloriosa Nacion*, bajo la base de los derechos del ciudadano, para respetar las libertades políticas y propender al crédito de la América y progreso de la hu-

manidad. Pero no se hará nada, no por faltarme *autoridad moral*, sino porque en nuestro país no se puede hacer modificaciones, *aunque tódos esten conformes*. Se puede *hacer* en Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos, hasta en España y el Perú ó Guatemala, pero en nuestro país, nó; ¡no se puede hacer nada! ¡Es muy gracioso!,—y leyendo nuestra historia desde el descubrimiento, vemos que todo se ha hecho á cañonazos, que es como decir á palos ó puntapiés. La palabra, que es el razonamiento, no ha tenido influencia alguna. Todo se ha hecho, puede decirse, contra la voluntad pública. ¿Dónde está el pueblo?—me he dicho......

La cuestion Capital es una prueba. Debiendo erijirse en cualquier punto, para obedecer á la necesidad y clamor seculares de organizar *definitivamente* la República, tuvo que librarse una batalla *ad portas* y quedar en el campo tres mil cadáveres. No creese en otra influencia que en la brutal de los hechos, librados todavía al éxito inconstante y muchas veces injusto. Nunca he visto que digamos: "Esto es necesario; hagámoslo." Es una desgracia, como si el cerebro nos fuese inútil. ¿Quién gobierna entonces? Si no son las necesidades y las ideas, tiene que ser la fuerza de las cosas. ¡Los acontecimientos!,—se exclama, para mayor lujo,-y respondo: así tambien se gobiernan los irracionales.

Algun día se implantarán estas reformas, reclamadas sucesivamente por los *acontecimientos* y la *fuerza de las cosas*. Servirán entretanto para leerse y desahogar siquiera el alma dolorida.¡Cuántas penas no se van pensando, escribiendo, como nubes ante el viento!,—y sería feliz, lector, si, leyéndome, calmases las tuyas, que no serán menos profundas.

IX

Reaccion y Hombres

Supongamos que el capítulo anterior no exista, es decir, que no hayamos proyectado ninguna reforma, porque en nuestro país no se puede hacer nada, por guiarnos solamente por la fuerza de las cosas y los acontecimientos, que es el fatalismo, como si fuésemos musulmanes, y no séres civilizados, que debiéramos guiarnos por las ideas.

XXVII

Tomemos, en consecuencia, el país como está. Sólo dos gobiernos son posibles: *continuacion del presente* ó el proclamado *decente*, que produciría una reaccion financiera y política que nos arrancaría de esta situacion mísera y vergonzante. El primero nos llevaría,—vuelvo á repetirlo,—á la intervencion extranjera, acelerada todavía por revoluciones sociales,—y el segundo, muy bello en teoría, pero incapaz de contenerse dentro de los límites de la decencia,—librado á la buena voluntad personal de los gobernantes,—nos empujaría poco á poco por la *condescendencia* y el afan de vivir del Estado á la empleomanía, y caeríamos en la vieja huella de los pantanos y terribles barquinazos. No está educado el pueblo ni sus hombres dirijentes para gobernarse por la voluntad, capaz, por su volubilidad, de ser directriz, sino para que los impulsen el capricho, las pasiones y los intereses de una sociedad que no quiere trabajar; es necesario algo superior: la ley,—la ley que previene de antemano, y, si es posible, constitucional, para que esté menos expuesta á violaciones y reformas; pero dijimos que en nuestro país, por el momento, es inútil proyectar modificaciones. Continuemos pues. El *segundo gobierno* me hace el efecto de aquellos vaqueanos que, por ahorrar distancias, cortan campo, y, perdidos, tornan á la vieja huella,—la huella de los antiguos pantanos y barquinazos,—cuando en nuestra incipiente civilizacion material, hemos sustituido en los desiertos la huella salvaje por el riel. Nuestro proyecto de reforma sería eso: el riel,—el riel de acero,—que no obstante su inercia, ayudaría la marcha de la Nacion, aguantando su inmenso convoy, conduciéndola,— sin quererlo y suavemente,—para confundirse despues, por la costumbre, en ella misma, como un hombre que marcha con sus propios piés por el camino invariable é inflexible que le traza su cerebro, y, al mismo tiempo, educatriz; pero. . . . . . , inspirada nuestra fantasía por el patriotismo, nos olvidábamos que en nuestro país no se *puede hacer nada*. . . . . No es posible, dentro del realismo contemporáneo, sino esperar un gobierno decente,—que opere una reaccion política y económica que mejore poco á poco las ideas y las costumbres. No hay que esperar más,—y todo

XXVIII

depende del próximo Presidente de la República, porque del pueblo no hay que esperar nada.

Sarmiento ó del Valle serían los hombres; el primero, porque sólo, sin círculo, y divorciado, por su constitucion cerebral, de los hombres y las cosas,—centralizador, personalísimo,—demoledor,—subiría las escaleras de la Casa Rosada decidido, furioso, resuelto á empezar la reaccion á decretazos,—aprovechando así nuestra sociabilidad, en el sublime mundo de la degeneracion, sus defectos é idiosincrasias irritantes que sublevarían una época regular; el segundo,-lo sabeis,-era un Roosevelt, y, por la elocuencia, un Gambetta además, es decir, un hombre de accion, de accion intelectual en la más alta expresion de la palabra, capaz, por su liberalismo, de crear el pueblo y producir las reacciones necesarias para salvarlo é impulsarlo á su destino; ¡pero han muerto!...., y sólo por tratarse de candidatos que nos civilicen en el próximo período presidencial, podemos cometer la ridícula fantasía de pronunciar sus nombres. Creemos tambien que la inteligencia pública carece del concepto neto y distinto del estadista científico, patriota, y del valiente, idealista y trascendental para las épocas excepcionales. Si interiormente, por falta de opinion pública, no se puede *hacer nada*, hay una cosa en que no se debe cejar: la urgente necesidad de propender á las inmigraciones sajonas. La cuestion es muy sencilla: si las inmigraciones meridionales nos han atrasado más moralmente todavía, despertando tendencias étnicas y atávicas, no hay, para resolverla, más que oponerles las inmigraciones del Norte, para que, como un pampero, barran la tempestad que han contribuido á condensar durante veinte y cinco años en nuestro estado social. Esto es más fácil, porque se operará por medio de la Europa, y no de nuestro pueblo. Basta que vaya al gobierno un cerebro sajon.

Sostengo, en consecuencia, que el mejor candidato para la futura Presidencia es el que más represente el espíritu de la raza del Norte. No tengas duda, lector: las inmigraciones pasadas han influido sobremanera á traernos á este estado, y como de Europa debemos recibir la civiliza-

cion, sólo aquellá raza superior, con su respeto á las leyes, puede ponernos dentro de la Constitucion, para despues perfeccionarnos con la difusion de las buenas costumbres é ideas y los ejemplos edificantes al trabajo, la independencia personal, el ahorro y la economía.

Muchos candidatos á la próxima presidencia aparecen en la liza: los Ingenieros Valentin Virasoro y Emilio Mitre y los Doctores Udaondo, Quintana, Uriburu, Yofre, Civit, Quirno Costa, de la Torre, Mantilla, que oponiéndose en el Senado en 1902 á jubilaciones y pensiones, levantó toda una bandera de reaccion económica, é Iturraspe, porque necesitamos tambien en lo nacional una *tiranía* honrada. Debemos agregar al Doctor Victorino de la Plaza, recientemente llegado de Europa, y cuyos quince años de Inglaterra, juntamente con una larga y honrosa vida pública, lo colocan en las condiciones más excelentes para ambicionar el poder y ser eficaz en él. Son candidatos de partidos, de círculos, y todos flotan más ó menos en la opinion.

El período presidencial futuro tiene necesariamente que ser de reaccion económica y política; está en la conciencia pública, —lo sabe el más húmilde de los ciudadanos,—y si al mejor y más completo de aquellos candidatos fáltale la influencia nacional indispensanble para iniciarla en el gobierno, se la otorgará el pueblo mismo, durante el proceso electoral, en el ámplio ambiente de la libertad del sufrajio. No hay hombres,—es cierto,—sobre todo para abrir épocas de reparacion bajo estados de aplastamiento público, —pero no los hacen los gobiernos, sino los pueblos. Nunca ha habido tantos candidatos, y algunos buscan el calor oficial ó sólo esperan el éxito de acuerdos. Hacemos notar estas [circunstancias, para que los felices optimistas se convenzan de nuestra decadencia política; pero vamos á los candidatos....... Casi todos tienen las facultades necesarias y apreciables servicios al país: son honorables y dignos de tan alta posicion, y muchos son espíritus sajones. Entendemos por estos últimos á los que creen que la libertad es moderna, de orígen sajon, consistente en el gobierno de sí mismo y funda Estados sobre las libertades personales para asegurar las públlcas y políticas.

XXX

X

Ideales Científicos

¿Cómo hacer que ese candidato, unjido por el alma popular, sea en el gobierno la encarnacion de las necesidades é ideales públicos? Principiad por ejercer vuestros derechos cívicos, y ponéos, por vuestra superior instruccion, al frente del pueblo. Hé aquí vuestra obra trascendental: despertar la inteligencia pública del abatimiento, que equivale á emanciparla. ¡De pié, juventud argentina! La política popular y severa crea los hombres y los grandes acontecimientos. Vuestra arma será la palabra, en nombre de la libertad del pensamiento. Estadíos: la prensa, la tribuna popular y las conferencias, sobre todo las conferencias de elocuencia familiar. Las conferencias, incorporadas á la instruccion pública, no deben ser á los que saben tanto ó más que el orador, sino al pueblo, al veraddero pueblo, que todo lo ignora. Constituíos en partido, porque la juventud debe tener su personalidad propia. Sereis la mayoría y, á la vez, cabeza del pueblo, y pensareis y sentireis con su alma. Adelantaos al proceso electoral, y diseminados en todas las parroquias de la Capital, dad conferencias nocturnas por gremios: hoy á los carreros, mañana á los cocheros, otro día á los changadores, á los panaderos, á los carniceros etc, etc. y á todos los obreros, porque éllos son el verdadero pueblo, que antes, cuando había elecciones, eran los votantes preferidos. Penetrad en los talleres y en las industrias: vaís á enseñar al que no sabe, y nutriendo con conocimientos á las masas, despertareis tambien la conciencia pública.

No está la fuerza en poder, sino en saber que se puede, y convencido el pueblo de que no hay nadie superior á él,—que es el soberano, el Dios de la tierra,—comprenderá que no hay otros gobiernos lejítimos que los que él ha nombrado y los espúreos serán perjudiciales á sus derechos é intereses. Deduciendo que su conveniencia está en ejer-

cer su derecho, mirará el atrio y la urna como cosas propias y con fuerza suficiente para hacerlos respetar. Descendiendo á la filosofía, hacedle comprender que los derechos cívicos son deberes, porque la falta de su cumplimiento acarrean la pérdida de la soberanía, la esclavitud y todos los males de la tierra. La libertad no es más, al fin y al cabo, que el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de los deberes.

Ruda será vuestra tarea...., como la de las legiones de colonos que avanzan en las soledades para arar y sembrar, y ante la tierra dura, dorada por el sol de los desiertos, quiebran la punta del arado. No importa,—¡adelante! Vuestras fatigas serán gloriosas. ¿Quereis nada más sublime que emancipar la inteligencia pública? No fué otra la tarea de Jesús y la de todos los propagandistas que se pusieron al frente de la humanidad para enseñarle el camino de la verdad. Es la gloria,—la gloria moderna, sin sacrificio. A éllos, poderosos ó humildes, débeles el género humano todas las conquistas. ¡De pié, juventud argentina! No hay nada en el universo, despues de Dios, más grande que el derecho y el deber. ¡Adelante!

Enseñad que la libertad es la vida, porque es el desarrollo complejo de las facultades humanas, y la inaccion, la muerte, porque viola el movimiento, que es una ley universal. Moralmente, por el libre albedrío, la libertad no puede ser sino el gobierno de sí mismo, y como el pueblo es siempre el hombre, despues de pasar por las formas de familia, tribu etc., etc., la República es la forma natural del gobierno político. Los gobernantes no son sino mandatarios, y no siendo nombrados por el pueblo, son falsos, y su autoridad, es ilejítima. Confiscadores de vuestros derechos, tienen, para sostenerse, que esclavizaros, y para no perjudicaros, ni tampoco al comercio é industrias con revoluciones, no desampareis vuestros derechos, y vijilád los desvelados. ¡A la accion,—decidles,—porque el alma se pudre tambien como el agua estancada! La accion no es solo la voluntad, sino la ejecucion de las ideas de la inteligencia. Es la inteligencia y la voluntad á la vez. ¿Qué haremos con pensar y sentir si no exteriorizamos esas ma-

XXXII
nifestaciones morales? La vida es ejercicio, accion. Contemplad desde el bruto hasta el mineral: todo es movimiento. La vida humana no es sino el ejercicio práctico de las ideas, y la voluntad es tan grande, que Maine de Biran decía que era la única facultad del alma.

Decídles que Dios hizo al hombre á su imágen y semejanza, dándole sus mismas facultades y el don de gobernarse. ¿Qué más quiere! Tiene todo en el presente y en el porvenir, si las ejercita. Probadlo con los ejemplos de los grandes pueblos libres como Inglaterra y Estados Unidos, y que la libertad es la riqueza y la felicidad. Sólo así el hombre resulta superior, y la vida, divina. La divinidad de la vida es la mejor prueba de la inmortalidad del alma, y humanamente se engrandece tanto por la enerjía, que es sublime dirijida por la voluntad. Dios no premia el genio, sino la virtud, que es la accion. Es lo único propio del hombre. ¿No veis, en esta inmensa trasposicion de hombres y cosas,—porque la vida ni en sus cataclismos se desmiente,—á los activos, arriba, por más indignos que sean, y á los talentosos y científicos, abajo, sufriendo, pasivos, la superposicion! . . . . Descended al hombre, y preguntadle: ¿esperas algo de alguien? ¡Desgraciado del que espera de los demás!,—no porque el hombre sea una fiera, sino porque tódos necesitan y quieren lo mismo que tú. Igual pasa en la vida pública.

Habladles de patria y de patriotismo. Decidles que si nuestros padres nos dieron patria, nuestro deber es constituirla. Explicadles, científicamente, lo que es el Estado. No es una cárcel, en que se cae prisionero con todos los derechos, sino una institucion social, bajo la base de las libertades individuales, para garantir las prerogativas del ciudadano, á fin de que sea libre y se perfeccione. No es para el gobierno, sino para el pueblo, y es la creacion más grande de la humanidad. Realza la vida, labra la felicidad privada y pública, y al través de los principios é ideas practicados, del deber cumplido y la marcha regular de la sociedad, surje la soberanía del hombre. Demostrad que el universo ha sido hecho para él y ser sometido á su poder. Su destino es construir ciudades, diques, puentes, surcar el

mar,—bajar á los abismos,—dominar el desierto y las tempestades,—quebrar el bronce,—navegar en el aire hácia los astros y recojer en la punta del acero el rayo fulminante. Lleva el mundo en sus espaldas, y en su alma, la conciencia. Los pueblos que han vivido absorvidos en sus derechos, esclavos, tienen una idea inferior del hombre, cuando es el soberano del universo y el instrumento del creador para terminar en la tierra vacía su obra divina, y se engrandecen por la accion y el Estado. El convierte la vida triste en foco de esperanzas; ennoblece el trabajo y el tiempo,—crea la sociabilidad, y borra, con las expansiones sentimentales, las huellas de la ingratitud y de la miseria; alienta con el espectáculo del progreso,—enseñorea el alma humana,—el hombre alza la frente al ver los páramos poblados y cubiertos de espigas, y al recojerse en la historia, abate la duda y se convence de que la humanidad es Dios mismo, y va á él perfeccionándose con los siglos. ¡Tanta maravilla por la libertad! Hacedla amar. Es el sol de la existencia. . . . . .

Explicad al pueblo las nociones elementales de los manuales, que son las conquistas de la ciencia. No predicareis en el desierto, sino entre almas sedientas, que se levantarán, como de un purgatorio, para arrebataros el pan intelectual. ¡Ah, no sabeis cuanto sufren y deliran los pueblos subyugados! La esclavitud es la tiniebla, el infierno, donde las ansias de la esperanza devoran hasta la conciencia. Sereis políticos verdaderos,—los últimos discípulos del que asentó la civilizacion bajo la igualdad, la fraternidad y la libertad, y hombres superiores. ¡Ah, el hombre conciente es muy grande: ¡siente palpitar en sus entrañas el Eterno, y pensareis con el alma universal, inspirados por el porvenir del mundo! Aunque vuestro semblante, como el de Cristo, palidezca por el pensamiento, surcándose con las arrugas del insomnio de las noches eternas, la conciencia os iluminará siempre con sus resplandores celestiales, y cada uno de vuestros pasos en la tierra repercutirá en todas las almas con eco soberano. Si caes fatigado, mirad al cielo, que da la fuerza y la inspiracion. ¡Adelante, á la accion! ¿Veis el condor, que abre sus gigantescas álas en

XXXIV

los Andes? Es el emblema de la libertad argentina, y nuestra bandera debería llevarlo en vez del sol, como Inglaterra, en su escudo, el Leon, símbolo de la soberanía y de la fuerza.

La vida sin la libertad es una tiniebla que avanza. Los principios y las ideas se apagan, el hombre siéntese abandonado,—no ve á Dios, y la existencia se estrecha y se endurece,—el alma se enfría, y sin nociones abstractas, cree, fundándose en la terrible realidad, que sólo el despotismo es superior. ¡Aquí está todo! ¿Qué más castigo que éste?, exclama, refiriéndose á la extincion de la divinidad de la vida. Describid los horrores de la esclavitud. Son el infierno de la vida, y en nombre de la libertad, hacedlos odiar, porque los odios á las tiranías son santos. ¡Una vida que no es sino una traicion permanente de los principios y las ideas, es una estafa!

Probad que si la República es la virtud, como dijo Montesquieu, no tenemos que buscarla en el extranjero. Fué el alma del pasado. La independencia fué obra del sacrificio de su generacion, que abandonó sus hogares y familias para sufrir penurias en los desiertos y morir en los campos de batalla para darnos patria; la época de la anarquía fué una lucha entre los sistemas unitario y federal, y en nombre de estos ideales, fué fusilado Dorrego, patricio acaudalado, sin convertirse la política en industria, ni el gobierno en negocio. Lavalle y Acha murieron por combatir la tiranía; San Martín prefirió retirarse por segunda vez al extranjero antes de poner su espada al servicio de la guerra civil, que le habría ofrecido mando, bienes y fortuna; todos nuestros próceres renunciaron grados y condecoraciones extranjeras; sus sueldos fueron cobrados por sus herederos, y Rosas, que tuvo en sus manos la vida y hacienda públicas, dejó aquí todos sus bienes, para expatriarse pobre y labrar la tierra en Southampton. Las generaciones del pasado no tuvieron más que este lema: todo por la patria, sacrificando vida, hogar, familia y bienes, sin pedirle nada, renunciando múchos, todo. El General Don Martín Rodriguez vendió sus propiedades por poco más que nada para ayudar al sitio de Montevideo, y aconsejándole alguien que

debía recojer recibos para cobrar despues estos subsidios, exclamó: "¡Qué cuentas he de llevar á mi madre!". La patria era la madre comun de los argentinos. Este era el hermoso concepto antiguo de la patria, y Sarmiento, al rechazar de Rawson en el Senado el honor de haber presidido un gobierno honorable, dijo: "¡Vaya una gracia, cuando ni á Rosas se le ocurrió robar!" El General Paz produjo esta inmortal frase, porque es toda una teoría política: *Los servicios á la patria están suficientemente pagos con el honor de haberla servido*, y Gladstone fué menos explícito, que sólo dijo: *La mejor de las políticas es la honrada.* Mitre, Sarmiento y Avellaneda bajaron pobres del poder, y lo que es más honroso todavía, dejando al pueblo intacta su hacienda y sin pesados gravámenes. Proverbial fué la pobreza de Adolfo Alsina, y hasta 1880 el desierto principiaba en las puertas de la ciudad, sin que á ningun estadista se le ocurriese tomar ó dar una sola legua de campo. Ningun pueblo en la historia ha sido más patriota, abnegado y honrado, y para ser virtuosos, dignos de la república, no tenemos necesidad de copiar á ningun ótro: basta que nos inspiremos en nuestro pasado. Hemos salvado lo fundamental: el hogar y la mujer argentina, y con estas bases podemos reorganizar la sociedad. ¡A la accion, á la vida libre, para ser lo que fuimos! Recibiremos la sancion de nuestra conciencia, el aplauso de la opinion, la gratitud de las generaciones futuras y la de los antepasados, que arden, desde la inmortalidad, por el porvenir de la patria. Dios nos ayudará al ver que ejecutamos su obra y glorificamos su nombre en esta bella parte de la América,—y vosotros, recibireis bien de la patria!

....

....

....

....

....

Y una vez que hayais despertado la soberanía nacional, haced inscribir á las muchedumbres inconcientes, que

XXXVI

convertisteis, con vuestra mágica influencia, en pueblo. El arma política del ciudadano es el voto; si no se inscribe, está desarmado, y en cuanto tengan todos sus boletas, rodead al General Mitre. El representa los intereses públicos, y si entretanto el elejido del pueblo no ha adquirido la influencia popular para iniciar la anhelada reaccion, ahorradle á la patria nuevos disturbios y amarguras,—evitad que el flamante gobernante se estrelle contra la corriente,—prevenid lo horrible: la anarquía,—y decidle que, no obstante su bien ganado descanso, la *madre comun* lo necesita nuevamente para su gobierno, á fin de impedirle calamidades inútiles. Bajo su vasta influencia nacional podría elejirse una Convencion para reformar la Constitucion, adoptar el sistema unitario y muchas de las reformas indicadas; en seguida, y encarrilado el país á los tres ó cuatro meses, podría retirarse con licencia por término indeterminado á la vida privada, ejerciendo el mando el vice-presidente, que sería cualquiera de los candidatos actuales á la Presidencia. Entonces, algunos de éllos serían excelentes.

Llamo la atencion sobre este plan, porque produciría, sin *acuerdos*, un advenimiento en las aspiraciones presidenciales, que facilitaría enormemente la eleccion, siendo el Vice al fin realmente el Presidente, mientras la república, por su impulso inicial, se consolidaba en el próximo período gobernativo bajo su protectorado patriarcal. Esto sería más que una eleccion, porque se le entregaría el país á su talento y patriotismo, diciéndosele que: si tuvo, despues de Pavon, la gloria de organizarlo constitucionalmente, hoy, en su vejez, lo reorganice, corrijiendo los errores de sus compatriotas y la division de la Union Cívica, que, á no haberse efectuado, habría triunfado, gobernando otros hombres, que habrían producido tambien otro género de sucesos y de vida nacional. Completaría la doble gloria de padre de la patria y tendría muchos colaboradores (1).

---

(1) Faltan hombres en el escenario, pero hé aquí muchos dignos ciudadanos, con ó sin vida pública, que serían colaboradores importantes y eficaces

XXXVII

El General Mitre, por otra parte, debe, antes de cerrar los ojos, legar á su patria un partido nacional de principios, tanto más que desapareció el *Nacionalista* y *La Unión Cívica*. Tiene por base el numeroso partido Republicano. Sería su gran testamento, en que legaría á sus conciudadanos las tradiciones de su vida, para que les sirviesen de ejemplo é inspiracion en el porvenir. Sería, de consiguiente, el Partido Conservador, que tienen todas las sociedades organizadas, para la salvaguardia de todas sus libertades encarnadas en el gobierno, y al llenar tan lamentable vacío, complementando su existencia, legaba á todos los argentinos patriotas una bandera de política filosófica.

El acuerdo ha hecho su época, como tantas convenciones de la vida pública, y ha terminado, porque ha dado todo lo que ha podido, con honra patriótica para sus autores. ¿Subiste aun? Una razon más para que el General Roca, que patrocinó hace once años la candidatura del General Mitre, la facilite, no tratándose ahora de candidaturas, es decir, de aspiraciones personales, sino de un pensamiento nacional y patriótico. No nos referimos á su influencia oficial, sino á la política, que posee entre sus partidarios y amigos, y le sobra juicio para apreciar las ideas prácticas y trascendentales. Lo mismo diremos del Doctor Pellegrini, hoy que está más cerca del pueblo. El ha declarado que el próximo gobierno será difícil. Si él, con su enerjía y dotes superiores y excepcionales, lo cree así, ¿por qué no ofrecería tambien su concurso? No trabajaría por la ascencion de ningun enemigo, sino por el bien de la patria. El General Mitre sería la verdadera concordia de los argentinos, porque todos lo rodearíamos como si fuese la pirámide de Mayo; ante él se desharían las pasiones y los enojos,— los partidos facilitarían la

---

de gobiernos regulares: Abel Bazan, Manuel D. Pizarro, Roque Saenz Peña, Dardo Rocha, Francisco J. Ortiz, Estanislao S. Zeballos, José O. Machado, Nestor French, Isaac Areco, Julian L. Aguirre, Udaondo, Carballido, Anadon, Pedro N. Arias, Martin A. Martinez, Indalecio Gomez, Manuei Obarrio, Guillermo Achaval, Faustino Alsina, Luis Huergo, Pedro Bourel, José M. Zapiola, Juan Garro, Cárlos M. Urien y los especificados en la nota de la página 274 etc. etc.

XXXVIII
evolucion, sabiendo que no habría venganzas ni exclusiones, y todos nos iríamos tranquilamente al trabao , que es el mejor modo de aportar el grano de arena á la obra comun, sabiendo que se abría verdaderamente una era de consolidacion y reconstruccion.

Esto no es *mitrismo*, sino creer que, dado el estado del país, solo una vasta influencia popular puede realizar la reaccion, y convertir una eleccion, que puede resultar un fracaso, en un pensamiento de alta prevision y resolverlo en el terreno de las grandes solucíones nacionales.

Una última consideracion al terminar, jóvenes compatriotas. Nuestro país, por las malas administraciones, los enormes y repetidos empréstitos evaporados en gastos improductivos y cuentas del gran capitan, los bancos saqueados impunemente y la quiebra del B. H. de la P. de Buenos Aires con 400.000.000 de cédulas, etc. etc., tiene un crédito exterior detestable. No digo que recuperemos el antíguo buen nombre, porque no es obra de un día,—pero el célebre escritor Teodoro Child, que ha viajado por las repúblicas sudamericanas, dice que Buenos Aires es una ciudad importante, pero *inhabitable* para *cualquiera* que tenga *alguna delicadeza de conciencia y alguna moralidad*. Supongamos que sea incierto; es igual, porque la ley que rije estos casos es la *opinion* de las gentes, y de comercial, en el exterior, pasará á ser social, popular, y bajará á los bajos fondos, y los malos elementos de *todas* las naciones de Europa, Asia, Africa y América, principiando por Inglaterra y Estados Unidos, que viven allí castigados, perseguidos (ladrones, estafadores, reincidentes, prófugos, *cuenteros*, etc., etc.), vendránse aquí y asentarán sus reales, creyendo sea el teatro más propicio para sus acciones por la inseguridad y falta de jus ticia proverbiales. El problema no será entonces de inmigraciones inferiores ó superiores, sino de una invasion peor que la *amarilla*, porque sería el déficit de la humanidad, creado por la degeneracion y perversidad, arrojado en nuestro noble y espléndido suelo, como si fuese el hueco de basura universal y la patria ideal de los malvados.

XXXIX

Ellos son millones; pero esto no es nada todavía,—sino que, por la fatalidad de la herencia, los malvados producirían hijos malvados, nietos peores,—y contaminados los demás por la sugestion y el contajio, la patria se hará realmente inhabitable,—la buena inmigracion cesará, y la parte sana de la sociedad, nacional y extranjera, no tendrá más que tomar la balija y huir...... Desisto de describir el cuadro de lo que podría sucedernos si no reaccionamos....... Habríamos desaparecido sin producir más que el gaucho, y hemos mentido bastante. ¡Regenerémosnos pues!

....

....

....

....

....

Termino aquí este trabajo profundamente sincero que, no ha tenido otro fin que condensar la verdad posible, como paso prévio para remediar los males actuales. Lo he creido indispensable para que se conozca la situacion general del país y se entre concientemente en la lucha electoral, de donde saldrá el próximo Presidente de la República. He inclinado la frente en el silencio de mi retiro, y he llenado estas páginas sin otro objeto que propender á una reaccion política. No me han inspirado odios ni rencores: dolor, sí, he sentido mil veces ante los sucesos, y los hombres me han parecido más efecto que causa, debido al estado verdaderamente embrionario y los factores complejos que han quebrado la lógica de nuestros rumbos. En mis apreciaciones políticas y sociales, me he olvidado de las personas y los casos concretos, para acordarme sólo de los sistemas que los han producido. ¿Qué vale lo accidental ante lo perdurable? Ahora mismo, no veo en mi cerebro sino la actualidad, que pasa como una nube tormentosa, y, al terminar, el conjunto y la silueta que se deshace. Sólo he tenido

XL

una pasion: los principios,—un sentimiento: el patriotismo, un solo odio: las tiranías, y un ideal: la patria libre y civilizada.

En cuanto á vosotros, trabajad por que las cátedras se otorguen sólo por concurso, y no permitais que ningun demagogo, despues de haber traicionado en la vida pública los principios é ideas, las profane con su presencia. Haced respetar la ciencia, y no la abandones nunca. El hombre de pensamiento es, en el fondo, virtuoso y más feliz que los tiranuelos con todas sus riquezas, y si quereis ser algo, estudia.

Os saluda con todo patriotismo (1).

Vuestro compatriota.

A. R. O.

---

(1) Al entregar los originales de este libro en la imprenta, partí al campo y me puse á escribir esta *Carta Abierta*, que nunca crei pasase, con el Prefacio, de las sesenta y cuatro páginas ó sean dos pliegos, que le había destinado. Sucedió, á mi regreso, lo contrario, y por no desmembrar el trabajo, he preferi-

do, desde la página 65, señalarlas, bajo de una raya, con números romanos hasta el de XLII. No he trepidado en encubrir de esta manera una anom alia porque redunda en provecho del lector, que obtiene, por el mismo precio, un libro más voluminoso. Esta ausencia del autor, hále impedido además correjir personalmente las pruebas, y el lector se explicará así numerosos errores de imprenta. *Carta Abierta* y *Por las Colonias* impiden, por su extensión, que este tomo no sea variado. El tomo II será encabezado por otro tema de política fundamental.

La Primavera

Al cierzo helado y bruscas ráfagas suceden las auras suaves y perfumadas por el aliento de los bosques. El cielo no está encapotado y rumoroso; celeste, brilla diáfano y cristalino, y los nubarrones, al avanzar en fúnebre procesion al horizonte, desgarran en el espacio ténues velos que se deshacen como las ilusiones juveniles. Las alboradas han disipado su manto de neblina y se tiñen de rosados resplandores para celebrar el desposorio del sol con la tierra. ¡Todo es luz, calor y armonía! Sólo la noche ama las sombras, y hasta los pájaros se han unido al concierto universal cantando aleluya. La luna surca una atmósfera tibia, — la noche palidece, — los astros brillan, y las brisas se desmayan en medio del silencio de la inmensidad.



El astro rey ha ascendido á su trono, y á la tarde, al expirar tras del monte ó el llano, colorea las nubes con el carmin de las vírgenes; la nieve se ha fundido en las cumbres y desciende en rápidos raudales á los cauces de los arroyuelos; las aves

acuáticas, que antes volaban sedientas, se bañan gozosas en los lagos rebosantes, y al levantar la mirada, atraídos por un extraño susurro en las alturas, vemos las bandadas de cisnes que vuelven del austro á sus antiguas comarcas. ¡Es la primavera, que las pardas golondrinas anuncian su primer mañana con sus agudos trinos y festivos aleteos en el tejado de la alquería!

El agua brota por doquier, y el calor se expande para reverdecer la pradera y fecundar la miés. La campiña, que enrojecieron las ráfagas heladas, yace un manto de verdura, y en los surcos labrados los verdes tallos se columpian, brindando la suculenta espiga en premio del honrado esfuerzo. Desde el astro hasta el átomo, todo despierta; el potro salvaje relincha y barre con sus crines la llanura; las fieras salen de sus guaridas,—el insecto zumba, y la alondra, ébria de gozo, despliega sus alas en el éter,—saludando tódos la vuelta de las rosadas albas.

¡Salve, oh, tú, juventud del año, que dotas de pámpanos á la vid y de rojas campanillas al granado! ¡Cómo brilla la sávia en tu seno, que se derrama hasta por las grietas de las peñas! Todos los arbustos han retoñado, y los que refrescan los ardores estivales con sus dulces y ácidos frutos, ostentan las níveas y encarnadas flores prendidas en las ramas como enjambres de pintadas mariposas. El lino ha crecido en los valles, y mece, al soplo de la brisa, sus corolas cárdenas y azules; las anémonas, tan temerosas de las ráfagas, entreabren sus pétalos deslumbrantes, y las azucenas balancean sus tallos y exhalan el perfume de su casto aliento. Las acacias columpian sus copas, y de sus gajos, penden dorados racimos de fragante aroma; el limon y el naranjo, sacudidos por el vendabal nocturno, han sembrado el césped de azahares; la magnolia abre sus capullos cubiertos de pólen é

hinchan su estambre para formar las anaranjadas conchas, y las campánulas, de violados cálices, se entrelazan en los enrejados, brindando fresca sombra.

En la fronda tenebrosa la luz filtra sus doradas flechas; la selva crece y se preña de rumores, el bosque cíñese su corona de guirnaldas, esparciendo la esencia de su búcaro, y el colibrí, aleteando, bebe el néctar de las flores. Los tallos trepadores se entrelazan en los troncos, y hasta el rosal, imitando á la yedra, escala el viejo muro, que el viento airado desmonta y deshoja los pimpollos. El pino silva,--el cedro extiende sus ramas,—el banano bate sus alas,—las palmas rizan al aire su cabellera, y del sombrío ramaje del ciprés, guardian del sepulcro, surjen dorados jilgueros. En Tucuman, los naranjales se cargan de frutos de oro, semejando árboles de Navidad, y el lapacho, empinado en los cerros, cúbrese de yemas bermejas. Los abetos, el guayacan y hasta la añosa encina se abrillantan, y los arbustos de hojas perennes y las bayas de enebro perfuman el ambiente con la resina odorífera de su sávia.

¡Todo es florescencia! Los abedules, las clavelinas, las dalias, las clemátidas, las lobelias y los nenúfares abren sus yemas para brindar su ambrosía, y la pradera reverdecida, teñida de esmeralda, refresca la cansada frente con su hálito de trébol y gramíneas. Hasta el pecho de la vírgen palpita, que adivina, tras el velo de su mística inocencia, amor, placer, vida universal. Así la juventud crece briosa, alegre, feliz, desbordando en sus mejillas los ardores del corazon. ¡Ay!, su vida es la del lirio: ¡á la tarde está marchita! El alma inmortal perdió sus fuerzas para amar, y el cuerpo, fuerte, hermoso, se despoja de sus esplendores para palidecer, encorbarse y morir.... Dejemos al hombre, mísero mortal que el tiempo arrastra al abismo

como el áspero vendabal á las hojas secas del otoño, y admiremos el campo, la llanura, surcados de arroyos y engalanados de pájaros y flores silvestres.

El ombú, centinela del desierto, ofrece dulce sombra y convida á pensar al alma solitaria; el hornero saluda al peregrino con sus estridentes gorjeos y el venteveo anuncia su llegada; el potro indómito, dueño de la luciente manada, bate con sus cascos la pradera; las greyes, diseminadas en las faldas de las sierras, rumian y lucen sus variados y aterciopelados colores; la majada pace tranquila, y las cabras brincan y se pierden entre los abruptos cerros. En la laguna, cubierta de junco y espadaña, solázanse las aves acuáticas, y el mirasol, el flamenco y la garza ostentan su plumaje; en el éter, dora el chajá sus gigantescas alas.... ¡Ah, en los Andes el águila y el cóndor dormitan en el cénit, como si hubiesen huido de la tierra! Cruzan las bandadas de patos, esparciendo los écos de sus cánticos,—los cuervos avanzan en línea, dispuestos á devorar su presa en el confin, y los cisnes estremecen el espacio con el níveo abanico de sus plumas. ¡Sólo el pastor duerme!,—duerme en el talar y á la sombra del fragante espinillo, arrullado por el quejido de la torcaz de atornasolado cuello. Sueña con la vendimia y el sedoso vellon. La naturaleza, fiel á sus cuidados, le ha otorgado sus óptimos dones: la salud del cuerpo y la paz del alma! ¡Duerme feliz! La mugiente vaca, de enroscados cuernos, le ofrece al alba su espumante leche; la abeja, su miel; el perro, sus puras miradas; el cordero y el cabritillo, sus caricias; el manantial, sus aguas puras; el valle, sus auras perfumadas de tomillo, y la aldeana, de macizos senos, su sano amor. Gusta con fruicion la carne de novillo asada y humeante; el cansancio bríndale descanso, y la molicie, fresco bienestar. ¡Tal es vivir!,

mientras en la ciudad, el raquítico habitante, devorado por sus vanidades huecas, palidece, amarga sus cortos días y muere en la impotencia!

Cuando en la tarde, pastor hermoso, arranques al caramillo las trovas melancólicas, acuérdate de nosotros, desdichados destinados á languidecer en los laberintos urbanos, por ignorar los encantos agrestes. Eres rico, poderoso, porque toda la naturaleza es tuya.... Ya que somos incapaces de amar el campo, levantémosnos al alba para admirar las nubes de escarlata; escuchemos con devocion las arias de los pájaros, esos cantores excelsos que nacieron para deleitarnos y educar el corazon; respetemos los árboles, que nos dan sombra grata al pensamiento y al descanso; librémoslos de los insectos, y persigamos la larva; amemos las flores, que son las maravillas de la creacion; si no piensan, viven como nosotros,—tienen penas y aman tambien. Sólo el amor á la naturaleza, confundiéndonos en sus sublimes armonías, nos enaltecerá, y no envidiaremos entonces al pastor, que desconoce los goces del pensamiento, que nos diviniza y nos vincula á Dios. La primavera será así eterna, porque la vida es luz, agua, perfumes, cánticos, sudor, descanso y salud, y si el cuerpo envejece, el alma se mantendrá creyente, fuerte y con los entusiasmos de la juventud (1).

---

[1] Sin pretender establecer orden cronolójico en estas publicaciones, encabezo este volúmen con mi primer escrito. Lo hice hace veintiocho años y en tiempos juveniles, en que asignaba á la literatura rol menos práctico.

UN RECUERDO

Todos los que conocieron á Florencio estan conformes en que era un inspirado por la libertad, el derecho y la abnegacion, esas ideas universales que alumbran como una constelacion las nobles inteligencias para guiarlas en su vuelo gigante. Le veía brillar en la frente la estrella de un destino extraordinario,—y cuando me anunciaron su muerte, creí que fuera algun horrendo ensueño de la noche anterior, porque me parecía imposible que el mismo Dios que lo formara con tanto primor, dotándolo de las más ricas facultades, despedazara tan cruelmente la más perfecta quizá de sus obras. No nos hubiera causado tanta extrañeza, á saber que murió en holocausto de la patria ó en un cadalso por la independencia de Cuba,—pero ¡en cama . . , . ¡él, que había nacido para la lucha y con una gran mision! . . . . Tuvimos que doblegarnos ante la bárbara realidad y, con el corazon partido, llevarlo al cementerio y encerrarlo para siempre en esos fríos y lóbregos sepulcros. Recordamos que, ante tal contradiccion de la naturaleza, vimos la violacion de una de sus leyes absolutas,—y nublados por la tristeza, hubimos de imprecar al cielo y creer que Dios fuera el *eterno inepto* de Schopenhauer.

Nó, — Florencio murió por falta de campo para el desenvolvimiento de su accion poderosa. Nació tarde, despues de las grandes causas y cuando sólo existían los míseros debates del sér con su propia

imperfeccion. En la antigüedad, habría sido un Caton, — en la Revolucion del 93, un Roland, — y en los tiempos de nuestra emancipacion, un eficaz colaborador de San Martin, y más tarde, un intrépido compañero de Lavalle. Por su hidalguía, bravura, enerjía y abnegacion, era una de las primeras almas de América. Pertenecía á esa raza de hombres que, por su puro cristianismo, ha salvado, á traves de los siglos, incólume el honor del espíritu humano, manteniendo vivos el amor y respeto por los principios é impidiendo que cayera en la abyeccion por el materialismo. Polonia le debe una lágrima, y Bolivia, su sangre derramada en Tacna, porque en su corazon cabía el mundo entero y sus dolores eran los de la humanidad. Era un hijo de Garibaldi, — y ¡cosa extraña!, por su amor á la justicia, virtud, dignidad y nobleza, habría formado parte de esa amable gente que acompañó á Jesús en su peregrinacion. Habría sido, con San Pablo, el más leal y entusiasta de sus apóstoles. Parecía más que un hombre: ¡una creacion de Shakespeare!

Tenía, por patriotismo, pasion por él, porque nuestra patria, tan combatida, sólo espera de espíritus elevados la conquista de su ideal. Ella nunca lo halagó con sus favores, y él sacrificó en sus aras su porvenir. Lo recordará si vuelven épocas aciagas, y entonces paréceme verla llorando como una madre y golpeando en vano su sepulcro.

Tal era la gallarda figura, que conoció la actual generacion con el nombre de Florencio del Mármol (1).

Buenos Aires, Febrero 28 de 1882.

---

[1] Enseguida de fallecer Florencio del Mármol, el doctor Juan Carballido publicó en homenaje á su memoria una *Corona Fúnebre* con juicios de la prensa, escritores y amigos sobre su personalidad. De allí, para reanimar su memoria, reproducimos este escrito, como ejemplo para las generaciones que se levantan. Florencio nació el 19 de Junio de 1851 y murió el 24 de Diciembre de 1881. Estudió hasta primer año de Jurisprudencia, pero su pasion era la carrera militar. Hizo la campaña de la Revolucion de 1874 como Ayudante Mayor de un jefe de Regimiento de Caballería, — estuvo en el Combate de La Verde; despues, ingresó al ejército nacional de soldado raso, deseando iniciar así la carrera; llegó al grado de Sargento, y cuando la guerra del Pacífico, entró en el ejército de Bolivia con el grado de Sargento Mayor. Fué tambien escritor entusiasta: publicó una voluminosa *Historia sobre la Revolucion de 1874*, y sus *Recuerdos de Viaje y de Guerra* sobre su campaña al Pacífico.



Por las Colonias [1]

Cuenta Daudet que compró ante notario, para sus tareas literarias, un vetusto molino de viento en la Provenza, y una noche solitaria, al tomar posesion del inmueble abandonado por la invencion del vapor, lo halló invadido por las plantas parásitas brotadas entre las grietas de las peñas y una generacion de conejos calentándose las patas en sus umbrales á los rayos de la luna. Allí, en ese refujio bañado por el sol y la luz de las estrellas, escribió, inspírado por los usos y paisajes de los Alpes, esas pájinas deliciosas aparecidas en la prensa y que coleccionó con el modesto título de *Lettres de mon Moulin*.

Fantástico ó real el molino, mi colonia, desgraciadamente, es verdadera, aunque en vez de yuyos y conejos, contenía pajonales, avestruces y venados. En ese retiro, despues de mis excursiones por dentro y fuera de la comarca, aprovechaba mi descanso en escribir,—en escribir cuanto podía para aumentar mi bagaje literario y escapar á la nostaljia que causa el pensamiento en la soledad

---

[1] Este es uno de mis últimos escritos, y va en este volúmen, porque el mundo de las colonias sólo es conocido por correspondencias de diarios, tendentes más á trasmitir al público datos económicos, muy plausibles sin duda; literariamente, no ha sido descrito. El colouo,—principal personaje,—y la siega, la trilla, etc., etc. y demás operaciones de la coscecha, las desconoee el sér feliz de la ciudad, qne no ha salido de extramuros. No es extraño, porque la agricultura recien hace quince años, — puede decirse, — existe entre nosotros. Es un mundo propio sin embargo, diferente de los otros. Existe una literatura gauchesca; ¿podríase llamar colonial á ésta? . . . .

y fuera del hogar; pero.... veamos lo que observé,—lo que sea digno de mencion,—lo que merezca ser contado á los que no han tenido la felididad ó la desgracia de perderse entre los trigales inconmensurables, y cómo, sobre todo, me hice colonizador y amé el desierto dorado de espigas....

Dado, desde jóven, á negocios y especulaciones en tierras, adquirí hace algunos años, en pago de un crédito, un campo en la provincia de Entre Ríos. Impropio, por sus duros pastos, para ganadería, no tenía, si quería convertirlo en dinero, más que venderlo á colonos. Felizmente estaba ya mensurado y dividido en grupos y concesiones, como se llama á las chacras en las colonias.

Fuíme á verlo, apurado por compromisos. Estaba próximo á la Estacion Urdinarrain, departamento de Gualeguaychú. Es necesario saber lo que es una Estacion de ferrocarril en las provincias. Por lo pronto, nada de pueblos; la Estacion, como un aduar, se levanta en el desierto, sin otra compañía que los zumbidos de los hilos del telégrafo, y los trenes, cual una novedad fantástica, pasan dos ó tres veces á la semana, volviendo á dejarla sumida en la misma horfandad. Afortunadamente, esta Estacion tenía, á ambos lados de la vía, unas docenas de casitas, nacidas á impulsos del movimiento colonizador de la redonda, y, á lo léjos, parecían, blanqueadas y nuevas, una bandada de gaviotas asentadas al rededor de un matadero. Para probar que, donde quiera que surje una poblacion, nace la vanidad, las de la izquierda se llamaban *Villa Mitre* y las de la derecha, *Villa Florida*; pero últimamente el gobierno, pareciéndole que serían muchos nombres para un pueblo que no era brasilero, los cambió por el casero de Echagüe, — lo que seguramente tambien ignorará el lector, por haberlo callado la historia contemporánea; empero yo, por la Estacion, doíle á dicho

pueblo el nombre de Urdinarrain; sí, señores, el inmortal y nunca bien ponderado *pueblo* de Urdínarrain, aunque el nombre, por tantas erres, me cerruche la garganta.

Nunca olvidaré la mañana que llegué. Mientras buscaba, con la vista, un carro para transportar mi equipaje, me preguntaba: «¿Dónde?», — porque sabía que no había hoteles, ni fondas, ni casas que los valieran. En el andén paseábanse unos individuos afeitados, vestidos de negro, hablando aleman y que resultaron ser rusos, como sucede con tantas cosas en esta vida, que no son lo que parecen, — ni parecen lo que son. En los bancos estaban echados algunos peones. ¡Ni una casa amiga! ¡Y era una mañana de Diciembre, diáfana y cristalina! Pláceme, para diferenciar, disfrutar estos desamparos, y me dirijí al jefe de la Estacion, quien, enterado de mi propósito, principió á rascarse la cabeza. «Aquí no hay donde alojarse una persona como Vd. Quizá allí,—agregó,—quieran cederle alguna pieza», — porque la palabra alquilar, era agena al vocabulario local.

Era el único edificio grande. De forma cuadrada, ocupaba una pequeña manzana. Al acercarme, noté que era una tienda.

El propietario era un jóven, y al escuchar mi extraña proposicion, la aceptó con regocijo, porque era soltero y se aburría hasta el fastidio. Ordenó que desocupasen y limpiasen dos piezas llenas de cachibaches, que daban á la vía férrea. Comería con él y sus dependientes. ¿Y el pago? Fácilmente lo arreglamos, á pesar de las costumbres hospitalarias, teniendo el honor de haber sido el introductor en esa localidad del canon con pension, y lo digo, no obstante mi modestia, para probar que he inventado algo en esta vida.

Instalado, — amuebladas las piezas con una mesa prestada por un vecino y un ropero por otro,

y acomodado mi equipaje, pensé en una persona que me hiciera de mucamo,—que me trajese y llevase la correspondencia y me acompañase en las excursiones que proyectaba. Soy incapaz de servirme á mi mismo.

¡No hay como un paraje donde reine la miseria: ¡todas son facilidades! ¡Al revés del pepino! Docenas se me presentaron en el acto, y como si me hubiera guiado la suerte, elejí uno, bajo, flaco y como de veinticinco años. Activísimo, sus ojos resplandecían de viveza, y sano como un gato, era la perfeccion misma.

«¿Cómo te llamas?» «Gumersindo Perez». «¿Gumesindo, dirás?» «Gumersindo». Comprendió que la r se me había quedado clavada en la garganta: no me pasaba. A pesar de no juzgar nunca por impresiones, hay, entre tantas cosas que me fastidían, ciertos nombres....; entre ellos hallábase el de Gumersindo, — y notando, en su mirada, que me hallaba razon, le dije, sin ambajes, que, como debía llamarlo por su nombre, necesitaba que tuviese uno corto, y, sobre todo, sério,... «Mi padre....», balbuceó. «Los padres, á la verdad, sin darse cuenta del efecto trascendental de los nombres de sus hijos en la vida, suelen ponerles algunos, sacados de su mollera, tan asnales y ridículos, que parecen más bien colas de papel en los faldones para que se les ría en la cara la humanidad entera», — me dije, — y comprendiendo que Gumersindo participaba de mi repulsion, no dudé de su buen juicio y le propuse cambiar de nombre. «¿Adónde vamos con Gumersindo! ¡Eso está bueno para un Senador por....! Tendremos, cuando te llame, la mofa de la gente». Un relámpago de alegría iluminó su rostro, como si pudiese existir un nuevo bautismo,—y para agradarlo más, díjele: «Elije tú cualquier otro nombre.» Como titubeara y el asunto corría prisa, porque no quería

dar tiempo á llamarle Gumersindo, le pregunté: «¿Te gusta Juan, Pedro, Antonio....?», porque tengo predileccion por estos nombres para los hombres, porque son varoniles, fuertes y rápidos, aunque sean vulgares. «¡Pedro, porque me llamo Gumersindo Pedro!» —exclamó con alegría. Quedóle, sin más ceremonia, el nombre de Pedro, teniendo despues la satisfaccion de ver que tódos le llamaban así con agrado, y tal se creyó tambien por la sugestion, mientras que el Gumersindo se hundía en el olvido.

Tengo la costumbre, en el campo, de otorgar á este género de servidores, toda mi confianza, para sacar de éllos todo el provecho posible de ideas y experiencia.

Me inspiran, por su mayor conocimiento de las costumbres y peculiaridades del pago, respeto, — y haciéndose cargo de mi persona y bienes, exclamó, enterado del objeto de mi viaje: «¡Todo eso es inútil!», – refiriéndose á un apero, montura, mandiles, cojinillos y aperos que había traido. Azorado y disgustado, porque eran mi principal orgullo, le pregunté: «¿Por qué?» «Porque aquí sólo los pobres andan á caballo. Para viajar en las colonias, se usa el sulky. ¡Y nosotros, que vamos á recorrer cientos, miles quizá de leguas! A la semana, quedaría Vd. imposibilitado y sin haber hecho nada»,— me contestó.

Pedro era intelijentísimo, sagaz. Enterado de todas las mañas del campo, era vaqueano en todos los caminos de su tierra, y si ignoraba, por su condicion, la historia política de Entre Ríos y sus hombres, le garanto al lector que conocía en cambio todos sus animales y marcas. Sorprendido muchas veces por su salud, actividad, audacia y talento natural, me decía: «¿De dónde salen estos tipos?».... ¡Del campo! Los produce como papas y zanahorias, y librados á sus instintos, desarróllanse sus dotes

hasta lo último, creándose ágiles, fuertes, vivaces, aguerridos, mientras que en la ciudad, con las regalonerías, se vive y muere á medio crecer. Dáme risa cuando oigo á los *civilizadores* de América repetir á cada instante: «¡Civilizacion, civilizacion!»—y veo á sus representantes y encargados de civilizarnos, tan estúpidos é ignorantes de las cosas de la vida, que son, en el campo, la risa de los gauchos, quienes, de lástima, les ponen la comida cortada en la boca para que no se mueren de hambre. Fuera de zanjear y sudar como caballos, no saben nada, nada,—ni leer, ni escribir, ni hablar. ¡Es que el desierto es un mundo aparte! Es el libro más vasto que la vista humana pueda contemplar, y la intelijencia, forzada por la necesidad, se nutre y dilata. ¿Quereis nada más intelijente que el gaucho? Llegan á nuestro pais comisiones de sábios, cargados de instrumentos científicos, para estudiar la flora, la fauna y otras riquezas de los territorios nacionales, y tienen que principiar por ponerse en manos de indios, para que les indiquen los caminos,—los guíen,—les enseñen cómo han de vivir para no morirse,—lo que buscaban,—los secretos misteriosos y lo que no ha averiguado aún la ciencia: cuando va á llover y cuándo hará buen tiempo. Flamarion acaba de decir en una correspondencia: «Sabemos las distancias exactas entre los astros; averiguaremos sus condiciones físicas, y si tienen ó nó habitantes, pero ignoraremos si va á llover mañana». ¿Conoces, lector, el cuento de los burros? Llegaron hace algunos años varios sábios extranjeros á la Rioja, cargados de instrumentos, con el objeto de hacer, en aquel cielo diáfano, observaciones meteorológicas. Llegaron, en una noche de luna, á un pobre rancho, y el propietario, al ver que se alistaban á dormir bajo los árboles, les ofreció que pasaran siquiera bajo del corredor, porque podía llover, ... Los sábios, ante

el cielo cristalino, sereno, riéronse del pronóstico del gaucho, atribuyéndolo á su ignorancia, y prefirieron dormir á la luz de la luna. Oscurecido á media noche el cielo, descárgase un copioso aguacero, y los sábios, arrastrando sus camas é instrumentos, golpeáronle la puerta al gaucho, demandándole hospitalidad. «¡No les dije!» —exclamó éste, al abrirla. «¡Ya lo preveía, desde que ví á la tarde llegar escarciando los burros al corral!» «¡Pues, señores,—dijo uno de los sábios, — vamosnos más bien á nuestro pais, si hemos de viajar tanto tiempo con nuestros instrumentos, para que unos burros en el desierto nos enseñen meteorolojía! Esta es la ciencia moderna. Sus billones de libros no cabrían en la pampa, y fuera de algunas verdades elementales, no se ha descubierto nada, porque sus autores, en vez siquiera de decir lo que piensan y sienten, no hacen sino copiarse y adular las preocupaciones del vulgo, para hacerse simpáticos. ¡Audaz, mi observación, eh!

Desconsolado quedéme cuando alcé la mirada y ví mi apero, montura y arreos orquetados en lo alto del muro. Un puñal, — que compré para las ocurrencias campestres, - quedó relegado sobre mi escritorio al femenino papel de cortar las hojas de los libros vírgenes. ¡Cómo cayeron mis silvestres sueños! El caballero quedó transformado en cochero, pero, al fin, consolado, por la ventaja de andar en sulky, y porque usaba tambien botas en los viajes.

El dueño de casa, con su habitual hilaridad, rióse ante mi peregrina idea de vender tierras. «¡No vé!» — exclamó, señalándome la langosta saltona que invadía el territorio é iba en camino de devorarse todo. Los habitantes del lugar eran pobres. Las casitas que rodeaban la Estacion, á parte de las de negocio, tenían una ó dos piezas á lo sumo. Sus moradores, por lo general, eran

carreros ó peones que trabajaban en las cosechas, y cuando aparecía la langosta, se transformaban en sus tenaces matadores oficiales á peso y medio por día. Poseían su incierto pan,—múchos, numerosos hijos y un mancarron flaco luciendo su deshecho recado. ¡Cuántos no andaban descalzos! «¿Y entre éstos,—parecía volver á inquirirme,—quiere Vd. hallar compradores?» El espectáculo del acridio, que avanzaba y asolaba cuanto hallaba á su paso, descorazonaba efectivamente, y cuando pensaba que no dejaría tras sí sino miseria y hambre, me daban ímpetus de regresar...

¡No podía!, porque tenía que convertir mi campo en dinero. ¿Qué hacer? Convencido de mi vano empeño por opiniones autorizadas y diversos viajes á las colonias vecinas, me puse á reflexionar. «En Buenos Aires no quieren saber nada de campos en Entre Ríos,—me dije,—y aquí son pobres colonos que, despues de la trilla, apenas les queda dinero para abonar las deudas del año. Entre tódos no alcanzarían á comprármelo, y apenas unos cuantos tendrían para una chacra. ¡No tengo más que colonizar!»—exclamé. Esta última palabra me aterrorizaba. No era el trabajo, porque he sido corredor, constructor, especulador en tierras y comerciante, debido á que en nuestro pais ninguna profesion liberal y empleos, servidos honorablemente, bastan para crear la independencia personal, que era mi sueño, sino que los colonizadores, despues de sendos sacrificios y persecuciones fiscales, sólo han sacado vejez y ruina. «¡Adelante!», — y considerando que en los instantes críticos, debe úno dejarse de correspondencia, cartas de recomendacion y esperanzas, púseme, segun mi costumbre, personalmente en campaña, y le comuniqué á Pedro mi temida tarea.

Amo el campo, y sus costumbres, me son familiares, aunque no sea estanciero, ni descienda de

tales. Recuerdo que, cuando pasaba mis vacaciones de estudiante en estancias, prefería los dormitorios próximos á los corrales de ovejas, — precisamente por el olor á estiércol y los balidos. Ahora mismo no sé que atractivo hallo á estas dos cosas antihigiénicas é intolorables,—fuera de ahí detestables. La soledad y los animales me placen como la mejor compañía, y al pasar por un tambo, el olor á leche y el del trébol, en las ráfagas precursoras de la lluvia, henchen mis pulmones, y la fantasía me transporta á las planicies á saborear los caros recuerdos campestres. ¿Quiérese un partidario más sincero del campo? ¿Qué me retraía entonces? Que mi tarea, en vez de resolver mi pequeño problema financiero, fuérame, no obstante todas las fatigas, inútil, contraproducente. «¡A la accion!», díjeme,– porque, de lo contrario, no se termina nunca de pensar.

«¿Y dónde hallar los colonos?» En las colonias, como á los pájaros en los bosques. Unos, comprarán al contado ó á plazos, — ótros, arrendarán, y los que no tengan dinero, pagarán con trigo.» Tal era mi prospecto. «¡Acaballo!,»—quiero decir, ¡en sulky!

II

PRIMERA EXCURSION

La primera vez que salimos rutilaban aún algunas estrellas, que la claridad iba poco á poco apagando.

Las colonias no son la estancia, ni las chacras, ni tampoco el campo,—por más que aparezca laextension feraz,—sino el desierto convertido en trigales,—amarilleante y ondeando par las brisas. Míseras viviendas lo pueblan de distancia en distancia.

En vez de gauchos y paisanos, vénse extranjeros, y en los caminos, no se tropieza sino con carros cargados de trigo y acopiadores en sulkys. Sólo un movimiento comercial interrumpe aquella soledad. El cielo, diáfano,—el sol, abrasador, brillante,—y guarecidas las calandrias y las tórtolas en los montes, ni una ave turba el vasto silencio. A lo sumo, un halcon ó chimango cruzan el espacio lanzando un quejido,—sin duda de tristeza al contemplar invadidos sus antiguos lares. He encontrado, con todo, en las colonias, un mundo distinto, á punto de que, excepto la nieve y el idioma, no hallo diferencia con la sociabilidad y las costumbres de las descripciones de Tolstoi.

Viajábamos con velocidad. El lector considerará sin duda necedad si describo un sulky; sin embargo, muy pócos, seguramente, lo conocerán prácticamente y lo sabrán apreciar. En consecuencia, me limitaré á decir que sobre dos grandes ruedas, de rayos finísimos, levántase un asiento, en que apenas caben dos personas. Al primer empuje del animal, vuela. Es incómodo; por falta de toldo, se es víctima del sol, y tan peligroso, que un acidente sería un desastre, — pero el génio yankycno ha buscado sino la velocidad. Con dos caballos alternados, fuertes y ágiles, se hacen. sin apuro, cuarenta leguas por día ó sea en diez horas, para dar tiempo á comer, dormir y descansar bien. No hay vehículo de sangre más lijero, y dos personas pueden recorrer una provincia en una semana, la República en seis meses, y tambien la América y el mundo entero.

He nacido, desgraciadamente, con el sentimiento de la justicia, desbordante por las iniquidades contemporáneas, y no pude menos, á la semana, que ascender á Pedro á Secretario, porque en los caminos, era vaqueano,—con los rusos,lenguaraz,—y por el conocimiento de las cosas y habitantes del

pago, consejero, dándome, á cada instante, ideas, advertencias, que me ahorraban tiempo y vacilaciones. ¡Secretario General! «!Una víbora!»—exclama,—y antes de sujetar, le pasó una rueda por la cabeza. Cuando dí vuelta, yacía de panza, largo á largo en el camino. «Con la calor, hay muchas. Yo agarro las culebras, y á las víboras les descarno la ponzoña.» —agregó. En esto, un individuo pasa en sulky como una exhalacion, ras con ras con nosotros, y nos saluda. «Es un acopiador», —me dice. Al bajar una cuchilla, vemos una banderita en lo alto de una caña. ¡Una pulpería!

¡Qué calor! Al atravesar guadales, nos tapábamos, por los mosquitos, los rostros con los pañuelos. y en las chacras donde no quemaron la paja del trigo despues de la trilla, la mosca brava se prendía á los costados del caballo, y sólo á latigazos y sacudiendo las riendas se la ahuyentaba á las dos ó tres horas.

¿Qué son aquellos árboles que asoman sus copas entre las cuchillas, — que se descubren á medida que avanzamos y bajamos? Una aldea rusa. Estaba en un bajo, buscando la aguada, y en los raigones, solazábanse bandadas de gansos, blancos como cisnes. A los dos costados de una ancha calle, se extendían dos hileras de casas, que llegarían, en su totalidad, á cincuenta, la mayor parte en barro, con techo de paja, alumbradas, en las noches oscuras, por los astros, y algunas veces, con la luz *eléctrica* de la luna; pero, ¡qué aseo interior! Por rito religioso, se blanquean frecuentemente; los dormitorios lucen camas altas, bien tendidas, con almohadones de plumas de ganso; cunas de hamaca cuelgan de los tirantes, y en medio de dos piezas, yace el comedor, con cocina y horno que calienta todo el edificio en invierno. Los pisos son de una composicion de barro, bosta y ceniza, que forma una

pasta resistente al tránsito, y las mujeres, medio desnudas, sanas, fuertes, allegábanse á las tranqueras para vernos pasar, seguidas, á manera de gallinas, por una muchedumbre de chicuelos rubios, en camisa y compatriotas ya. Los patos, los pavos, las gallinas, los pollos y las gallinetas, formando un conjunto variado, pican los granos diseminados en la cuadra,—descubrimos galpones repletos de trígo, máquinas bajo enramadas, y al fondo. huertas abundantes en árboles frutales, desbordantes de pájaros cantores y cotorras. Buen aire, esplendente sol, rica agua, legumbres, fruta, carne, embutidos y pan doméstico, leche, huevos; nada les falta, y al considerar cómo en una hondanada perdida en el desierto, unos ranchos reunidos tienen el privilegio de atraer todos los pájaros de la redonda y realizar la felicidad, pensamos en la vida horaciana, sin preocupaciones y deseos. Nada mejor que esas aldeas para recordar las costumbres primitivas, y ante su rusticidad y abandono, se nos aparece Jesús en sus viajes por Galilea y Jerusalem.

Al salir de un monte, en las costas del Gualeguay, me dice Pedro: «Allí hay un pueblo». ¡Un villorio! «¿No vé la capilla?....» Al cruzar el caserío, llegamos á la capillita. Estaba la puerta cerrada, pero, al empujar, se abrió, y, ¡soberbio espectáculo!: vemos á un hombre desesperado, en mangas de camisa, espantando una vaca con el saco. «¡Abra, señor, abra!»—nos gritó. Obedecimos instantáneamente, abriendo cada uno una hoja, como si fuésemos sus criados, para que saliera Su Magestad. «¡No vayan, por Dios, á decirle nada al señor Cura, porque me expulsaría!» —volvió á exclamar. Comprendimos, con nuestro *talento*, que era el sacristan y oriundo de Galicia, y para explicarnos su temor al cura, nos dijo que á él le habían ido con el *chisme* de vacas

dentro del templo, dejando muchas veces las pruebas pestilentas de sus estadías. «Para que no me *bote*, no tengo más que negar; pero es cierto. ¡Ya ve Vd.!»—exclamó. ¡Ya lo veíamos! «¡Esa maldita rosilla,—agregó,—es la más empecinada!»

Mientras el sacristan barría los perfumes de la vaca, mirábamos el pequeño templo. asombrados de su pobreza: techo de chapas de fierro, sin cielo-raso,—piso de ladrillo, húmedo, despedazado por los animales del campo, y al fondo, un altar pintado de blanco y unas oleografías religiosas colgadas de los blanqueados muros.

—«¿Y dónde vive el cura?» «Aquí, señor.»—nos contestó el sacristan, mostrándonos una piececita al lado, de piso de tierra viva y con un catre. «¿Anda de paseo?» «No, señor; ha ido á un entierro. Allá va, ¿ve Vd?» — y vimos sobre la cuchilla unos bultos que subían.

Nos despedimos del sacristan, y como resolvimos comer en esa localidad, nos encaminamos tambien al cementerio, porque era aun temprano.

El acompañamiento se componía de unos cuantos vecinos en dos carros y otros tantos á caballo. El cura iba en uno de aquéllos. Llegamos. El enterratorio era una quinta del éjido, de dos manzanas, cercada de alambre, y al frente tenía dos pilares de material, que, á lo léjos, parecían el Arco del Triunfo (!). Tenía tranquera en vez de puerta, á estilo de corral, y yacía abierta, como invitando á todos á reposar y á que entrase.... la hacienda. — «¡Estos animales!» — exclamó el cura, al ver adentro unas cuantas vacas y caballos.

Entraron los ginetes para espantarlos, y nos acordamos del incidente de la Iglesia. El muerto era un colono aleman, que dejaba á su familia en la miseria. Lo bajaron de un carro, y fué llevado á pulso hasta el fondo por sus compañeros entre unos pasos borrados en los yuyos, donde estaban

unas tumbas con rejas y coronas secas. Un peon, que se dejó caer rápidamente del caballo, hizo de sepulturero, y abrió la fosa con una pala traída expresamente. Mientras cavaba, pensaba en la poca suerte que se necesita para terminar la vida de tal manera, dejando todavía hambrientos á los suyos. « ¡Gracias!—exclamó Pedro,—porque hace poco se enterraba á los muertos en las zanjas. »

Al ir á ponerse el ataúd en la sepultura, la cabeza del difunto apareció por el extremo más bajo. En la ciudad habríase creído que resucitaba y la gente saldría disparando, pero comprendióse que todo era efecto de la imperfeccion del mueble. « ¡Bárbaro! » — exclamé sin querer. «¡Que dé gracias!» — replicóme Pedro. « ¿Qué pica aquel chimango, que baja y sube en el aire?» «Debe ser el miembro de algun muerto mal enterrado, porque, por lo general, se llevan otra vez el cajon á la chacra». «¿No le ve la punta del pié?» Divisábase, en efecto, á la distancia, sobresaliendo entre los terrones, una cosa blanca como el mármol, con puntos rojos, — y Pedro, al notarme impresionado, agregó: « ¡Yo he visto traer muertos en cueros, arrastrándolos á la cincha!» No hay diferencia más grande que la que se ve en la vida de los hombres. Este muerto había sido en vida, trabajador, económico, bueno, moral, virtuoso, y « ¡todavía castigo!» . . . ., — exclamé.

¿Necesitamos acaso ir á los cementerios y presenciar la terrible inhumacion para pensar en la muerte? Debe ser así, porque mientras rellenaban la fosa de tierra, mi fantasía, por la fatalidad del recinto, llenóse de sombras. Al mirar de atrás la concurrencia, pobre, mísera, que regresaba en sus carros y caballos, me pareció que el desamparo en que se le dejaba al difunto era demasiado cruel. ¿Vencido? Nó, — porque si su lucha fué estéril para él, fecundo fué para otros. ¡Así es la

vida!; sí, pero para estos mártires del trabajo, que caen, víctimas del desequilibrio social, aplastados por las capas superiores. No es la muerte, la mala; ¡es esta vida voraz, que todo lo devora: ¡juventud, fuerza, salud, alma, y en que aquélla, despues de agitaciones y derrotas crüentas, titánicas, aparece como un descanso! ¿Y la esposa y los hijos? Estos, sí, merecen lástima, porque quedan para continuar la ruda pelea.... ¡Pobre colono! ¿Muerto? Nó; ¡libertado!—como dice Daudet, en Jack.

¡Ahora, á la chacra, al trabajo! — parecían decirse tódos, entre el ruido de los arreos en la marcha, al apurar sus caballos, absorbidos por la cosecha y el salvaje afan de rescatar de los gastos y deudas, un poco de dinero.

Despues de comer, me sale Pedro con que el caballo estaba cansado. Como iba aprendiendo á cuidar este noble animal, que en el campo es el instrumento de toda produccion, á punto de que si hablase, exclamaría: «¡A mí se me debe todo!», nos quedamos á pernoctar. «Dormiremos aquí mismo.»—me dijo Pedro,—porque era la única casa de hospedaje. Era un almacen. «Este es un gringo usurero.» — agrega Pedro. «¡Figúrese que cobra á los colonos hasta el 5 %! ¿Ve esas herramientas, rebenques, boleadoras y recados que yacen colgados? Están empeñados.» «¡Qué noche aburrida vamos á pasar!, — y con la luna, ¡qué lindo viaje haríamos!», — exclamé, cuando oigo una música. «¿Música aquí?»,—me pregunté, no imaginándome otra que la del viento. «Es el circo.» —me dice un individuo que estaba recostado en el poste. «Está principiando; ¿vamos?» — díjele á Pedro. «¡Qué van á ir.» — díce el desconocido. «¡No sirve!» «¿Qué hacen?» «¡Nada!»—exclamó. «¿Cómo nada?» «¡Nadaa!»

Hacía años que no iba á teatros; no he visto siquiera á Frank Brown, — «pero un circo en que

no se hace nada, es digno de visitarse.»—me dije. «Iremos»—le dije á Pedro. — «¡Debe ser muy curioso! ¡Un circo en que no se hace nada!...»—repetía para mí, mientras llegábamos á él. Las cosas pequeñas y míseras son tambien dignas de observacion.

Entramos. Redondo, y de lona, excusado es decir que era reducido. Por el gran número de caballos ensillados en la puerta, creí que la concurrencia fuese de gauchos, peones descamisados y muchachos descalzos,—pero ¡qué error!... Componíase, en su mayoría, de colonos y sus familias, vestidos de lo mejor. Endomingados, lucían en los trajes los colores de su predileccion nacional, y el conjunto, á pesar del piso de tierra y los asientos de tablas sucias, parecía, á la mezquina y vacilante luz de los faroles de vela, una exposicion de flores artificiales. Destacábanse entre los sombreros primaverales de las francesas y suizas, los vestidos colorados de las rusas, los azules de las alemanas, los verdes de las italianas y los amarillos de las paisanas. Había algúnas, valientes, que aguantaban medio jardín en las cabezas, y ciertos pimpollos semejaban de léjos zanahorias. Tódas, se abanicaran ó no, estaban desasosegadas, rosadas, creyendo estar en la más alta sociedad y seguras de divertirse como nunca.

En menos de media hora, en varios corrillos de compadritos, oí decir cincuenta veces que estaban las de Pagliani, las de Mendioroz y las de Trabucco. ¡Al fin principió la funcion!,—porque con la humedad de la tierra viva y las corrientes de aire, que pasaban por los agujeros del toldo, se hacía penosa la permanencia. Sólo por la curiosidad de no ver *nada*, donde se cobraba precios relativamente subidos por entrada y localidad y cómo se desenredarían para no ofrecer *nada* en cambio de diversiones ofrecidas, podía prolongarse tal fastidio.

La orquesta era un acordeon, tocado por un negro. La compañía tampoco existía: el propietario, que era un mulato brasileño, apareció en la arena con tres chicuelos, y les hizo hacer unas vueltas de carnero y otras pruebas como las que se hacen en los colegios. Apareció despues un payador, é inspirado por el alcohol, principió á cantar unas décimas que dedicó al alcalde, al sargento de la partida y otros personajes oficiales que lucían bombachas y alpargatas en los asientos. La concurrencia criolla y los viejos vecinos, acostumbrados á esta música, reían á boca abierta y á cuerpo estirado de las ocurrencias del payador,—las más de las veces repletas de indirectas indecentes. Volvieron los pequeños volatines y repitieron sus ejercicios. No debían saber más, porque la funcion terminó con un drama criollo. Estoy seguro que fué improvisado y que los actores eran dos paisanos, en cambio de las entradas, de los muchos que mosqueteaban en la puerta, porque aquello fué un diálogo libre sobre la vida campestre. Uno de éllos, debía, para terminar una pasion que lo devoraba, robarse esa noche la prenda querida y llevársela en las ancas fuera del pago,—y para crear coraje, le menudeaba, como si fuera cierto, á una limeta, que pasaba á su interlocutor. Hacía el líquido su efecto, porque los disparates y alusiones eran cada vez mayores. ¡La suerte que, á medida que eran más rojos, la gente reía á carcajadas! La ignorancia es, muchas veces, inconciencia, porque en una ciudad culta, tales espectáculos habrían sido deshechos á papazos, pero en el campo, por no conocerse absolutamente el arte, prefiérense estos remedos groseros de sus costumbres.

¿Es *nada* todo esto? Creo que el crítico, en el terreno de la exajeracion, tenía razon, porque en un lugar público, donde se cobra por diversiones, hay derecho á exijir algo más de lo que hacen los

niños sobre las alfombras de la sala ó los sirvientes en el patio excitados por la bebida y disfrazados de volatines ó gauchos andariegos. Débese mostrar lo extraordinario, y no lo ordinario, que todos pueden ejecutar. Recuerdo que tiempo tan mal empleado me lo desquité echado en mangas de camisa sobre unas bolsas de trigo bajo el corredor, contemplando el cielo iluminado por la luna viajera, mientras Pedro me contaba sus aventuras por *Los Rincones* con los tigres y la mejor manera de cazarlos.

Antes de dormirme, le pregunté, curioso de conocer, aunque solo fuese de nombre, la aristocracia de la localidad,—quiénes eran las de Pagliani, las de Mendioroz y las de Trabucco, y me dijo que eran las hijas del carnicero, del basurero y del carbonero. ¡Y en las ciudades, que se desviven las niñas por que las llamen las de.....! ¡Si vale la pena! Comentando, algo desvelado, con Pedro estos giros, exclamó: «¡Para eso mi pago! ¡Allí las madres tienen sobrenombres, y se las llama las hijas de la Peluda, de la Chimanga, de la Vizcachona....!»

Al día siguiente, era Domingo. Amaneció bello, hermoso, y las ráfagas del aire libre impedían sentir el calor. Notábase el asueto por el pasar contínuo de las gentes. La capilla estaba á una cuadra, y al notar muchos carros y caballos, pregunté si había alguna fiesta religiosa. «No, señor; la gente en misa.» —me respondieron. «Vamos.» —díjele á Pedro.

Casi todos eran colonos y venían llegando otros aun. Los trajes, apropiados al acto, eran más severos. ¡Esa era devocion!,—y bastaba, para prestarle fé, pensar que muchos venían de cuatro y ocho leguas de distancia. Todos rezaban hincados y, algúnos, agachados, con la cabeza en el suelo. Admirado de tanto sentimiento sin vanidad, casi

no reconozco á nuestro sacristan, vestido de acólito y ayudando á misa. En una de las reverencias, tropezó con mi mirada, y bajó los ojos, recordando, sin duda, lo de la vaca. ¿Quién diría, al verlo tan currutaco, que era el mismo del día anterior, ensordeciendo á gritos á tamaño animal! «¡Si supiese el cura: ¡ya te iba á dar vacas dentro de la Iglesia!»— me decía, al descubrir el rostro de pocos amigos de aquél.

A mitad de la misa, tuve que salir afuera para respirar: ¡era un horno adentro!,—doblemente insoportable por ese olor á obrero, ardiente, ágrio, y que solo el pobre, por haberse criado oliéndolo, lo halla natural. Afuera, con el viento, las mujeres se descongestionaron y se bajaron el corsé, que se les había subido, mirándose unas á otras, enceguecidas por la repentina luz. Existía, en apariencia, mucho de ese terrible tridículo, pero, en el fondo, inspiraba respeto esa muchedumbre por su fé sincera y los esfuerzos que representa en el trabajo nacional. De atrás, sobre sus carros y montada á caballo, parecía una procesion, y al perderse en la cuchilla, en hilera, todos unidos, vínoseme el recuerdo del acompañamiento fúnebre del día anterior.

De paso, para atar, me dice Pedro: «Me han dicho que hay aqui mucho gran malo. Es necesario no dejar asentarse las moscas en la epidermis (1).» Al despedirme del figon, no pude librarme que el pulpero volviera á invitarme con una de sus innumerables bebidas. Avaro, desesperábase por la miseria reinante, y no veía, en la repugnante copa, más que los soñados centavos que entrarían al mugriento cajon del mostrador, y

(1) Inumerables son los campos infeccionados por el carbunclo. El animal que ha muerto de él, se hincha enseguida y se le caen los vasos. Las personas se contajian, y las moscas son el vehículo general. En el Tala, he visto á médicos y curanderos descarnar con instrumentos especiales el grano malo hasta el hueso y despues quemar con hierro caliente, para impedir la infección general.

en cuanto me divisaba, so pretexto del calor, de la hora ó del apetito, me ofrecía uno de sus *fernets* ó *bíters* fabricades con aguardiente de maiz y más apropósito para curar la sarna de las ovejas. Por la tolerancia, que está de moda con la humanidad inferior, me limitaba á bajar los párpados, revolviendo los ojos por dentro, como una contenida protesta, porque el personaje no valía la pena que le dijese: ¡No temo alcohol!»—consecuente con mi predilecta divisa,—pero Pedro, que sabía cuán cargado me tenían sus ofrecimientos, le hizo señas, á mi espalda, que no los repitiera (1).

Salimos. Al dar vuelta, estaba en la esquina un grupo de gente y oimos unos gritos. ¡Un remate! Era en el Juzgado de Paz, y se vendía el trigo de un colono. Embargos, les llaman allí, porque los acreedores, desesperados, no andan con chicas. En las cosechas abundan como las perdices, y donde quiera que se ande, tropiézase con el Oficial de Justicia, que vá ó viene de algun embargo. El colono, ante el trigo embargado, llena el ambiente de quejas, y los demas acreedores, notando que los ganaron de mano, profieren maldiciones, se rascan, pero comprenden al fin que es más práctico embargar tambien. Así van, en órden, ensartándose como orejones al sol, hasta que unas pobres quinientas fanegas soportan tres veces su valor en

(1) No puede imaginarse el lector la trascendencia de las miradas iracundas y sangrientas del pulpero tras del mostrador para todo aquél que no bebe. Se convierten despues en la opinion general de todas las personas, porque la pulpería es el único punto de reunion de todos. Allí se averigua del recien llegado, y el pulpero, en mangas de camisa, exclama: "Más aceite dá un ladrillo"—es decir, es un egoista, un avaro, un miserable,—el sér más despreciable para esos criterios obtusos,—y como tal, queda, viéndose despues aislado. calumniado y abandonado como un sarnoso, porque no bebe, porque no quiere beber, ó, mejor dicho, porque no contribuye, envenenando su sangre, á llenar el cajon del pulpero. La temperancia en la campaña; es un defecto imperdonable, que puede costar muy caro, y el orígen es el pulpero, que no ha tratado sino de vengarse de un rebelde á sus venenos. Yo he visto á personas beber contra su voluntad por *quedar bien*, y en ciertos parajes, donde el juego estaba en apogeo, por no jugar, muchos han sido perseguidos, calumniados, complicados en falsos delitos, saqueados, etc., etc. ¡Curiosidades de la campaña!

deudas. ¡Concurso!,—y entre el llanto del deudor y de sus hijos, que entreven el hambre en el invierno, porque, faltos de semillas, no podrán ni sembrar, y sin crédito, nadie les fiará, los acreedores se enfurecen como perros ante el descuartizamiento de la presa, y despues de los gruñidos y desafío de dientes, viene el estallido, el escándalo, en que cada uno sale disparando con su pedazo. Felizmente, fué una excepcion, debido á varios años malos, y la gente, por la miseria, se arrojaba á medios extremos, porque en ninguna parte es más tolerante, familiar y bondadosa.

Estábamos acampados bajo de unos árboles descansando, cuando vemos á un individuo á caballo en direccion á una laguna próxima. Se baja, —extiende el poncho en el pasto,—pone las riendas en el recado,—desata su envoltorio, se sienta y se pone á tomar mate con agua de la laguna, fría, súcia como estaría. Asombrado, llaméle la atencion á Pedro, y contestóme: «Es Don...... No recuerdo el apellido, pero era un paisano rico, que tenía educando sus hijos en el Paraná. Enseguida púsose á tocar la guitarra y á cantar. Cuando terminó, envolvió la pava, el mate y demás útiles, los colgó en el recado, y continuó la marcha. Me acordé de Don Mateo García de Zúñiga (1), que hacía lo mismo. Despues me familiarizé con estos y otros espectáculos. Las lagunas, en el desierto, son el descanso del viajero. Nadie los cruza así no más y sigue; algo hacen tódos, y nunca he visto individuo que, al llegar, no se pare, por lo menos respetuosamente. Lo comun es desensillar y hacer sus dilijencias, lavándose principalmente la cara, peinarse, etc., etc. Agradábame ver llegar una tropa de carretas. Mientras unos hacían fuego y

(1) Antiguo propietario de los campos *Floridos*, ocupados hoy por colonias.

cebaban mate, ótros tocaban la guitarra, jugaban á los naipes, mientras la generalidad se lavaba los pies, la cara y se mudaba de camisa. La laguna es el toilet de esas soledades.

III

EL MOLINO DE LA COLONIA

Fué cuanto ví de peculiar en mi primera salida, que duró como ocho ó diez días, y en la que anduve cientos de leguas, internándome en los departamentos circunvecinos. Gualeguaychú, Uruguay, Tala, Villaguay y Gualeguay, eran pueblos que visité numerosas veces en sulky y conocía como Urdinarrain. ¡Qué placer al regresar entumecido por el cansancio! El descanso, ¡como se ansía entonces! Es que allí estaba mi domicilio, con mi lecho, mi escritorio, mis libros y lámpara, recordando, á pesar de los años y ser casado, el *cuarto*, ese nido del estudiante, donde se forjan los más grandes sueños para el porvenir. Aunque tenga cien años, sea rico y habite palacios, seré, íntimamente, siempre estudiante,—y me bajaba dichoso, presuroso del sulky, como si fuese á abrazar á mis hijos.

Pedro me miraba, como preguntándome si estaba satisfecho del viaje. Pintorescamente sí, porque soy como los pajaros, como los animales, si te place, lector: en cuanto salgo al campo, me alegro, como si la serenidad ó tristeza de la ciudad fuesen productos de su aire infeccionado ó humo de sus chimeneas y fábricas, sobre todo despues de ver colonias, cuchillas, ríos, langosta, ciudades desiertas, impuestos acumulativos y otras peculiaridades del suelo entreriano; pero, comercialmente,

nó, debido á la pobreza reinante, por la mala cosecha, á pesar de haber hablado mucho. ¡Mire que hablé! Aunque no poseo sino el español, el inglés y el francés, charlé en todas las lenguas: en alemán, en italiano, en ruso y en cuanto dialecto occidental,—¿y?... Nada, como digo; nada....., sino esperanzas para cuando tuviesen dinero los interesados,—sueños para el porvenir, porque el colono delira con la tierra, como si la amase con el solo fin de adquirirla. ¡Más sueños que los míos!

En una pieza contigua á mi dormitorio, tenía el plano colgado en la pared, y allí entraban y salían los candidatos: *mí* escritorio, desde que todo ha de ser *mi*, aunque nada fuese mío. Como los colonos no tenían dinero, no les hacía caso, porque, necesitado, no era tan altruista para vender gratis la tierra. Algúnos, que hacíanme de corredores, me decían: «Fulano tiene dinero, porque ha trillado mucho,—vendió su chacra para comprar otra más grande, una trilladora ó unos animales. ¡Es rico!» Me encojía de hombros, porque si no era mentira, resultaba que la tal riqueza consistía en quinientos ó mil pesos que habia tenido la desgracia de prestárselos á un compatriota suyo, más pobre que una rata. ¡Los rusos me hacían mucha gracia! Miraban el plano con sus rostros afeitados, de sacerdotes, azorados,—extrañábanse ante la inmensidad de chacras,—me miraban, al parecer, con envidia,—hablaban en su lengua, discutían á gritos, como si interpretaran una parábola de la Biblia, y despues me dirijía alguno la palabra. Como estaba cansado de masticar idiomas extraños, que no quería comprender y en que éllos, á mi juicio, tampoco se entendían, le hacia señas al interlocutor que trajese un intérprete. Venía al rato con úno, sacado de alguna pulpería, y decía: «El Señor.... (refiriéndose al ruso) quiere comprar estas dos chacras»,—y las señalaba en el plano. «Perfecta-

mente.» Les daba el precio; como era bajo, lo aceptaban con regocijo,—hasta se permitían felicitarme, como si se tratase de algo político Todos querían igualmente, precipitándose á elegir las chacras en el plano. «¡Todo vendido!»—me dije, alegremente, más de una vez,—cuando ¡oh, decepción!,—no tenían un centavo. ¿Y cómo pensaban comprar? Con los saldos de la cosecha próxima,—es decir,—con las ilusiones del porvenir. Como me resistía á reservarles la tierra, porque entretanto podía venderla á ótro que *tuviese* dinero, me miraban azorados, con caras de lobos, y principiaban á aullar, dejándome, por todo boleto, el escritorio lleno de escupidas atabacadas y el aire ardiendo, ágrio del humo de sus pipas, hediendo á alquitran podrido.

Soy más bien pródigo, y en mi modesta posicion, he hecho numerosísimos servicios asombrosos é importantes, que fueron devueltos con la ingratitud consiguiente. «Quizá,—me dije,—haya llegado hasta aquí mi fama de imbécil, y crean estos individuos que soy algun degenerado, que vengo, en nombre del Creador, á repartir la tierra entre los hombres»,—y me puse á averiguar si dependia de mí.»—¡Así son con todos los propietarios!»—me contestaron Tienen tal avaricia por la tierra, que sueñan de noche con élla, y como los jugadores, se arriesgan á comprometerse, creyendo seguramente que saldrán bien en la próxima cosecha,—y si no recojen nada, se encojen de hombros ante la palabra empeñada. Nadie les hace caso.» Es una manía.

La *paz* me desasosegaba, y á los pocos días, hacía otra excursion en sulky, ya porque en tal parte habían llegado unos rusos á comprar tierra ó porque de una colonia desalojábanse algunos pobladores. Las leguas no me importaban,—y despues de poner la escopeta en el sulky, las man-

tas y algunas provisiones, me largaba con la boca abierta por esos andurriales de Dios y que era el primero en desconocer. ¡Otra semana, más ó menos, afuera, atravesando colonias, pueblos, villorios, durmiendo aquí, allá, y pasando, en el fondo, buena vida,—al menos para la salud,—por la influencia higiénica del ejercicio, de los madrugones y del aire! Despues, llegaba desalentado ó con esperanzas, pero siempre ansioso, porque volvía á *mi* cuarto. Híceme, al fin, en el desierto, de 40 á 50 leguas á la redonda, tan conocido, que cuando de la puerta de un rancho se veía á la distancia en la cuchilla del horizonte un puntito negro como un grano de pólvora, que se hipertrofiaba paulatinamente, se exclamaba: «¡Es el *dotor!*» ¡Quién había de ser sino yo con Pedrito, que bajábamos, algunas veces, lijero, — ótras, con el caballo cansado! ¡Y yo, que creia librarme allí de que no me refregaran más por las narices mi vulgar título, ¡qué me dejasen descansar! «¡Adios, doctor,—adios, doctor»,—en la ciudad; ¡estaba, verdaderamente, atosigado! — y, lo peor de todo, es que aquella gente no comprendía cómo no supiese curar, siendo ademas hijo de médico. Tenía que explicarles que era Abogado, y al ver que pertenecía al gremio enredista y que deja á viudas y huérfanos en la calle, múchos, en señal de repulsion, estornudaban,—y sólo la conviccion de que fuí únicamente á vender tierras, que era *inofensivo*, hasta servicial, por deudas é intereses que perdoné á colonos, me miraban sin temor y hasta con confianza.

De regreso á mi cuarto, reanudaba mis escritos literarios con el mismo teson que Daudet en su molino. ¡Cuánto escribía solo!, como si la familia fuese un inconveniente para la vida literaria. Me levantaba al aclarar, — arrastraba el escritorio frente á la puerta, y de allí, mientras estaba con

la pluma ó leía, veía salir el sol, iluminarse el espacio, los campos, secarse el rocio, esparcirse los animales en las cuchillas, aletear las golondrinas y cruzar las aves acuáticas, despertar, en fin, la inmensidad, envuelta en el eterno silencio del desierto. Algunas veces, á la tarde, tomaba la escopeta y me dirijía á pié á un monte cercano á perseguir unos zorros. ¿Por distraerme? Para hacer ejercicio, porque soy de los pocos que no se fastidian en la soledad, por la muy sencilla razon de que, cuanto más solo estoy, más trabajo,—entendiendo por tal tambien escribir, porque el hombre debe trabajar preferentemente con la cabeza. Si no se me halla absoluta razon, diré que me descostillo de risa cuando algun individuo, sobre todo grueso, me viene diciendo, todo sudado: «¡Mire que he trabajado hoy!, echándose para atrás. «¿Habrá trabajado Vd. con las manos, con los pies, como los animales!», me dá ganas de contestarle, precisamente por verlo empapado como un caballo de trenvía.

A pesar de que las pocas personas cultas del vecindario estaban en su quehacer, lo pasaba muy acompañado,—más acompañado que el rey de Turquía y en la mejor compañía. Figúrate, lector, que cuando no escribía, estaba rodeado de Stendhal, Tolstoi. Daudet, Taine, Byron, Shakespeare, Philarette Chasles. Demolin, Lombroso, Nordau, ó sean sus obras, que es lo mismo, porque son su espíritu, el espíritu de hombres independientes, que aprendieron á pensar sólos, rebelándose contra las aberraciones y con los cuales conversaba y discutía *tête à tête*, sin los ambajes que exije la vanidad de los pigmeos vivos. Es lo primero, al partir, que ponia en la balija, y, leales, porque no mienten ni se contradicen nunca, son mis mejores compañeros y amigos, haciéndome provechosa y agradable la soledad y tan superior que aprendí á tener lástima de los que se fastidiaban.

A la noche, tenía *recibos;* sí señor, venía el cura, el boticario, el maestro de escuela.... El barbero no venía, porque era pulpero y tenía que atender al mostrador. Abrigados por la luz de la lámpara, tomábamos una taza de café, conversábamos, y los oía discutir sobre algun tema escolástico. Infaltables, ¡era de verlos llegar en noches de lluvia con las botas embarradas!, como que no me tenían sino tres meses al año. ¡Tenían que aprovecharme!, y los recibía con el más grato placer. Cuando se marchaban, arreglaba el mosquitero, aislaba la cama de la pared, y Pedro le untaba las patas con ajos, para ahuyentar las numerosas víboras que principiaban á piar en el silencio, bajo del piso, como pollitos: ¡no fuera alguna, buscando el calor, á metérseme dentro las cobijas! En cama, ¿que creeís que hacía, para conciliar el sueño? Decíale á Pedro que contase su historia, ó, lo que los autores llaman, biografía, — dividida en partes, se entiende, — hoy una, mañana otra, para no repetir demasiado, porque era cuestion de todas las noches. Fué tambien *Secretario* de unos ingleses que llegaron á *Los Rincones* á cazar tigres,—despachante de pulpería en Montiel, domador de potros, oficial de policía en Federacion, revolucionario, perseguido por las autoridades, jugador, aventurero, una biografía, en fin, muy superior en peligros, astucia y viveza á la de cualquier famoso general. « Vamos á ver: cuenta el asalto de los Vergara á la pulpería», — le decía una noche,—y cuando llegaba al instante en que los salteadores disparaban entre los tiros de su fusil y el del pulpero, me quedaba dormido, y él, entonces, despacito, apagaba la lámpara y se iba á acostar. Este es el mejor cloral; os lo recomiendo, lector, cuando, solo y léjos de los vuestros, quieras partir para el otro mundo, para el del sueño,—se entiende, —ese hermano de la muerte,como dijo Heine, para no pensar en las cosas tristes de la ausencia. Si

no tienes á mano un Pedro, un tonto es lo mejor, para que el peso sea mayor sobre los párpados, y si estás solo, solo, no te ha de faltar alguna empanada de la literatura nacional.

Tal lo pasaba allí los veranos y cuando caía por pocos días en invierno,—y me permito esta relacion, para que se conozca la vida que vése forzado á llevar un hombre urbano en el mundo aun desconocido de las colonias. Como habeis notado, no vivía en la colonia; mi *molino* estaba en el cuarto del *gran edificio* de la *pequeña* manzana, para que quede constatado una vez más que es incierto cuanto dicen las letras de molde, como si las cosas en literatura no son como fueron, sino como el autor querría que hubiesen pasado, porque la pobre verdad resultaría demasiado prosaica é indigna de mencion; pero, á la postre, como dicen los españoles, es lo mismo, desde que la colonia estaba cerca, y fué la causa inmediata de mi estadía en ella, aunque no viviese allí permanentemente.

Llegaba todos los años apurado por dinero, y el espectáculo de aquellos moradores, pobres y felices, me confortaba con el ejemplo y creía una herejía sufrir económicamente. La relatividad, parece ser el metro con que somos medidos tódos en este mundo y yo era un Creso en comparacion á todos juntos. Llega el viejo Cepeda; ata su mancarron al poste y viene á saludarme. «¿Qué tal, amigo?» —«Bien, señor, por lo conforme.» Avergonzado quedábame ante tan sábia filosofía, que me enseñaba un gaucho harapiento é ignorante. Allí los compromisos financieros desarrugaban su áspero ceño,—las ambiciones se calmaban y las tristezas se deshacían como nubes; era el sitio del descanso moral por excelencia, y cada vez que surcaba el Uruguay, me decía: «A pensar, á vivir verdaderamente.» El espíritu recupera su ecuanimidad,—los nervios, su equilibrio,— la sangre corría regularmente por todos los

canales, y cuando pensaba que alguna vez, por los vaivenes de la suerte, podía quedarme pobre, pobre sin un centavo, «allí,—me decia,—allí seria mi refujio,» como el pedazo de tierra más propio para vivir tranquilo, feliz y hasta altivo entre los escombros de la propia ruina. ¡Si ni idea hay de la riqueza! Supóngase el lector que á un ruso, por poseer quinientos pesos, le llaman ¡rico! ¡Inocentes, ángeles, dábame ganas de llamarles algunas veces, ante la avaricia tiburónica de la Capital.

El primer año, por la langosta, no vendí nada; el segundo, poco, y así, sucesivamente, á plazos y á tan malos precios, que saldré perdiendo buenos miles de pesos. El viaje me daba escalofríos, porque el ferrocarril de Gualeguaychú á Urdinarrain sale solo tres veces por semana, y hay que tomarlo, despues de esperarlo hasta el día siguiente en aquella ciudad, con estrellas en invierno. ¡Un tren de peones!

En la imposibilidad de describir todas las excursiones, sin caer en la repeticion, intercalo entre *El Colono* y las diversas faenas agrícolas, en forma de *Cuadros*, cuanto he hallado despues en mi camino de peculiar y característico por esos desiertos, aunque muchos parezcan triviales é indignos de relato.

« ¿Qué es lo verdaderamente grande é interesante? »—me he preguntado algunas veces. « Todo es grande y todo es pequeño, »— me respondo al fin. Así lo ordena el mundo, y el interés del hombre está en conocer lo que ignora. Ahí está el valor de lo desconocido, — y el lector lo aprende leyendo, ahorrándose viajes y molestias, que algunas veces son causadas por desgracias.

Así se adquiere el conocimiento de la geografía, de las costumbres y usos de los diversos paises, menos el de la experiencia, porque el hombre es tan testarudo, que sólo quiere formarla en

cabeza propia. ¡Nada es pequeño y todo es grande!, —siempre que sea desconocido. Dije que adquirí el campo por un crédito; sí, porque nunca se me pasó ni por las mientes ser colonizador. ¡Los disgustos que me trajo tal situacion, empeorada económicamente! ¡Cómo se filósofa! Pensaba en la maldad é ingratitud humanas, y que ante la confianza, nada valen la intelijencia, la ciencia, ni la experiencia. Ella pierde al hombre, y la desconfianza lo salva, por más estúpido que sea. Sí alguna vez, — lector, — te encuentras en mi caso, te doy este consejo: déjate de pensar, — descansa en el ombú del sosiego,—abre el paraguas de la paciencia, y ¡á la accion!, — que el sufrimiento, en los malos negocios, arranca al alma las fuerzas para salir de éllos.

He visto á las lunas nuevas, luciendo sus cuernos en el azul; he oido caer como lluvía la rociada en los tejados; he sufrido heladas; me he encontrado á media noche, perdido en el campo, entre pajonales; me han azotado y perseguido lluvias torrenciales en la oscuridad y con el caballo cansado; he bajado á tientas las barrancas de los cañadones, con un fósforo encendido, en busca de paso, y he atravesado arroyos correntosos poco menos que nadando. ¡Cuántas veces no me he encontrado, sin querer, fuera del Departamento! ¡Las ocasiones en que he viajado con noches de luna, blancas como mañanas! Me era familiar despertarme bajo el techo de una aldea rusa, oyendo hablar aleman y entre muchachos y mujeres descalzas. Habité lugares infeccionados por pulgas y donde eran inútiles los barridas y lavajes de los pisos de madera: volvían á brotar, debido á la fortaleza de la tierra, siendo la desesperacion de los forasteros. Me familiarizé con las vinchucas y me mordió un alacrán. Un día, rendido de cansancio, iba á sestear en un catre de mísero rancho, y al dar vuelta

la almohada, dormia un camaleon. Hice las paces con mis tradicionales enemigos, las arañas y los cientopiés, al ver á aquéllas, monumentales, trotar por el suelo como lauchas, y á éstas, descolgarse, del tamaño de lagartijas, de los tirantes, produciendo en el piso rudos écos. De toda esta sabandija, que aumentaba en abundancia y grandor cuanto más al Norte, los más fastidiosos, por lo insolentes, son los mosquitos y sus parientes, los tábanos y jejenes. Estos volátiles, por la confianza que se toman, pretenden nada menos que picar el rostro y chupar la sangre. Es inútil renegar contra su persistente audacia. ¡ Buuu ! ,—y no paran hasta que no se les revienta, dándose uno mismo una bofetada ! ¡ Qué ridícula es esta escena en la oscuridad de la noche ! Esta plaga es tal en los montes y sitios anegadizos, que los habitantes, antes de entrar á dormir en los ranchos, hacen tremendas fogatas para auyentarla con el humo.

Pedro me repetía que la picadura del camaleon es mortal y no se debía dejar asentar las moscas en nuestra epidermis por temor al carbunclo. —«Mire Vd,»—me dijo un día, mostrándome dos dedos amputados. «Hay que cortar, como cuando se hielan, so pena de muerte.»— pero se reía de los mosquitos ! «¡Quién le vá á hacer caso á esos animalitos ! »—exclamaba. « ¡ Si fueran tigres ! » No tenía picaduras en el rostro, porque tapábase con las cobijas, á falta de mosquitero. « ¿Cómo respiras ? » « Estoy acostumbrado ». En el campo, todo es costumbre.

IV

EL COLONO

Como esas nubes gigantescas, de bordes iluminados, que llenan el cielo tropical, se destaca en la soledad infinita, dorada por la mies, la valiente silueta del colono. Llegado despues del gaucho, el ovejero (¡nada de pastor!) y el chacarero, es el primer obrero de nuestra civilizacion, si queremos entender por tal, lo que es: trabajo, industria, comercio, produccion, para independizar al hombre y libertar al pueblo, haciéndolo próspero y feliz. Hasta hace pocos años comíamos pan, porque Chile nos enviaba su harina, y hoy, despues de bastarnos á nosotros mismos, producimos 3.000.000.000 de trigo solamente, que importan 170.000.000 de pesos.

El último venido, es el primero de los contemporáneos, si se ha de medir al hombre por su fuerza, valor y produccion. ¡Salud, vencedor del desierto, columna de la República! ¿Si se reconocerán tus esfuerzos, si tendrás la gratitud del porvenir!...

Italiano, francés, ruso, aleman, suizo ó escandinavo, son iguales en Pigüé, Esperanza ó Caseros, para probar que las ideas y sentimientos no tienen nacionalidad, cuando nos impulsan á un fin comun. Ha olvidado á su patria, y no piensa verla, aunque un ciclon arrase su tienda. Su nueva comarca le es tambien indiferente; nada le importa que sea la cuna de sus hijos; lo que él ama sobre todo y sobre todos los dones, por una salvaje idea de la vida, es la libertad. ¡La libertad! ¿Dónde hallarla?...

Esta obsesion del patriotismo, por uno de esos ideales fantásticos, crea este tipo enérjico, que, instintivamente, es un misántropo, demostrándose

así cómo entran los degenerados en la colmena universal del progreso moderno. Orijinarios siempre de algun rincon oscuro del Piamonte, Odessa, Bavaria ó Pau, fueron, indistintamente, médicos, maestros, estudiantes, industriales, obreros, proletarios, traperos, buhoneros,—todo, todo... menos vagabundos. De repente, su esposa lo nota meditabundo. No extraña, porque está acostumbrada á estas depresiones de su carácter. Continúa callado, triste, hasta abandonar el trabajo.

—¡Aquí no se gana nada! —dícela al fin.—Siempre viviremos míseros y avergonzados ante tódos. Vámosnos léjos, que seremos ricos y libres: ¡el corazon me lo dice!

—¿Dónde iremos?—le interrumpe la mujer, que teme nuevos riesgos con sus hijos.

Él, que, en su reciente huelga, ha hecho averiguaciones, le contesta:

—Hay en Sud-América, un pais llamado la Argentina; tiene llanuras, desiertos, y la tierra es fértil y barata...

Toma el silencio de su cara mitad por asentimiento,—su rostro se ilumina, y un buen día se aparece en Marsella, á la radiante luz del sol, embarcándose con su familia y baules en uno de los tantos piróscafos que hacen la carrera con nuestro puerto. La Capital lo aplasta, porque ha visto maravillas en Europa. Ansía el desierto, y mientras se traslada á los confines de la provincia de Buenos Aires, Santa Fé ó Entre Ríos, merodea por los alrededores, y se contenta con henchir sus pulmones con las ráfagas de la Pampa. Siéntese prepotente,—capaz de dominarlo,—y está desesperado por pisar su yerba, labrarlo y fecundarlo con su sudor.

¡Ya está en el desierto! Si trae algunos ahorros, compra tierra, porque, errante, sin patria, tiene excitado el instinto del dominio; si no, arrienda. Busca, por la baratura, lo más apartado y en

algúnos, el peligro de los indios los seduce como una leyenda. Es la primera vez, en su vida de ensueños, que no lo desencanta la realidad. Lo halla como lo pensó: ¡llano, inmenso, mudo! ¡Ni un ave, ni un canto! A su alrededor, el horizonte, y donde quiera que va, es el centro de la tierra. ¡Lo que él quería, —su aspiracion,su delirio! Señor del desierto, lo investiga con la mirada, y al contemplarlo manso, silencioso, no duda que la fortuna le sonreirá,—¡y se siente feliz por la primera vez en la vida!

Levanta con estacones el esqueleto de un rancho. Con barro, amasado por sus propias manos, construye los muros, y como entre tanto mendiga con los suyos hospitalidad por los alrededores, dáse prisa por techar con junco, si no duerme á la intemperie. Con cierto orgullo hace entrar á su mujer é hijos. Acomoda el equipaje, y pone de puerta un cuero de vaca. ¡Cuántas veces al contemplar esas míseras viviendas, incompatibles con la vida y que parecen más arrastrarse que levantarse del suelo, no nos hemos quedado pasmados ante la salud de sus habitantes! Empapadas durante el invierno, chorrean agua permanentemente, como queriendo demostrar que la humedad no es dañosa.

Un pedazo de carne y galleta son todo su alimento. ¿Agua? De la laguna. La mujer, al verlo sólo y regenerado, se asocia á sus esperanzas, y sugestionada por su enerjía, trabaja con ahinco y lo sigue valerosa con el corazon. Ha comprado un arado, bueyes,—semillas y una vaca. Ha arado y sembrado sólo, entre las nieblas del otoño, todo el campo. Ha sufrido frío, lluvias, nevadas, y estudia el cielo extraño para arrancarle el secreto de su suerte. ¡Cuántas veces, de noche, al oir ruidos lejanos, no se ha levantado á abrir la puerta! ¡Nada! Los alaridos del viento le remedaban cuentos de malones de indios, y, aterrorizado, cerraba y volvía al lecho. ¡Misterios de la noche profunda! Así han

pasado largos meses solitarios, con sus noches quejumbrosas..., hasta que viene la cosecha. ¡Ah, la cosecha! ¡Es la esperanza del labrador! No ha sido muy halagüeña, porque es tierra nueva, y la isoca ha comido la mitad de las raíces.

«¡No importa! — exclama. « Bendigámosla. ¡Dios nos la dá!»

Ha pagado todas las cuentas y ha ahorrado dinero. El desierto, con la luz del estío, se ha abrillantado, y de todos rumbos, el viento le trae écos de cantos: ¡son los colonos que van en carros á la Estacion, trepados en las pirámides de trigo! Vendidos los cereales, abunda gente en los caminos; las postas y las pulperías contienen numerosos caballos atados en los palenques, y el perro, en las noches calladas, ladra á los que cortan campo. No estaba sólo: son otros tantos vecinos, perdidos en la extension. Todos le dan la bienvenida, y lo invitan á beber. Ha reconocido á muchos extranjeros y aun compatriotas, que demuestran, en su altiva seriedad, su buen humor, y que persiguen tambien la libertad. Huye de las expansiones, porque debe terminar su morada,—y se pone á cavar un pozo y á amasar barro nuevamente para hacer una cocina. ¡Con qué placer saborea el primer jarro de agua de la tierra! Se lo pasa enseguida á los suyos. Todos se miran, y levantando los ojos humedecidos en lágrimas, la agradecen al cielo como una dádiva divina. ¡Ya no más agua del tajamar, sucia, verdosa, infecta, hirviente, asoleada, capaz de envenenarlos con el tifus!

A los pocos años, es conocido en el pago, y tódos lo aprecian por su honradez. Los pobres lo respetan por algunos pequeños ahorros, y á la distancia, aparece su poblacion rodeada de árboles, invitando á descansar en la sombra. Tiene ya comedor, corredores, veredas, cerco, bueyes y vacas en abundancia,—arados, segadora, útiles de labran-

za, herramientas y provisiones. Alrededor pican granos gallinas, patos y gansos, mientras las palomas susurran en el alero. Un hornero ha amasado tambien su nido en el mojinete. De mañana, las calandrias cantan en los arbustos, y varias urracas se han aquerenciado tanto, que devoran las migajas arrojadas por los chicuelos. Las enredaderas trepan por los muros y se enroscan en las estacas del corredor, brindando, al pasar, su flores y aroma. Animado por la prosperidad, principia á construir un galpon para guardar el trigo y no continuar obligado, por temor á las lluvias, á venderlo al primer precio, mientras élla le alcanza repetidos mates.

Ya no devora más de parado un zoquete de carne: siéntase á la cabecera de una limpia mesa y rodeado de su familia. La sopa es humeante, olorosa,—la carne, abundante,—el pan y el queso domésticos, sabrosos,y de los tirantes cuelgan jamones, tocino, embutidos y provisiones de invierno. Por todas partes vénse jarras rebosantes de leche, huevos, zapallos, sandías y melones. Si el colono es del Norte, resalta, entre la pobreza, el aseo, y en el dormitorio, las sábanas y las fundas brillan. Sanos, contentos, todos son felices, y él ¡porque se crée libre al fin!

¡Dicha inefable la del descanso! La naturaleza, en su admirable armonía, solo lo otorga como un don á los que se han cansado con el esfuerzo. Son los únicos que, á su juicio, lo merecen,—y es de verlo, despues de rudas faenas, llegar á las casas. Bástale la sombra de un árbol, plantado por sus manos, para reclinarse en la yerba, y la gallina que arranca el bocado á su hijo ó el cervatillo que lo persigue, le causan contento, hilaridad. Su mujer, que ha tomado asiento á su lado, levanta en la falda su cabeza tormentosa, y ríe tambien, y las aves, los pájaros, como si hiciesen coro, aletean y

chillan. ¡Cuántas veces, sentado así, mirando al cielo, no cruzó el recuerdo de la patria!;—pero bien pronto se disipa como una nube ante la encantadora media lengua de los pequeñuelos ó el estridente grito del hornero, nervioso y simpático al corazon.

Posee más que en su pais: hogar propio y de vasto dominio, —alimento seguro y variado, —crédito con sus proveedores y algun dinero en el baul para cualquier contratiempo. Todos están sanos, gruesos, rosados y respiran felicidad al verse léjos de su tierra y los suyos, como si el epílogo de la vida fuese olvidar y crear á los hijos una patria nueva. Cuando llegaron, él era incapaz de encender un fósforo en el viento, y élla apenas sabía enhebrar la aguja y tender el lecho. En su pais, ante tal obra, se habrían muerto de hambre; ya estarían blanqueando sus esqueletos,—pero en el desierto, donde hay que hacerlo todo, el marido fué albañil, pozero, carpintero, herrero, pintor, agricultor, pastor, amansador de bestias y vaqueano en todos los recursos y mañas del campo, hasta reirse lastimosamente de sus compatriotas que llegan ciegos de ignorancia,—y élla, cocina, lava, plancha, cose, amasa pan, siembra hortalizas, cuida el jardin, enseña á leer á sus hijos, y cuando es necesario, maneja el carro, el arado y lo acompaña en las faenas.

Lée en el cielo indescifrable, como en el semblante de su esposa, y sabe cuando va á llover. Al alba, al salir, lo primero que hace es mirarlo. Lo investiga varias veces al día, porque de él espera todo. Para evitar las heladas y la langosta, ara y siembra temprano,—pero ¡todas no son albricias! ¡El granizo, á la vista, le mata la cosecha en una tarde, y una mañana, al despertarse, la helada la ha quemado! ¡Oh, cuando el cielo se oscurece por las mangas de langosta y se asientan en los sembrados, entra adentro, y en un negro rincon, llora amargamente su ruina y mala suerte! La

esposa se desespera, y llora... ¡Es de ver entonces los semblantes en esos hogares solitarios! ¡Parece que entraran los indios! Los niños inconscientes, pónense pálidos, majaderos,—los pájaros enmudecen,—se anda á tientas, como si la muerte hubiese cubierto todo con su paño fúnebre,—y las aves desfilan silenciosas y se pierden entre los matorrales. Aquí principia la lucha, donde demuestra su paciencia y resignacion, y en que consiste el verdadero valor humano.

Desprecia el título de chacarero, y con orgullo, dice: ¡soy colono! El trigo es su cereal favorito, y lo considera el más noble, porque se cotiza cual oro. Lo cree oro, porque la tierra lo produce con la fermentacion de su sudor. Su ambicion es verla convertida en un mar de trigo, es decir, de oro, ondeando al soplo del viento, y en los delirios de las buenas cosechas, sueña con niágaras de trigo que inundan como un líquido dorado los vastos desiertos. Los que,por falta de suerte,—como ellos dicen,—no han logrado sino vejetar, siguen siempre considerándose felices, por creerse libres,—pero los que han progresado, ensanchado su dominío, rodeándose de hacienda, máquinas y numeroso personal, han perdido, con el crédito, las nuevas exigencias y responsabilidades, la suspirada libertad,—y no la lloran, porque palpando la realidad de la vida, se han convencido que sólo puede ser hija de la riqueza, que produce la independencia personal. Comprenden entonces que sólo son libres los ricos, y se ríen compasivamente de la libertad del pobre. Aquél liberalismo delirante fué un sueño agitado, desesperante,—una pesadilla en su pais pobre, estrecho, infecundo: ¡ensueños de perro al resplandor de la luna!

No ansían más la libertad, porque en vez de la tiranía de la miseria, surjen las inquietudes constantes del capital, del crédito y del honor mercantil.

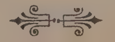
Solo tiene fé en el trabajo, que es la ley de la vida, y en la fuerza creadora de la produccion; en la honradez, porque es la paz consigo mismo, y en el sudor, que asegura la salud. Industrial ú obrero, cree deberle todo al cielo,que le ha abierto su seno infinito, para que lea sus esperanzas, y siéntese feliz con su gracia divina. Colono siempre, nadie es más creyente, é inspira respeto verle llegar á la Iglesia los domingos en carro con su familia, vestido con la mejor ropa, ó hincado, con la cabeza hundida en el piso.

Es el obrero de la agricultura. Tributarios de la Europa, por falta de industrias, acaba de cubrirnos los antiguos saldos internacionales, inclinando para siempre á nuestro favor la balanza comercial. Si no fuera por la ley monetaria vigente, la moneda se valorizaría hasta llegar á su valor escrito,—lo que no impedirá que sus millones de fanegas de trigo se conviertan en otros tantos ríos de oro, inagotables, porque emanan del manantial del trabajo. ¡Hoy sómos productores, exportadores, y de nuestro trigo, come pan medio mundo!

¡Qué bello es verlo arar en el vallado, entre las nieblas de la tarde, y envuelto en una nube de gaviotas! Es uno de los cuadros de la naturaleza, que arrebatan y hacen soñar.

"¡Salve fecunda zona........!"

El colono es la base actual de la patria argentina. ¡Salud, rey del desierto! Mi fantasia se pierde al medir tu influencia trascendental en el porvenir. ¡Vencerás al tiempo!



V

CUADROS

Llegué, en una primavera, á un villorío en día de difuntos.

«¡Gran fiesta en el cementerio!»—me dice un individuo.

Aunque conocía el paraje y lo que podía dar, libróme Dios de reirme: la más mínima fiesta, en la última aldea, debe tomarse siempre á lo sério, porque todo es relativo en este mundo Tanto hablóse despues, que fuí tambien, no por divertirme, sino por conocer y observar costumbres.

Había una multitud de jóvenes de ambos sexos, é iban llegando más, ya en carro ó á caballo. Las del bello, paisanitas en general, estaban adentro y trataban de encender velas en las tumbas de sus deudos, operacion no muy fácil por el viento.

«¡El poncho, Almada! ¡El poncho, Alderete! ¡El poncho, Quiroga! ¡El poncho, Facio!» —exclamaba cada una,—y los paisanitos adomingados, de botin elástico y traje inglesado, se los sacaban del brazo ó del pescuezo y se los daban, solícitos, á las jóvenes, que conocían desde la niñez, aunque algúnos, por no tener relacion, no las saludaban.

Ellas los ponian sobre las cruces, simulando un altar, y encendían velas en el interior. Despues, se hincaban y rezaban.

¡Qué espectáculo el de una muchedumbre de mujeres orando al aire libre! Por lo natural, causóme respeto, porque pensé que así debióse orar sobre las primeras tumbas. «¿Porqué sólo las mujeres han de orar y llorar?»—me decía. Y éllos, ¿qué hacían? Algúnos paseábanse trás del alambrado, con aire de compadritos,—ótros, echados bajo los carros, toma-

ban mate, y vários lo acarreaban á los demas y á las que rezaban dentro del cerco.

¡Mujeres hincadas, rezando y tomando mate! Le recomiendo el cuadro á un pintor. En cuanto al mate, no es extraño, porque en el campo, no hay funcion de la vida y á todas horas que no se llene conjuntamente con él, y cuando veía chuparlo á criaturas de dos años, me preguntaba: «¿Cuál habrá nacido primero: el gaucho ó el mate?,»—porque él mismo no concibe un minuto de la vida sin él.

En la Capital Federal, la política nacional es el tema de las conversaciones; en las provincias, la provincial; en los pueblos departamentales, el jefe político, los jueces y demas autoridades, y así váse descendiendo, porque todo es relativo. En los más pequeños villorios, ¿qué créeis? Tambien sus personalidades, porque las cosas próximas son las más interesantes.

Reinaba en el villorio de la fiesta del dia de difuntos, otra vez que llegué, un desasosiego general. Tódos, nerviosos, excitados, hirviendo en chismes. ¿Qué había? Una division entre el cura, la maestra y el *médico*,—pero una division profunda, terribie.

Fuí á mi negocio de vender tierras; si me iba á un bando, me acarreaba la antipatía del otro, y, de consiguiente, compradores,—y digo aquéllo, porque no había en la localidad un sólo vecino que no estuviese embanderado;—así, me dije: «Tú, estáte quieto; no te metas en nada; deja que se devoren á chismes,» á pesar de la diversion y gracia que me causan estas debilidades.

La maestra era una señora digna de toda consideracion por sus servicios educacionales y condiciones propias. Fundó el cementerio, con la donacion de una quinta por un propietario, para evitar que los muertos fuesen devorados por los perros en las

afueras, y recojiendo limosnas en la Capital Federal, Paraná, Uruguay y otros puntos, levantó una capilla que no costó menos de diez mil pesos. Es una altruista,—uno de esos séres destinados á hacer el bien donde quiera que vayan,— pero se reservaba el derecho de vigilar al cura, en obsequio de la grey, porque élla al efecto hacía viajes á Buenos Aires y al Paraná para obtenerle el nombramiento. Si no cumplía extrictamente con su deber, ya podía prepararse á emigrar.

El tal cura era un erudito de instruccion clásica, pero había resuelto tomar esa soledad por descanso. ¡Qué engañado estaba! ¡No contaba con la huéspeda!

Bien pronto notó la maestra que *no* abría temprano la Iglesia, que *no* siempre decía la primera misa, que *no* enseñaba la doctrina y esquivaba las confesiones. Propaló las quejas entre los fieles, y él vióse enseguida frente á una séria oposicion, sabiendo perfectameante quien era su autor. Las relaciones, entre estas dos personalidades campestres, continuaron, como en la política, regidas por la diplomacía,—muy armónicas y afables,—cuando élla, bastante devota, pidióle una mañana que la confesara.

«¡Yo no confieso á viejas!» — gritó, sin duda exasperado ante la marea enemiga que lo sofocaba. «¡Ah, pícaro, con que sólo te gusta confesar á las jóvenes!»— díjose la maestra,—y fuése á repetirlo á todas las mujeres. Se hicieron cruces, se escandalizaron, y dijeron que era necesario poner remedio á semejante teoría. Inútil es decir que el cura, por tal frase, dicha no más de mal humor, tuvo desde ya de enemigos á todas las viejas y jóvenes meticulosas,—y eran, dirijidas por la maestra, su Congreso, — quienes controlaban sus actos y los lanzaban, comentados, al juicio de la opinion. Y todo era sin ambajes, á cara descubierta.

«Señor cura, — decía la maestra:—Vd. abre la Iglesia *muy* tarde; ayer el *pueblo* quedó *sin* su primera misa, y los niños *necesitan* la doctrina.» El tomaba el filosófico partido de callar, como en las contiendas conyugales, ó contestaba por monosílabos.

Por mal de sus pecados, el boticario, que dragoneaba de médico, leía continuamente la Biblia, y lo perseguía á cada paso para que lo sacase de dudas, — y el pobre cura, liberal, fatigado de la oposicion sistemática, creíase con derecho, fuera de la capilla, á respirar tranquilo como cualquier mortal, sin hablársele de interpretaciones religiosas. Aquél, entonces, lo buscaba en la iglesia. «Allí,—se decía,—me atenderá de buena gana»,— pero ¡á qué hora!: muchas veces á la siesta,—ótras, á la madrugada, estando aun durmiendo. Una vez, lo hizo pasar á la capilla mientras se vestía.... ¡Cuántas veces, en su fervor místico, no le ví en la lluvia ó por el barro, con la Biblia bajo del brazo, apresuradamente en su busca! Llegó, en una ocasion, á presentarle un sermon de su cosecha para que lo pronunciase en semana santa. ¡Era el colmo!,— pero el padre, sin perder la calma y dándole el título de la poblacion, le dijo: «Mire, señor doctor: Vd., á su Botica y enfermos,—yo, á la Iglesia, y la maestra, á su Escuela. ¡Es el único medio de vivir en paz!»

El cura creía, de esta manera, sellar la armonía entre los príncipes cristianos. ¡Error!; al rato apareciósele la maestra con no sé que mensaje, y la echó á pasear. «¡Es un escándalo!» — exclamó. «¡Gobernado por una vieja y perseguido por un maniático! ¡No puede ser!» — agregó, sofocado, en el peristilo de su desierta capilla construida frente á unos vastos alfalfares, que le parecían, en ese momento, crecer al compás de su pulso agitado.

El cura, sin pensarlo, había proclamado su dictadura, y el boticario, abollado en su requisiciones religiosas, ya no lo acompañaba en sus paseos y excitaba la oposicion con murmuraciones.

Llega la semana Santa, — y la maestra nota que el gran paño negro, que tanto le costó conseguir por suscripcion pública, no estaba colgado frente al altar. Díjose: « Quizás *este pícaro* se lo haya llevado á la cama ». Penetró, en su ausencia, á su cuarto, y ¡ni adivina que fuera!: allí estaba dobladito, haciendo de cobija. Buscó enseguida una multitud de mujeres para corroborar el hecho, y exclamó: «¡Basta!; ¡vamos ahora á hacer y firmar una solicitud, pidiendo su destitucion!»

Los partidarios del cura no se quedaron atras, y los indiferentes se plegaron á uno ú otro de los bandos, porque decían: « ¡Así no se puede vivir! » Aquéllo, efectivamente, no era vida; — sino vivero de chismes.

Los *curistas,* aunque reconocían los servicios y méritos de la maestra, eran, principalmente, hombres, liberales, comerciantes y trabajadores, y los *maestristas*, todo el sexo femenino, aunque figuraban algunos católicos fervientes. ¿Y Vd., qué es? — tenian la destachatez de preguntarme algúnos. «Soy *tierrista* ?» «¿Qué es éso? » Decíales entonces que había venido á vender tierras y que era amigo de tódos (!).

Pedro me dice una mañana: « Ahí viene una Comision, » — vaqueano en conocer de léjos todas las cosas del campo. Era un grupo de personas á pié y á caballo. « ¿Qué quieren? » « Piden su firma, — me dice Pedro, — contra el cura ».

«¡Qué entren!» Díjeles que era forastero, que conocía tambien á la maestra, que saludaba á ambos, que *ignoraba* lo sucedido, sus causas, y mi firma inconsciente talvez los perjudicaría. En esto,

divisamos otro grupo. Lo mismo, contra la maestra. ¡Qué entren tódos!—exclamé, yéndome á la otra pieza, por no reventar de risa,—y me acordé en ese instante de Picot, ese gran maestro de las farsas. ¡ Qué no habría dado por hallarse en mi lugar (1)!

El asunto no era tan ridículo como el apasionamiento y las fachas de algúnos. ¡Los trajes! Figúrate, lector: un aleman traía una gorra de cuero de carnero, y una vieja venía armada de una chuza. ¡Decía que era para prender al cura!

Viniéronme ganas de divertirme, y abrí las puertas de par en par, aunque carezco de facultades para estas escenas. «¡Qué entren tódos,»—y dirijiéndome á uno de los cabecillas, le dije: «¡Vamos á ver: ¿qué tiene Vd. que decir de la maestra?» !Nada!: que gobernaba al cura, que pretendía dominarlo,—y estas simples ideas en el espíritu masculino, bastaban para que quisieran arrojar la maestra á la hoguera. «¿Y Vds., señoras?».... Aquí oí los improperios de «haragan, descuidado en su ministerio.» «¡No basta!» «¡Es enamorado, señor!» «¡Pruebas!» «Se lo pasa todo el día tomando mate en lo de la zorrina». «¡Pero, señoras....!» «¡Es que la zorrina tiene hijas.... !» «Indicios no son pruebas; tampoco las presunciones inspiradas por fantasías apasionadas. ¿Quién

---

(1) Felipe A. Picot, ciudadano argentino, de orígen francés. Fué, hasta el día de su muerte, nuestro Cónsul en Burdeos, llenando sus deberes como muy pócos. Agente judicial y hombre de negocios, tenía la degeneracion de las farsas, llegando una vez, quizá por haber terminado su catálogo, á finjirse muerto en Mercedes é invitar á su entierro. Cuando iban á *cerrar* el ataúd, incorpórase, con asombro, por supuesto, de la concurrencia, y dice: "Quería *ver* el efecto que causaría mi *muerte*. Sé ahora cuáles son mis amigos." Púsose de pié, y en medio de los consiguientes gritos y felicitaciones, agregó: "Pasemos ahora á almorzar",—abriendo la portada de su salon, que dejaba ver una mesa puesta para un espléndido banquete. Picot gastó su fortuna en estas diversiones, que absorvían su espíritu. Yo le he visto gastar caudales en ellas. Amigo de nuestra generacion, la alojó una vez en su casa en número de 150, brindándole banquetes de mañana y noche. Era un corazon generoso y muy afectuoso.

puede certificar lo que ha pasado bajo un techo, por más rancho que sea, si no lo ha visto por sus propios ojos!» ¡Concluyente!

¡Nada entre los platos! El cura, efectivamente, visitaba á las zorrinitas...., como ótros; tomaban mate, y si éllas los admitían, era para matar la terrible soledad de aquel pago. Eran jóvenes virtuosísimas; más aún: trabajadoras hasta descaderarse en la máquina de coser. ¿Por qué querían echar sombras sobre su reputacion? Por envidia,—porque eran preciosas,—y las demás, regulares para abajo, feas, horribles, amarillentas, flacas,—y el cura y demas visitantes, preferían, como es lógico, excitar su sentimiento estético, tomando mate con jóvenes más bien buenas mozas.

Todo era mentira, chismes. Al año siguiente, pasando por ahí en direccion á Caseros, al ver á la gente tan calmada, pregunté: «¿Y el cura, la maestra y el boticario?» ¡Se fueron, señor! El pidió pase para otra Iglesia; élla está en una Escuela de los Territorios Nacionales, y el boticario marchóse á Corrientes. Todos eran excelentes; otras localidades, menos necesitadas, estarán recibiendo sus beneficios; todo era producto de nuestras fantasías desocupadas, que inventaron defectos, relaciones y actos que creimos incompatibles con la vida; hoy lo reconocemos,—sobre todo cuando los comparamos con los demas.»— contestóme el interlocutor.

¡Todo, todo por dar rienda suelta á las pasiones! ¡Cuántas veces, en las cumbres sociales, no pasa lo mismo! Despues de la borrasca, que arrastra los despojos de las víctimas, miramos al fondo y vemos: ¡nada! Delitos, defectos, todo, fueron invenciones de la imaginacion,—y si la casualidad nos pone frente á los mónstruos, nos solemos hallar con séres superiores, encantadores ó excelentes vecinos.

———

Ya que hablo de estos *asuntos*, permitidme que enjarete otro conexo: el *chisme*, —que no lo hallareis tratado en ningun libro de la ciencia antigua ó moderna,—lo que prueba, que no está tan adelantada (!).

Estaba en un villorio cercano al Uruguay, y notaba, hacía días, demasiado calmada á la gente. No veía, de mañana ni de tarde, esos grupos de gentes en ciertos puntos predilectos, que caracterizan sociabilidad, expansion, para conversar y *matar el tiempo*. «¡Qué tranquilos están!»—díjele á Pedro. «¡Qué, andan como el diablo!» «¿Qué pasa?» «¡Andan todos chismeados!»

Ya conocía la materia. Me fijo, y hallo, verdaderamente, que tódos, como si hubiesen roto el vínculo social, vivían por su cuenta: andaban sólos,—no se hablaban, — murmuraban,—se miraban de reojo y caminaban hablando sólos. Parecían bolas sin manija. «Averigua la causa y qué es lo que dicen »—díjele á Pedro. «¡Qué, si á cada uno e han colgado un chisme diferente!»

¡Qué débil, qué inferior es la humanidad, —cuando contemplaba, por otra parte, tranquila la naturaleza, cruzar y cantar los pájaros, pacer, beber y acariciarse los animales, y todo seguir su curso pacíficamente, amorosamente! Nada extrañaba de pobres diablos perdidos en el barro, cuando sábios, ancianos y estadistas oyen y obran por el dicho de cualquier adulon, como si nada valiesen la sabiduría y experiencia, olvidándose que la justicia tiene dos orejas, ¡dos! cual los bípedos y cuadrúpedos, á fin de oir á las *dos* partes y poder saber la verdad. «¡Anda, anda, averigua!»—decíale á Pedro, con aire de ruego, porque aunque soy el hombre menos curioso, me interesan estos *estudios*.

«¿Y qué dicen?» — le pregunté á los pocos días á Pedro. «Pschtttt.... ¡es un infierno ésto! Uno

dice del ótro que los títulos de su chacra son falsos,—aquél, que todo lo que posee es de su socio que murió no se sabe cómo y se quedó con éllo,—al úno, lo tratan de estafador,—al ótro, de falsificador ó tramposo, ébrio consuetudinario, y así de tódos. Las familias están todas chismeadas. Una dice que el novio de fulana la dejó, porque supo sus relaciones ilícitas con el carnicero, — ótra, que la Rosa cometió un infanticidio; aquélla, que el hijo que tiene no es de su marido, sino del Alcalde,—que un tal Ferreyra, mayordomo de una estancia, tiene amores con la esposa del almacenero,—que tódas y tódos, en fin, son unas incestuosas, adúlteras, unos hipócritas, unos malvados, y las madres unas encubridoras y unas tales por cuales.» Por las calles, ó los dos ó tres andurriales que así se llamaban, observé que entre los melancólicos, cabizbajos, tristes, enojados y callados había álgunos que no caminaban bien: tropezaban, como atacados de tabes ó ataxia, y ótros, cual afectados de moquillo, iban destilando sin duda su chirúmen por las narices, gangosos y con los ojos medios cerrados.

«¡En qué estado pone el chisme!» — me dije. Y si se trata de averiguar la verdad, para demostrar la calumnia, para defenderse, limpiar el honor, es peor; resulta que fulano no dijo, — que fué un engaño, — los testigos se desdicen, — salen despues cosas ocultas, peores, detestables, hediondas, infícuas, como quien abre la puerta de un viejo zótano: saltan las vinchucas, los alacranes, las arañas negras, peludas, los cientopiés. Un amigo mío metió la mano en uno de estos hormigueros, y tuvo que salir disparando con su familia de un vasto hotel de provincia. El dueño del almacen donde parábamos, estaba sanguinolento, furioso, desafiando á tódos, con la mirada, detras del mostrador, porque propalaban que su mujer, una infeliz, una santa, tenía relaciones con el hermano de él.

El que me daba lástima, era el cura. Viejo, enfermo, tenía, para la cocina y su cuidado, á una octogenaria, capaz de espantar al diablo con su figura, y, sin embargo, la maledicencia llegó á inventarle que era su esposa. «¡Qué digan,—decía,—que es mi concubina, pase, ¡ pero mi esposa! ¿No sabe, acaso, esta gente que un sacerdote no puede ser casado? ¿De adonde habrán sacado esto! ¡Si es una pobre vieja que traje de Buenos Aires y me sirve recien desde hace dos años!»,—y como la marea seguía y era italiano algo bozal, no tuvo empacho un día en llevar el asunto al púlpito y exclamar: ¡Es una *virguinza* que *yente povere* se *escandaliza* así. ¡Es un *escandálo!*»

«Y de nosotros, ¿qué dicen?» —le pregunté á Pedro. «Que Vd. no viene á vender tierras; que es un emigrado oriental, que espera aquí á otros paisanos suyos para preparar un embarque revolucionario para la otra banda.» «¿Y de vos?» «Como me conocen, dicen que estaba en la cárcel y Vd. me sacó con recomendaciones para sus aventuras.» «¡Pobre gente! ¡Perdónalos, Se.....!» Como algúnos buscan el orígen de muchos de estos defectos en nuestros antepasados, los pobres indios, me pregunté: «¿será esto indígena?» ¡Qué esperanza!; los indios son, entre sí, pacíficos, unidos, mansos; es español, importado,—producto de la llamada civilizacion europea,—y yo, á pesar de verlos casi reblandecidos, llevándose todo por delante, no les tenía lástima, porque son la parte mala de la humanidad que arrastra á la buena, constituyendo, por su abandono de la vida pública, esos rebaños universales, que se llaman pueblos latinos, y que los usurpadores de su poder empujan á puntapiés ó á latigazos al corral como al abismo, viéndose los espíritus independientes arreados como carneros mochos.

¡Qué extraño es que el chisme infeccione villo-

rios y pequeñas aldeas, cuando en pueblos de la provincia de Buenos Aires lo hemos visto ser pasto de su prensa local! Conocemos varias familias que abandonaron algúnos muy cultos, para guarecerse en la Capital Federal, dejando sus reputaciones en las columnas de sus diarejos. ¡Qué, si el chisme gobierna de antaño en la administracion de las provincias y de la Nacion! ¡Dá vergüenza decirlo: ¡el chisme ha sido entre nosotros casi un sistema de gobierno, y por él, han rodado cabezas!

Hace años estaba al frente, interinamente, de una oficina, y con motivo de su próxima reorganizacion, trajéronme chismes en contra de empleados y personas de afuera que aspiraban recíprocamente ascensos y empleos. Por supuesto, me entraban por un oido y me salían por ótro.

Un día viene un individuo y me dice no sé que cosa de ótro; cansado de ésto, toco el boton de la campanilla, y al aparecer el ordenanza, le ordeno que llame á fulano. Viene fulano y le digo: «El señor dice que Vd. ha dicho....» El uno se puso pálido, temblóle el penacho; el otro se encocoró... «¡Bueno, caballeros, á ventilar sus cuestiones afuera!» —les dije,—al ver que se trenzaban ya. .... Nadie me vino despues con chismes. ¡Así se hace!

¡Qué placentero es descansar en las barrancas de un arroyo desconocido, correntoso, acostado de espaldas! Mientras llega al oido el ruido del agua resbalando entre las piedras, miro al cielo, y contemplo un carancho en las alturas bronceando sus alas al resplandor del sol.

Blancos y azules,
Rápidos danzan destejiendo tules,
Los celajes del cielo (1);

¡Qué silencio! Feliz el espíritu, pienso en las

(1) Juan M. Gutiérrez.—Poesías, Amores del payador,—pág. 168.

ambiciones, en la fortuna, en los mocitos de la calle de la Florida, cuya civilizacion me preocupa de antaño por ser la esperanza de la patria, y todo aparece pequeño y más digno de ser despreciado que aspirado. Miro á lo largo del cauce, y allá, á lo léjos, unas cigüeñas apagan su sed. Gozo viéndolas á hurtadillas, porque se creen sólas. ¡Ahí está el secreto del encanto!

———

Al atravesar un pajonal, sorprendemos unas gamas encabezadas por un bello y elegante venado. Irían, sin duda, á beber en el Gualeguay, y al vernos, doblan y huyen á saltos entre los matorrales. ¡Qué brincos! Parecía que volaban. Recreámosnos, siguiéndolas con la vista. ¡Con razon háblase del miedo cerval! Léjos, se paran, miran con curiosidad, y al verse fuera de nuestro alcance, nos desafían con la distancia. ¡Qué espléndido estaba el macho, con su lujosa cornamenta! Era aun temprano y brillaba el rocío en el pasto al resplandor de la luz. ¡Un cuadro flamenco!

———

En los campos incultos, de paja alta, suelen encontrarse todavia avestruces, aunque están desacreditados por los que ponen los estancieros dentro de alambrado y que cualquier mocito de la Capital admira á las pocas leguas. ¡Qué diferencia de los salvajes! Aquéllos, simplemente sueltos, apenas se alejan cuando pasa el tren, y los ótros, al divisar un ginete, emprenden airosamente la carrera. Admírase su trote descuajeringado, y al zangolotear el plumaje, parecen muchachas que agitan las enaguas.

Cuando se les estrecha á caballo, silban, — llenan el espacio con sus notas, — y se piensa en

las bandadas que llegaban espantadas á las poblaciones fronterizas, anunciando malones de indios con su silbido peculiar.

VI

LA SIEGA

El tallo del trigo está alto, seco y convertido en paja, como su flor en la crespa espiga que encierra el grano fecundo. La vasta extension, guarida antes del salvaje, está cubierta de trigo sazonado, cuya espumosa superficie ondea al más leve soplo del viento, produciendo el murmullo de los lagos. Dorada, la luz del sol préstale un reflejo brillante, maravilloso, que enceguece la vista, y si nos remontásemos como el pájaro, veríamos el desierto inmenso, mudo, atravesado hasta ayer por el avestruz y la gama, convertido en un mar de trigo. ¡He ahí la verdadera mina! Inagotable, eterna, desarrolla las fuerzas físicas, la salud y la enerjía, mientras que las de oro se agotan y conducen á los pueblos, por la molicie, á la miseria y corrupcion.

Como de trigo se alimenta el mundo, el colono espera ansioso las cosechas, — pero para convertirlo en el aureo metal, tiene que segarlo primeramente, arrancar de la espiga el suculento grano y transformarlo en la preciada harina. El génio creador del yanky, al cambiarle al molino las álas por la chimenea, desterrando, en su colosal impulso agrícola, las fuerzas del agua y del viento, ha inventado máquinas para aquellas operaciones sucesivas que la simplifican y abaratan. Forzoso es decirlo: estos instrumentos eran tan indispensables, que, á no existir, las actuales cosechas, por falta de

brazos y sobre todo de tiempo, se perderían en los tallos y los granos se pudrirían por las lluvias y el sol. Esta fatalidad, en vez de arrebatar al génio americano, por falta de inspiracion, su prepotencia reconocida universalmente, la aumenta sobremanera, porque demuestra que desdeña las abstracciones para preocuparse de las necesidades inmediatas. La gigantezca naturaleza aparece doblegada y le entrega los ríos de sus granos de oro, para que, en sus rápidas manifestaciones, los arranque, desmenuce y transforme en el pan cuotidiano del universo.

Hasta cuando dependimos de la harina de Chile segamos con la hoz de los antiguos romanos, que todavía usa España juntamente con los molinos de viento. Esta operacion constituía la primera fiesta agrícola del año. Los labradores libres de la cosecha y satisfechos de su rendimiento, se paseaban por los caminos cantando al son del pandero y la vihuela. La siega era un regocijo general, compartido por la familia y los vecinos. Hasta los niños manejaban la hoz, y las mujeres ataban los haces con cuerdas de paja. La comida era un convite y terminaba en baile.

Hoy sembramos para exportar,—la cosecha es comercial, y cada una de sus transformaciones se hace sériamente y con la enerjía de la pasion del lucro. El colono no dice *tendremos pan*: ¡dinero!, para abonar los gastos, las deudas y poder ahorrar algo, á fin de extender el dominio. De repente, en medio del silencio del desierto, oigo un ruido estridente, que llena el espacio, acompasado....

—¿Qué es eso? —le pregunto á un campesino.

—¡Están segando!

Deseoso de presenciar esta faena, me dirijí á la chacra que producía tales notas metálicas.

Ví entrar en el trigal á un robusto colono, rubicundo como Apolo, y resplandeciente de alegría en

el elevado asiento de la segadora. La arrastra una yunta de bueyes mansos, que apresura incesantemente; la cadena está en la rueda mayor, y el engrenaje, en la marcha, produce un ruido de matraca, ensordecedor, mientras la máquina avanza á paso largo. Abre una calle de dos metros de ancho, dejando limpio el rastrojo, y así va hasta el fin del trigal, para volver á segar otra faja al compas del andar de los animales y del ruido estridente.

Los tallos de trigo, entretanto, no han caído confundidos entre los rastrojos y amontonados á lo largo como la alfalfa; véseles formando haces, que llaman gavillas, del grosor de las antiguas cargas de pasto, con las espigas de cabecera y apiladas de á cinco de trecho en trecho. ¡Todo esto ha hecho la máquina al andar! ¡No es nada ante el estupor que causa ver á las gavillas atadas con hilo de cañamo! ¡Ninguna mano humana se habría conducido con mayor celeridad y maestría!

¿Cómo se ha operado esta transformacion maravillosa? Aunque sería difícil explicarla, por el complicadísimo engrenaje, contentémosnos con sus efectos, para rendirle el tributo de nuestra admiracion inconciente, mientras el colono aprovecha sus ventajas. Ahí están las gavillas atadas y en montones, y la segadora, entre el ruido mecánico, forma á lo largo ótros y ótros. Devora de la tierra tallos de trigo y las digiere instantáneamente en haces. Sólo falta emparvarlos, es decir, construir esos monumentos al lado de las casas, para preservarlos de la lluvia y los incendios, y á la distancia, parecen otros tantos ranchos ó galpones.

Estimulado por la curiosidad, he estudiado ese mecanismo milagroso, pero su explicacion, por la infinidad y variedad de piezas, resultaría grosera é incomprensible. Sería como hacer el proceso de la digestion. Baste saberos que es un organismo

completo y tan vasto como el nuestro. Anda, porque tiene ruedas que le sirven de piernas; guadaña con los brazos; pasa, por su fila de dientes, el trigo á su estómago, y aquí, como en el cuerpo, viene el misterio. Supongo que adentro habrá unas manos delicadas, que, en el acto de entrar en los tallos, los acomodan parejamente, forman los haces, y con el hilo que yace en ovillo detras del asiento, los atan, anudan y arrojan afuera en las lonas. Estas hadas, que en virtud de la division del trabajo, deben ser varias para ejecutar perfectamente tan distintas operaciones, no son, querido lector, sino el genio yanky, que ha producido en el mundo la verdadera emancipacion humana, aplicando el vapor y la electricidad á todas las faenas, para que dignifiquemos nuestras fuerzas, trabajando en lo sucesivo menos con las manos, con los piés y más con el cerebro, es decir, como hombres. Estas máquinas siegan hoy á razon de cinco hectáreas por día, ó lo que en un mes no haría una familia entera con la hoz ayudada del vecindario.

El colono, en vez de hacer de máquina y de buey, gobierna la operacion con las riendas en la mano desde su elevado asiento, y conciente del movimiento interno, por las cadenas de las ruedas, sabe lo que hace, vigila con el ojo y avanza, sorprendido, orgulloso. ¡Cuánto tiempo, gastos y fuerzas no se ahorran! Puede, al mismo tiempo, atender sus hortalizas, y la mujer, la cocina, la casa, los hijos y el jardín, y los vecinos se concretan á sus propias tierras, sin que la siega se convierta en una algarabía descomunal.

Nada de visitas en borriquelos enjaezados, ni fiestas con panderetas, ni pámpanos y libaciones. ¡Acabóse tambien la carne con cuero! A lo sumo, algunos colonos, al pasar, sujetan, por curiosidad, sus carros ó caballos en la tranquera, é invitados

á entrar, inquieren sobre el rendimiento y conversan sobre el precio del trigo. Unos, lo venden ya; ótros, prefieren guardarlo, y tódos, en los instantes de descanso, hacen las cuentas de la venta, de los gastos y de lo que les quedará. ¡Ah, cuando la cosecha ha sido abundante y generoso el precio del cereal, arrojando un saldo para comprar más tierra, el colono y su mujer están contentos, ufanos, porque se imaginan llegar pronto á ricos!; pero cuando despues de tantos afanes, no queda un centavo, ¡hasta los niños están tristes! No se oye entonces, por todas partes, sino reniegos, resongos, suspiros,—quejidos,—maldiciones al ver que seguirán adeudados y que el propietario y proveedores podrán embargarles la tierra y el mismo trigo que han embolsado para semilla y pan del año. ¡Qué caras hoscas: ¡ni las de los bueyes ñatos!

La bondad, felizmente, es propia del campo: tódos esperan, porque confiados en la honradez rural, saben que basta una buena cosecha para abonarse las deudas. Los tordos, las tórtolas y los chorlos, al ver segado el campo, se asientan en los rastrojos á devorar las semillas. El espacio desierto, poblado sólo por algun chimango errante y quejumbroso, es surcado á cada instante por las bandadas de aves hambrientas que buscan su festín anual y se oyen repetidamente el ¡tun, tun! de los cazadores, que persiguen á las perdices gordas y sabrosas. Se descansa, se conversa; si el año ha sido próspero, el cerebro se excita con proyectos ambiciosos y el sueño huye como en la ciudad; si no, se aguanta la tempestad, resguardado el colono por el amor al hogar, fiado en la esperanza y sobre todo en que Dios será bondadoso el año próximo. ¡Se descansa! Se descansa bajo un emparrado, aunque sea en el suelo y con la cabeza sobre una piedra, para terminar la faena, despues de haber sudado

tanto, mientras en la ciudad el espíritu mata al cuerpo. Escaso ó abundante el rendimiento, ahí están las parvas, que semejan, por la perspectiva, una tropa de elefantes, demostrando hasta el horizonte que se ha hecho cuanto ha sido humanamente posible. La conciencia está tranquila; los hijos brindan sus caricias, y las aves vuelven á pasar, deleitando con su canto y los écos de su aleteo. La naturaleza se abre á las sublimes armonías, y el pensamiento, siguiendo los vaivenes de la luz y la sombra, conversa, en las noches calladas, con las constelaciones y busca el porvenir en los anhelos de la esperanza.

VII

CUADROS

La leche, además de ser un líquido nutritivo, refresca la sangre y suaviza el carácter, unjiéndolo de bondad, como si quisiera retornarnos á la niñez. Pedro, conociendo mi predileccion por élla, me dice: «Vamos á encontrar ahora unas tamberas». ¡Un ranchito con un palenque desarmado por todo adorno!

Salen dos viejas criollas, y al saber mi deseo, suelta una el mate y la ótra la dice:

—Traete la negra.

—¿Viven solas?

—Sí, señor. Esto es calle, pero las vacas son nuestras.

—¿Cuántas tienen?

—Tres. De éllas vivimos, y con sus ahorros, pensamos comprar un campito.

Asombróme que tres vacas pudieran ser tan productivas para dos personas. ¡Era de admirarse

la *negra!* Inmensa, renegrida, entró coleando, sin duda saludándonos. No podía esperarse menos de su educacion. Nunca he visto una vaca más hermosa. Su piel era suave, sedosa y brillante,—semejante á un lujoso tapado,—y zahumada de su olorosa leche, la dama más elegante no despedía fragancia tan esquisita y lúbrica. Pasábale la mano por los lomos, y creía ser yo más bien quien la ensuciara,—¡tan limpia estaba! Deseos dióme de abrazarla y acariciar su fragante hocico.

Bebiendo su leche espumante, deliciosa, sentado en una silla, la miro, y el entusiasmo se troca en respeto, porque, á la distancia, con los ojos negros fulgurantes, destacando en el espacio su enorme corpulencia y enroscados cuernos, descubrí en su silueta algo severo y noble. Me fijo, y sugestionado por el provecho que brindaba á sus dueñas, se me apareció á la fantasía, con su generoso perfil, como la madre de la humanidad. ¿Cómo! Produce al buey, que ara toda la redondez de la tierra; al novillo, que alimenta el género humano, y ¿quién no ha mendigado á sus perfumadas ubres su sabroso licor para vivir, fortalecerse en las convalescencias, salvarse quizá de la muerte ó para deleitarse con su nívea espuma? ¡Pace libre en el campo,—menea, gozosa, tu cola de sedosa borla, que mereces los establos de Neron!

Las lagunas, por las cuchillas, son raras, abundando, en cambio, los cañadones, los arroyos, los ríos y sus infinitos raigones, que, á manera de entrañas, fecundan el rico suelo entreriano. ¡Los ríos!; para el viajero que cuida el caballo, son su puerto, porque la bestia descansa, se nutre, mientras el espíritu se recrea y se expande.

Estamos en la costa del Gualeguaychú. El espectáculo es diferente; en vez de trigales ó rastrojos, haciendas de todos géneros, — de colonias

y colonos, estancias y paisanos á caballo montados en aperos,—en lugar de cuchillas, que interceptan la vista, llanuras verdes, de pastos cortos, tiernos como lechuga, desde que se trata de campos propios para ganadería. Al ver la extension, ilimitada hasta el horizonte, — las estancias, con sus arboledas, y las ráfagas fugaces, susurrando en el espacio, — créese estar en la provincia de Buenos Aires y el corazon porteño se ensancha. El paraje es más bello aun, porque hay agua y bosques.

Al costado del abra, por donde pasa el camino, se distendía, á ambos lados del río, un espléndido monte, que ya, tupido ó salpicando, tendría algunas leguas de superficie. Los ríos son el *rendez-vous* de todas las aves del pago. Allí están los teros en tropel; vígilantes, en cuanto nos vieron llegar, dieron la voz de alarma, — pero enseguida entonaron un cántico tranquilo, que significaría: «No hay cuidado; es buena gente.» Los teros reales, delicados, siempre temerosos, apenas se alejaban del borde; las gallaretas, en bandadas, nadaban, ufanas, como si el río fuese de éllas solamente; algunas cígueñas, tras de un juncal, dormían paradas con las cabezas bajo del ála; los chajás estaban de centinela en una barranca espiando, y en cuanto sentían un ruído, lanzaban su grito estridente; las garzas se paseaban en la orilla, orgullosas, elegantes; las becasinas bebían, y los chorlos daban contínuamente vueltas, perdiéndose en nubes por el horizonte. ¡Ahí vienen filas de cuervos! Tendidos en línea de batalla, parece que vinieran á pelear. ¡Nada!; se asientan, graznan, y son los únicos que escarban el barro.

¡Qué soledad! Apenas, tras de los troncos, divisaba á lo léjos un *puesto*, y sin embargo, ¡qué acompañado me sentía! Cualquiera que se me hubiese presentado, le habría dado la espalda, porque en el campo prefiérese estar rodeado de la natu-

raleza y sus séres salvajes. Busco, con la vista, á Pedro, y lo distingo, en un recodo, pescando. Creo que el que pesca, piensa, y sin paciencia para esta distraccion, continúo recostado sobre mi manta en una falda deliciosa.

¡Chás, chás!: ¡bandadas de patos que se asientan en el agua, buscando abrigo para pasar la noche! «¿Tan tarde!» Veo á Pedro, que viene cargado de pescados. ¡Cómo trascurre el tiempo, pensando! La tarde avanza, y no he pensado en nada,—al menos nada sério. ¿Nada sério? Las bandadas de patos me interrumpieron inoportunamente la construccion de un chalet, que ideaba, adormecido por la sensacion de aquel sitio encantador, como si el terreno fuese mío y pudiese refujiarme allí para siempre. Había elejido un declive suave, verde, que se remontaba sobre un pretencioso promontorio, y delinée un jardín matizado de naranjos y limoneros. Aquello era el ideal para vivir, porque con el río y monte cuajado de calandrias, torcaces, zorzales, boyeros y mirlos, sólo las aves me acompañarían. «¡Allí, en un salon, que contendría la biblioteca, escribiría al fin cuanto me ha atormentado,—¡sólo allí!» —me decía.

¡A atar! Mi ceño adusto denotaba bien que algun castillo se me había venido abajo. ¿El culpable? La familia, esa eterna demoledora de todos nuestros sueños perfectos, porque en cuanto tienen la última pincelada, ¡zás!.... ¿Cómo no se ha de fracasar! Entre Ríos tiene, entre sus bellezas, las puestas del sol, y al pasar el río casi nadando, mirando al poniente, mi fantasía cambió de página, porque en el horizonte, en un campo rosado, vasto, unos vapores rojos, que se movían y aumentaban sucesivamente, simulaban el más grande combate de las guerras modernas. Sólo faltaba el estampido de la artillería. «Vamos, aunque sea para ver.» —me decía, como si, apurándonos, llegaríamos. ¿Y el

chalet? Ya no me acordé de él, ni para deplorarlo, porque en ese instante cruza el tren el mismo horizonte enrojecido, por una inmensa curva, Es él, indudablemente. Lo reconozco por su penacho de humo, avanzando cada vez más, — y como no se puede ver este mónstruo en la soledad sin envidiar al mismo maquinista, — pienso en Gualeguaychú y Uruguay, puertos donde se toma el vapor, — en la dársena, en el carruaje, en el abrazo de llegada, y me digo que si la familia es una cadena, lo es de oro por el afecto que simbolizan sus eslabones. Si no puede retener á la imaginacion vagabunda, mantiene á cada uno en su puesto, para que dé sombra en el hogar. ¿Qué sería de la sociedad sin élla? Cada úno,—siguiendo su capricho, sus instintos, — tomaría sus libros ó los instrumentos de su arte, y se alejaría; las ciudades quedarían vacías, y los bosques.... se llenarían de gente, — pero allí los hombres, para ser lójicos, continuarían huyendo únos de ótros. ¡Qué cuadro! Ved si la familia no es verdaderamente la base de la humanidad.

———

Otra belleza propia tiene Entre Ríos: sus noches de luna,plateadas como el día. En el mar, bajo el trópico, no son más blancas, y despiertan, sobre todo en casa ajena, el anhelo de dormir afuera. Resístese heróicamente á los consejos del dueño de casa y se arrastra el catre bajo del corredor. ¡Cómo el campo nos atrae hasta confundirnos con sus elementos! ¡Cómo amamos la sombra, el agua, la luz, mientras en la ciudad, apenas salimos, pisamos con desprecio el sol en las veredas! Al rato pasan las bandadas de patos sedientos, y si estamos despiertos, gozamos del cántico nocturno más simpático al oido humano. Entonces desearía tener álas para acompañarlos en el viaje diáfano á los arroyos plateados. Cruza la última bandada y continúa su chillido en nuestro oido. Los cisnes y los gansos

silvestres, en las secas, producen una impresion indescriptible. En fila, se anuncian desde léjos con el ruido de su volido, y al acercarse, es tan agitante que, si lo escuchais, abandonais el lecho para admirar tan gigantescas aves, de nítido plumaje, platearse al resplandor de la luna, y descubres el encanto que presajiamos en la ciudad tantas noches en cama. ¡Parecen ángeles! Recuerdo que volvía á acostarme entristecido, con el alma vacía, como si me hubiesen llevado el amor de la vida.

Un defecto tienen las noches de luna: no hay crepúsculo, mientras en las turquíes, la luz cuaja,—se la admira avanzar en las tinieblas, - el cielo pónese azul, celeste,—las estrellas se apagan, las tres Marías alumbran, y el lucero, como un faro en el océano, luce, hasta que, de repente, se apaga, confundiéndose todo en la luz del sol surjido en el confín. He espiado esta transicion, y la luna, cuanto más se acerca el sol, pierde su color plateado, resplandeciente, ante la luz de aquél, dorada, ardiente, como los focos de luz eléctrica al amanecer. Pero hay más aun; en el instante en que la luz de la luna es absorbida, la retina, acostumbrada á contemplar la inmensidad plateada, no admira al día, y descubre un resplandor pálido y triste. Los semblantes toman un tinte cadavérico. Es el velo de la muerte que se arroja sobre la faz de la viajera nocturna, y los astros, fieles, huyen tambien para llorarla. Cuando hay luna, se ve morir á la noche.

¿Queréis el colmo de dormir afuera? Una madrugada atravesábamos una Estacion, y oscuro aun, tropezamos con un obstáculo, que nos lo llevamos por delante.

—«¡Eppp! ¿Quién vive!» Era un robusto habitante de las pocas casitas que allí habían, que quiso realmente gozar del placer de dormir al aire

libre, y sacó su catre á la vereda, ó, mejor dicho, al campo, porque no había vereda ni calle.

«¡Dispense!».... ¡Qué más iba á decir!, — so pena de discutir á esa hora con un hombre desnudo y en el barro sobre la libertad de tránsito contra el derecho de dormir en la calle. Contándole despues la aventura á un viejo entreriano, me dice: «¡Ppsssttt!.... ¡Si antes de nacer estos pueblecillos, tódos, en verano, dormíamos afuera! ¡Los hijos que han sido concebidos al aire libre!,» Y manifestándole mi dolor por el terremoto de una provincia hermana, me contestó:

«¡Si yo nunca necesité allí casas para vivir! ¡Qué delicados están ahora!»

Ví una escuela bajo de un árbol, Entrábamos al departamento de Villaguay, allí donde principian los montes que terminan en Montiel, y me dice Pedro:

—Aquello es una escuela.

—¿Cuál?

—Aquella multitud de muchachos....

—¿Y la casa?....

—El árbol es la casa.

En efecto,—la maestra, al llegar, me dice, para calmar mi asombro:

—¿Cómo quiere Usted que con este calor tenga á los muchachos adentro!, — señalándome, tras de la cuchilla, un ranchujo desvencijado en barro, de piso de tierra, de techo de paja y de dos metros de alto. ¡Se ahogarían! No caben tampoco, porque son como sesenta. En invierno y cuando llueve, doy clase adentro.

Afuera estaban mejor, porque el espinillo era colosal y albergaba á tódos con su fresca sombra. Todavía, del otro lado del tronco, habría cabido otra escuela.

Los muchachos estaban todos descalzos, en

cabeza y sin más que una camisa y un pantaloncillo. La maestra no les iba en zaga, quizá para dar el ejemplo; sólo ostentaba, despues de la camisa, una pollera de percal. Colgábale de la cintura un látigo, y al preguntarle su objeto, me contestó:

—¡Para que se estén con juicio!

—¿Y ésto?...., le pregunté, — refiriéndome á una inmensa cantidad de caballos, la mayor parte petizos y potrillos sin monturas, casi dormidos, que yacían amontonados contra una especie de palenque.

—Son de los alumnos. Esta es una escuela de colonia, y como son de las chacras, tienen que hacer la travesía á caballo. Ahora, á las once, se van á almorzar.

Como faltaba poco, esperé este licenciamiento, para contemplar la partida. Entre tanto, me puse á observar la caballería. Apenas úno que ótro ostentaba en el lomo algun cuero de carnero; los bocados eran más que los frenos, y las cabezadas y riendas se componían de tientos, tiras de trapo y aun hilo de acarreto. En ese instante, llega, paso á paso, un jinete; un mosquito sobre un elefante, porque el caballo era enorme y el caballero no contaría más de dos años. El y las riendas venían atadas al apero. Quedéme pasmado, porque no sabía hablar aún. La maestra, comprendiendo mi asombro, se adelantó á calmarme, y me dijo:

—No hay cuidado, señor; están *acostumbrados*... Todos los días, desde hace dos meses, viene desde su casa, que dista media legua. Trae un recado de la madre...—y al decir ésto, desata un pañuelo que traía el caballo en la argolla del bozal, abre y lée.—Es para que el hermano, de pasada, le compre un puchero. Ahora regresan á caballo los dos. ¿A usted lo admira el valor de la madre, que expone así la vida de un hijo? No hay tal peligro, porque el caballo aunque lo avanzen los perros, no saldrá del paso.

Despues miraba con la mayor indiferencia á criaturas de pecho á caballo, sólas, cruzando callejones perdidos, por el campo, sin saber dónde iban, múchas dormidas.... El caballo sabía que debía cuidar lo que llevaba encima. Asustándome más la desproporcion entre el tamaño del jinete y la cabalgadura, pregunté si no eran más apropiados los petizos.

—¡Qué esperanzas!— dijóme la maestra.—Entonces si se caerían, porque el petizo es mañero, tiene génio, y los perros y muchachos de los caminos no los respetan.

Es cierto que se trata de caballos viejos y mansísimos, y para probarme la maestra la inteligencia de aquellos animales, me dice:

—Yo no tengo reloj. ¿Sabe Usted como sé que son las once? Ahora va usted á ver.

Me hace sacar el mío. Faltaban cinco minutos.

—Dentro de un rato, verá Usted que todos estos potrillos y petizos dormidos abren los ojos, levantan la cabeza y se inquietan por regresar.

Así fué,—á las once, justamente, se avivaron, echando miradas vivaces y múchos relinchaban, como diciendo á sus jinetes: «Es hora, y tambien queremos almorzar». Despues, en los puntos más poblados, mi ojo, más práctico ya, distinguía á lo léjos, por los potrillos, una escuela de colonia de una pulpería.

Un individuo, que oía mis lástimas, exclamó con desprecio:

—¡Chicos como el de á caballo, los venden por achuras en *El Federal!*

VIII

LA TRILLA

En el desierto, en las zonas ardientes, á la hora del cenit, el aire fulgura, brilla, y sus ondulaciones enceguecen con sus reflejos. Aquéllo es un mundo de luz: ¡deslumbra! – «¿Quién se atreve á salir en semejante hora!—La gente debe estar sesteando bajo los corredores.» —me respondí. Volábamos con el sulky, por escapar á la canícula. De repente, al llegar á una cuchilla, exclamo: «¡El tren!» —creyendo oir un silbido «Será una trilladora, porque la Estacion está muy léjos.» —me dice mi acompañante. En el campo, el viento suele traer al oido écos semejantes,—quejas de ráfagas perdidas, —y como me parecen siempre de las ánimas, volví á la conversacion del trigo y su vasta produccion. Durante la cosecha, no se habla, en estos parajes, sino de trigo, trigo y trigo. Es la política de las colonias.

Al poco rato, volvimos á oir idéntico silbido. Habíamos marchado algo. «¿Estarán trillando!» — exclamé inesperadamente. A los pocos minutos, divisamos en el horizonte un hilo expirante, negro. Semejaba, á lo léjos, la agonía de un volcan. No había duda: trillaban. Estábamos á legua y media, pero la marcha era tan vertiginosa, que bien pronto el viento nos trajo en sus álas un ruido acompasado, mecánico, muy semejante al andar del tren. ¡Un silbato! Este, sí, lo percibí distintamente, y resonó en mi alma, sin duda por la soledad, como una carcajada que precede al buen humor. En seguida ótro y ótros, rasgando el espacio, agudos y estridentes.

Al acercarnos, volvió á chillar repetidas veces,

seguramente para saludarnos, é impresionados por el humo y el movimiento metálico, nos bajamos tan respetuosamente como quien entra á visitar alguna fábrica colosal. Era el efecto de este hallazgo inesperado al aire libre y en el desierto. No estaba todo tan despejado ni vacío. Quince ó veinte parvas enormes, que parecían galpones, formaban un semicírculo, y en el centro, funcionaba la trilladora por medio de un motor. Sabeis mejor que yo lo que es un motor: una pequeña locomotora, por la forma, con sus silbatos, resuellos de vapor y alegres reflejos acerados. La máquina, como se dice á la trilladora, es una especie de wagon de ferrocarril. No descubre nada; cerrada herméticamente, apenas sale afuera la rueda motriz, donde se pone la correa que lo comunica con el motor. Interiormente está su maquinaria, y de madera en gran parte, produce, en su funcionamiento, un ruido espantoso. En frente había otro wagon; era un depósito de herramientas y enseres que servía para dormitorio de la peonada en las travesías solitarias. Estas tres personalidades tenían ruedas de hierro con llantas chatas, para recorrer largas distancias y atravesar arroyos, tiradas por numerosas yuntas de bueyes.

En medio del movimiento acelerado é incesante de la trilladora, el motor silbaba, resollaba vapor y vomitaba humo por el caño. Entre este ruido infernal, que tendría alarmados á los zorros y vizcachas de una legua á la redonda en el fondo de sus cuevas, el personal, que se compondría de veinte hombres, trabajaba, en un silencio meláncolico, agobiado por el calor. El maquinista,—como se llama al director del motor,—estaba, con aire científico, al lado de su pieza, y un peon echaba á cada instante paja de trigo en la hornalla, mientras ótro, á brazadas, se la amontonaba al lado. Un tercero, en lo alto de un carro atracado á la trilladora y rebosante de gavillas, las echaba por arriba úna

tras ótra con una horquilla, y en cuanto quedaba vacío, poníasele ótro repleto al lado, mientras aquél volvía nuevamente á llenarse en las parvas. La máquina, de esta manera, tragaba constantemente gavillas, entretanto que por abajo arrojaba, como si fuesen resíduos, la paja pura, que era llevada en rastras á la cincha y arrojada léjos. Atras había cuatro bocas, por las que salía el trigo en grano á borbotones, limpio, puro, y caía en otras tantas bolsas abiertas, á estilo de las aguas corrientes.

Llenadas las bolsas, se sacaban, pero reemplazándose en el acto con otras vacías, que se colgaban de ganchos y tocaban el fondo en el suelo. Las bolsas llenas se cosían allí mismo, se colocaban cruzadas únas sobre ótras y formaban pilas que nunca eran enormes, porque carretas de bueyes, en incesantes viajes, las llevaban á los galpones de la Estacion. Nadie hablaba una palabra, y en medio de este rudo trabajo tan dividido, cada miembro de este personal iba y venía y llenaba su tarea en el más completo silencio. No se oía, en ese desamparo, más que el ruido de la máquina y los silbatos y pujos del motor que trasmitían la impresion de una fábrica de trigo á la intemperie.

¿Cómo se verificaba esta transformacion? Cómo una gavilla atada era en el acto desatada, convertida en paja inservible y en un chorro del codiciado grano, era una operacion que nunca quise averiguar. No he nacido para violentar mis sesos, y temí que como el político de aquella célebre caricatura, empeñado en comprender el tratado de Berlín, estallase en explosion. Me imagino...., como en la segadora, que, en el acto de entrar la gavilla por la boca, una mano la desatará, mientras que ótras, con igual celeridad y maestría, la despojarán de todos sus granos. ¿Qué más nos importa saber? ¿Qué tenemos que ver cómo la gavilla se convierte instantáneamente en un chorro de granos? Conten-

témosnos con llevar las bolsas vacías, para retirarlas rebosantes, con más prontitud que si se tratara de agua. ¡De rodillas deberían presentarse abiertas, porque sólo tenemos derecho á la admiracion!

Los peones, para aguantar el calor, andaban desnudos, con un lienzo bajo de la cintura, á estilo de panaderos. Extrañando que anduvieran en cabeza, díjoseme que estaban *acostumbrados;* ¡sin embargo, enfrente yacía úno, bajo del carro, atacado de insolacion! En las trillas, con peones al día, no hay siestas. Otro, servía en fuentes de lata un puchero hecho en una olla descomunal, que hervía furiosamente por un fuego de leña de tala. El caldo, hecho con agua del tajamar, parecía chocolate. «¡Qué valientes!»—me dije — porque para estas cosas se requiere coraje en la vida. «¿Cuánto ganan?» «Un peso y medio.»—contestáronme,—¡sin alimentacion, porque esa comida era pagada por éllos!

¡Adiós carne con cuero, tortas fritas y bailes de la antigua trilla! Cuando más, se pasaban, de vez en cuando, la botella de caña rebajada y un jarro de agua.... sucia. ¡Así se trabaja en el campo, donde únicamente se produce, mientras en las ciudades los mocitos charlan y se hacen leyes inconscientes para oprimir más al obrero! ¡Qué injusticia, qué ingratitud!

¡Sudaban los infelices! Silenciosos, mudos, me hacían el efecto de una tropa de esclavos, tanto más que el jefe usaba un sombrero de paja, de anchas álas, como los *fazendeiros*. Los que ponían las bolsas en las pilas, en los carros ó hacían otros ejercicios de fuerza, lucían, por la contraccion, una poderosa musculatura. El color cobrizo, por su falta de bello, es más terso y sano. A la sombra de una parva, casi me adormecí, vencido por la temperatura y el cansancio, y en un abrir y cerrar de ojos, pareciéronme estátuas

de terracota, empapadas por la lluvia, que abandonaban sus pedestales en un jardín, para ir y venir, en tal cruce contínuo, sonámbulas ó medio dormidas. «¿Esta gente es de aqui?» «La mayor parte son indios de *los Chacos.*»—me contestaron. ¡Compatriotas, más argentinos que nosótros, porque tienen miles de años de nacionalidad! Había algúnos, pacientes, doblegados mansamente, y se resignaban como el buey ante el yugo; ótros, de cabeza borrascosa, semejaban rebelados ante el duro lote que les tocó en suerte. «Aquél es un ratero que no tiene cabida ni en las comisarías.»—me dijo el colono, señalándome un muchachon de ojos vivaces. «Parece que ha perdido la maña.»—agregó. ¡El trabajo, el trabajo, y sobre todo el sudor, que depura el cuerpo y libra el alma de malas tentaciones!

—«¿Y las casas?»—pregunté. «Están en la aldea, porque estas son chacras rusas.»—me contestaron,—y como me iba dando cuenta de las costumbres, me expliqué enseguida la anomalía de hallarse sólas las parvas. Pensé en la antigua manera de trillar; se me vino á la memoria la parva redonda, de forma cónica,—el alambrado alrededor,—en el espacio intermedio, la tropa de yeguas pisando las gavillas arrojadas de arriba, mientras la latigueaban de atras,—y numerosos muchachos que iban á pedir potrillos, apurándolas prendidos de los postes. De ese pisadero, lleno de barro y bosta, se sacaba el trigo en pala, y había que aventarlo cien veces al aire para que fuese vendible en los molinos de la vecindad. «¡Qué diferencia!» —me decía,— al verlo salir á chorros de la trilladora, embolsado, cosido á la vista, limpio, puro y pronto á ser exportado. ¡Con qué energía y prontitud trabajaba la máquina!, y especialmente, ¡con qué limpieza y economía!,—porque no quedaba adentro un grano ni caía tampoco al suelo. ¡Libre, verdaderamente,

de polvo y paja! ¡Con razón metía tanto ruido! Tendría conciencia de lo que hacía.

¿Cuánto trigo darán estas parvas?» — «Seis mil fanegas». «¿Cuándo terminarán?» «Dentro de quince dias; despues iremos á la colonia San Antonio.» Saludamos y proseguimos nuestro viaje, perseguidos por los écos, cada vez más suaves, de la admirable máquina y su motor nervioso, desasosegado, hasta que se perdieron tras de la cuchilla, volviendo otra vez á reinar el silencio en el desierto abrillantado por el sol ardiente é interrumpido sólo por el rodaje de nuestra carrera. El calor principió á calmar, y oíase, de vez en cuando, el canto de algun grillo ó chicharra en los rastrojos. Al caer la tarde, tropezamos, en un arroyo barrancoso, con una trilladora y un motor, que yacían empantanados con todo su equipaje y no podían salir ni con diez yuntas cada uno. «No es lo mismo trillar que viajar.» —me dije,—y al regresar á la noche, veo en el horizonte, al dar vuelta, unos incendios enormes, que parecían devorar todos los campos. «Es la quemade la paja de la trilla, para evitar la mosca brava.»—me dice mi acompañante. ¡Parecían á la distancia, en la oscuridad, un campo de batalla en que los ejércitos combatían al resplandor de sus cañonazos!

IX

CUADROS

A la luz radiante de la luna, diviso en la cuchilla unos bultos enormes, colosales, que se agitan.

Unos, echados, parecen focas,—ótros, semejantes á rinocerontes ó megatheriums, parados, destacan en el espacio, sus gigantescos cuernos iluminados,—y los demás, se estiran y bufan como búfalos, atronando la soledad.

«¿Qué será?» Avanzo, y ¡cosa rara!,—á medida que me acercaba, disminuían de tamaño. Sigo adelante hácia el grupo feroz. ¡Qué chasco! Los echados, eran unas vaquitas que, descansando, rumiaban, los megatheriums, unos bueyes viejos, y los búfalos, toros que llamarían á algunas vacas rezagadas. Despues de pastar en el vallado, habían trepado á la cuchilla para echarse y aspirar las brisas lejanas, que al caer la tarde, en el estío, se ansían como gotas de agua en la sequía,—y por la perspectiva, semejaban, cuanto más léjos, animales antidiluvianos. Estaban de sobremesa.

No extrañéis; los animales tambien les place las alturas para extender la mirada, contemplar el vallado, el horizonte y la salida y caída del sol. He visto depues en grabados europeos reproducida esta escena, probando que los animales,en medio de de la naturaleza, son donde quiera los mismos.

Despues de la siega, los trigales descubren tal cantidad de perdices, que asombra á los forasteros. En ninguna parte se ha visto nada igual. En los rastrojos, en los caminos, en las aguadas, hasta en los alrededores de los pueblecillos, no se ve sino perdices. Aquello es una verdadera infeccion.

Sería un error gastar en pólvora, porque tódos las cojen vivas con cañas. Los muchachos, de á caballo las alzan con el arreador, y hay algúnos,tan vaqueanos, que en pocas horas se encaminan á las casas con una bolsa llena; pero la abundancia harta, fastidia, como todas las cosas á que no se está acos-

tumbrado. Y el pobrerío, con las perdices, estaba de banquete; perdices al almuerzo, á la comida, á la cena, hasta de desayuno.

A mí me dieron pronto en cara: estaban flacas, por ser pichones, y las cocinaban enseguida de matarlas, sintiéndose muchas veces, entre los dientes, los tendones frescos aun, palpitantes de vida. Ignoraban que las aves deben orearse muertas primeramente, y con el apuro de comerlas, poco faltaba para que se las tragasen con plumas.

La repugnancia se me tornó en fastidio é impaciencia. Despues, no las podía ver, porque al almuerzo, al sentarme á la mesa, perdices,—cuando el dueño de casa no se permitía, en son de elojio y nervioso apetito, exclamar: «¡Tenemos unas riquísimas perdices!» A la comida, lo mismo. Esto duraba semanas,—semanas largas como años. Perdices asadas, guisadas, fritas, hasta con huevos y en el puchero, y múchos, para prolongarlas, las ponían en escabeche hasta el invierno. «¡Qué buenas perdices tenemos hoy!» Donde quiera que iba, perdices,—y si me quedaba más de cinco minutos, se me invitaba con perdices. A cada rato oía: «¡Qué ricas perdices están cocinando! —cuando no eran mejores, sino las mismas de siempre, flacas, pequeñas.

¡Cómo iba á protestar, cuando en la ciudad la perdiz es un ave incomparable, y su estacion se ansía como una primavera! Habría pasado como persona de mal gusto, desde que no podía decir que la perdiz, así cazada y cocinada, era una inmundicia. Tuve,—como pasa siempre,—que callarme, porque, en este mundo, ni en perdices se puede decir la verdad...., sino á uno mismo. Y al día siguiente, vuelta: ¡perdices!; perdices á la mañana y perdices á la noche. No iba á ninguna parte por temor de que se me ofrecieran perdices, y la mesa que, en el campo, es un goce, transformóse en suplicio; al sentarme,

temblaba como mancarron mañero ante el palenque. Si salía á pié al campo, buscando desahogo, las veía vivas, y, repugnado, regresaba de prisa, como si me asaltasen por detras. Estaba verdaderamente sitiado por las perdices. ¡Un sitio de perdices! —y pensando una vez, en un instante de mal humor, sobre mi original situacion, ví más aun: que no tenía salida,—so pena de mandarme mudar,—lo que me era imposible, porque precisamente principiaba la trilla y los colonos á tener plata, como se llama al dinero en el campo.

«¿Será posible que esta ave tan delicada se haya convertido en una infeccion como la de la langosta ó de otros animales repugnantes? ¡En todas partes me persigue, me cerca!,»—solía decirme, desalentado. No era juguete; hasta en mi pobre cuarto, donde me retiraba abatido por la invasion perdicesca, oía su chillido, antipático por lo mendicante. «Pio, pio, pio»: ¡perdices! Mi primer ímpetu, por supuesto, era tomar la escopeta, un revólver, pero ya he dicho que en este mundo no se puede proceder ni contra las perdices.... que se matan; tuve que correrla por el cuarto, hacer lo que me es ya imposible por mi corpulencia y abdómen: agacharme,—meterme bajo de la cama,—agarrarla con cuidado,—cuando, de repente, al incorporarme con el rostro congestionado, entra un muchacho abriendo bruscamente la puerta, y exclama: «¡La andaba buscando: ¡es mía!» «¡Tómala, mi hijito!,» en vez de tirársela por la cabeza. ¡La dulzura ante todo!,—y me puse tranquilamente á sacudirme las rodillas, por haberme ensuciado.

«¡Santo Dios! ¿cuándo me veré libre de estas detestables perdices!»,—exclamaba en plegarias improvisadas. No tenía otro recurso, porque ya no eran las perdices; sino las personas, tódo. Si me visitaban, enseguida hablaban de perdices; si no era de las comidas, de las que comerían luego ó de

una futura excursion de caza, y al tropezar con alguno, en cuanto lo saludaba y le preguntaba cómo estaba, me salía con las dichosas perdices. Veíame forzado á hacerme negar y huir de la gente.

De noche, soñaba con perdices, y como las consideraba, verdaderamente, una infeccion, mi lecho era un hormiguero; me circundaban el cuerpo como parásitos; abría los ojos, desesperado, rascándome para completar la ilusion, y fué una vez tan cierta, que oí un grito de perdiz. Me asomo, estirando el cuerpo, y veo que pasa una bajo del escritorio, alargando el pescuezo como charabon recien nacido. ¿Cómo entró? ¿Por el ojo de la llave? Más fácil es averiguar el oríjen de nuestra existencia. Me levanto descalzo, la corro, la cojo, la arrojo afuera, y siento en seguida que un muchacho llora como un marrano; dice que su perdiz se le va á morir,— de lo que colijo que es el dueño y yo ¡un cruel perseguidor de perdices!

Es que tenía ademas la desgracia, lector, de que mi cuarto diera á un vasto patio, llenos sus corredores de piezas de máquinas agrícolas, cajones vacíos y botellas, y aquéllo era una cueva de perdices cazadas por los muchachos de la casa; de modo que, en cuanto dejaba abierta una hendija de la puerta, se entraban y se metían bajo de la cama para darme estas sorpresas. A tódos les hacía gracia,—como que reprimía mi indignacion,—porque estaban sugestionados por las perdices, verdaderamente aperdizados. «¿Estarán locos?»—me dije, al verme reducido á mi cuarto, con las puertas cerradas, sin hablar con nadie, si quería paz. «¡Tan, tan!» «¿Quién es?» «Señor: vengo de parte del señor..., me dice un muchacho,—á invitarle á almorzar unas ricas perdices». «Anda no más,»—le repliqué por lo pronto, decidido á excusarme, agradecido, en seguida. Una vez, al entrar á mi pieza, la hallo llena de perdices. Comían y piaban á su gusto. Salgo

furioso al patio á inquirir por el autor, y resulta que era un regalo. Sí, señor,—mi pobre planchadora, deseando agradarme, me las mandó con su hijo, y como le dijeran que era mi habitacion, las puso, en mi ausencia, adentro, una por una, cerrando la puerta, y llevándose la bolsa. Eran nada menos que una docena. A pesar de existir siempre una explicacion para estas aventuras,—me dije, sériamente, una vez: «¿no será una broma, una conspiracion?» Aunque es tan fácil creer en proyectos dañinos de los demás, aplazé la protesta para la primera perdiz que hallase en mi camino.

Una excursion arrancóme de sitio tan aperdizado, y á mi regreso, estando á punto de venirme para Buenos Aires, se me presentó un chico á caballo en la vereda de mi cuarto. Traía una bolsa llena, agitante. En el acto me dije: «perdices». ¡Perdices!,—ni más ni menos. Era otro regalo. Le dí cincuenta centavos, aunque los muchachos las cazaban á diez centavos la docena. «Para el viaje», —me dijo el portador,—y subiéndoseme toda la sangre aperdizada,—recordando todas las amarguras y persecuciones,—queriendo, al fin, protestar públicamente, me viese quien fuese, saquélas una por una de la bolsa, y arrojándolas al aire con fuerza como cascotazos, dilas libertad. Todos conocen el ruido peculiar del vuelo de esta ave: parece que llevan cascabeles en las álas,—y era de alquilar balcones: ¡los cohetes, en las antiguos fiestas mayas, no eran más estruendosos!

Nadie vióme, felizmente. Todo pasó entre mi mismo, como las mejores y peores cosas de esta vida, y me senté calmado, tranquilo en mi escritorio, porque había protestado, siquiera ante el cielo, de la culinaria de los atosigantes avichuchos, sintiendo sólo que. al perdonarles la vida con toda mi alma, no fuesen á molestar á ótros, para que

se comprenda que lo superabundante, por bueno que sea, empalaga, se torna odioso y es una peste. Así terminó esta estacion perdicesca, y lo peor de todo es que, á pesar de los años, donde quiera que esté sentado á la mesa, en mi casa ó en el hotel, el solo nombre de perdiz, al destaparse la guisera, me quita el apetito, y revuelvo los ojos como un vizco. ¡No he perdido gran cosa!

No vayais á creer que todo eran trigales y colonos. Aparecíame, de vez en cuando, en pueblos de cierta importancia, como Gualeguay, Villaguay, Tala, Victoria, etc. ¿Habéis gozado, lectores, del placer de ser universal y totalmente desconocido? Somos, en la capital, cientos de miles, pero la cuestion es que no nos conozca nadie, nadie, á punto de que en caso de muerte, despues de larga espectacion del cadáver hasta la diseccion, fuese un enterrado cien veces como *desconocido*. Yo sé gozar de esta fruicion. ¡Válgamela en cambio de los que disfrutan callanditos la celebridad! Aquélla es más clara, porque no la enturbia ninguna amargura. Entra mucho, es cierto, el placer de contrariar la curiosidad que se despierta; se es mirado desde las autoridades hasta por los peones con cierto aire inquisidor: «¿Qué anda Vd. haciendo aquí,—con qué permiso ha entrado?»—parecen preguntar, ó por lo menos: «¿Cómo se llama Vd.?»,—y como son defectos coloniales, que hieren la libertad personal, gózase, á fuer de legítima defensa, en detener sus avances.

Siendo el dueño del Hotel el primer curioso, le ocultaba mi nombre. En vano me lo inquiría, para ponerlo *en el libro*. ¡Nada!,—sabía que mentía, y no habiendo ley que me obligase á declararlo, pasaba tranquilo los días, entreteniéndolo con que le daría mi tarjeta,—que no la encontraba,—por-

que no la buscaba tampoco,—hasta que partía. ¡Y en todo veía á la mujer! Sin duda tendría esposa, que le diría: «¿Cómo se llama? Pregúntale su nombre.»—y el pobre hombre, cayéndosele los pantalones, andaba galgueando trás de mí, porque Pedro era más mudo que un político oficial. Reíame á sólas á carcajadas al ver cuán ridícula es la curiosidad y cuán hueca, porque ¿qué iban á sacar con saber mi nombre oscuro, que pronunciaban en seguida mal? ¡Si fuera el de un personaje!»—porque es realmente estúpido darse por satisfecho con que fulano se llame Juan ó Pedro, Martinez ó Rodríguez.

¡Si vierais, lector, cómo estaba la gente á los pocos dias! Mirábaseme fijamente, con insolencia, como si los hubiese ofendido ó quisiesen provocarme. «¡No podemos soportar más el misterio de su nombre!» —parecían decirme. Trataban de inquirirlo del hotelero, pero ¡maldita la gracia que le hacía á él tambien, cuando no lo sabía para sí y dar cuenta á su familia, que lo atosigaría!. Parábanse en la esquina, en corrillos, y si iba á un banco de la plaza á gozar de mi oscuridad, me rondaban, y los divisaba entre los árboles, cual si pretendieran oler mi nombre para averiguarlo. «El que no es célebre, tiene derecho á saborear los placeres de la oscuridad, sin fijarse en los sinsabores que se causan los curiosos»,—me decía, acordándome de un amigo que llegaba hasta inventar viajes, sólo por gozar de los agasajos del forastero y pasar por tal en todas partes. ¿Y qué os diré, lector, de las persianas que se levantaban cuando iba por las calles, de los rostros ávidos que se asomaban y de los cuchicheos? Estaba, en tal caso, bien retribuído, porque en cambio veía lo que es raro ya: ojos negros, mejillas pálidas ó rosadas como duraznos,—pero no es disculpable que hombres tamaños se conviertan, por su inspiracion, en perseguidores únos de ótros.

En una de estas jiras, tuvo Pedro que ver, de mi parte, á una persona. Iba, golpeaba, y no estaba. El individuo no estaba nunca en su casa, —pero su esposa, que cosía en la pieza que cuadra el primer patio, lo pispaba en cuanto llegaba á la puerta de reja. Pedro era bien apuesto,—más chocado por la manía de preguntar cuando no está el dueño de casa: «quién es», aún por medio de indígenas de corta edad que arrevesan los apellidos. que los curiosos ó curiosas son los primeros en olvidarse en dar cuenta á quienes deben,—callábase y dábase vuelta. La esposa quedábase indignada, como si le hubiesen hurtado algo. Pedro siguió yendo. Al fin lo halla, y en vez del recibimiento amable que esperaba, es saludado con improperios,— tratado de insolente, porque golpeaba á cada rato la puerta,— se entraba, no dejaba dicho siquiera quien era (¡esto sobre todo!),—era un verdadero sinvergüenza, y como no era manco, allí no más en el patio se dieron de trompadas. Yo pasaba en ese instante casualmente por la esquina, y al divisar la aglomeracion de gente en el zaguan, entré, y veo á ambos jadeantes aun, con el rostro arañado, ensangrentado, con las ropas hechas jirones, y á la esposa, parada en el umbral de su pieza, repitiéndole á gritos los insultos del marido. ¡Un escándalo!— del que pudo resultar la muerte de ambos.

¿Qué había pasado? Una tormenta en ese hogar, que el pobre Pedro ignoraba inocentemente. ¿Cómo iba á imaginarse... que porque no satisfizo la curiosidad de la esposa, trasmitiéndole por intermedio de la ignorante indígena su nombre, iba á enfurecerse de tal manera! Pues señor,— cada negativa le cayó en el alma como un chorro de plomo derretido; lo hizo antipático á su marido,—hablóle pestes de él, — quién sabe que cosas inventaría, porque la fantasía, muchas veces, miente inconcientemente; lo cierto es que, á los pocos días, *no podía*

ver á Pedro; más de una vez lo esperó para insultarlo y descargar su odio inconciente, cuando esa mañana encuéntranse, y la esposa, penosa y llorando, dándose por ofendida, lo llama y le dice: «Ahí está», como á un perro: ¡chúmale!—y salió el esposo enceguecido y se lanzó sobre Pedro. La curiosidad femenina, cuando el marido es imbécil, es una tea de discordia, capaz de incendiar el hogar.

———

Érase una tarde en la plaza del importante y simpático pueblo de Gualeguaychú. Recien desembocaba con el sulky por una de sus calles, y sentado en un banco, saboreaba mi oscuridad, observando que aun los pueblos posteriores al coloniaje parécense todos: la plaza, en el medio,—una especie de Cabildo, enfrente,—al costado, la Iglesia,—en la esquina, la botica,—más allá, un tendejon alumbrado por un quinqué moribundo, como si los españoles, al dejarnos libres, nos hubiesen recomendado tal plano de edificacion,—cuando en la Gefatura veo que cargaban hombres en un carro,—cargar,—esta es la palabra,—porque estaban engrillados. ¡Qué gracioso! Pasa en ese instante un perro,—un perrito lanudo, de cara de gato,—y desconociéndome tambien, se para y me mira, como preguntándome: «Y Vd., ¿qué hace aquí,—quién es?» «¿Y ésos?»—le interrogo á un transeunte. «Son presos que vienen del Paraná á cumplir su condena en la cárcel». El carro,—un carrito, tirado por un caballo viejo,—se puso en marcha sobre el empedrado rústico, y los presos, parados, apiñados,—porque eran ocho ó diez,—se sacudían y agarrábanse de las barandas para no caerse. Tódos eran jóvenes, é iban con el sombrero echado atras, desfachatados, fumando. Iba entre éllos una china alta, delgada, como de veinte años, esbelta, de nariz aguileña y formas arianas, con un grueso cigarro en

la boca. Me hizo acordar á Carlota Corday, y el carro en camino de la cárcel, riéndose tódos, como burlándose del propio destino, trájome á la memoria una de las tantas escenas de la época del Terror. «¿Criminales?» «Degolladores: uno degolló á su patron, ótro á una familia en Montiel, dos á unos colonos, y la mujer á su hijo de cuatro años. Van por tiempo indeterminado.»—contestóme el desconocido. En Entre-Rios no se dice: asesinar, matar, —sino degollar, y hay que acostumbrarse á la conjugacion de este verbo.

Filosofando con mi interlocutor sobre el degüello, me dice: «Es una herejia, señor; se degüella por lo más insignificante: por un centavo, por una guasquita. Vd. no va á creer; en esta cárcel, está úno porque degolló á un amigo por roncar. «¿Cómo es eso!» «Estaban durmiendo en la misma pieza; se recuerda á media noche, — oye sus ronquidos, é impidiéndole reconciliar el sueño, se levanta y lo degüella. ¡Y eran íntimos amigos!»

El pueblo, indignado, quiso lincharlo. Quedéme pensando sobre la inseguridad de nuestra justicia mientras se alejaba el desconocido, y á la noche, estando tranquilamente dormido, golpean apuradamente á mi puerta. Abro, y entra el hotelero con una vela encendida, rogándome quisiera dejar alojarse en una cama que yacía desocupada en la pieza á un pasajero recien llegado, por estar lleno todo el Hotel. Como ya entraba y era una persona decente, que conocía de vista, accedí, porque en nuestra campaña no se puede andar con delicadezas, y mi negativa, aunque razonable, habría sido considerada cruel. Era un comerciante francés, de esos que viajan por los pueblos con mercaderías y se permiten descargar en los hoteles una docena de baules enormes. Nos saludamos, y en cuanto cerró la puerta, despues de agradecerme, me dice:

—Ronco muy fuerte. ¿No lo incomodaré á Vd.?

—No tenga cuidado; no lo voy á degollar.

Aunque el francés, por sus viajes á Entre-Ríos, estaba familiarizado con el verbo degollar, á esa hora, dicho á la escasa luz de la vela, estando sólo y por una persona que conocía apenas, no dejó de erizarlo,—y le conté el cuento.

—En Montiel,—contestóme—se degüella por lujo, y lo peor es que los asesinos andan sueltos con más garantías que los ciudadanos honorables y trabajadores, porque las autoridades los amparan y protejen.

Como no me llegará otra vez la ocasion de volver á hablar sobre el degüello, y no escribo para señoritas, diré que he descubierto que constituye para los aficionados el placer más sensual y exquisito. Entre nosotros, se ha degollado bastante; muchos acontecimientos políticos son obra del degüello; pero los orientales nos van en zaga: durante la cruenta guerra civil entre blancos y colorados, se degollaron, contra el derecho de gentes, recíprocamente los prisioneros de ambos bandos. «Todas las mañanas, —me contaba un blanco que encontré en Villaguay, —se degollaban quince ó veinte. Un negro era el verdugo, que en venganza de su raza, cortaba, entre carcajadas, los pescuezos con una cuchilla descomunal,—que se complacía en afilarla continuamente, y á un jóven que se le perdonó la vida, en cambio de esta tarea, se enloqueció á los pocos días. ¡No le dió el naipe!»

Creí descubrir en estas últimas palabras un aficionado de corazon, aunque los brasileros, en sus últimas revueltas, han mostrado tal superioridad americana, que en un congreso *ad hoc* obtendrían medalla de oro con brillantes,—y lo incité á que me diese datos sobre la materia. Contestóme que había degollado mucho,—que estaba cansado,—con esa palabra despreciativa que se aplica á cada paso á un placer ó á uno de los tantos trabajos de la vida. «¡Lo que me gustan son las recorridas!»—

agregó. Preguntéle qué eran. «¡Cuando se va en comision á capturar desertores! Sabemos que los hallaremos *mamaos* en las pulperías, y allí nos enderezamos. Los encontramos, boca á arriba, durmiendo la *mona*, y como tenemos órden de degollarlos, mueren todos en el mayor silencio y sin que ninguno se dé cuenta. Al cortarles el gañote, sienten ó sueñan que los degüellan, porque algúnos exclaman: «¡mi madre!»,—pero, ¡ya es tarde!, la vida se ha escapado por las carótidas en el torrente de sangre y cuerpo y cabeza quedan muertos. ¡Ah! hijito!»—les contestamos. Mi interlocutor, en ese instante, mojóse los labios y abrió la boca, haciendo ruido lijeramente con la lengua en el paladar, como quien siente la fruicion de un placer inolvidable. Sí, ¡era un placer! Lo descubrí en el estremecimiento nervioso de todo su cuerpo,– en la palidez súbita, relampagueante, y en el silencio en que se quedó, —como lamentando que ya no tendría oportunidad de degollar más.

«¡Bárbaro!»,—exclamé, horrorizado, dentro de mí, pero te cuento esto, lector, para que veas cuánta perversidad hay en la parte mala de la humanidad, y porque, á mi juicio, su publicidad, contra el sistema hipócrita del silencio, es el único remedio...., lejano.... por consistir en la civilizacion general. A haber sido *degollador*, lo *deguello* en ese instante, en nombre de la humanidad, por sus cobardes crímenes,—aunque yo tenía la culpa de sus revelaciones, porque se las extraje con el anzuelo de mis preguntas. ¿Qué culpa tienen estos instrumentos sugestionados,—especie de inconscientes, — cuando el degüello ha sido, en el gobierno, una teoría política?, — y es muchas veces, andando en los campos, en los desiertos, en los rincones más oscuros, donde, tropezando con estas puntas de hilo, se dá con el ovillo, que se desenvuelve para hallar el oríjen. ¡*O tempora*,

o mores; ¡oh, tiempo de los moros!, — cuyos resabios subsisten todavía en algunas partes de América. La culpa la tiene la nacion europea que produjo esta frase desgraciada: «El árbol de la libertad se riega con sangre.» Así es que el hombre vulgar toma el degüello como un placer, y el estadista, como un sistema científico; cada uno segun su capacidad ó ilustracion. ¡Había de ser francés ese dicho, para ser mentira! El árbol de la libertad, como el de cualquier principio ó idea que se quiera plantar, no admite, despues de Cristo y para todos los siglos, otra sangre que la del sacrificio. El odio es inútil; ¡sólo es fecundo el amor!

Y esa frase, infame por la sangre que ha hecho derramar, ¡se considera científica! No sé si por ser la política el teatro más ardiente de las ambiciones, es la más atrasada y traicionada de las ciencias. ¡Fuera de Inglaterra y Estados Unidos, no hay ningun pais libre!,—y pocos políticos latinos de América y Europa existen que no merezcan, por sus injurias al derecho, ser ahorcados ó *degollados* para que experimenten personalmente las delicias de su sistema de gobierno.

X

UNA MANGA DE LANGOSTA

Cruzaba en sulky el departamento de Gualeguaychú por uno de los tantos caminos que llevan á sus numerosas colonias. Eran las cuatro de la tarde, y en pleno estío, reinaba un calor sofocante. Hacía ocho años consecutivos que volvía la langosta, pero ninguno como ése: la invasion

era aplastadora, desesperante, cruel, á punto de que toda la provincia de Entre Ríos y la de Santa Fe estaban cubiertas por una sola manga. Aquí sí que se podía exclamar la brava frase: «¡No había un palmo de tierra que no estuviese empapada.... por su baba inmunda!» Reinaba en el espacio, visto sin duda al traves del alma abatida, un silencio triste, mortecino, presajioso de alguna desgracia.

Los trigales estaban talados, los maizales devorados, y hasta en los pajonales, cicutales y cardales yacía el acridio prendido en enjambres. El campo había tornado su color verde por una superficie negruzca y movible cual la del mar, y como si á la langosta le fuese estrecha su extension, cubría los caminos, y al pasar, para librarse de las ruedas y pisadas del caballo, saltaba en un oleaje torrencial.

La hacienda, desparramada, mujía hambrienta y erraba...., creyendo divisar pasto en la llanura y libre de su baba agria y amarga. Huía de su olor nauseabundo, que aumentaba su desesperacion y flacura. En las poblaciones, era horroroso el cuadro: despues de comerse los cereales, las plantas y los yuyos, había destrozado adentro las cortinas, las ropas, y afuera proseguía con las paredes y los techos, porque no hallaba desabridos los ladrillos y el junco. Cubría tambien los alambrados, y, apiñadas, únas sobre ótras, estaban en la paciente tarea de meterle diente al ñandubay y al hierro. Para privar á la gente hasta del agua, habíase caido al pozo. Las aves eran las más filósofas, y por no morirse de hambre, habían resuelto comérsela, pero sus huevos salían colorados, hediendo á langosta, y se arrojaban por inmundos.

¡Así estaban algunas chacras: ¡abandonadas! Cerradas al enemigo, con las herramientas y máquinas tiradas á la intemperie y las parvas comi-

das, libradas á las aves, los perros y los gatos, recordaban las de los franceses al huir despavoridos en 1870 ante el ejército prusiano. Algunos colonos no querían presenciar el final, y ótros temían verdaderamente que sus pequeñuelos fuesen devorados, porque son conocidos los casos de peones que perdieron parte de sus orejas en la siesta. ¡Y cosa extraña: ¡ni una maldicion, ni siquiera una queja! Mucho llanto, sí; infinitas lágrimas de la gente pobre al ver destruído por tan inmundo bicho cuanto esperaban y poseían, porque el colono, en su sincera relijion, cree que Dios manda las plagas, y no se habría atrevido á rebelarse, temiendo ser doblemente castigado. Todo su consuelo era que la esposa y los hijos llorasen para apiadar á Dios, y él tambien lloraba ante la devastacion que arrasaba su trabajo, su crédito, sus esperanzas y el pan del hogar.

Marchábamos al trote largo entre torrentes de langosta, mientras las ruedas, al aplastar montones, rechinaban ásperamente, — cuando, de repente, oimos en el espacio un ruido espantoso, ensordecedor, como el de los aguaceros repentinos en las tempestades del trópico. Era una manga que se levantaba del campo. La *saltona* estaba crecida y ensayaba sus álas para su viaje al Chaco. Brillaba al resplendor del sol, abrillantándose, y producía un efecto sorprendente, maravilloso. Poco á poco, por las capas superpuestas, que se iban aumentando, interceptó la luz del sol. Abajo principió á oscurecer como una tormenta que todo lo ennegrece. Al cabo de un rato era de noche,— la noche con su densa y opaca tiniebla. En vano tendíamos la vista al horizonte, para arrancar luz; estaba todo el espacio, en su completa extension circunferencial, negro, — como si comprendiese toda la redondez de la tierra, para probar que en América hay arneros capacas de tapar el cielo.

¡Qué ruido ensordecedor producía el aleteo! Con semejante venda en los ojos, era imposible marchar, pero Pedro,— más práctico en esos trances,—me dice: «¡Adelante!, porque nos podemos asfixiar.» En efecto, la manga ademas de aspirarse todo el aire, descendía, ahogándonos como en un horno. Viajábamos en un túnel, y sin embargo, arriba era de día, y el sol magnífico, esplendente, brillaba sobre la capa superficial, dorándola como á las aguas del mar, —pero la manga era tan espesa, que sus rayos poderosos se quebraban en su seno en toda la infinita extension y no alcanzaban á alumbrar nuestro paso perdido en el interior del negro vacío.

Yo estaba asombrado, aterrorizado, porque sólo la había visto hacer daño en las sementeras, en las poblaciones y volar por el aire abrillantada por la luz. ¡Esta era únicamente la escondida, oculta á los ojos, y que se levantaba en manga para sus inocentes ensayos! Recien entonces comprendí su universal poder, superior al del fuego y huracanes en sus colosales devastaciones, y comparable sólo á la majestuosa ignorancia de muchos diputados de la plaza de Mayo que legislan sobre su extincion, amargando todavía la situacion del colono con embargos, secuestros y multas hasta de 5000 $, sin haber visto una langosta ni pintada! «¡Pobre colono!»—me dije—¿Será posible que viva y trabaje en este suelo, peor que el de la guerra, en medio del estrago que lo aniquila!....»

Sentíamos que nos faltaba aire, porque la manga, en vez de marchar, aleteaba como la lechuza, y, paulatinamente, iba bajando. Sofocados, volábamos librados al sábio instinto del caballo, que conocía mejor el camino,—y, jadeante, tosía, ansiando tambien aire y luz. La última capa descendió tanto, que susurraba como un emparrado por la brisa, y el temor no fué ya de morir asfixiados, sino devorados, al pensar que pronto se descolgaría

sobre nuestros hombros la mole profunda y hambrienta que se agitaba arriba. Nos acordamos de los viajeros sepultados en la cordillera por las avalanchas de nieve, que, en su principio, fueron un terron de azúcar comparadas con el océano de langosta que amenazaba tragarnos. Yo principié á latiguearlas para abrirme paso, mientras mi compañero manejaba y apuraba el caballo. El pobre animal abría las fauces, como queriendo estirarlas hasta el horizonte, y sin asustarse del ruido torrencial del aleteo, de los gritos y latigazos desesperados, proseguía su carrera entre el polvo que levantaba y la obscuridad persistente.

La langosta nos inundaba. Prendida al sombrero, á las ropas, arañaba el pescuezo y los rostros, descendiendo al sulky. Llenóse bien pronto, cuando, afortunadamente, notamos la oscuridad menos densa. A la sombra mortecina de una tarde distinguíamos al acridio descender hasta la tierra. Se sentía tambien el ruido de las ruedas al partirlo. «¡Va bajando!»—exclama Pedro,—y era buen indicio el apuro liberal del caballo, que redoblaba la carrera voluntariamente. Al poco rato, ya no se podía andar por la inmensa cantidad de langosta amontonada en el camino y extendida á manera de gruesa capa. Las ruedas se atascaban, y el animal hundía sus patas cubierto y arañado por millares,—y cansado, jadeante, se paró de repente, resuelto quizá á morir más bien sofocado. ¡No!, con su instinto, comprendió que era mejor esperar en vista del intransitable camino, y porque veía más claro y que la manga descendía. Resolvimos esperar, porque cuando el caballo es del pago, es mejor, en tales casos, no contrariarlo. No habría dado tampoco un paso más, aunque lo hubiésemos azotado. Agazapados, las manos ocultas, y cubiertos los rostros con las álas de los sombreros y los cuellos de los sacos, sufrimos estóicamente la

caida de los insectos, que rodaban sobre nuestras cabezas y hombros como una nevada, hasta que la claridad aumentó paulatinamente. Principiamos á ver el suelo, el campo, el caballo y á nosótros. ¡Qué horror: ¡todo era langosta y langosta! La luz se hizo al fin, despues de tanto penar, y pudimos admirar al mismo sol explendente iluminar como antes el espacio tan repentinamente anochecido y brillar sobre nuestras cabezas cual lo hizo sobre las capas superiores de langosta. Al mirarnos cara á cara con mi acompañante, no nos reconocimos; traje, rostro, manos, todo, estábamos cubiertos de excremento del asqueroso insecto, que, mientras volaba, nos lo destiló sin piedad!

El caballo quedó nervioso y alunado, y cada vez que miraba levantarse una manga cualquiera, temblábale todo el cuerpo como ante malon de indios. Yo, despues de lavarme y cambiarme la ropa y admirar el espacio diáfano, iluminado y una sublime puesta del sol, en la noche soñé que nunca se hizo luz en el horizonte y que, devorados en la tiniebla, quedábamos reducidos, juntos con el pobre animal, á tres esqueletos limpios y blancos.

XI

CUADROS

¡Perdido de noche en el campo! Yo tuve la culpa, porque me puse á manejar. ¡Qué hacemos ahora con responsabilidades!

Si hubiese luna ó estrellas,—¡pero el cielo está oscuro, nublado, denso! ¿Qué hacer! Me bajo,—avanzo; pero por las cuchillas, no diviso una luz. Aunque fuese llanura, no vería nada tampoco, porque es tarde. El viento, que nos podría guiar, ha

cambiado, y apenas hay aire. Va á llover, y estamos desorientados.

Y son campos desconocidos, próximos á Caseros. Los pastos podrían indicarnos donde estamos, pero es terreno sembrado; si hubiese árboles, la corteza aparecería humedecida del lado del Sur, y no hay uno sólo. Me acordé de aquel célebre vaqueano de la revolucion Oriental, que probando el pasto anunciaba á su jefe el punto en que acampaba, pero Pedro no tenía experiencia para tanto. Quedar allí parados, esperando el dia, estando á punto de llover, era imposible, ridículo. «Vamos por aquí», —decíame Pedro,—y como no me daba ninguna razon, temía que nos llevásemos por delante algun alambrado ó cayésemos en una zanja ó pozo. Sería el viaje de la mosca en un zótano, y teníamos el caballo bastante cansado.

—¿Por aquí?—decíame Pedro.

—¿En qué te fundas?

Miraba; nunca esforcé tanto la vista; investigaba las tinieblas, hasta que al fin, cansado, le doy á Pedro las riendas del gobierno,—para que me llevase donde quisiera.

No había que contar con el caballo, porque no era del pago. Rumbeó. Púseme, contra mi costumbre, á fumar, como el náufrago que llama por luces en la noche á embarcaciones que solo pasan por su cerebro. Una sola cosa me alentaba: que iba derecho, —lo que me demostraba que tenía alguna idea preconcebida, aunque fuese caprichosa. «Esperemos,» —decía entre mí. No había transcurrido una hora, cuando me dice:

—Estamos en el camino.

Me bajo, toco: duro, tierra.

«¡Tiene razon!»—exclamé dentro de mí. A la media hora, me dice:

¿Ve esa luz? Es la estacion Caseros.

En efecto.

—¿Cómo sabías?

Nunca supo decírmelo, cómo ni por qué, tal cual deseamos, los modernos, que á pesar de los humos de liberales, no dejamos de ser escolásticos; queremos, como si todo perteneciese á ciencias exactas, que se nos pruebe con la evidencia, cortando todavía las alas á nuestra limitada razon. No lo sabía, pero yo sí: ¡el instinto! —esa fé que le hacía decir: «por acá»,—y, ciego, habría enderezado. Parece que las cosas tuviesen olor, y el gaucho, en el campo, tómaselo de léjos, y lo atraen, contribuyendo á estas revelaciones, que asombran y constituyen el génio del desierto.

———

El cielo de Entre Ríos es muy tormentoso; aun límpido, amontona á la tarde, en el horizonte, hileras de nubarrones, que parecen, á la distancia, macizos de la cordillera de los Andes. De sus profundos senos, surjen relámpagos que enrojecen los densos vapores,—látigos de fuego,—truenos y bramidos que estremecen el planeta. El que no está acostumbrado á estas amenazas, crée muy sériamente que vá á llover, por lo menos; ¡pero nada!, ni una gota. De noche, este fenómeno se convierte en un verdadero cuadro, porque, con la oscuridad, el relámpago luce, brilla y los truenos parecen estampidos de artillería entre las concavidades de las montañas iluminadas.

Una vez, á media noche, salíamos de la colonia San Antonio, y comienzan los relámpagos,—despues los truenos. Contábamos de fijo con la lluvia, que nos pusiese como unos pollos mojados, porque había en el aire una quietud sepulcral. Y los relámpagos y los truenos seguían, y de una manera tan alarmante, que el caballo, manso, viejo, se espantaba á cada paso. Estaba como ideoso, y temiendo que nos volcara, preferimos parar. Ba-

jamos,—y trás un trueno, precedido por un espléndido relámpago, me dice Pedro: «Tiene miedo á los rayos», — sujetando el caballo de las riendas, que temblaba como un azogado.

Tuvimos, á la fuerza, que quedarnos allí. Pedro agrega: «Es peligroso andar, porque el animal es claro y atrae los rayos.» Los relámpagos bajaban del cielo,—nacían de las sombras y se desbandaban como demonios, haciendo pedazos sus flamígeras álas en la tiniebla. Algunas veces, los truenos reventaban tan cerca de nosotros, que sentíamos distintamente la explosion del rayo,—hasta el éco de su caída infernal, y nos estremecíamos juntamente con el suelo. Y los relámpagos y los truenos se sucedían, cada vez más seguidos, más estrepitosos, entrañando muy amenudo el rayo, que explotaba como una metralla en medio de nuestro espanto.

«¡Es una tormenta seca! — exclama Pedro. No lo dudaba, desde que no llovia. «¿Has visto muchas como ésta?»,—le pregunté,—y ante su silencio, ví que nos estaba dedicada especialmente: ¡un beneficio!, — como los que los artistas se dan á sí mismos en los teatros,—y me preparé á gozarlo, á pesar de la impresion consiguiente. Otro relámpago apareció como un fantasma, haciéndonos ver el campo teñido de azufre hasta el confin; retumba un trueno, y sentimos el estrépito del rayo, el chorro del acero derretido, hirviente, y su enfriamiento helado, mortal, en las rocas del horizonte. ¡Otro rayo! Estalla súbitamente, como si un cíclope lo partiese en un yunque con su inmensa clava, y sucede un silencio glacial, que nos hiela y paraliza, pero el estampido repercute enseguida á lo léjos,— volviendo á palpitar el corazon. Algunos relámpagos abortaban en el cielo, pero describían puñaladas, mandobles, y de la tierra se elevaban rayos flamíjeros, que morían en las tinieblas, haciéndome acordar á los cohetes voladores. En medio de

la estupefaccion, no podía menos que exclamar interiormente: «¡qué bello!» Creía estar viendo fuegos artificiales en una noche de fiestas mayas en la Plaza de la Victoria, porque no había un astro en el firmamento y en la oscuridad, los relámpagos, los truenos y los rayos lucían en toda su magnificencia y poderío.

«¡Chriiiii!» — decía el rayo, trás del relámpago, surcando el cielo con su chorro de fuego. ¡Parecía un cometa sanguinario! Dejaba un reguero de chispas,—y creía sentir olor á azufre,que estábamos en el infierno. Avanzar, era peligroso; nada podíamos hacer para aplacar la tormenta; «¡gozemos pues!»,—exclamé,—sobrecojido por la admiracion mezclada al horror. ¡Y vuelta los relámpagos, y los rayos !Creía ya percibir humo, como si asistiese á una batalla ó los rayos hubiesen incendiado los campos. Como el caballo, nos quedamos, al fin, quietos, admirando, temblando, segun el fragor de la descarga eléctrica, hasta que, al rayar el alba, se serenó el cielo y empezó á llover. Al día siguiente, hallé junto á la vía férrea dos vacas muertas por un rayo, y fundidas por el fuego, eran una masa informe, carbonizada.

Es el fenómeno celeste que más retengo en la memoria, y cuando pienso en el infierno, aquella noche flamíjera, desamparados, se me aparece tan peligrosa como una batalla en medio de la lluvia de las balas.

Al salir una tarde de Villaguay, me dice Pedro: «Ahora vamos á pasar por lo de la viuda.» Como no tenía este aviso nada de orijinal, seguí callado, pensando en la inmortalidad del mosquito, ese fecundo é inmortal tema que absorbe la atencion y el tiempo de los séres más reconocidos por pensadores. Mucho menos llamóme la atencion

cuando ví, al cabo de un rato, á una octogenaria sentada en el umbral de un ranchujo y la cabeza atada con un pañuelo. Tomamos un vaso de agua,—continuamos la marcha,—y Pedro agrega: «Esta está loca desde que murió el marido.»

Tampoco paré mientes, porque estoy cansado de ver sueltos á los locos y no creo imposible que á una pobre mujer se le revuelva el chirúmen por perder á su marido, pero sí cuando me dijo: «Ella lo mató». Aunque nada más natural, por nuestra absoluta desorganizacion social, que ver tambien sueltos á los asesinos, le pregunte: «¿Cómo?»

—Vivía este matrimonio en Montiel,—contestóme,—con una majadita.—De esto hace cuarenta años. Notaban ambos esposos que las ovejas desaparecían poco á poco, hasta que una mañana encuentra élla una devorada en el monte. Estaban patentes las señales de algun leon ó tigre, que existían aun en ese terrible refujio. A los pocos días, ven muerta á ótra,—despues ótra, y así, sucesivamente, hasta que resolvieron espiar la majada de día y de noche. Una tarde, vieron á un tigre que se arrastraba trás de las últimas ovejas. Subieron á caballo, arriaron sus ovejas y el tigre se fué, porque sólo atropella á las personas á pié que lo persiguen. Siguió el espionaje, y una noche, al resplandor de una espléndida luna, ven que un tigre salta el corral y acogota una oveja, produciendo el consiguiente desparramo general. Acuden éllos,—el tigre abandona su víctima, y se vá. Fuese ó nó el mismo, se proponen darle caza. Lo persiguen, y ven que se sube á un árbol. A la noche siguiente, van al árbol y lo ven durmiendo arriba, acostado sobre una de sus gigantescas ramas. Viénense con los perros, cada uno armado de una chuza afiladísima, y él la dice: «Yo subo para herirlo bien, y cuando caiga al suelo, los

perros lo atacarán, y entonces tú lo ultimas con la lanza.» Dicho y hecho: se oyen rujidos, bramidos de furor, de dolor, — la sangre chorrea y ¡pataplum!: los perros se van encima del bulto caido, enardecidos todavía por el chúmale, mientras élla le daba feroces lanzazos. La quietud le indica que ha muerto,—espanta la jauria para adorar su presa, — pero ¡oh, dolor!: no era el tigre, sino su propio marido que, luchando en las alturas, perdió el pié y cayó atontándose. La pusieron presa, é, inocente,salió en libertad,—pero loca. La perturbacion mental le dura hasta ahora. Vive en ese rancho, — tódos le tienen lástima y es muy socorrida.

Pensando cómo una mujer, pudo aun en medio de las tinieblas de la noche, matar á puñaladas á su mismo marido y hacerlo devorar por los perros, me lo expliqué cuando supe que era oriunda de una provincia de cierta nacion, cuyos hijos no brillan por su intelijencia.

———

En el Uruguay, acostumbraba parar en un pequeño Hotel, modesto, propiedad de un criollo, porque estaba cerca de la Estacion y tenía un corralon para el sulky. Comía una noche, recien llegado, bajo el corredor, cuando entra á verme un jóven: uno de los tantos corredores que tenía en los pueblos para la venta de concesiones. Al terminar la mesa, salimos á la vereda, y me dice: «Vd. no puede parar aquí; ésto ya no es Hotel.» «¿Por qué?» «Porque dejó de serlo hace mucho tiempo. Debía once meses de casa; le embargaron todos los muebles; está muy desacreditado; nadie le fía un peso; aquí no va á tener que comer, ni donde dormir. El mismo se está muriendo de hambre. ¿No le ve la cara!» «He comido, sin embargo, Vd. ha visto.» «¡Engañifas!; ¡cosas que consigue

por ahí ó lo que saca á Misia Dolores! ¿Sabe Vd. por qué le tendió la mesa afuera? Porque tiene vacío el comedor y las lámparas están sin mechas». «¿Qué mejor luz que la de la luna? ¡Es la gran lámpara!» «Sí; ¡pero vea qué frio!» Hacía, en efecto, por una lluvia reciente, un frío penetrante. «Me ha dicho que vendió todos sus muebles, para renovarlos por ótros de Buenos Aires,—que vá á poner el Hotel bajo otro pié y que aquella casa que se está construyendo en la esquina, es para él». «¡Mentiras!; en primer lugar, ningun Hotel se deshace del mueblaje viejo hasta que no venga el nuevo y aquella edificacion es de un amigo mío para vivir con su familia. ¡Qué charlatan! ¡Es un loco! Vive boycoteado en el barrio por los proveedores y repartidores, por sus inmensas deudas. ¿Y Vd. vá á parar aquí!»,—dijome, al terminar, como queriendo arrancarme con la mirada de tal sitio.

El afectuoso joven quería lógicamente, desde que pagaría bien, que comiese y durmiese lo mejor posible y no sufriese incomodidades. Lo contrario, considerábalo un robo; pero ignoraba que hablaba con un hombre que hallaba en las ridiculeces humanas su mejor diversion, para desterrar la melancolía de la traicion de las ideas y principios que veía en el mundo. «¿Comer? ¡Comía donde quiera bien Habíame alimentado bien toda mi vida, y estaba harto grueso; sobre todo, yo como poco.»—me decía. El alimento moral, es lo que me preocupa, para nutrir el alma y desgarrar sus sombras con la luz, la alegría. ¡Era un sitio de hambre!,—y como no moriría allí,—ni iba á estar más de tres ó cuatro días, le dije al corredor: «¡Ya estoy aquí!; ¡no vale la pena cambiar por tan poco tiempo!» —como dicen los enemigos de las mudanzas. Pedro había oído parte de esta conversacion, y llevado por las ideas vulgares del bienestar, quería que nos fuésemos á otro Hotel.

Nunca estuve más decidido á permanecer allí; ni tuvo Don Dionisio,—así se llamaba el hotelero,— en los buenos tiempos de su negocio, un cliente más impertérrito en quedarse hasta lo último; quería ver, dadas sus lujosas mentiras, en qué paraba esta situacion insostenible y cómo se desenvolvería para darme de comer. Recuerdo que le dije á Pedro: «No me muevo de aquí — ¡ni á lazo y le agregué: es necesario que te averigues todo y quién es esa Misia Dolores.» Al día siguiente me confirmó las noticias oficiosas del jóven, — que el hotel estaba cerrado hacía más de seis meses, que nosotros éramos los únicos pasajeros, que Don Dionisio nos recibía para tener con qué comer y otros detalles aflictivos de un verdadero boycot. «¡Ya vá á ver Vd. como no pasarán seis horas sin que le pida dinero adelantado! — exclamó Pedro. Esto lo vislumbré desde que llegamos, pero estaba decidido á no darle ni un peso. Nuestra estadía entonces no tendría gracia, porque cualquier hotelero, por más tonto que sea, dá de comer con dinero; la cuestion era saber cómo se las arreglaría en tal trance, aunque nos muriésemos todos de hambre, y, especialmente, presenciar los procedimientos.

«¡No tendré un peso hasta de aquí tres ó cuatro días!»—díjele á su primera arremetida. «Era para pagar una cuenta, porque con la *renovacion del mueblaje, todo el dinero lo mandé á Buenos Aires.*» Era, precisamente, lo que deseaba me contestase: ¡mentiras! «¡No ves: ¡ya principia la comedia!» — díjele á Pedro. «Oiremos cosas muy graciosas. Tú no lo pierdas de vista.» Por lo pronto, díle dinero á Pedro para que le comprase pasto y maíz al caballo, porque él no podría hacer cenas literarias.

Don Dionisio hacía de mozo, y su esposa, de cocinera. Hablaba, en cambio, de mozos enfer-

mos, con licencia por la *renovacion* y sobre todo, de cocineros. Atento, nos ofrecía de todo á cada instante, como si nadara en la abundancia, y se deshacía en elojios al hablar del clima, sol y aire del lugar. Eramos unos sábios en haber ido al Uruguay, y, especialmente, á su casa. «¡Comida de familia! ¡No había como la comida de familia.» A su lado, las demás eran venenos. «¡Comida de familia!»,—volvía á repetir á propósito de cualquier cosa. Estaba por sugestionarme y por creer que los desgraciados eran los que estaban en los otros hoteles.

¡Qué silencio en el hotel! Abandonado, como que le huían cual á apestados, la noche de luna pasó blanca plateando las baldosas del corredor, las verdes enredaderas del enrejado del corral y los frutos de los naranjos del patio, que brillaban en la cúpula como perlas de oro. Aquéllo era impagable para un dolor de cabeza, — y á mí, que me gustan la soledad y las casas solitarias, bañadas por el sol, la lluvia y la luna, principiaba á parecerme simpático el recinto, tanto más que los pájaros se venían á los corredores, se metían entre sus tirantes y aleteaban contra las puertas cerradas de las piezas, para que se las abriesen á fin de hacer sus nidos.

Al despertarme, al día siguiente, díceme Pedro: «¡Había de ver qué barullo esta mañana para conseguir café y leche. El almacenero y el lechero no querían fiarle, y Misia Dolores, — una vieja de la vuelta,—se negaba á *prestarles* más provisiones, «porque, —decía,—no se las devolvían y no había tales clientes.» Tuvo que traerla para que nos viesen, so pretexto de visitar la casa; yo me vestía, y Vd. dormía aun. Lo sé por ella misma, porque me preguntó cuánto pagábamos al día.» Tomamos café con leche bajo del corredor, y como no me retraía en pedir cuanto se me ocurría,

para poner á Don Dionisio en apuros, le dije que extrañaba la manteca Púsose pálido, — se retrajo,—y ¡qué inteligente!: ¿qué créis que me contesta?.... «¡Es un veneno hoy, con la aftosa! ¡Por nada del mundo se la pondría á Vd. en la mesa! ¡La manteca, hasta que no desaparezca la peste, no pisa en mi Hotel!» Me gustan las decisiones y los arranques, y celebré íntimamente sobremanera su respeto por la higiene y la salud.

No se oía sino los pasos de Don Dionisio en los corredores, y, algunas veces, se transformaban en carreras. Toda su familia y chicuelos andaban de un lado para otro, porque en este mundo no se puede poner una olla en el fuego sin carbon, sal, carne, arroz, papas, repollos, zanahorias, nabos, y cada artículo, debería ser un problema y objeto de alguna excursion. Sentimos que el barrio se había alborotado algo,—oimos gritos de Don Dionisio en la calle, sin duda con los proveedores que se negarían á pié junto á fiarle más, y Pedro, al venir del fondo, distinguió que le decía á uno de sus hijos: «¡Vé disparando á lo de Doña Dolores y que me mande ¡por Dios! un puñado de perejil y un poco de sal!» ¡Sal, sí, sal, porque la existente tenía más de seis meses en los saleros amohosados y, sucia por las moscas, parecía pimienta!

Lo más violento para Don Dionisio no eran las cosas, fiadas ó compradas, porque con un poco de maña las obtenía ó, en cambio, su insignificante importe, sino hacer, por su ausencia. el papel de tenerlas y que nadaba en la abundancia, — estar de buen humor, reirse en medio de los violentos conflictos para sostener el crédito comercial, cuando, confesándome la verdad, le habría, gustoso, adelantado lo necesario, y esto es, precisamente, lo que nos hacía gracia y disculpaba nuestra actitud. Contra la farsa, farsa. La mesa, para el almuerzo, — una mesita, — se acomodó en un dormitorio

contiguo, vacío, so pretexto, por supuesto, de las reformas artísticas del comedor, de la higiene, la salud y otros principios fundamentales. Todo era diferente, como si hubiese conseguido el mantel de aquí y las servilletas y los platos de acullá. Había lista impresa, recostada coquetamente contra la aceitera. ¡Restos del esplendor pasado!,— pero ¡ay: ¡único! «¡Puchero de gallina!» Al venir el ave, dorada de gorda, me dice Pedro: «Esta, para mí, es robada, porque aquí no hay gallinas y anoche sentí alboroto en un gallinero vecino y, distintamente, que á una le torcían el pescuezo. Este ruido, — como Vd. sabe, — es inequívoco, y esta mañana, en cuanto me levanté, fuí al fondo y ví, en la pared del cerco, frescas las huellas del asalto.» «Mira, Pedro,—le dije: nosotros estamos en todo un Hotel, un Establecimiento público; pagando, no tenemos derecho á averiguar el oríjen de las cosas; esa es cuestion de la conciencia de Don Dionisio, y no tenemos por qué sombrear la nuestra, poniendo todavía en peligro, en medio de esta escasez faraónica, nuestras humildes digestiones; comamos tranquilos, hasta que Don Dionisio reviente ó se dé por vencido.» Al hacerle notar á Don Dionisio que la lista no contenía un bife, un asado, ni una costilla, exclama: «¡Cómo quiere Vd. que le oferte carne con la aftosa!» ¡Qué bien veníale á Don Dionisio esta epidemia! «¡Hay que cuidar la salud!» — era su frase. No he visto hotelero más higiénico. ¡Tortilla! «¿De qué?», — le preguntaba, — y con toda desfachatez, me contestaba: «¡De lo que Vd. quiera!» «¡De alcahuciles!» «No hay.» «¡De espárragos!» —porque yo no andaba con chicas. «No hay.» «¿Y no me ofertaba Vd. de lo que yo quisiese?» «¡Cómo quiere Vd. que haya semejantes legumbres con la seca!» ¡Malditas plagas! «¡De lechuga entonces!» «Es la más escasa. ¿No sabe Vd. que es la que necesita

más agua?» «¿De qué me la vá á hacer?» «Sola»,— es decir, de nada,—y «¡gracias que haya huevos!.» — exclamé. «¡Soda!». «¡No ha venido el repartidor!»,— porque siempre Don Dionisio tenía alguna disculpa. «Me es indispensable, porque no tomo vino, ni agua.» ¡Apuros del hotelero! Se perdía de vista un largo rato, y volvía, sonriente, triunfante, con la botella. ¿Cómo la consiguió? Por Doña Dolores, sin duda, ó implorándole á algun almacenero vecino. Despues, una fritanga de menudos de ave; seguramente de la finada gallina. «¿No nos dará, uno de estos días, gatos ó ratones por conejos?» «Pero comeremos golondrinas por chingolos en puré de papas.» ¡Cuántas veces Don Dionisio, desalentado, no se sentaba en el corredor, como exclamando: «¡Estoy vencido!» ¡Un rasgo neurasténico!, — pero como era muy nervioso, incorporábase enseguida, sonreía y volvía á lo que él llamaría su *lucha*, porque en esta vida hasta los que están de capa y cistera en la Plaza de Mayo esperando empleos, creen que luchan, porque toman por trabajo los fantasmas giratorios de su cerebro.

Dije que al salir, lo primero que hacía era poner la escopeta en el sulky,—no para cazar, porque sería imposible marchar lijero, sino para que los *malevos* así lo creyesen y, al divisarla de léjos, nos respetasen. Estaba humildemente recostada contra la cama, cuando Don Dionisio dice: «¿Son aficionados á la caza? ¿Por qué no van á cazar perdices?» ¡Tan luego perdices! Tomó la escopeta, la miró, la acarició, y sin más trámite, me dijo que se iba á cazar con ella. «Perfectamente, — pero nada de perdices.»—díjele.

A las pocas horas, vino cargado de patos, becasinas, chorlos y batitús. Todos los días procedía igualmente, y la semana que allí permanecimos, tuvimos, al almuerzo y la comida, las mejores aves de laguna. De manera tan casual, resolvió Don

Dionisio nuestra alimentacion en su casa, ayudado, —se entiende,—por los préstamos de Misia Dolores y los fiados que arrancaba á los almaceneros vecinos con sus imploraciones. La necesidad tiene cara de hereje; ¡la necesidad es el génio!—digo yo. Sin la necesidad, el hombre más talentoso estaría en su casa, mirando volar las moscas ó contando los florones del empapelado, porque á tódos les place el descanso, y como una fuerza motriz, lo impulsa á la calle, á la plaza pública y á las más altas esferas. Es el vapor del espíritu, y Don Dionisio era como mandado hacer para salir de situaciones apuradas. En esto, llegan unos ingleses de Villaguay, que ignoraban tambien la *renovacion* del hotel. ¡Era de ver los apuros de Don Dionisio: ¡redobló sus trotes! ¡La suerte que esa tarde nos ibamos, para dejarles las camas!,—si no, habrían tenido que dormir en el suelo.

« ¡La cuenta!» Cuatro pesos al día: lo mismo que en el Grand Hotel de Mar del Plata! Don Dionisio comprendió, por mi impresion, la exhorbitancía, y con las lágrimas en los ojos, casi hincándose, exclamó: ¡estoy arruinado! ¡Otra vanidad más, porque hasta los lustrabotas se las dan de comerciantes! «¡Lo sé!»,—exclamé. Quiso darme explicaciones. «¡Lo sé todo!» Ha hecho bien el papel,» — y grato fuéme, cuando, al subir al sulky, me dijo: «Con estos pasajeros, reabro el Hotel y despues vendo la llave para pagar mis trampas. Vd. me ha salvado: la caza es un gran recurso!» «¿Y la escopeta?» Púsose pálido,—y exclamó: « ¡Ellos tambien traen!» «¡Adios!», — y volamos por el bajo, camino á Basabilvaso.

———

XII

LOS COLONOS RUSOS

Este capítulo, el patriotismo exigiría que se le titule: *La Rusia en la Argentina*, porque las relaciones internacionales nunca son más eficaces y fecundas que por medio de los hombres, que importan las ideas y costumbres que civilizan más que las mercaderías,—pero prefiero el actual encabezamiento, porque así se les llama á estos agricultores en las colonias y personaliza más su accion en la agricultura y los honores consiguientes.

Explicaré la anomalía de hablar aleman. Catalina II, deseando impulsar en su reinado el progreso agrícola, incitó la corriente de inmigracion de algunas comarcas de la Prusia hácia las llanuras de Odessa. Para que tan excelentes labradores y su descendencia se dedicaran tranquilos á sus faenas en su nueva patria, aquella soberana, tambien de orígen aleman, los exceptuó por un siglo del servicio militar, — y concentrados en esas estepas, conservaron, al par de muchos de sus usos, la lengua originaria, á punto de que ignoran el ruso, no obstante de ser bien rusos por algunas ideas y costumbres. El siglo de la exencion militar ha terminado hace algunos años, y como poseen un instinto muy desarrollado del dominio, emigran contínuamente, porque los propietarios no quieren venderles tierras, y el gobierno, á lo sumo, una ó dos hectáreas para levantar su rancho y satisfacer las necesidades domésticas. Por la fertilidad y baratura de la tierra, prefieren nuestro pais y porque sus llanuras les recuerdan las estepas inconmensurables.

He ahí por qué, sin ningun vínculo político ni

social con Rusia, vemos á sus hijos, desde hace algun tiempo, esparcirse preferentemente en Entre Ríos, Santa Fe y Sud de Buenos Aires. ¿Conviene el ruso al país? He ahí la cuestion.

Como hay que juzgarlo como colono, es decir, como inmigrante destinado á poblar los desiertos que se convertirán en colonias y fuentes de produccion agrícola, diremos que es, por el momento, inmejorable, tanto más que, dado el estado de inseguridad en la campaña y la falta de justicia, no tenemos derecho á desear nada mejor. Sano, fuerte, ájil, es un trabajador incansable; de una actividad extraordinaria, se hace ayudar por su esposa é hijos en las faenas del año; es el colono que obtiene mayor saldo á su favor,—y como su sobriedad es incomparable, siempre saca, aunque la cosecha haya sido pésima, algun rendimiento. Con un instinto voraz del dominio, atávico de su raza subyugada, economiza humanamente cuanto puede y lo guarda en moneda de alto valor y nueva para comprar tierra.

¡Comprar tierra! Es su delirio. Unidos, compran chacras contiguas,—pero las habitaciones las aglomeran en un sitio aparte, y forman esas aldeas silenciosas y pintorescas, rodeadas de aguadas y gansos, que se descubren desde léjos entre las cuchillas por las copas de sus elevados árboles. Allí viven con sus respectivas familias; la mujer se ocupa de los quehaceres domésticos,—fabrica embutidos y amasa pan; los hijos crecen; poseen su huerta y monte de frutas; los galpones ostentan máquinas y forrajes; en la caballeriza piafan excelentes caballos de tiro, y en la cuadra picotean y chillan aves de corral,—quedando así la porcion de tierra comprada, ó la chacra, como ellos dicen, únicamente para la agricultura. Allí se encaminan tódos en carro en cuanto sale el sol y con todas sus herramientas.

No duermen siesta, pero el domingo descansan, —pásanselo en la aldea al lado de su familia, y al pasar, véseles bajo los corredores, rodeados de sus hijos,—de visita en la vecindad, paséandose sólos ó acompañados en la única calle,—conversando, fumando y muchas veces leyendo una revista alemana. Si no se afeitan completamente, se dejan crecer la barba, pareciendo en el primer caso, dada su predileccion por el traje negro, curas vestidos de particular, y en el segundo, boers legítimos de los que pelean actualmente en el Africa del Sur.

Son, por lo general, protestantes, aunque se encuentran muchos católicos,—siendo siempre muy religiosos. Cada aldea tiene su escuela, que sirve tambien de capilla, y el maestro es, á la vez, cura, y tiene sobre éllos, en tal doble carácter, su consiguiente influencia. Estos edificios son de barro, techo de junco y piso de tierra viva; se llenan de niños de la aldea y de las inmediaciones; el idioma español es obligatorio, y muchas de éllas están subvencionadas por el gobierno. De noche aquellos bulliciosos y oscuros recintos se convierten en clubs. Llegan los rusos con sus pipas encendidas,—conversan, se pasean á lo largo de las hileras de bancos; ótros, analfabetos, tratan de aprender á leer ó escribir,—porque comprenden que es peligroso ser hombre de negocios y no saber firmar siquiera,—y durante la cosecha, estas reuniones, con las discusiones sobre el trigo, toman mayor animacion. En medio de su rusticidad, hay sociabilidad, civilizacion, porque son unidos, y su salvaje independencia, que les hace cifrar sus esperanzas sólo en el trabajo, les impide la roedora envidia que produce en las sociedades latinas la zizaña y la anarquía permanentes. ¿No es cierto que esto es mejor que la pulpería y el fogon? ¡Qué bello es cuando algunas veces el maestro, convirtiéndose en cura repentinamente, dá un grito y sube á un púlpito de baran-

dilla en medio del silencio general! Abre un voluminoso libro y lee; es la Biblia,—y sus fieles repiten en coro sus divinos preceptos.¡Los boers!,—nos dijimos más de una vez, al verlos tras de los vidrios de las ventanas, algunas noches que tuvimos que pernoctar en aldeas. Estas conmovedoras escenas las he presenciado los sábados, y ¡qué bello al día siguiente, cuando al compás de la campanita del alero del rancho, acudían bien vestidos y presurosos á hincarse en la tierra de ese modesto templo!, —porque en esta vida con verdadera relijion, trabajo y paciencia, se triunfa de las adversidades y flaquezas humanas.

Realizan, dentro de su pequeño mundo, un noble destino: la vida dirijida por la voluntad. Se proponen trabajar, y producen; ser económicos, y son ricos, — sí, porque para éllos, que se creyeron unos desheredados del dominio y destinados á no ser jamás propietarios, — ser dueños de doscientas hectáreas es más que la independencia y lo necesario: un sueño ávido y embriagador. Fisiócratas de corazon, no hay en el mundo séres que amen, respeten y confíen más que éllos en la tierra. ¡Y tienen razon! Aunque parezca una necia vulgaridad, ¿quiérese nada más sorprendente que el fenómeno de la germinacion! ¿Es prueba suficiente acaso arar y arrojar la semilla en el seno agitado de la tierra, para que reviente y fecunde? ¡La humedad, el calor! ¡Tan grande es el misterio como la concepcion de nuestro sér! — decimos nosotros. ¡Y qué fecundidad! — es decir, la de sus mujeres. Cuando la tropa de gansos anuncia forasteros, salen descalzas y sonrientes á la tranquera, seguidas, á manera de gallinas, de ocho ó diez chicuelos tan rollizos como ella, y si la admiracion ó el asombro los hacen poner en fila, de mayor á menor, parecen una escala de pitos de órgano. Es, indudablemente, un efecto de su inmigracion á nuestro

pais, que al abrirle los vastos horizontes del dominio, dan en tierra con la ley Malthus, porque en Rusia,—ellos mismos lo declaran, — se guardarían muy bien de ser tan prolíficos. — ¿Para qué? ¡No pueden ser propietarios! Para éllos el dominio es el objeto, el fin de la vida. Creen que sólo el propietario vive, y el que no compra tierra, ha nacido en vano.

Viven en nuestro pais plano, entregados, bajo su benigno clima, á una vida tan oscura y fecunda, que ignoran los nombres de los gobernantes. Sólo conocen al Comisario y Juez de Paz del lugar, y su ideal político queda cumplido si no los persiguen y los atienden cuando les roban algun caballo.

No necesitan más gobierno, — y viven entre nosotros más felices que en Rusia, porque han hallado al fin tierra fecunda y barata para comprar y trabajar libremente, que consideran el principal vínculo con la vida y el más alto ideal Se han olvidado completamente de Rusia; no la han querido tampoco, y cuando se les pregunta si volverán, contestan con la cabeza: «no», — pero un no tan pesado, protestante ante la sola idea del regreso. ¿Para qué! Se consideraron en Odessa como deportados,—nunca se unieron á los rusos,—vivieron siempre reunidos, hablando aleman y con los usos de sus antepasados; veían en un ruso, por el idioma, un extranjero, — y su corazon, por el divorcio con su propia patria, estuvo siempre en Alemania; pero allí la tierra llana, fecunda, tal cual la ansían, es cara,—y aquí los tenemos.... Esta es su patria,—para éllos y sus hijos.

No hay inmigrante que se haya radicado en nuestro pais con mayor conciencia, y cuando se acuerda del propietario ruso, ríe como un libertado. ¡Es que es un amo! No le vende tierra, y por las vulgares mañas de la explotacion, quédase

con los provechos de todas sus cosechas y el pobre colono siempre endeudado á pesar del rudo trabajo. Cuando viajan juntos, el amo, que es siempre ruso, aburrido de la soledad en el desierto inconmensurable, cede en su orgullo y dígnase conversar con él. Ha resuelto protejerlo, deshaciéndose de un caballo inservible por un alto precio, y despues de ajustar el plazo del pago, que embarga su vida entera, cállase y piensa, como dice Tolstoi, en su tema favorito: la embrolla, — es decir, en la manera de volverse á quedar con el caballo y con el dinero. ¡Infames! ¡Con razon el colono ruso se acuerda de Rusia como de una cárcel!

No es extraño que, á pesar de quince años de estadía entre nosotros, no hable español, porque tampoco en su patria aprendió el ruso en un siglo, debido á la union entre éllos, que si los separa de los demás, los hace fuertes y emprendedores; sus hijos, en cambio, hablan nuestro idioma,—pero éllos, en las faenas campestres, se familiarizan y simpatizan con los criollos y demás extranjeros. Créense ya demasiado viejos para aprender lenguas nuevas, extrañas, y nacidos en pais de raza extranjera, parece que quisieran como el último consuelo á su vida subyugada, hablar sólos y con el permiso de tódos, la lengua de oríjen.

Como inmigrante, ninguno, por falta de patria y cualidades, es de mayor adaptacion á nuestro pais. No conoce nuestras ciudades, porque en cuanto desembarcó, se internó en el campo y buscó el desierto; pero,—forzoso es decirlo,—es el colono que cosecha menos, aunque siembra más,—á pesar de su rudo trabajo,—porque no ara hondo,—arroja la semilla irregularmente y cuídase poco de su seleccion. Ha llegado aquí desesperado por tierra, y su bajo precio le ha dado una idea inferior de su infecundidad; pero aunque carece de nociones científicas sobre agricultura, aquellos defectos los corre-

jirán la civilizacion y el precio creciente de la tierra, consiguiendo las colonias de las provincias agrícolas obreros valientes, fecundos para el trabajo, unidos entre sí por la sociabilidad y el compañerismo de las faenas, que hacen más libre y segura la vida del campo.

Ama demasiado la ganadería, y este defecto primordial no se le arrancará nunca, á punto de que, en cuanto tiene dos ó tres chacras, reserva una para una punta de vacas. Goza viéndolas, manchadas de colores, bebiendo entre las cuchillas en el tajamar, y á causa de este delirio ambicioso, necesita mucha tierra, ó, mejor dicho, mucho dinero, porque sueña con ser estanciero. Créese agricultor por el momento, como una exijencia del principio; sin embargo, asombrado de verse propietario, anda felizmente despacio, porque sabe que sólo así se llega léjos, — y como el dinero para comprar una estancia nunca llega, sólo sus hijos ó nietos, que habrán perdido el miedo á la vida, producirán en nuestro ambiente más liberal espíritus emprendedores como Guazzone, que aró hasta quince mil hectáreas. ¡No importa!,—el valiente colono italiano no era más que uno, y éllos son miles en cada una de las tres provincias agrícolas, y producen quizá la cuarta parte de la enorme cosecha anual, que importa cientos de millones. Los generales, por más génio que tengan, sólo mandan, y son los ejércitos los que dan las batallas, que aseguran la victoria á medida que son más numerosos.

Entre sus usos rusos, destácanse el carro largo, angosto y negro como ataúd, y la manera de hacer trotar al caballo de tiro. Aquél lo fabrican ellos mismos en la herrería de la aldea, y lo segundo lo obtienen, enseñándolos desde potros. Cómpranlos de gran alzada, negros por lo regular,—les dejan criar la crin y la cola,—les ponen

sobrerrienda, más corta del lado de afuera, — y briosos, relucientes por la cebada, véseles escarcear á medida que van trotando,—y aunque haya algo de maña y látigo en esta transformacion, en esto sólo consiste el misterio de convertir un potro criollo en ruso aparente. Me he quedado admirado muchas veces al verlos pasar con su trote fantástico, porque creía ver algo más: la sugestion del animal, al ser arrancado repentinamente de la manada para vivir en una aldea rusa,—porque es como transportarlos á las estepas de Odessa,—por continuar allí sus amos los mismos usos y costumbres. El caballo, por ansiar el cariño del amo, se amansa pronto y se amolda á su voluntad, y si se agrega el disfraz de la pintoresca guarnicion y bulliciosos arreos, la impresion es mayor y completa la ilusion para el observador. Cuando en la soledad, al rayo del sol, oía, en mis excursiones, ruido acompasado, duro de batanes, ¡quiénes habían de ser sino éllos en sus carros! Los veía cruzar á lo léjos, con sus mujeres é hijos vestidos de colorado, admirando su aguante para sufrir semejante traqueteo: iban á la Estacion á comprar provisiones. Me agrada verlos transportar trigo. Van entonces despacio, por temor de que se desmorone la pila de bolsas, y parece que fueran á un entierro fúnebre. Cuando estos carros no tienen elásticos, descomponen hasta las máquinas de los relojes, — y una vez que hice en uno de éllos un viaje de regreso de diez leguas, por habérseme descompuesto el sulky, me recosté sobre unas mantas para exhalar el último suspiro, porque creía que el corazon, los riñones, el hígado, los pulmones, los bronquios y demas vísceras se habían desprendido y yacían entre los intestinos. A éllos, por la costumbre, les hace, por el contrario, bien, habiendo convertido sus músculos, por el ejercicio automático, en vainas de acero. No salen de su

casa sin su carro, y tienen tanta confianza en él, —lo creen sobre todo tan cómodo,—que se animarían gustosos á dar la vuelta al mundo. Algúnos prefieren andar á caballo, y si les sobra tierra para arrendar, usan látigo como el amo ruso. Así bájase y se encamina á sus locatarios, á quienes les saca el mayor canon que puede, porque, libertado, háse olvidado del pasado yugo, — y entra, impulsado por la avaricia, en la lucha de tódos contra tódos, que asombraba á Hobbes. No se extrañe: es ruso, á pesar de su orijen é idioma, y si su caballo se sugestionó en la aldea para sólo trotar elegantemente, con mayor razon él, sér humano, en cuanto se refiere al dinero, piedra de toque del corazon. Algúnos usan la clásica gorra rusa, y al de mayor capital, en las aldeas le llaman familiarmente el *Emperador*, teniendo además, para su vida doméstica, sus alcaldes propios y otras autoridades.

Los rusos, en su hogar, son higiénicos, limpios y poseen las comodidades relativas á la campaña. Os convidan con caña rebajada y aromatizada por cierto yuyo especial, y si prefieres leche, las mujeres en el acto os la traen fresca en grandes tazones y sacada del sótano. Las viviendas, de barro y techo de paja, constan de tres piezas á lo menos; en el medio, está el comedor con horno y cocina, de donde salen caños, por entre las paredes, para cálentar las piezas en invierno. Interiormente, están siempre rigurosamente blanqueadas, y los pisos son de una composicion de tierra, ceniza y bosta, que imita el asfalto. Con los que les inspiran confianza, son hospitalarios, y más de una vez, si tenía que pernoctar en las aldeas por tormentas ú otro contratiempo, ofrecióseme cama limpia, blanca como espuma y con colchon de plumas de ganso, aunque prefería dormir con mis mantas bajo el corredor sobre bolsas de trigo.

El ruso ha contribuído poderosamente á cubrir

los saldos internacionales, y ninguna inmigracion, en tan corto tiempo, ha producido más y avanzado tanto en el desierto,—en lo que consiste nuestra civilizacion. Su esfuerzo no es explotar el producto, ni hacerlo cambiar de mano, sino crearlo; es industrial y no comerciante, y al sobresalir en la industria nacional por excelencia, se adapta más que ningun otro inmigrante al carácter de nuestro pais. Es tan sano, tan ájil, tan activo, tan fuerte, — ha llegado con tan firme intencion de cambiar de nacionalidad, que me dá pena verlo comprando chacras en las avanzadas de los desiertos, porque su destino es el desierto mismo: el Neuquen, Santa Cruz, Gallegos,Tierra del Fuego, etc. porque ha nacido en la nieve, y el frío austral entonaría mayormente su temperamento emprendedor. Sueña con grandes extensiones de tierra barata y fértil, y nada le convendría más que el Neuquen, donde, sin abandonar la agricultura, se recrearía viendo sus haciendas esparcidas en las faldas de los cerros. Lo repito: este colono es nuestro boer,—y ¿qué mejor centinela podríamos tener en los desiertos limítrofes con Chile que este poblador virtuoso, trabajador y relijioso? En Nahuel Huapí, en Chos-malal, á lo largo de la Cordillera hasta el Estrecho, sería, por amor al dominio y á su hogar, el mejor defensor de la soberanía, dada la incapacidad aun de nuestra raza y de las actuales inmigraciones para poblar aquellas frías y apartadas regiones. Este colono no necesita latifundios: le bastaría un cuarto de legua de campo fértil, y la propiedad, al subdividirse, aumentaría de valor, desparramándose infinitamente la poblacion. No exijiría libertades, derechos y seguridades, porque no las ha tenido en su pais, y bastaría que se le explicase su trascendental papel en esas soledades, para que, armados de un rifle, se fuesen contentos y cantando sus himnos sagrados á levantar allá sus

ranchos. Lanzo la idea, como el mejor medio de entrar en posesion del desierto, para hacer respetar más la soberanía nacional. ¿Por qué Chile avanza contínuamente sobre nuestro territorio? ¡Porqué lo vé despoblado!

¿Y los judíos? *Esos son otros Lopez;* sí, son otros rusos. La empresa fundada en Lóndres por el baron Hirsch, para emancipar en Rusia á sus compatriotas judíos, posee como sesenta leguas de excelente campo en Villaguay. Estableciéronse varias colonias, pero toda la proteccion altruista estrellóse contra la incapacidad agrícola de los beneficiados. No han nacido para agricultores, y honrando su modestia, diremos que tampoco lo desean. Fueron visiones humanitarias del opulento baron, creyendo que, dadas la fertilidad y extension de este pais, podría libertar á los súyos por el trabajo. ¡Error!; el judío es comerciante, y aspira al negocio, á la usura. Delira con la ciudad para establecer un bric-á-brac. Múchos abandonaron sus chacras y á sus benefactores para establecer chiribitiles en Estaciones y villorios, y la parte de esa espléndida tierra que no está dedicada á la ganadería, yace arrendada á ótros ó vacía,—mientras éllos discuten centavos trás de los mostradores. El comercio al menudeo de las poblaciones los detesta, porque venden al costo. ¿Cómo hacen? Compran aquí en remate y mercaderías averiadas, y como prefieren ganar poco en cada artículo, para, en cambio, tener más clientela, el comprador, que lo que quiere es barato, allá vá sin importarle de la nacionalidad. Es muy general, en virtud de esta teoría, ver vacíos á grandes almacenes, mientras sus tugurios, como nuestros baratillos, se convierten en romerías; asediados contínuamente de gente.

¡Es de ver á los que han quedado allí! Se pasean en la estacion Basabilvaso, haciendo de

prestamistas, con trajes imposibles: leviton, gorra y botas. ¡Qué figuras! Desaseados, desgreñados, predomina el perfil aguileño y la luenga barba, y la mayor parte poseen un color amarillo y rostro tan antiguo como si tuviesen realmente dos mil años. Creis que son los mismos que crucificaron á Cristo. Moralmente, son unos Shyllocks, y bajo el punto de vista social, aparecen en las poblaciones como una peste. Estos, sí, hablan en ruso.

Los rusos alemanes, por ignorar su lengua, no se mezclan con éllos, y por las causas enunciadas, los detestan igualmente, y en medio de la risa que les causa sus ridículas figuras, se avergüenzan al recordar que desgraciadamente son tambien sus compatriotas, — lo que no impide que prefieran tambien sus boliches para sus compras, por lo baratos. Así pasa en los pequeños centros, durante las crisis económicas: todos van á lo barato, aunque sea inferior y tenga que haberlo del enemigo — ¡y tambien en los grandes!

El ruso aleman tiene el don de comprar tierra sin dinero. Al principio, esta pretension, fuera de los usos de este mundo, me dejaba azorado, y sólo ante su seriedad, eminentemente sincera, me convencía de que no era broma. «Para pagar en la cosecha.» «¡Ah, — entendámonos!» Se trataba solamente, por el momento, de elejir la chacra ó grupos deseados, — pero era como firmar boleto, porque cualquier propietario lo esperaba, no dudando que tendría despues de la trilla un saldo de dinero á su favor y que compliría su palabra. Apenas vende el trigo, se os presenta en carro reclamándoos la promesa y os invita á escriturar ante el Escribano próximo. Allí entonces saca del tirador papeles hasta de quinientos pesos y flamantes, inventando así la mejor manera de guardar dinero.

Nadie descuenta el porvenir con más confianza que él. Como lo veis, lo compra desde ya,—y con la misma llaneza firmaría boleto y daría seña, exponiéndose á perderla y á comprometer tambien en un pleito su mezquino presente preñado de esperanzas. No teme á la langosta, al granizo ó la helada, que pueden arruinarlo en un día; ni se acuerda de éllos, ni de ningun peligro, — y la fé en su propio trabajo lo ciega, á punto de que no entrevé, despues de la trilla, sino pirámides de bolsas de trigo y montones de dinero. «¡Trabajar duro este año!» exclama,—y en su honorabilidad y perseverancia, cree vencer con esta resolucion. Vino el verano, y á pesar de la cosecha combatida, del bajo precio del trigo y de las deudas, le ha ido bien, porque ha ahorrado debido á su frugalidad,—virtud que la vida premia con la salud y la fortuna.

El es el autor, en las colonias, de las ventas á plazos, que se han popularizado y que contribuyen tanto á la subdivision y movimiento comercial de la tierra. He visto ventas hasta de diez años de plazo, — que es como comprar sin dinero, porque dada la baratura de los precios, la primera cuota al escriturar es insignificante. Cualquiera puede comprar tierra, — ¡hasta los atorrantes!, — realizándose así un ideal social, eminentemente moralizador, porque permite á los degenerados que andan por las pulperías y durmiendo sus embriagueces en las zanjas, convertirse, por el arrepentimiento ó la reaccion, en colonos, que la lucha y las ganancias educan y estimulan despues.

El contribuye con el ruido acompasado de su carro, al atravesar los rieles de las Estaciones, á alegrar esas pequeñas poblaciones aletargadas durante el invierno por el trabajo y la miseria. Van y vienen, trayendo trigo á los galpones; discuten, ríen y cantan en los caminos, y no se desdeñan entonces

á atracar sus carros á alguna pulpería para beber un vaso de caña. Ha trabajado todo el año encerrado en su chacra, y créese con derecho á echar un trago, aunque más no sea para brindar y agradecer á Dios sus favores. Recien se anima á embriagarse, y se vá, sin queja de la policía, cantando á su aldea. Pasea por los caminos: está de vacaciones,—y si no siembra alguna cebadilla para los caballos, descansa hasta el otoño en que principia á arar rodeado de una nube de gaviotas.

XIII

CUADROS

Estoy en el campo de uno de mis colonos favoritos: es un gigante rubio, grueso, lampiño, bondadoso como un niño y apenas tiene veinticinco años. El muy ducho ha levantado su choza en el espinazo de una cuchilla, y como de una azotea, veo arar en el vallado á otro colono, los animales de trabajo de las chacras encaminarse á los raigones de los arroyos, los ranchos sumidos, con su techo de paja quemada por las heladas y el sol, y las aves hendiendo el aire. Las ráfagas pasan vivificando los pulmones, y pienso que el desierto, cuando puede ser contemplado de tan alto, es más grande y solemne que la montaña y el mar. Busco un sitio donde descansar. ¡Nada de sillas! Me sentaré en la ciudad, y me echo sobre un monton de chala en una enramada de junco, y donde me viene un riquísimo olor á bosta de oveja y leche de vaca. ¡Cómo no!; tengo un corralito á veinte varas, y una tambera, atada al portal, aca-

ba de ser ordeñada, perfumando el ambiente con su espuma. ¡Qué exquisita fragancia: ¡mejor que la que dejan las señoritas el pasar en la calle de la Florida!

El marido ha desensillado, y teje unos tientos en el palenque; la mujer, descalza, con la pollera arremangada y dejando ver unas formidables pantorrillas, amasa en la cocina; los chicuelos juegan bajo el corredor; una cotorra habla en los barrotes de la ventana y varios pájaros enjaulados cantan. Tódos están rojos, brillantes de salud y alegría. Me convidan con leche, queso, pan, agua, caña, jamon, embutidos, melones, porque tódo tienen, y no acepto nada. Sólo anhelo descansar, —lo que éllos, los animales y las aves hacen despues del trabajo, cuando no juegan, se acarician y se aman.

Todo es pequeño, pero tienen lo necesario. Conversan, ríen y respiran bondad. Principian por ignorar quien sea el Presidente de la República y el Gobernador de la Provincia; sólo de oidas conocen á Buenos Aires, Paraná, Uruguay, y les tienen, sin haberlas visto nunca, un horror instintivo. Sólo han pisado el campo, á él únicamente lo aman y creen que las ciudades son un infierno. No irían á poblarlas aunque le ofreciesen el poder y la fortuna, ni cambiarían su rancho por un palacio. ¡Pero esta es la felicidad! —me digo. Sí, porque se basa en la salud, y ésta, á su vez, en el trabajo, el descanso, el aire y la vida higiénica. Deduzco: para la riqueza, la ciudad,—para la felicidad, el campo; ¡pero yo no soy rico!; apenas sónlo unos cuantos, y respecto al poder, domina una *aristocracia* bien reducida, siendo los demás, tódos, una tropa de esclavos condenada al trabajo para pagar impuestos. Elejid, porque aquí es imposible la conciliacion; nos quedamos con la ciudad, que no es sino un hormiguero en un monton de casas,—y yo mismo, en este instante, soy una prueba de su perjuicio:

echado, no puedo descansar,—porque, en el dualismo de la existencia, he envenenado mi alma, á pesar de haber demostrado más apego al trabajo independiente que á las ambiciones efímeras.

Ni los reyes, aunque tengan salud, son felices en las ciudades. Las preocupaciones, los sueños, desgastan y producen la dispepsia y la melancolía. ¡Ya está el hombre enfermo para siempre! Viene recien entonces al campo como un remedio. ¡Con razon los gauchos se ríen de nosotros, porque sólo nos ven enfermos! ¡Los placeres urbanos: ¡la sociabilidad, los teatros, el pensamiento, el amor! ¿Y el alba, la aurora, la salida del sol, la música del viento,—los alaridos del desierto, que ahullan, en la la noche callada, como malon de indios,—los astros en los firmamentos aterciopelados,—la luna surcando el cielo iluminado,—el olor á trébol, á gramínea, que henchen el corazon, y el descanso, el sueño, que aseguran la salud? En el campo, el amor es más puro, más salvaje, y el silencio solemne favorece el pensamiento; sin embargo, nadie lo busca sino enfermo. Nadie busca la salud y la felicidad, porque son cosas reales: ¡tódos prefieren ir tras los fantasmas de sus cerebros, trás de los relámpagos que no se cojen nunca! ¡Estos son los ideales! ¡Con razon la consabida vieja, para resolver el problema de la vida, proponía que se hicieran las ciudades en el campo (!).

Conocía, como habeis visto, muchos sitios,—hasta el de perdices,—pero ignoraba el de barro. En Entre Rios, no llueve á gotas: el agua cae á chorros como de un toldo abierto por un tajo. Es un carnaval de baldes de agua, y en seis horas llueve por veinte de Buenos Aires. Hasta

las rociadas parecen lluvias, porque, al amanecer, yace todo el campo empapado, barroso, y de los caños fluye el agua como restos de lluvia. ¡Modalidades acuáticas!—diría Hegel.

En cuanto terminó la revolucion de Hernández, vino un temporal terrible de agua que duró como dos semanas. Se descompuso la vía férrea, se deshicieron varias alcantarillas, los trenes se interrumpieron por largo tiempo, los rios y arroyos se desbordaron y hasta el campo se convirtió en un barrial. De los caminos, ¡para que hablar!: eran un pisadero, y con el tráfico, estaban convertidos en un matete, donde las pisadas de los caballos y las huellas llenábanse inmediatamente de agua. No podía salir de mi cuarto, y varias veces que lo intenté, para dar vuelta siquiera por la vereda, tuve que agarrarme de la pared, y regresaba en el acto, porque el piso estaba como jabonado y corría riesgo de una costalada. No podía salir; estaba verdaderamente sitiado, y mientras leía ó escribía, observaba el barrial y las diversas aventuras que ofrecia.

Los de á pié, andaban generalmente descalzos, para, en cualquier charco, enjuagarse, quitarse el lastre y poder seguir andando, porque aquéllo era un trabajo, una lucha por sacar una pierna del fango mientras la otra se hundía. Los ginetes y los que pasaban en carros ó sulkys, usaban botas, y tódos, comprendiendo caballos y vehículos, iban cubiertos de una capa barrística, con el rostro salpicado, desconocidos. ¡Una verdadera lluvia de barro!,—tanto más que sobraba el agua, para hacer el sitio más líquido, untuoso y sucio. En tal carnaval barrístico, donde tódos andaban disfrazados, llamábame la atencion la seriedad y sobre todo que se reconociesen. Sería por el modo de andar, la voz, porque estaban desconocidos. Yo, que solo conocía de vista á la generalidad, resultó, en un abrir y ce-

rrar de ojos, que no conocía á nadie,—que estaba en un mundo completamente desconocido para mí. Esto no era nada: ¡lasuciedad!,—porque como tenía que recibir gente, por mis propios negocios. Mi cuarto era un verdadero chiquero. Cada individuo, que se descolgaba del carro ó del caballo, me dejaba, además de humazos y charcos de escupidas de tabaco, montones de barro. ¿Y cuando entraba un tropel de rusos! Ninguno pretendía siquiera sacarse el barro al entrar; algúnos, por el contrario; refregaban sus botas en los palillos de las sillas, dejando caer en el piso inmensas plastas, y tódos, tódos, al salir, como si se hubiesen conjurado, se limpiaban adentro con el cuchillo y refregándose una bota con otra. Más de una vez estuve por exclamar: «¡Señores: ¡Si á Vds. les place la inmundicia, la suciedad, la asquerosidad, este no es ningun chiquero!»;— pero procedían con tal inconciencia, con tal inocencia, que me daba lástima: trataba de negocios, de esos malditos negocios, que impiden poner las personas en su lugar, y tenía,—como siempre,—que callarme.

Les parecía tan natural, tan naturalísimo ponerme inmundo el cuarto,—el cuarto que cuidaba como á un espejo—¡que me quedaba estupefacto, frito de asombro! Pedro, no obstante de ser de la opinion de éllos, por haber pasado, en las temporables, crísis barrísticas, comprendía mi disgusto, y para calmarlo, tomaba una pala y echaba á la calle los resíduos obsequiados. ¡Suerte que, entretanto, podía irme á otra pieza!,—pero enseguida volvía ótro y ótros. ¡Vuelta á presenciar el audaz mancillamiento de mi lar, los montones de barro, su acopio y descarga al exterior!

El silencio de Pedro me irritaba, lo confieso. Más de una vez estuve por preguntarle: «¿Qué obligacion tenía de soportar vejámenes de individuos desconocidos, que se me presentaban cubier-

tos, de piés á cabeza, de barro?»,—pero, con su flema, me habría contestado: «Echelos»,—pero los intereses me impedían proceder, como si mi pobre cuarto fuese, en pleno carnaval barrístico, sitio de recepcion pública de disfrazados ó comparsas, por que, tal cual se me presentaban, no se conocía ni á los conocidos. Somos demasiado imperfectos,para no dar, en nuestros disgustos, contra el que está más cerca,—pero Pedro me sublevaba cuando creía que rezongaba porque me había levantado de mal humor. Si, lector, la gente de campo, que no cree, por su felicidad, en los malos ratos, tiene á los puebleros por neurópatas. Cuando lo ven á úno ceñudo, sin hablar, arrastrando sillas ó tirando cosas; ¡está con la luna!,—dicen, como si se tratase de alguno de sus mancarrones mañeros. No lo digo por mí, que soy un asno, por mi docilidad, en la vida privada, sino por Pedro, que embarrado, por sugestion, hasta el alma, miraba con extrañeza mi espanto barrístico, como si lo extraordinario no fuese considerarlo natural. ¡Arroja, arroja á paladas el barro á la calle!,—exclamaba...

En esto, — limpio por quinquajésima vez mi cuarto, — entra un individuo saltando y haciendo muecas. No sé por dónde entró, aunque yo estaba adentro; supongo, á pesar de su figura extraordinaria, que por la puerta,—y estaba en cabeza, en camisa, descalzo y con los pantalones arremangados hasta la rodilla, — traje verdaderamente propio para esos días, — pero todo, — se sobrentiende, —cubierto de barro, como que sería uno de sus más ardientos chapaleadores. Dejo el libro que leía, me incorporo y, pestañeando, miro la aparicion. No hablaba, á pesar de sus gritos, y noto que es tartamudo: un degenerado. Obsérvélo, con la simpátía que me inspiran, — no le ofrezco una silla, por temor de que se quede pegado, — y trato de escucharlo, atraída más mi

atencion por sus brincos y gesticulaciones. Pedro lo conocía, y práctico en su lenguaje, me dice: «Le trae un asunto como Abogado: una demanda.» «¡Vaya: ¡despues dirán que no se puede viajar con la profesion!» Púseme, ayudado de Pedro, á entresacar, entre borbotones y frases escupidas, las palabras esenciales, y ví efectivamente que se trataba de una verdadera demanda. Alquiló á un carrero tres caballos para su carro, á razon de un peso mensual cada uno,—hacía tres meses que no le abonaba y quería ocurrir al Juzgado. Nada más justo. Como la demanda no se interpondría, porque el carrero era un intruso, consentido en mi campo, que abonaría despues, á mi pedido, esta deuda, quise convenir en broma mis honorarios. «¿De modo,—le dije,—que él debe nueve pesos?» «Sí, señor.» «¿Y cuánto me vá abonar por mi trabajo? ¡Un pleito es largo!» —agreguéle, espinando mi tarea con dificultades. «¡Le daré dos pesos!»—y creyendo, por mi silencio, que era poco, exclama: «¡Es casi la cuarta parte! Soy un pobre!» «Perfectamente.»—y grato fué su asombro cuando le dije que su asunto se arreglaría gratis y particularmente por mis relaciones con el deudor. Se evadió como un relámpago, llevándose toda mi simpatía, porque, por estar sin botas, fué el que me dejó menos barro: ¡apenas dos kilos! Pensando despues, díjeme: «¡Qué lástima no haber traído aquí mis tablillas: ¡trabajaría tan bien de Abogado!»

Fatigado por la grosura y la vejez, entra Don Ciriaco, insigne intruso, que por no haber ya campos baldíos, ha levantado su choza en un camino. Tengo que darle la mano para ayudarlo á subir el umbral, es decir, que ensuciar la mía. No diré que venía desconocido de barro, porque no tenía el honor de conocerlo, pero sí á la miseria. «He oído que Vd. quería comprar un caballo.» —me dijo.

Bajé la cabeza, en señal de asentimiento, y al asomarme afuera, veo trás de su caballo ensillado otro de tiro, chico, flaco y con el pelo largo. Parecía un potrillo. «¿Ese es?» «¿Sí?» —me contesta,— y creyendo que me hubiese desagradado, saca de un pañuelo mugriento medio queso y me lo ofrece. «Le traía esto para Vd.» —agrega. «Gracias». Cien pesos pedía por el caballo. No valía ni uno, pero para facilitar el negocio, aceptaría campo en cambio. Quería una chacra é iba á cuenta del precio del rocín. El resto, ó sea el todo, se pagaría cuando Dios quisiera. Habíase enternecido, al pronunciar estas palabras; derramó unas cuantas lágrimas, y, — creedme lector, — ¡eran de barro! No extrañaba la proposicion: mi campo, por desatenderlo sus anteriores dueños, fué guarida de intrusos como si fuese del gobierno, — Don Ciriaco fué uno de éllos, y demasiado creía hacer con comprarme en tales condiciones. «Si *todos* antes fueron *dueños*», se diría, — pero como Dios es mal fiador, lo rechacé en el presente contrato. Don Ciriaco se levantó, y al darme la mano, me dejó en la mia una cosa; á estar en Paris, donde se propina hasta por saludar, me digo: «¡dinero!», — pero allí, en esos dias, ya sabía lo que era: ¡barro!, — porque era el recuerdo de tódos, al despedirse, amén de escupidas y olores repugnantes. ¡Lo que he visto en la campaña: á un gefe político de un pueblo de Salta convertir en letrina la plaza principal en pleno día, — á una manada, con su yegua con cencerro y potrillo, en mi cuarto, comiéndose mis manuscritos y oliendo algunas provisiones, por haber dejado Pedro la puerta abierta, y á una criatura de corta edad á caballo, que se la iba devorando la langosta. Al asomarme, un chico de cuatro años chillaba hundido en el barro, como un chingolo en la varilla de pegapega, y una vieja apenas po-

día andar, arrastrando, á manera de carrito, la cola de su vestído, que contenía todo un barrial.

«¡Basta!» —exclamé, — y despues que Pedro arrojó afuera las últimas paladas de barro, cerré la puerta que daba al campo, poniéndole la tranca, en señal de no recibir más. «Es inútil tener abierto el Escritorio, porque aunque convenga con los interesados, no puedo hacer boleto por estar la gente enmascarada, desconocida por el barro !» — díjele á Pedro. «¡Cierra, cierra!»

Viajábamos, en una noche de luna, con el caballo cansado. Al llegar á un recodo del camino, oímos unos gritos roncos. Paramos y Pedro dice: «*Es un lechuzon.*» Iba á decirle que era imposible, por lo fuertes, cuando se repiten. «Allí está.»—agregó,—y al doblar, ví un bulto negro en el espacio. Nos acercamos: era realmente un buho parado en el poste de un alambrado. ¿Quereis creer una cosa? Principió á reirse á carcajadas. Parecía un loro. Todavía recuerdo sus acentos roncos, guturales. No sé si serían la soledad, la hora ó el silencio, pero me helaron. ¡Qué claridad: !el sulky, el caballo y nosotros refiejábamos distintamente nuestras sombras donde quiera que nos movíamos! Podía leerse perfectamente un diario. El campo brillaba como esmeralda.

Al bajar una cuchilla, divisamos á tres hombres que corrían un bulto blanco. Sin saber por qué creí que fuese un potrillo, pero Pedro, con su sabiduría campestre, dice: «No, es una mujer.» Apresuramos la marcha. Vimos unos ranchos; enseguida unas llamaradas. «¡Fuego!»—exclama Pedro,—y nos lanzamos adentro. Era un dormitorio. ¿Qué había pasado? Una vírgen vestida, adornada de velos y cintas, ardía, y las llamas estaban á punto de comunicarse á un lecho contiguo, que yacía destendido. Un individuo,

asustado, trataba de apagar el fuego, y al vernos que entrábamos en son de ayuda, colijió que no éramos malhechores, y nos gritó en buen español: «¡Agua, agua!» ¡Qué agua! Allí no había agua y cuando la hubiésemos traído, todo estaría convertido en cenizas. Pedro, por lo pronto, le tiró el poncho á la vírgen, y yo, en un abrir y cerrar de ojos, cerré la ventana y la puerta, para que el fuego, por la falta de aire, se sofocase,—acordándome de un incendio de balas de algodon en alta mar descrito por Verne y en que el buque, por tal procedimiento, llegó humeando simplemente al puerto de su destino. La cama principió á arder. ¡La suerte que era de fierro! Le arrojé mi manta. El techo era de zinc; si es de paja, ardemos tódos con la vírgen. ¡A ponchazos apagamos el incendio! El individuo que estaba adentro, admirado sin duda de nuestro *talento*, no sabía que hacer con nosotros, mucho más cuando, con ademan científico, exclamé: «¡Abran las puertas, para que salga el humo!»—dando todo por concluído. Nos sofocábamos como vizcachas ahumadas en la cueva, y al salir afuera, oimos unos gritos y llantos. «¡Es ella!»—exclamó el desconocido, aunque los desconocidos éramos nosotros,—y fuése hácia éllos apresuradamente.

Llegaron tres hombres, que traían cargada una mujer completamente desnuda, pues no podía llamarse camisa una tela desgarrada, hecha girones, que descubría hasta las partes más íntimas. «¡Ayude, Doctor!» — dijeron, — y nuestro acompañante dióles una manito. Salimos prudentemente; sin duda el *doctor* les contó nuestro oportuno auxilio, porque vinieron á agradecernos con frases afectuosas, y mientras descansaba el caballo, nos fuimos con aquél atrás del rancho.

—Es una enferma de fiebre tífus, que, en los delirios, no hay quien la sujete. Los otros días se

fué hasta el arroyo. Cuando Vds. llegaban, nosótros ibamos trás de élla. Me quedé, porque, en ese instante, una ráfaga, al abrirse la puerta, comunicó el fuego de la vela á la......

«*¡Dotor, Dotor!*» — gritaba élla de adentro «Lo llaman», — iba á decirle, cuando agregó:

—Sigue delirando. Dentro de un rato duérmese y se tranquiliza. Entonces me iré, porque vivo cinco leguas de aquí. Esta es cuestion de todas las noches; si no me llaman, vengo para seguir el proceso.... Esta gente es muy unida, y el médico no puede quedarse atrás. Todas las mujeres de la redonda la han cuidado día y noche; esos dos hombres que acompañan al marido son dos vecinos; en la cocina está la mujer de uno de éllos; los hijos de la enferma han sido recojidos por el vecindario para evitar que se contajien, existiendo entre éllos uno de pechos,—y los colonos, viéndolo de enfermero, hicieron sus veces en la cosecha: úno le segó el trigo, ótro se lo emparvó, aquél se lo trilló,—se lo embolsaron,—despues se lo vendieron y le trajeron la plata. Las colonias son comunidades formadas bajo la base del Evangelio. Por eso los propietarios y acreedores prefieren perjudicarse á ejecutar, y los gobiernos, al llenarlos de impuestos y dejarlos en la inseguridad, se convierten de protectores en tiranos. ¡Cuántos filósofos desengañados y cansados de la vida no vienen á refujiarse aquí! ¡Es la única parte donde se puede vivir libre y tranquilo!

—¿Sanará la enferma?

—Sí....

—¿Y hay tifus por aquí?

—Nó, esto es sanísimo; es el agua del tajamar. El gaucho, si no tiene agua en su rancho, la pide en cualquier parte, porque es andariego, pero el colono, á pesar de tenerla á pocas varas del suelo, tiene que beber la de la laguna, caliente, verde

en tiempo de seca y capaz de infeccionar en cualquier parte, por no tener con qué hacer un pozo. ¡Ah, el colono¡ ¡Lucha contra todo: ¡contra las aguas, la seca, el granizo, las borrascas y el rayo, pero en cambio es el que mejor gusta la vida corporal y moral! Si Vd. quiere encontrar bondad todavía, búsquela aquí. Fíjese en los ojos de tódos: son claros, puros como los de los niños....

Al pronunciar esta frase, una lechuza chilla en el mojinete del rancho.

«¡Cruz, diablo!» — salieron gritando el marido y sus dos compañeros.

—Esta gente cree que la lechuza anuncia muerte,—dijo el doctor,—y enseguida el ave púsose á aletear arriba de nuestras cabezas.

Pedro la ahuyentó de un cascotazo, pero siguió chillando á medida que se alejaba. Cuando se hizo el silencio, nos miramos, mudos, sobrecojidos, y bien impresionado por las palabras del doctor, parecióme reconocer, al resplandor de la luna, un rostro amigo. Estábamos recostados contra un pequeño corral. «¿Quién será?» — decíame. En ese instante, Pedro me llama tambien doctor, — y como los doctores en esos pagos y á esa hora no eran muy abundantes, — siendo sin duda más curioso que yo, me preguntó por *mi gracia*. Se la dije gustoso, desde que no me atreví á inquirir la suya. En cuanto le dí mi nombre, me preguntó, emocionado, con el rostro bañado de alegría:

— ¿No me conoces? Soy Estéban....

— ¡Estéban! — exclamé, — y nos abrazamos....

Era un condiscípulo de la Universidad. Hacía treinta años que no lo veía. Desde entonces no oí hablar más de él, pero más de una vez me pregunté: «¿Qué será de su vida?» —creyéndolo más bien muerto. Era uno de esos jóvenes pobres, huérfanos, que hallan dificultades para terminar su

carrera, y en un instante la cortan y se ausentan. Estéban había cursado hasta el sexto año; faltábale sólo el General y la Tésis, que no los daría ya, y aunque no agregan nada al saber, él me decía: «Soy un curandero». Nó; era un médico científico, lleno de práctica y sobre todo de corazon; tódos lo respetaban y amaban; pero amante de la libertad y de la soledad, no dejaría nunca las colonias. Vivía en una aldea próxima, y los colonos no podían tener mejor médico que él. Incapaz de economizar y caritativo, estaba tan pobre como cuando salió de Buenos Aires, y así moriría, porque vivir al día y hacer bien eran su felicidad. Alto, flaco, pálido,— con la barba y los cabellos largos, parecía, con su traje desgreñado, un verdadero médico de aldea,—un filósofo que cruzara los campos para propagar por do quiera el evangelio y las teorías altruistas. Lo examinaba al resplandor de la luna, para ver si podía notar la huella ó el efecto de algun vicio: ¡nada!; ¡el cigarrillo solamente, que fumaba á bocanadas! Su melena y desaliño eran resultados de la vida campestre, filosofía,—y lo denotaban la palidez límpida, la frente soñadora, sombreadas sólo por las peregrinaciones de la miseria.

—¿Y Marin,Lescano, Terrero,Mariano Marcó..?

—Todos viven y en excelente posicion. Terrero es Obispo, ¿lo sabes?

—¡Ignoraba!; nosotros áquí no sabemos nada. Hace quince años leí una vez un pedazo de *La Nacion*, y los que como yo abandonaron la Capital, quieren más bien olvidarlo todo y que nos olviden tambien....

Noté, no obstante, que se alegró ante las noticias de los antiguos compañeros, pero se entristeció, poniéndose grave su semblante, cuando al preguntarme por Lamarque, Diana, Quintana, del Mármol, le respondí. «Muerto, muerto, ¡ha muerto!»...

—¡Pobre Enrique! ¿Porqué se suicidó Adolfo?

Recordamos á los maestros: Tobal, Gigena, Lársen, Ramsay, Ramorino, Spelluzzi, á quienes tantas travesuras les hicimos. Sentíame féliz al encontrarme, casualmente, en semejante hora y sitio, con un condiscípulo que no veía hacía treinta años, y que muchas veces, al pasar lista con la memoria á nuestro batallon universitario, lo creía muerto ó extraviado. Iluminaba la luna de tal manera su rostro y cabellera, que hasta ahora admiro su mágico resplandor. Parecía, cuando alzaba sus lánguidas miradas, lo que era: ¡un santo! Nunca olvidaré este encuentro que me brindó la suerte, y juzgándolo vulgarmente por su traje y sitio, estuve por aconsejarle que se recibiese y fuese á establecerse en una ciudad; haría carrera, fortuna. Habíame imaginado que era un desgraciado, cuando nadie estaba más arriba que él: era féliz y hacía bien al prójimo. Me callé, contentándome con admirarlo, porque estaba seguro que no se recibía para que no le llamasen doctor, creyéndose más honrado con el título despreciativo de curandero. ¡Buena proposicion iba á hacerle: ¡que se viniese á vulgarizar á la Capital, á meterse en política, cuando allí hacía lo que nadie!

Me despedí de él, haciendo votos por su felicidad y el restablecimiento de su enferma. No lo iba á ver más. ¿Por qué? No lo sé,—pero el corazon me lo decía, porque estos séres, si viven, son como los silfos: huyen de los mortales y sólo se acercan á los desgraciados para cumplir su mision. En la marcha, me dice Pedro: «Yo lo conozco á ése,» Chocado por el *ése*, lo interpelé: «¿Y cómo no me dijiste?» ¡Esa frialdad de Pedro! Diferencia de caracteres. «Cuéntame....», — le agregué,—seguro de que su historia sería el mejor consuelo para mi alma, porque acostumbrado á ver al médico en la ciudad en carruaje,

ganando dinero, bien vestido, riéndose y fumando habanos, no podía arrancarme de los sesos la idea de que Estéban no fuese desgraciado,—¡ tan degenerada idea tenemos de la felicidad! La felicidad, socialmente, es el egoismo, y por nada del mundo creeremos que se puede cifrar en hacerle bien al prójimo y en el placer inmenso que se siente en tal acto, como si el Evangelio no fuese el código de la humanidad.

—Cura de limosna; cuando más admite que un *rico* le dé uno ó dos pesos por visita. Vive sólo, y en su casa no se enciende la cocina.

«¿Y qué come?» —iba á preguntarle, cuando continuó:

—Al salir de su casa, pónse un pedazo de pan en el bolsillo y come una vez al dia en casa de los clientes cuando halla el mantel tendido. Su cuarto brilla de limpieza, — es muy arreglado y estudia mucho. Anda á pié, y sólo sube á caballo ó al carruaje cuando se lo traen los clientes para grandes distancias, porque sus ideas le impiden mantener un animal nada más que para que lo arrastre. Habla poco; es afectuoso con tódos, y es muy respetado y querido; pero....

Aquí viene el pero....

—Le dicen loco...., continuó Pedro.

¡Ya tardaba el consabido epíteto!... Yo tambien iba á preguntarle si no lo era cuando me dijo que no comía, porque tenemos una falsa idea del hombre: creemos que el perfecto es el fundido en el molde comun, y en cuanto se diferencia, le llamamos loco. ¡Orijinal humanidad!, desde que se entregó al asesinato, al incendio, á la devastacion, al robo, á la estafa y á todo género de crímenes, llama loco al que dá un pedazo de pan al hermano, porque, en su terrible egoismo, el deber cristiano y la generosidad no pueden ser sino locura. Sarmiento principia por serme simpático, porque dijo:

«¡De cuándo acá los tontos se ríen de los locos!» — y yo creo que deberíase tratarlos de idiotas, porque Sócrates, Cristo, Colon, Napoleon, Garibaldi, etc., etc., quienes únicamente han influído en el progreso humano, han sido tratados de locos. Así es la envidia: ¡impotente para imitar el gran ejemplo, ridiculiza! Es su única arma.

—¿Y quiénes son los que lo tratan de loco?

—Los médicos, únicamente los médicos, porque con su mayor sabiduría, bondad y caridad, les quita mucho trabajo.

¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio; los mismos que venderían á Jesús, no para crucificarlo, sino para llevarlo al manicomio, porque andaba haciendo curas maravillosas sin patente.

A los tres años, cruzaba tambien de noche ese mismo camino, y me acordé de Estéban. Era una noche distinta: oscura, pero plagada de inmensas luciérnagas, que iluminaban algo el paso. «¿Y qué es del médico?» — le pregunté á Pedro. «Se lo comieron los perros.» «¿Tienes valor....?, »— le dije,—parando el sulky,—como si él se lo hubiese comido. «Si»,—me contestó. «De aquí fuése á Corrientes, y una noche, cruzando los campos á pié para curar un enfermo, lo atacaron los mastines de una chacra, lo hicieron pedazos y murió á los pocos días.» ¿Para qué preguntar más! Quedéme, por la brusca impresion, patas para arriba, como se dice vulgarmente: parecía una golondrina frita. Pedro, en su medio lenguaje, ó mejor dicho, el destino había condensado bien el triste epílogo de Estéban, porque dada la injusticia de este mundo, ¡me parecía tan lógico su fin! Creía verlo todo desgarrado, hecho pecadillo, espirando en su lecho.

¡Larga fué mi impresion! Duró, á lo menos, una hora, y á cada uno de mis suspiros, Pedro contestaba con bocanadas de humo, tranquilamente fumando y echado en el suelo sobre su poncho.

«¡Adelante!»— y atontado por la emocion, toda mi expansion con Pedro se redujo á preguntarle: «¿Porqué no me avisaste: ¡me hubieses hecho un telegrama!» Para Pedro darme cuenta de muertes, de individuos que se van, era tirar plata á la calle. El sentimentalismo era un abismo que me separaba de él, y tal diferencia, al complementarnos, constituía su superioridad, porque se triunfa y se es más feliz en esta vida con un temperamento egoista y despreciativo de todas las miserias. ¡Pobre Estéban! —y al proferir tan íntima exclamacion, Pedro dice: «Allí hay un incendio.»

Veíase fuego y humo. Al cabo de un rato, estaba el horizonte enrojecido. «Son unas parvas», — dice Pedro. Distinguíase, entre las llamas, las siluetas de las parvas. Semejaban ranchos enormes, una aldea devorada por el fuego. Oíase el chillido del combustible. «Hay gente; deben ser los dueños.» —y parecíame al resplandor rojizo, notar desesperados á los propietarios, que lanzaban imprecaciones al cielo, que amenazaban y gesticulaban en vano al no poder impedir su propia ruina. Si no fuera el dolor que causa la desgracia agena, creo que en el campo no puede ofrecerse á la vista un espectáculo más soberbio. Estaba en tal contemplacion, arrobado, cuando Pedro me dice: «Marchemos alejándonos, porque pueden creer que somos nosotros los autores del incendio.» A la verdad, porque ¡cuántos al pasar, por el placer de hacer mal, no les arrojan á las parvas un fósforo encendido!

XIV

LA CIVILIZACION EN EL DESIERTO

La agricultura es una de las ciencias más vastas; comprende la labranza, la horticultura, la flo-

ricultura, la selvicultura, la viticultura, la arboricultura, la sericultura,—la ganadería, la minería, la caza, la montería, la pesca,—y todo ello en relaciones náda menos que con la colonizacion, la inmigracion, las ciencias políticas y sociales, la física, la química, las artes, la manufactura, las industrias, y rejido por la economía política y rural y el comercio interior y exterior,—es decir,—la tierra, con su aire y clima, los rios, la fuerzas físicas, ¡el universo entero!

Me permito esta pedantería científica, porque los ignorantes creen que la agricultura es destino propio solo de los analfabetos, de los desheredados, de los desgraciados, es decir, de los imbéciles y de los pobres diablos, sin recordar que los senadores griegos empuñaban el arado, y la aristocracia inglesa, consecuente con esta influencia del trabajo sobre la libertad, está compuesta, en su mayor parte, de chacareros, pero contra la ignorancia,—como lo sabeis,—no hay defensa posible.

Haciendo á un lado la literatura horaciana, aquélla que trueca buenamente las riquezas y los placeres por la vida tranquila del campo, la agricultura,—ha dicho Sully,—es la ubre de las naciones. Ella produce todo lo que la vana ciudád consume, transforma ó falsifica, y si no fuese por élla, tódos, tódos, principiaríamos por morirnos de hambre. Todos los millones de oro que nos entran anualmente, en cambio de la exportacion, son producidos por el capital y el trabajo del colono principalmente,—á quien, por añejas preocupaciones, se le considera casi como un irracional. Y lo peor es que esta creencia, por el contajio, invade á ellos mismos; se sujestionan, y se creen realmente unos infelices, unos esclavos, cuando, por nuestro sistema republicano y su obra en la prosperidad general, deberían ser los amos. En la misma campaña de Buenos Aires, vemos á familias de pai-

sanos cubiertas de harapos sufriendo necesidades, y avergonzados ante su *miseria* de no poderos ofrecer más que una cabeza de vaca para sentarse, exclaman: «¡somos pobres!»,cuando algunas poseen leguas de campo desde la puerta del desvencijado rancho, que despues mis ilustres cólegas, los abogados, con su séquito de escribanos, procuradores é interminable caterva de aves negras, se las apropian y reparten entre éllos, para demostrar que eran ricos, pero que los ignorantes no deben ser propietarios.

La desgracia de la agricultura está en sus relaciones con los gobiernos..., porque en vez de representar la justicia, la seguridad, la libertad, como sucede en Inglaterra y Estados Unidos, son su persecucion, su azote: ¡una plaga! Principian por considerar á sus obreros como á esclavos, ó sea como á individuos *condenados* á *trabajar* y á trabajar en la tierra *vil*. El trabajo, es tenido, por los políticos, como una tarea odiosa, afrentosa, á punto de que múchos, antes de dedicarle sus esfuerzos, prefieren suicidarse,— sienten por los agricultores el desprecio delperverso por los tontos y desgraciados,—y como los gobiernos se componen de aquella clase de gente, es decir, de políticos, los colonos son unos párias, que huyen de sus protectores legítimos.

¡Siquiera los dejaran oscurecidos en los desiertos!; pero allí los van á perseguir en forma de impuestos. No se contentan con tasarle la propiedad en el doble de su valor, para cobrarle doble impuesto tambien; dejan que el Juez de Paz y el Comisario, que son todos sus gobernantes, les cierren las puertas, como actores ó acusados, en la hora de la justicia,—que les roben los caballos,—que los apaleen, los persigan y aun los maten; los abandonan á las municipalidades, á los ferrocarriles, para que les aumenten las patentes, los fletes, y demas

zánganos de la colmena del trabajo honrado, como el vendedor de bolsas, el trillador y demás explotadores. Cómo trabajan entre esta nube de tábanos que les chupan la sangre, no lo sé; son los verdaderos esclavos, y ello es tanto más injusto, cuanto que son los sostenedores del Estado.

Más de una vez, me he dicho: «¿Qué sucedería... si, cansados de soportar esta situacion ignominiosa, abandonasen el arado?» El pueblo entero, cargado actualmento de deudas, vendríase abajo, y entre las ruinas, nos veríamos otra vez en el caso de mendigarle á Chile su harina para comer pan; sostiene hasta la nacionalidad, porque, insolventes, la intervencion extranjera se apoderaría del gobierno, dándole nuevo rumbo al porvenir,--pero, sin entrar en la ficcion, apreciemos su estado: es incompatible con su gigantesca accion, patriótica y trascendental, y nuestro sistema republicano.

Nada más anti-económico, porque el colono, amparado y protejido por la autoridad, produciría en progresion doblemente creciente, y los desiertos irían convirtiéndose más pronto en colonias. Todo lo que es contrario al pueblo, tiene que ser perjudicial tambien al Estado, porque el Gobierno no es sino el pueblo mismo gobernándose; evolucion que no entiende la autoridad, porque, no teniendo orígen popular, no conoce más que la tradicion española, monárquica, autoritaria, esencialmente despótica. ¡Los desastrosos efectos económicos de la mala política! —me he dicho más de una vez. Los atribuyo, en las provincias, en primer lugar, al sistema federal, porque á medida que más se aleja el pueblo de la plaza de Mayo, más se haya desamparado de los beneficios y sujestiones de esta incipiente civilizacion. ¡La autonomía provincial!; esto dá lugar, so pretexto de descentralizacion, propio Gobierno y comuna, á establecer en provincias despobladas,

gobiernos, cámaras y municipalidades, á semejanza de lo nacional, para que sus pobladores, sin hábitos de trabajo, conviertan tambien la política en industria para pasar vida regalada y dormir siestas más tranquilas. Como todo es lógico, los tales parlamentos, generosamente rentados, en vez de ser científicos, artísticos é industriales, legislando sobre caminos, puentes, colonizacion, sementeras, ganadería, alambrados, marcas, abrojos, sarna, pestes en los ganados y demás detalles de la agricultura, se ocupan de política, — si es posible dar tal nombre á esta eterna vida de intrigas y chismes sin otro ideal que el de perpetuarse en las bancas á costa del pueblo y debilitarlo á fuerza de impuestos para dominarlo mejor. El gobierno provincial, despues de imponer al colono cuanto impuesto se le ocurre, se lo pasa á la Municipalidad, y ésta, bajo el nombre de patente, grava cuanto puede, y así, de mano en mano, vá á caer completamente trasquilado en manos del Juez de Paz y Comisario de la localidad, que terminan por quitarle su libertad. Con el pequeño comercio é industrias, pasa lo mismo, y estoy cansado de ver á comerciantes de villorios, que apenas pagan veinte pesos de alquiler, cerrar sus puertas para escapar á diez patentes conjuntas, que, por el sistema acumulativo, de reciente invencion, ascienden á setecientos pesos.

Así la agricultura y la ganadería, que son la principal fuente de produccion nacional, dependen al fin del juez de paz y comisario de campaña, que son, en su generalidad, malos ciudadanos,— muchos de éllos, amparadores de criminales, —retardatarios de la vida económica, — pero como el colono, por representar el trabajo y la virtud, vale más, triunfa al fin, esperando y arrastrando al país á grandes destinos. Estas son las causas político-económicas, que retardan, á mi juicio, la ci-

vilizacion en el desierto, despues de haberse luchado tres siglos por expulsar al salvaje. Arrancado el indio del seno inmenso de la pampa, háse visto que hay otros obstáculos mayores para su civilizacion, y que las democracias inorgánicas producen, en sus evoluciones, más barbarie que la civilizacion indígena, humilde, esencialmente cándida, que sólo se rebela para defenderse.

El mayor mal social de la ausencia de la libertad no está en la falta de los derechos, sino en la conciencia de ese estado, que raya en esclavitud. No poder, no es tanto como saber que no se puede, y considerar imposible la seguridad de la persona, de la familia, del honor, del hogar y de la propiedad, es vivir sin la conciencia de la fuerza, que hace del hombre un ciudadano y de éste un sér libre y eficaz en el propio gobierno de la democracia. Hemos visto á muchos colonos despojados de su propiedad y á ótros, venderla, cambiar de pago,—huir para salvar la vida y el honor de su hogar de las garras de un comisario arbitrario,—que, por nuestro sistema de gobierno, es un déspota, hinchado de facultades arbitrarias.

Un desierto libre y civilizado es una de las obras más dignas del progreso humano. El colono, que es el obrero de las colonias, no es un sér abatido por el trabajo sin horizontes, subyugado por la suerte y resignado ante un triste destino; es un ciudadano rebosante de derechos, fuerte por su ejercicio, reanimado por el aire libre y el trabajo, altivo por la conciencia de su fuerza, activo, emprendedor: una rueda eficiente en la inmensa máquina,—porque es el soberano, el pueblo, mientras el Juez de Paz y el Comisario son, por el contrario, sus súbditos, que le sírven, respectivamente, para llenar el fin de su institucion. Su vida, su familia, su propiedad y honor están garantidos; tiene la conciencia de ello, y esta segu-

ridad lo hace libre, felíz; trabaja, lucha con ahinco, y como los impuestos son moderados, se apresura á abonarlos con el mayor placer. La autoridad, en vez de perseguirlo, lo proteje, lo defiende, y él, al ver en élla su amparo, la imágen de su propia libertad, la ama y la busca para fortalecerla en lugar de odiarla y desampararla.

¡Y los efectos sobre la vida privada de este estado de civilizacion, producida sólo por la libertad! Basta atravesar el *Far West*. Los caminos están cuidados más por los colonos, que comprenden, en su soberanía, que son más de éllos y para éllos que de la autoridad, y se complacen de libertarla de éstas y otras tareas materiales, á fin de que tenga más tiempo para cuidar las personas y bienes y hacer justicia. Las chacras parecen granjas; al entrar por la puerta enrejada, atravesais un jardín engalanado de flores, y entre algunos pinos, álamos ó acacias, veis un chalet; sí, amado lector, un chalet, ni más ni menos que los de las barrancas de San Isidro ó Mar del Plata; pero lo que más os impresiona, si ansíais ver gente culta, es oír, en el silencio aletargado del desierto, las voces de un piano,—sí, unas arias de Beethoven ó Weber arrancadas por alguna mano marfilina.

¿La estancia de algun potentado? No,—de un colono. Ahí está, de botas y saco en vez de en mangas de camisa, sentado en su escritorio, mientras su hija estudia el piano. Fuma su pipa y lee una revista ilustrada de agricultura ó literatura hasta que baja el sol; la sala está llena de bibelots,—el comedor es confortable,—los dormitorios brillan de higiene; por todas partes, juegos, hamacas, pájaros en jaulas,— estufas encendidas en invierno,—y en los pasadizos un olor á pan y manteca, que anuncia hogar, salud, abundancia. A la tarde, este colono sale en sulky á observar los peo-

nes; á la noche, toca el piano, canta y juega en la sala con sus hijos,—los sábados á la noche va al club de la colonia, y el domingo, despues de misa, se recoje en el hogar á descansar y leer. Esta es su vida, desde que se trata de un sér civilizado,—mientras que en nuestras colonias, un colono es un pária cubierto de harapos en un mísero rancho, embrutecido por el trabajo, hambriento casi y rebajado ante su propia conciencia.

¡Cuántas veces al ver la miseria donde debía reinar la holgura, no me he dicho: «¿cuándo será nuestro colono como el norte-americano?»,—porque todo hombre que produce y gana, tiene derecho á descansar y vivir bien. La civilizacion educa, refina, ilustra, haciendo al sér más prepotente y apto para civilizarse aun y ser una fuerza del progreso general. ¡El día que estén así nuestras colonias! Llegará..., aunque no lo esperan sus moradores, y entonces, en vez de ranchos al rayo del sol, admiraremos, entre el boscaje, chalets, que nos parecerán mansiones de sibaritas y que no serán sino de colonos.... civilizados, porque todo el mundo tiene derecho, deber á civilizarse. La civilizacion es el mundo natural del hombre libre, y la produce como la abeja la miel, para que le sirva despues de alimento. Es lo que el aire para el pulmon, lo que el agua para el pez: su elemento propio.

El colono yanky, sin poseer más tierra que uno de los nuestros, tiene, para su servicio, peones, — y aunque tambien ara, siembra, siega y trilla, queda más para la direccion de las operaciones, — porque en Estados Unidos estas cuestiones son científicas y artísticas. Estos puntos se discuten en los clubs, los tiene en las revistas y trata de practicarlos. Los peones, cuando llegan á colonos, tienen experiencia, y la agricultura, como todas las demás industrias, es conciente y obra de los conocimientos. El trigo, una vez producido, es

una mercadería, y el colono, impulsado por el comercio, se hace especulador: vende directamente su propio producto, ahorrándose intermediarios, y lo compra á otros cuando cree bajo su precio, guardándolo para venderlo despues. La ganancia es segura, porque no es jugador de bolsa, y si la suba tarda, el trigo la espera tranquilo en el galpon. ¡Qué diferencia de nuestro colono, á quien los acopiadores le marcan precio y vése forzado á vender por sus necesidades! El yanky, además de independizarse de estos zánganos, pone en juego su espíritu, acostumbrándolo á la lucha comercial, que principia por defender el propio producto para arrojarlo en las sendas especulativas que virilizan y desarrollan el instinto de conservacion y defensa; se hace, en el desierto, hombre de ciudad, comerciante, acostumbrado al juego de los negocios, que traen tambien el flujo y reflujo del espíritu, sacándolo del estancamiento y melancolía de la soledad. Su figura es su biografía: parece un mayordomo, y, científicamente, no sabe más que los de su oficio, mientras nuestro colono parece su peon.

La civilizacion no penetrará en las colonias sino por medio de las escuelas de agricultura. En las provincias agrícolas, — como Buenos Aires, Santa Fé y Entre Ríos,—deberían instituirse á la brevedad posible. Mientras hace discípulos, que despues serán ingenieros agrónomos, profesores competentes, podrían dar conferencias en las aldeas, enseñando la manera científica de proceder en las diversas operaciones de las sementeras. ¡Cuántas veces, al ver reunidos de noche á los rusos en sus escuelas, no hemos pensado que, escuchando lecciones sobre sus faenas, les sería más provechoso que discutir sobre precios fantásticos del trigo! Pocos chacareros necesitan más la voz de la ciencia y la experiencia que el ruso, y tales conferencias, condensadas al fin en consejos é instrucciones, pu-

blicadas y colocadas en carteles en los caminos coloniales y repartidas profusamente por los Jueces de Paz y Comisarios en vez de rebencazos, producirían en todas las aldeas y ranchos de la redonda un efecto económico maravilloso, que se traduciría en aumento de la produccion del cereal y de impuestos,—de modo que tambien la autoridad ganaría..... lo que tanto desea. El colono no hace más, ¿acaso porque no puede? Porque no sabe. Tódos sabemos lo que, entre nosotros, es un colono, — un sér que, por lo general, no ha podido ser nada mejor, — y muchos de éllos, desesperados, se han entregado á la labranza, sin darse cuenta que han caido de bruces sobre una mina de oro, —pero que, como á todas las minas, hay que explotarla. Por que sea de oro, no basta alargar la mano; reglas preceden á la labranza y la siembra; conocerlas, para practicarlas, he ahí todo el secreto, y divulgándolas se impulsa el progreso público.

En cuanto al beneficio moral, la capacidad del colono se elevaría,—dignificándose, en primer lugar, porque sabría lo que iba á hacer en adelante y por qué, y no reducido, por imitacion, á arar mientras apura á los bueyes, y despues á sembrar y esperarlo todo del cielo, sin armas para defenderse de sus inclemencias y peligros ¡La civilizacion por medio de la ciencia! — direis. Es que es su instrumento natural, y así como el desierto no puede civilizarse sino por el hombre, éste tiene que principiar su regeneracion por la parte moral, que es la fuente y direccion de todos sus actos. La diferencia que separa á nuestro colono del yanky, está en lo que éste sabe de más, que lo hace conciente, científico, industrial, sistemático en todas las operaciones del cultivo, y económico en todos los aprovechamientos. Es un ciudadano en el desierto, con toda la ciencia y experiencia urbanas,—libre y apto para gobernarse y gobernar, y, de consiguiente, respetado por los Jueces de Paz y Comisarios.

Nuestro colono, por su ignorancia, es demasiado afecto á la gran cultura. Como á élla se presta admirablemente el trigo, obra de caridad científica sería hacerles comprender que hay otros cereales importantes, porque su superabundancia trae además el abaratamiento y crísis en los mercados. El centeno, tan usado en Rusia, produce una harina más nutritiva y propia de las clases obreras y menesterosas; sembramos poco lino; descuidamos completamente la cebada; la avena nos es necesaria, y la alfalfa para el Brasil, Africa del Sur y Europa sería forraje de gran exportacion. El tártago y el topinhambur apenas se han ensayado, y están llamados, juntamente con numerosas plantas forrajeras, á ser productos industriales.

El pequeño cultivo, propio de los chacareros, está muy descuidado. Limitado á sembrar para el consumo de las localidades, apenas se dedica á las legumbres vulgares para venderlas al menudeo, dando así lugar á que el Brasil nos importe porotos,—España, garbanzos,y Chile,lentejas, como si no tuviésemos tierras más ricas. ¿Qué nos falta: ¿brazos, cabeza? Lo de siempre: saber, — el saber conciente, que civiliza y produce las iniciativas. Estoy cansado de ver villorios sin lentejas, garbanzos, ni porotos, porque no los recibieron aun los almaceneros de Buenos Aires, cuando los chacareros podrían producirlos, y en vez de venderse como polvo de oro, éllos y los menesterosos principiarían por gozarlos en abundancia, libertándose de la esclavitud de su escasez. Estas sementeras entrarían en el gran cultivo, introduciendo mayor variedad en la colonizacion, y el colono, así como lleva trigo á las Estaciones, descargaría tambien en los wagones centenares de bolsas de porotos, garbanzos y lentejas, y se vulgarizarían desde la pulpería de campaña hasta el almacen por mayor de la Capital Federal.

El maiz de Guinea, para escobas, – el alpiste y la semilla de nabos, son tambien demasiado caros por su escaso cultivo. Necesitamos más criadores de semillas, para aumentar las arboledas en las poblaciones de la campaña, y abaratar las legumbres y las plantas, porque ninguno de estos productos, en nuestro extenso y feraz pais, debe ser artículo de lujo. Es tiempo tambien de principiar á emanciparse de la importacion de yerbas medicinales, cuyas plantas podemos cultivar tan bien ó mejor, desde la malva, la amapola y el tilo hasta el ruibarbo, las cortezas, las hojas y las resinas. ¿No es un delito importar productos que crecen hasta en las zanjas de los cercos? Muchas veces nos morimos por no tenerlos, como un castigo á nuestra negligencia.

¡Abajo la ignorancia, para que, en cambio de la importacion, se abran mercados á nuestros propios productos! Las máquinas libertan del esfuerzo físico al hombre, para que no haga el papel de buey, pero no pueden darle ciencia. A él, que tiene cerebro, le corresponde asimilarse los adelantos actuales, que son la experiencia del género humano, para producir más y mejor en menos tiempo.

He visto llegar la autoridad hasta la crueldad. La cosecha anterior, por las repetidas lluvias, fué nula; las trilladoras se retiraron de las parvas, porque apenas salía triguillo, y sus dueños entonces pidieron que se les exhonorase de la patente, desde que se la imponían como un impuesto á lo que ganarían trillando. ¿Creis que accedió? ¡Qué esperanzas!, — y á los que no tuvieron con qué pagar, se les embargó hasta la vaca que criaba á sus hijos, mientras el proveedor, el locador y el propietario que le vendió la tierra á plazos, no pensaron siquiera en demandarlo. El sentimiento público, en la autoridad, se petrifica, — como si

fuese una cumbre en que se helase el corazon, — debido principalmente á una teoría falsa del poder, creyéndose que ha nacido para perseguir á séres inferiores, maltratarlos y donde es lujo la perversidad. ¡Estamos muy léjos aun del principio, que comienza por establecer que no hay nada superior al ciudadano y que la autoridad no es sino su amparo y protector!

¿Y quién merece más justicia y seguridad que el colono! Aparte del respeto que merece su obra nacional, tiene que luchar contra la langosta, la isoca, el bicho moro, las heladas, el granizo, las lluvias, la seca, que, en un instante, le destruyen los esfuerzos y esperanzas del año. La naturaleza no ayuda generalmente: si llueve, es exajeradamente, y si no, hay seca, quizá por la variabilidad de nuestro clima. ¡Pobre colono!, — y todavía el hombre, su hermano, so pretexto de ser autoridad, lo aniquila, lo empuja al abismo..... ¡Pobre autoridad tambien!, porque si comprendiese sus propios intereses, lo ayudaría, velando por su libertad, defendiéndolo contra todos los peligros, porque entonces produciría más impuestos,— que son su sueño agitado, su delirio.

Las inclemencias del tiempo no vencerán nunca al colono, porque aunque la langosta le haya devorado todo, quédale la chacra,—el rancho, que es su hogar,—la familia, fuente de afecciones,—su caballo y la vaca lechera. Lo mejor, pues, es entrarse adentro y volver á empezar otro año, confiado en la bondad divina, que abandonarlo todo é ir á correr tierras. ¿Qué le esperaría? Contraer el vicio de la bebida en las pulperías y expirar embrutecido en una zanja. La cobardía de la autoridad, al valerse de esta ocasion para continuar su sistema gubernativo, es irritante, porque las colonias no son reducciones de esclavos. ¡Pobre colono, ¡quiera Dios que le vengan días de libertad! Los merece más que los habitantes de la ciudad.

XV

CUADROS

Al pasar por una chacra, vemos, bajo los corredores, algunas mujeres y niños tristes, llorando. En la puerta del rancho, se apiñaba la gente.« Se muere el viejo Forkwiller», —díjonos un individuo que se paseaba por el alambrado. «¡La muerte de un colono! Debo ver este cuadro»,—díjeme,—y bajo del sulky. Enseguida estaba en la pieza entre la concurrencia, compuesta de su familia, nietos, parientes y colonos que había mandado llamar para despedirse. Era un anciano de setenta y cinco años, — el primer colono ruso que pisó Entre Ríos; lastimóse una pierna con la segadora,—se la cortaron en el Hospital,—gangrenósele, y sintiéndose morir, hablaba en su idioma de esta manera, que un intérprete tradújome despues:

—«¿Qué os importa que las ciudades se rían de nosotros? Trabajad la tierra,—no hay mejor fruto que el de la planta regada con el sudor del rostro. Tal dice el Evangelio.¡Somos los hijos predilectos del Señor! ¿Quereis ser más? Todo nos lo dá su cielo: el agua que riega, el calor que germina, la luz que depura, el frio que sazona y la helada que endurece el grano, y si la seca, el granizo y la langosta nos devoran en una hora la fatiga y la esperanza de todo el año, es para dejar, por castigo divino, sin pan á las ciudades,—porque á nosotros nos sigue dando la oveja su vellon, la vaca su leche, la abeja su miel, la huerta sus legumbres y

la familia el amor, con que continuamos la vida, sanos y felices, sin zozobras que turban el corazon, desde que el propietario y los acreedores, para quienes sería el dinero, esperan y esperan siempre. No abandoneis el campo; el trabajo os asegura el descanso y el sueño; el sudor depura el cuerpo,—el amor, las penas, y las ráfagas, los sueños de la frente. Creced y extendéos en la comarca. Amáos, para que seais unidos, fuertes; respetad para ser respetados, y así salvareis vuestro derecho. Yo os he dado el ejemplo: fuerte con los poderosos, he sido bondadoso con los débiles,—he cerrado mis oidos á la intriga, he aplastado la zizaña con el pié, y á la maledicencia, he opuesto el silencio. Tendreis entonces rosadas albas, mañanas frescas, días dorados, tardes apacibles y noches celestes y cristalinas; la luna os hará soñar con la fortuna, en álas de la esperanza, desde el alero de la choza, y los astros, en la noche densa, callada, calmarán el alma con efluvios de luz en la nostalgia y las inquietudes del porvenir. Sed justos, honrados y bondadosos. Así conocerán tódos que ereis cristianos é hijos, parientes y amigos míos. Que la ambicion no turbe vuestro cerebro; ¡dejádla para los desgraciados habitantes de la ciudad! Contentaos con ser felices,—hacer bien es el supremo goce,—y si eres una víctima de la injusticia, allá está Dios: os premiará con las primicias de los elejidos. Perseguid la langosta, la izoca y el bicho moro; no asusteis á los pájaros, para que rodeen vuestra choza y eduquen con sus cantos á los niños; dad el pienso al caballo,—palmoteádlo,—y sembradle cebadilla y avena en el otoño. Cuidad los viejos bueyes. Sería una ingratitud venderlos al carnicero por que están cansados de haber arado toda la redondez de la tierra que abarca la mirada. ¡Todo se lo debemos á éllos! ¡Dejad que mueran á vuestro lado, y despues de cosechar el maiz, dádle la chala, que tanto les place,

á manos llenas! Orad, tened fé y esperad. El trabajo conquista al mundo, y el bueno, al cielo. Esta tierra es la patria de todas las razas oprimidas, y, como yo, no ceseis de escribir á los compatriotas y llamarlos á arar estas llanuras fecundas. Si hoy hay comisarios apaleadores, jueces venales,—mañana habrá justicia, seguridad. Esta parte de América, por su extension, clima y feracidad, ha nacido para la libertad. Os bendigo. Dios os guarde. ¡Adios!—y al decir esta última palabra, un síncope lo dejó sin vida, exánime.

Tódos lloraron,—múchos sollozaron, y ¡qué coincidencia!, sentí en ese instante un ruido en el techo de paja, cómo si el alma, al desprenderse del cuerpo, se abriese paso,—y cuando salí afuera, sofocado, emocionado, parecióme que un giron de nube, que volaba á las alturas, era el espíritu del viejo colono que ascendía. La tarde había palidecido; hasta las aves estaban tristes y desfilaban hácia la higuera en que dormían,—y el sol, en homenaje á esta muerte en el desierto, tambien moría entre llantos y lágrimas de fuego. Pasada la impresion, estaba, contra mi sensibilidad, tranquilo, contento casi, porque me convencí de lo que siempre creí: que la muerte, para una vida virtuosa, honrada, es sublime, divina,—y aunque se tratase de un sér querido, nadie había derramado una lágrima, porque creeríase ofender á Dios, que otorgóle todo: salud, felicidad y ancianidad, para llamarlo despues á su seno. Recuerdo que me dije: «morir bien es el premio de la vida digna»,—pero estos cuadros, lector, solo se ven el desierto, en ese campo regado por el sudor, y madre de la virtud y la bondad.

———

De mis intrusos, quedó hasta ahora un viejo para cuidar una punta de campo, y el *canon* abo-

nábamelo en pavos, patos, gallinas, huevos, etc., etc. que tenía que volver á regalarlos por falta de cocina. Un dia le pedí que suspendiera sus inútiles obsequios y me trajera en cambio un venadito recien nacido. Díjele que había por donde el vivía. «Están asustados. Antes su campo estaba lleno de éllos y bajaban á beber al arroyo de Los Bayos. Hace treinta años, cuando la gran seca, venían de madrugada en tropillas hasta las casas á tomar agua en el balde y charcos de mi pozo Hay que elejirlo de másafuera.»—dijo,—y como si le hubiese pedido el lucero del alba, quedóse pensativo y con la barba apoyada en el rebenque. «¡Tengo que ir á Las Ceibas!»—exclamó, yéndose cavilando para qué querría el venado.

Unos tienen perros,—ótros, gatos,—aquéllos crían pájaros, para recibir, en cambio de cuidados, afectos sinceros, caricias y miradas puras. Un cachorro de San Bernardo, blanco, con manchas rojas, echado en la alfombra, es sin duda un espectáculo hermosísimo, lujoso, y un escritor no puede tener mejor compañero que un gato barcino, durmiendo en el escritorio. Me direis que el color negro es más bello,—pero es vulgar,—gato de viejas,—y yo os hablo de gato de hombre: bien manchado, rayado en las paletas, —un gato montés,un tigrecito; pero ambos animales contraen enfermedades contajiosas, de carácter infecioso,—son sucios, pulguientos, y el perro está muy desacreditado por andar atras de los degenerados y misántropos. Debido á nuestro servicio doméstico, que, en vez de limpiar, todo lo rompe, creo que la vida debe simplificarse y reducirse á lo indispensable. Es un dolor, porque el sentimiento estético se apaga, pero peor es ver cuadros, espejos, bronces hechos pedazos por sirvientes, que no han aprendido en su tierra sino á cuidar cerdos; con todo, el venadito se me asomaba de vez en cuando por la ventana

de mi cerebro, incitándome con sus pupilas diáfanas y lujuriosas, y me dije: «¡Esta es la ocasion de llenar el viejo antojo!» Yo lo iba á cuidar.

«¿Para qué lo quería?» ¡Para que lo quería! Para criarlo, alimentarlo, cuidarlo y que me sirviese de perro. Viviría en el jardín de mi casa, y, domesticado, se pasearía por los patios, subiría á visitarme á mi biblioteca, lo acariciaría, le pasaría la mano por sus dorados lomos, le refregaría su cálida y blanca barriga, le admiraría sus ojos de gazela, lo abrazaría, acercaría mi nariz á su precioso hocico para sorber su respiracion,—me entregaría en la soledad, en fin, al idilio más extático y amoroso. ¡Oh, delicia, cuando, sentado en el sofá, teniéndolo de frente y con sus manos sobre mis rodillas, admirase su níveo pecho, su frente vivaz y su espléndida cornamenta, crecida ya, enramada como un arbusto! Castrado, criaríase manso, grande, esbelto, brillante y sin la peculiaridad de su olor fuerte,—pierde la nerviosidad, los movimientos bruscos, salvajes, y se pone dócil, sociable. Tocar sus manos delgadas, delicadas, flexibles como el acero, con las que salta pajonales y dispara cual huracan,—extasiarme ante su color ruano, verdaderamente ruano, que se apaga en las berijas,—¡qué delicia!—y de la fruicion, se me hacía agua la boca.

Al entrar, cansado, á mi casa, ¿cómo iba á comparar su recibimiento en el patio con el avance rudo y grotesco del perro, que os ofrece una mancha por caricia! El se limitaría á acercarse,—estiraría su perfumado y elegante hocico para que le diese un caramelo, — contentaríase con olerme la mano y sentir su calor, — y yo me sentiría felíz, con el alma límpida de las preocupaciones y discusiones de la calle, al mirar sus ojos, su frente y sus espléndidos cuernos. ¡Abajo los perros y los porteros, inútiles porque se duermen en los zaguanes y principian por ignorar el nombre del patron!

No alzaba la bandera del venado popular, porque la bota de potro no es para tódos,—pero su crianza y compañía en Buenos Aires estaban decididas con el prospecto del más cortés y delicado trato. ¡Me envanecía cuando recordaba la impresion que sentiría un amigo, al abrirse la puerta cancel, ante su *distínguida* figura! Teníale elejido el nombre, un nombre corto y fuerte: Giaour, en homenaje al magistral poema de Byron.

Al año, en una madrugada de Mayo, despues de una gran helada, me dice Pedro: «Ahí está el viejo.... Trae no sé qué cosa para Vd.» Yo no me acordaba del encargo, y como se lo había ocultado á Pedro, ni se imaginaba lo que podía traerme el intruso. Estaba en cama algo resfriado, y no me iba levantar hasta tarde. «¡Qué entre!» Llegó el viejo echando bocanadas de vapor de agua, tembloroso, alegre, envuelto en un poncho, y al desenvolverlo, me presenta un animalito. Parecía un cordero. «¿Qué es esto?» «El venadito que me encargó.» Lo examiné bien. Tendría un mes, estaba castrado y le asomaban las puntas de las astas, — ruano, — era sedoso y brillaban sus ojos orientales. ¡Tal cual lo soñé! Díle las gracias al viejo,—lo puse entre mis cobijas, porque estaba transido de frío, — paséle la mano por la frente, para adormecerlo, y lo estreché entre mis brazos, exclamando: «¡Giaour, Giaour, eres mío: ¡cuánto no te voy á querer!»

Compréle un collar, y lo tenía atado bajo del corredor del patio. Allí estaba su pesebrillo, y en los instantes desocupados, lo traía á mi cuarto para nuestros ensayos de sociabilidad. ¡Nada de campo!; ni que lo mirase, para que, acostumbrándose á ver casas, piezas, personas, cosas y cuanto hay en la vida civilizada, olvidase el maldito desierto y perdiese los instintos salvajes. A sus movimientos bruscos, nerviosos y ansias de dis-

parar, decíale: «Chist», pasándole, como un evangelista, la mano por el lomo para serenarlo. ¡El azúcar!; — os lo recomiendo, lector, como el mejor instrumento de domesticidad. Gustóle tanto, que, en cuanto me veía, alzaba el hocico para que le diese un terron, y por élla me miraba con sus sublimes ojos y me seguía donde quiera como un perro. Era, — estoy seguro, — la causa de todo su cáriño; pero ¡qué me importaba que hubiese, en el fondo, egoismo! Teníalo prisionero,—era mío,—se alimentaba, recibía la comida de mi mano,—era dócil, aseado,—se amansaba cada día más, era sociable,—soportaba mis caricias, ponía sus manos en mis faldas y oía mis consejos. ¿Qué más quería de un animalillo, que andaría, por el contrario, saltando por los pajonales! ¡Ya veis! Gané la batalla, y estaba todo preparado magistralmente para presentarme en mi casa con el nuevo huésped. Sólo había una nube en el cielo: que mi esposa, — ese Congreso del matrimonio contemporáneo, — protestase al verme entrar por la puerta cancel en su compañía. «¡Una excentricidad!»

La vergüenza, como tu comprendes, lector, no era por mí, sino por él: jóven y delicado huésped, qué se le hiciese semejante recibimiento!, — pero estaba seguro de vencer y vencer convenciendo, porque aunque muchas esposas dominen á sus maridos, sugestionadas y relegadas á las cuatro paredes de sus casas, creen siempre que el suyo, juzgándolo al tavés de un noble interés, es el personaje más importante de la ciudad,—indudablemente para éllas. Desconfiado del sentimentalismo, no me atenía sino á un discurso que llevaba preparado, digno de Demóstenes, en que le probaba, como tres y dos son *seis*, que el venado era la elegancia suprema de un hogar, necesario, indispensable y suplía con ventajas al perro y al más despierto de los porteros, — y ya me parecía que bajaba en la dársena, tranquilo, sonriente, con Giaour á mi lado.

Una noche, al llegar de una colonia vecina, voy al corredor, y no lo encuentro. En cuanto vi un pedazo de soga atada al pilar de fierro, me dije: «¡Se ha escapado!»—y el corazon redobló. «¿Y Giaour!» Le mostré á Pedro el pedazo de soga, y ante la rotura fresca, golpeó el suelo con el pié, haciendo un gesto de pesar. Comprendí que todo estaba perdido, porque era como agarrar el relámpago, una exhalacion, el viento, el huracan. Inquirí: La mayor parte de los moradores de la casa, dormían, y los ótros, nada sabían. ¡Lo que pasa siempre: ¡nadie sabe nada! No me aflijí, porque despues aparecerían los cuentos y los chismes. Así fué: al día siguiente, úno me dijo que un perro lo había asustado, — ótro, que un gato, — aquél, que lo notó muy nervioso y exaltado,—en fin, decidí no revolver mis sesos buscando la misteriosa verdad. ¿Para qué! No tenía objeto. La curiosidad, á cierta edad, no existe, y me bastaron la soga rota, su pesebrillo solitario, los restos de su comida y, sobre todo, mi corazon vacío, para saber que había partido,—que se había huído.... para siempre, —« porque ¿quién lo agarra ahora!—me decía. Vino el instante de la culpa. Me la eché á mi mismo, porque «Giaour, en turco, significa infiel,—y predije, con tal nombre fatal, esta desgracia», — me dije,—y sentí que el venadillo se derrumbo barranca abajo en el terremoto de mi fantasía, tumbando así anforas, candelabros de bronce, záfiros indianos, jaspes, caballos árabes, circasianas, maderas perfumadas y mármoles, como mi sueño hubiese sido uno de los tantos bienes estéticos que se han ambicionado para encantar esta vida desolada. ¡Mentira, no,—¡no faltaba mas!, y para convencerme, me asómé al patio y ví la rotura de la soguita, tan fresca con mi dolor, que cayó en mi alma como una negra flor, muerta.

Me puse, entre tanto, en la puerta de mi cuar-

to: la noche, negra, densa. La huida ,«¿era de mala fé?» Era lo que me preguntaba, en la sinceridad de mi dolor, para, en tal caso, no sufrir,—y me fuí á la otra pieza á consultarle á Pedro,—á conversar, para consolarme,—porque debía ser hasta especialista en venados y sobre todo en venados escapados, pero,—sér feliz,—dormía, rendido por el viaje, como un liron. Cuando, por no sufrir, pensasaba en otra cosa, me parecía que lo olvidaba, — que lo había olvidado ya, y como lo tenía aun caliente en mi espiritu, sufría más, y volvía á acordarme de él como un consuelo, tanto más cuanto podía cojerlo, voverlo á ver y ser nuevamente mi compañero... A cada ruido, pareciáme que me lo traían. Poco dormí esa noche. Al día siguiente, tódos me hacían esta pánfila pregunta: «¿Y Giaour?», —terrible, porque su solo nombre me traspasaba el corazon. ¿Por qué no disculparlos! Tódos lo querían: ¡era el encanto de la casa! Del tamaño ya de un perro de terranova, tenía dos pequeñas ramas de cuernos. ¡Qué edad para perderlo! . . . . Me acordé de un dominó azul, que, en un baile de máscaras de mi juventud, asustóse de un escándalo en el teatro, yéndoseme de entre las manos, despues de hacerme soñar con sus ojos profundos, dientes marfilines y voz arrobadora en una noche de fuego, embriagadora, dejándome en la oscuridad del antepalco, solo hasta ....ahora,—con la diferencia de que á él sí habíame propuesto cojerlo en toda regla. Paséabame, sombrío, por los alrededores de la casa, riéndome de los que me preguntaba por Giaour, porque me decía: «¡Ya lo verán otra vez»,—y en cuanto se levantó Pedro, comuniquéle mi proyecto.

A pesar de ser mi consejero campestre, fué al fin,— no sé si por no discutir,—de mi opinion, y resolvimos partir á la tarde, acompañados de dos gauchos, en busca del venado. Tódos iban

con lazos y boleadoras. Yo tambien iba á caballo, de gefe, como autor de esta partida de caza, para echar pelos en la leche. Galopamos diez leguas en todas direcciones, y como nos dijeran por San Antonio (1) que esa mañana habían visto pasar una tropilla de venados en direccion á la costa del Gualeguay, regresamos para ir allí al día siguiente. ¡Espléndido día! Vimos, en los caminos, varias gamas y venados; en un monte, cerca de San Antonio, encontramos una tropilla, — á medio día, en el bajo de una cuchilla, — ótra, — despues, otras tres más. En ninguna lo divisamos. Estaba de ello seguro porque lo reconocería como á un hijo, á la legua. ¡Bueno fuera que no, despues de cuidarlo y alimentarlo con mis manos ocho meses! Cansados, desanimados, creo verlo á la tarde disparar como un relámpago entre otra tropilla. «¡El es!»—les grito. «¿En qué lo reconoce?» «¿No le ven el collar! Arrastra todavía un pedazo de soga....» No dudaron, — y los gauchos, al ver la presa, se entusiasmaron. Ya les parecía agarrarlo, y esa conviccion me alegraba. Tiró úno las bolas: ¡Nada! Enseguida ótro. ¡Le erró! Yo iba detras, pero á la carrera. Siguió la persecucion. Llegó un momento en que la tropilla, rodeada de trigales y chacras, no pudo avanzar más por temor de las poblaciones. La cercamos. Los dos gauchos corrían, y yo con Pedro, atajábamos. Uno de aquéllos le tiró otra vez las bolas: le erró, — pero exclamó: «¡vá manco?» Sin duda alguna pisada de los ótros ó golpe de bola. Pedro avanza y le hace otro tiro: erra, y el otro gaucho, al verlo que cruza en su direccion, lo corta y le arroja el lazo. Bastóme verlo dar para atras una vuelta en el aire, para comprender que había sido cojido, y me di-

(1) Río del Departamento de Gualeguaychú.

rijí allí, rebenqueando mi caballo. Al llegar, tropezé y rodé. Sentí que caí sobre él, y que uno de sus cuernos se me hundió en el corazon. «¡Muerto!»,—me dije, entre el estrépito, la sangre, el golpe y el polvo.

Cuando abrí los ojos, me encontré, como Mazzeppa, bajo de una choza, en cama y rodeado de amables campesinos. Pedro estaba, por supuesto, á mi lado. Recordé inmediatamente lo pasado; asombróme no hallarme herido, y ví que todo no había pasado de un desvanecimiento, ignorando si fué de horas, de días, de un año ó de un siglo. Sentí que había tenido mucha fiebre, y por el silencio de la gente y la actitud séria de Pedro, que estuve mal. Quedéme en el lecho, y á la tarde, Pedro díjome que tuve delirio y que, de su cuenta, púsome sinapismos y ventosas en la nuca. De ahí provenía el dolor, que me tenía aturdido aun. «¿Y la herida?», — porque insistía en buscarme sangre. «Debe haber sido una impresion fantástica al caer», — me dije, — porque estaba con la misma ropa interior y no tenía una sola mancha. Al día siguiente, despertéme descasado, bien, y sentado en la cama, púseme á reir. «¿Qué sería, lector, de la vida, y sobre todo de la mía, tan perseguida por fantasías, temores y decepciones, si el alma, despues de los errores ó barbaridades, no amaneciese clara y radiante!» Tendría,—creedme,—la figura del Doctor Velez Sarsfield ó la del más ágrio espantapájaros, tiesa, dura, fría, sombría, amenazante. A carcajadas reíme, apretando la almohada, porque me acordé de un antiguo cliente, octogenario, que se pasó los últimos años de su vida persiguiendo y trayendo á su lado á la bella y jóven mitad con quien cometió el error de unirse. Igual papel hacía yo, desatendiendo mis negocios y yendo por los campos tras de un venadito ingraton, que no me quería, que detestaba la civilizacion y que pudo

ocasionar mi muerte,—por supuesto, todo sólo conmigo mismo, porque las gentes que me rodeaban, juzgando mi tarea por mi caida, seguía creyendo que se trataba de un asunto sério y muy racional. La humanidad, lector, es mejor de lo que la creemos, y bondadosa, hasta infantil, cuando mira las cosas al través del sentimiento. Seguí haciéndome la víctima, porque á lo ridículo *no hay sino un paso*, y si Pedro pispaba una sola carcajada mía, no contaría con su sincero auxilio hasta regresar á mi cuarto y para cuantas ocurrencias urdiese mi fantasía en lo futuro. «¡Yo debí hacer caso á mi sueño?»—exclamé, reaccionando. En efecto, lector,—desde que ví hace años en sueños la verdadera imágen de Stendhal, con sus anteojos, barba á lo Rawson y demás rasgos característicos, sin haber mirado antes siquiera su retrato, me guío por éllos, y no debí ir á perseguir á Giaour entre los pajonales y tropillas de gamas, porque en la noche de su huída soné que lo alcanzaba en una cuchilla, y al bajar, rápido, me decía, entre ótros, con su cabecita rubia: «¡nó, nó!» ¡Bien distinguí sus dorados cuernitos! Recuerdo que, lamentándose de mi obstinacion, exclamaba: «¿Por qué me quiere? ¿Para qué me quiere? ¡Vaya un antojo: ¿no hay bastantes cuernos en Buenos Aires!» Yo debí pensar en otra cosa ó encargar ótro, desde que el corazon me hacía entrever entre sombras la excursion,— y no eran sino las nubes de polvo de la terrible rodada.

Al despedirme, agradeciendo debidamente á tan buenas gentes su generoso trato, supe que estuve tres días en cama, y Pedro, al salir, me señala un cuero que yacía estaqueado en el suelo. Por los cuernos, todo lo comprendí: había muerto, estrangulado por el lazo. ¡No era para menos: ¡dió un salto para atrás de más de veinte metros de alto! Su pescuecito no era para tanto.... ¡Con razon, vis-

lumbré su ojo, blanco, de ahorcado, que me miraba como implorando auxilio! «¿Y él?» «¿La carne?», — preguntóme Pedro, porque sólo á élla podía referirme. Una encojida de hombros fué la contestacion, por no decirme que fué banquete de perros, — y mientras Pedro envolvía el cuero, seco casi, para llevarlo, á fin de convertirlo, como un recuerdo, en tapíz, me volví á enternecer, porque aunque se trate de fantasías, no así no más se arrancan de la imajinacion, sobre todo cuando las risas intermitentes no son sino espasmos nerviosos, relámpagos que iluminan en la senda del dolor. El sentimiento, lector, entre tantas fulguraciones, es lo único estable, que queda fijo en el alma, para honrarla y dignificarla, y hoy mismo, cuando pongo los piés en el cuero de Giaour, saboreo el encanto de su compañía, y subo sériamente con la fantasia, en su persecucion, las cuchillas doradas por el sol.

En Entre Ríos hay tan espléndidas y valiosas estancias como en la provincia de Buenos Aires, pero que las describan ótros, porque yo sólo me ocupo,—como sabes, lector,—de lo extraordinario, aunque sea fútil.

Una tarde entrábamos á pernoctar en úna del Tala, porque se nos había mancado el caballo. Notamos ausencia de animales de trabajo en la tranquera, — arreos tirados por doquier, y en los alambrados y en el pasto hilachas de lana, indicando que no se curaba la sarna de las ovejas. Un italiano, de rostro bondadoso y lleno de muecas, era el mayordomo, y nos recibió muy afablemente. Despues de llevarnos á la pieza donde debíamos dormir, salimos afuera. Habíamos ya notado muchos gatos, demasiados. En las piezas y corredores disparaban como exhalaciones. En el comedor, vimos sobre la mesa como una docena, tomándose

la leche de una fuente, y haciendo, cual monos, una porcion de pruebas por sorberse la que había en varios jarros y vasos. Fuímos, impresionados ya por este espectáculo, entre gatos, que brotaban y huían de refilon y de todas partes, á un vasto galpon.

El mayordomo nos llevaba allí para que lo admirásemos, porque era indudablemente lo mejor de la estancia. No encerraba sino restos de máquinas, cachibaches, bolsas vacías y restos de lana sucia.

—¿No siembran nada?

—No, señor.

—¿Y la majada?

—Allá está, — exclamó, con cierto desprecio.

Entretanto, los gatos pasaban, corrían, se subían, por los pilares, á los parantes y al techo; se descolgaban, se dejaban caer; ahullaban, se peleaban; se escurrían, andaban en tropillas, — hasta volaban.....

Placer denotaba el rostro del mayordomo, mientras yo estaba azorado, estupefacto, porque en mi vida habíame imaginado siquiera la existencia de gatería semejante. Ño pude menos de preguntarle, en broma, — si tendría quinientos gatos.

No, señor; habrá cuatrocientos.

Como nos contestó sériamente, nos miramos con Pedro.

Aquello era el colmo. Estaba escandalizado. «¿Dónde se ha visto, — me pregunté,—italianos de mayordomos en estancias?»,—porque hay nacionalidades refractarias á ciertos oficios. No dudé que nos llevó al galpon más para que admirásemos los gatos, y me expliqué el desprecio con que se refirió á la majada cuando le inquirimos su paradero.

Los gatos, mientras tanto, donde quiera que se iba, se escurrían, pasaban como ráfagas. Allí no había viento, sino gatos. Preguntamos por el dueño; era un Abogado que yacía en la Capital

Federal. Todo lo íbamos hallando lógico, porque no hay peores industriales y comerciantes que los doctores. A la noche, el mayordomo fuénos á visitar al cuarto donde dormíamos y principió á hacernos una disertacion sobre los gatos. Quería demostrar que era el animal más útil, inteligente y amigo del hombre. Hablaba un idioma, mezcla de español é italiano, en que todas las palabras terminaban en i; *ei gati ei uni animali*, etc. etc,.

Al día siguiente, pensando, con la luz del día, más juiciosamente, nos parecía la estancía, con todos sus gatos, un cuento, una ilusion. «¡Pobre propietario!»—me dije: «¿No merecía, por su descuido, tal castigo?»,—porque hay personas que ponen sus intereses en manos agenas y los abandonan. Al despertarnos, la gatería, con el nuevo día, estaba peor: nerviosa, entusiasta, terrible,—pasando, escurriéndose por todas partes, volando... Para mí, había, en el fondo, algo peor: el mayordomo estaba demente,—porque solo así se explica esta posposicion de las ovejas por los gatos, que se habían apoderado completamente de la estancia.

¡Basta!, — tú, lector, con mejores facultades, completarás estos *cuadros* de los trigales solitarios, si alguna vez os lleva á éllos el evento. Vereis cuan diferentes son del campo y la Estancia, y que un mundo nuevo se abre á nuestro pais incipiente y tambien á su literatura, por sus usos, costumbres y vida peculiares. Lo que llama primeramente la atencion es el silencio, tan inmenso como el desierto mismo, y sólo es interrumpido, en las buenas cosechas, por los écos de los cantos de los colonos en los caminos. «¿Y Pedro?» Le enseñé á escribir, á copiar, — á dirijir cartas por sí solo, — á hacer boletos de venta, recibir señas, sacar certificados, traer los compradores á

la Escribanía, revisar las escrituras y alistarlas para mi firma,—en cambio de tantas advertencias y consejos útiles que me trasmitió para darme vuelta en el campo y que no olvidaré jamás. Nos completamos mútuamente con nuestros conocimientos respectivos y hoy es un hombre en toda regla, de mundo y libre de la estafa contemporánea. Con mi trato solamente, además de progresar como en un ambiente social superior, me había copiado sin quererlo, resultando, por el contajio de las ideas, de los sentimientos, de las maneras y de los movimientos, otro yo, y causaba, entre los que lo conocieron, cierta hilaridad. «¿Se ha fijado como le ha tomado los puntos al Doctor?» —decían, para ridiculizarlo. No había tal; la trasmision de las modalidades se habían operado inconcientemente. Este fenómeno, en la soledad, es comun entre dos personas, y como he visto cosas más sorprendentes, me veía en él como en un espejo, con toda indiferencia, hasta en los instantes que hablaba, gesticulaba y hacía mis mismos ademanes. ¡Mi copia, mi reproduccion!,—pero eminentemente más simpático, porque carecía de mi expresion triste y ceño arrugado.

Cada vez que llegaba de regreso á la Capital, lo primero que hacía era bañarme, porque, sugestionado por el trigo, me parecía que hasta la epidermis teníala cubierta de él. Quedaba limpio de polvo y paja,—el alma tranquila, despues del descanso, con las nubes de algunos recuerdos, que bien pronto se deshacían, — pero, al mirarme al espejo, parecíame que me quedaba clavado en el ojo un grano de trigo. «¿Será la niña, que se hubiese torcido?» Me miraba nuevamente; nada. Me hacía mirar; nadie me veía nada. Sin embargo, imposible me era no creer que la tenía allí clavada..., hasta los pocos días, que me olvidaba, porque todo era sugestion. Era una especie de bolsa

de trigo, interior y exteriormente, que pensaba y caminaba, por tener igualmente cerebro y piernas, —y si no fuese por las distracciones del trabajo y la vida social, ¡quién sabe si, como tantos maniáticos, no habría concluido por que era realmente un grano de trigo que me hubiese tragado é ido á parar á la pupila! ¿No háse visto, por la idea fija, cosas peores! Yo conocí un dispéptico que vivía melancólico, porque creía haberse tragado una lombriz, que se alimentaba de sus jugos gástricos.

«¿Y mi colonia? ¿Cómo se llama?» Díle por nombre *Florida*, no en recuerdo de la calle que aplanan nuestros mocitos, sino porque forma parte de los famosos campos *Floridos*, que arrancan de Gualeguaychú para morir en el Uruguay. Respecto á la colonia, se está formando,—ha producido ya miles de fanegas anuales de trigo y lino, — y dentro de pocos años más, será, principalmente por sus elementos, una de las más civilizadas de Entre Ríos. Esta es mi satisfaccion, aunque, comercialmente, haya sido para mí un mal negocio, por haber tenido que vender las chacras debido á la langosta, las malas cosechas, la inseguridad, los impuestos y la crisis, por la mitad del precio de su costo, á largos plazos é inseguros.

Entre Ríos es la provincia más fructífera. Sin las inundaciones de la de Buenos Aires, tiene, en las costas de sus dilatados ríos y arroyos, magníficos campos de ganadería, y lo demás es incomparable para agricultura, poseyendo su suelo donde quiera una capa de tierra negra de 1.80 de espesor. ¡Parece increible! De clima algo tropical, abunda la sabandija,—la langosta llega con frecuencia, —las lluvias y las secas son desparejas, desproporcionadas, y cuando la cosecha está espléndida, aparece en Noviembre una helada ó granizo que la desbarata,—pero en todas partes se está expues-

to á las inclemencias del cielo. Lo que necesita es el gobierno que merece, —como lo hemos diseñado en páginas económicas, á fin de que nuestras descripciones no sean solamente literarías,—para que se pueble más en vez de despoblarse, reine la justicia en lugar de la impunidad,—para que desaparezca la inseguridad; los elevados y arbitrarios impuestos, y se esparza el comercio, la industria y el trabajo, que producen la riqueza. Mucho se espera del nuevo gobierno, pero es necesario decirlo: bajo el actual régimen federal, ni la ganadería ni la agricultura adelantarán en las provincias, porque esquilmadas, por la avaricia de impuestos, por las administraciones voraces, el gobierno nacional, por la autonomía local, no puede ampararlas ni protejerlas con sus leyes ni influencias, no obstante de que, cuando la langosta las arrasa, sea él quien dé cientos de miles de pesos para semillas y salve la cosecha futura para que las autoridades tengan donde cobrarse más impuestos.

———

Una visita al doctor Alberdi



....

....

¡De buena gana habría seguido extasiado ante la suprema belleza, pensando en el jazpe zahumado, en los mármoles y bronces del Palacio de Oro descrito por Santybors, y viviendo como un astro en medio de las regiones ideales! Un americano no puede dar rienda suelta á sus deseos; nace al organizarse su pais, y debe bajar á la arena para buscar en la ciencia constitucional la fuerza, las ideas y, si es posible, el secreto de su destino. No es una excusa ser pigmeo. El deber es una ley universal, y aunque no se tenga más que una gota de sangre y una idea, deben deponerse ante el altar de la patria (1).

(1) Jóven todavía, me es grato, con frases escritas hace más de veinticuatro años, comprobar la sinceridad de mi pasion científica por la libertad. Quiero decir en éllas que, inclinado más, por mi temperamento, á la literatura, el patriotismo hacíame preferir el estudio de la ciencia constitucional.

La politica conduce á los pueblos, por la libertad, hácia la civilizacion, su fin natural; es el centinela desvelado: los guía, los defiende y les impide caer en el torbellino de las pasiones. Es el cerebro y, á la vez, sus ojos. Me refiero á la política honrada, como dice Gladstone, inspirada en las ideas universales, generosas y patrióticas.

Lieber, Grimke, Tiffany y la generalidad de los autores, nos enseñan claramente cómo se sube á las cumbres de la democracia y se baja á los abismos de la anarquía, y dominado por estudios extrangeros, desconocía la historia patria y no comprendía por qué, á pesar de nuestro sistema de gobierno, éramos mil veces menos libres que tantos pobres pueblos que gimen bajo las instituciones monárquicas. «Lea al Dr. Alberdi.» —me decían. Tenemos la desgracia de heredar las preocupaciones, y exclamaba: «¡Es enemigo de Buenos Aires!; ¡Es un escritor que sólo hace libros para criticarnos!» Recuerdo que, al fin, me dije: «Lee, y si comprendes, juzga.»

Sus *Comentarios sobre la Constitucion* nos demostraron que teníamos por delante á un pensador y político de primer órden. Con sus *Bases para la Organizacion* se popularizaría una Academia y se libertarían veinte pueblos... ¡Para que continuar!... La pasion se despejó como la helada en los cristales á los primeros rayos del sol, y el odio á Buenos Aires lo tradujimos en amor á la República, y la antipatía, á diversidad de opiniones, errores y á la imposibilidad de apreciar sus adelantadas ideas. Más aun,— muchas veces, horrorizados por la impunidad con que la demagojía falsificaba el voto público para mantener su imperio, nos decíamos: «Quizá haya sido un mal la revolucion del 11 de Setiembre, porque tras del General Urquiza, veíamos al Dr. Alberdi con sus obras en las manos y dispuesto á practicarlas,—sobre todo, peor no estaríamos hoy...»

¡Aquel modo de presentar á la libertad, desnuda cual la Vénus de Médicis, enseñando, con la limpieza de un Gauthier, la palpable belleza de sus líneas! ¡Ese afan de inocularla en el espíritu, no como un amor platónico, sino como una necesidad indispensable para la vida civilizada!... Ha sabido ser original en una ciencia antigua, por su variada habilidad. Diré lo que Stendhal de Byron: «Despues de algunas páginas, me apasioné de él.» No es la charla infusa de muchos autores franceses y americanos, sino la ciencia del gobierno: cuestion de raza, educacion, costumbre, método y armonía con el régimen moderno, para producir el órden, que, como la salud, es un efecto del equilibrio entre las fuerzas físicas y morales. Taine, uno de los talentos más hábiles, y para quien las obras, los códigos, las ciencias y literaturas no son sino hombres de carne y hueso, cree que es utilísimo ver el rostro, expresion y maneras de un autor, si se desea juzgarlo, pues allí está la razon visible de sus ideas.

El 23 de Mayo estaba en Paris, y desde un balcon de la calle de Lafayette veía en el Square Montholon á varios niños en compañía de una señora. Sobre el césped saltaban una docena de pájaros. Atraviesan á brincos el camino... Me asombré que se acercasen tanto á sus terribles enemigos. «Deben estar atontados»,—me dije. Les echaban migas, cada vez más cerca, y, de repente, úno se para en el banco, despues ótro y así los demas,—chillan,—revoletean al rededor,—se paran sobre las espaldas,—admiten la comida en la mano,—la reciben en el pico!... Estaba azorado, sobre todo al pensar que, aun estando sobre una mano, no se habrían dejado tocar una pluma con la ótra, ¡huirían como una bala para siempre! La conducta de los niños me aclaraba todo. Un anciano no sería más sério; no hicieron ni el movimiento instintivo á

quererlos asir y ni se les pasó por las mientes llevarlos á casa para encerrarlos en una jaula. Así se conducen tódos, y las canoras avecillas, en cuanto divisan niños, los buscan con predileccion, porque saben que ademas de afecto hallarán bizcochuelo y masitas de confitería, como he visto despues en las Tullerías y en otras plazas. ¡Hasta los pajarillos, tan tímidos, tan recelosos, se domestican, se educan con la civilizacion!

«¡Qué diferencia,—me decía, con nuestros muchachos, que ni dejan dormir al barrio con sus gritos, peleas y pedradas!» Este ejemplo trivial, acompañado de ótros que he presenciado, demuestran cómo desde la infancia se apagan los instintos salvajes, se subordinan y se preparan los séres para la civilizacion. Buenos discípulos, son despues excelentes ciudadanos, saturados con el espíritu sagrado de la ley; principian por respetar los derechos, para obtener la recíprocidad; ven en la autoridad su imágen, su amparo,—como que tuvieron cuidado de producirla por su eleccion libre,—y las leyes no las miran como á cosas extrañas, odiosas, sino como senderos para llegar al fin. Las falsificaciones de registros, las batallas electorales, los levantamientos para apoderarse del poder, ni los conciben, y como los juzgan por sí y sus efectos desastrosos, los consideran cual crímenes horrendos. Un país, debido á corrientes tan fecundantes, tiene la marcha regular de los astros en el espacio. La libertad sólo es estable, profícua, cuando es fruto de la educacion desde la niñez,—para que se desarrolle á la par del sér, penetre en sus entrañas, lo plasme y lo aclimate á sus usos y rigores.

Pensé en nuestra democracia turbulenta, devorada por la anarquía,—cuán léjos estábamos del punto de partida, y, por último, en el gran maestro de la libertad en América. «Habita este mismo

suelo, quizá no muy distante».—me dije. Miré su direccion, y decidido á visitarlo, tomé la carta de introduccion del comun amigo, Sr. José C. Borbon, que me dió al despedirme, rogándome lo viera al llegar. Salí y doblé por el bulevar de los Italianos, que estaba, con el dia fresco é iluminado, cuajado de carruajes, bellas, jóvenes, cantos y armonías. Al llegar á la Magdalena, tropiezo con Sardou, que atraía, en ese instante, la atencion universal con sus dramas, cruzando con paso precipitado y mirada baja por entre la muchedumbre con la indiferencia de en un desierto. Gustóme esa fuerza moral, propia de los hombres de letras, y que los abstrae de las seducciones del lujo y de los vicios de la Babilonia moderna, y lo hallé tan parecido al Dr. Alberdi, que aceleré instintivamente el paso, sintiendo que se acrecentaban los deseos de verlo.

Estaba en la calle Richepanse, á diez pasos de su domicilio. En otros tiempos, me habría cerciorado en la vidriera de la esquina si estaban bien la corbata, el peinado y el traje y preparado una conversacion, con sus respectivos florones, para conquistar una regular opinion.

Por los que lo conocieron antes de ausentarse, sabía que era bajo, delgado, pálido y nervioso, y lo último no lo dudaba, desde que cual artista aleman convocaba á los ángeles con sus arias arrancadas al piano,

Apenas entré á estudiar derecho, tropecé con sus obras; fuí el primer estudiante que citó su nombre en la tésis; recuerdo aun el gesto de aprobacion del Dr. Vicente F. Lopez, al escucharlo desde la cátedra; al remitírsela á Saint André de Fortenay, donde vivía, entramos en una correspondencia, que mantenemos hasta ahora. «¿Qué hago aquí?... ¿Soy enviado del Gobierno,—secretario de nuestra Legacion,—vengo á negocios,—paseo

siquiera?», que son los motivos generales de los viajes argentinos en Europa. «Nada, en sustancia,—nada. He dejado en Buenos Aires todo; poco, pero cuanto poseo y con los beneficios que pudiera darme en el porvenir,—por vivir en esta ciudad triste, sólo y que me doblega con el rigor del clima. ¿A qué? A ver las prácticas de las libertades, el juego de las instituciones, los parlamentos, sus grandes hombres, sus tribunales, la prensa, todos estos mundos en que se expande la democracia más ilustrada, conciente y, á la vez, mecánica por la costumbre del ejercicio, y sobre todo, aprender este idioma de la libertad y del gobierno, de la administracion y las finanzas, admirable, enérgico, ardiente, expresivo, que me torna envidioso al escucharlo y me hace feliz al tartamudearlo,—y ¿por qué callarlo? A gozar silenciosamente de la satisfaccion de la libertad personal por la conciencia de la seguridad de la persona, con todos sus derechos inherentes, de los bienes, del honor, etc., etc., resguardados por la educacion social y el temor al castigo. He nacido, indudablemente, con un amor salvaje por la libertad; pero el Dr. Alberdi, con el estudio de sus escritos, me ha desarrollado de tal manera esta idiosincracia, que me es imposible vivir, aunque sea en la patria, feliz, tranquilo, sino poseo todos los derechos naturales, con su libre ejercicio, principiando por la libertad personal, porque es la base de las libertades políticas. Renunciaría á la fortuna, á cualquier posicion política ó social,—me condenaría al trabajo, á la miseria,—tomen mi voto, falsifíquenlo,—pero déjenme las libertades, aunque no sea más que la personal, porque sin élla no puedo vivir, ni concibo la vida civilizada, ni la existencia,—¡ni la quiero tampoco!Pocos habrán comprendido y apreciado *Palabras de un Ausente* mejor que yo, especialmente

cuando dice que no va á la patria por falta de libertad personal.» ¡Tal me decía!

No era, entonces, una curiosidad vanal, como pasaríale á ótro, la que me llevaba á visitar al distinguido compatriota, que consideraba maestro de las libertades argentinas. Me era imposible dejar de conocerle personalmente, pisando, en ese instante, el mismo suelo estrangero, tanto más que mi espíritu, por simpatías y tendencias, se hallaba ligado al suyo, seguramente para hacerme más desgraciado que feliz. ¿Qué es el mismo, con toda su celebridad, sino un desgraciado? ¿Quiere verse mayor desgracia, siendo argentino, que residir fuera de su país, tan bello, tan sano, tan brillante? ¡Es inútil: no se es feliz, en este mundo, con la vanidad, sino con el corazon.! Mienten, lector, los que dicen lo contrario,—salvo aquellos personajes retardatarios, cadávericos, vacíos, hüecos, que ansían rellenarse de paja, como si hubiese de morir como los judas que incendian nuestros pilluelos. Es una desgracia, verdaderamente, nacer en la América del Sud con tal pasion por la libertad, porque ambas cosas parecen reñidas para siempre,—y si sus buenos hijos se quedan á presenciar el calvario de su eterna redencion, se exponen á morir de dolor. ¡Ah, los dolores de la democracia inorgánica no los comprende la demagojía, que sólo sube al poder para saquear el tesoro, despues de esclavizar la patria y á sus hermanos!

Pregunté al conserje,—esa nueva personalidad del socialismo,—por Monsieur Alberdí, acentuando la i, suponiendo que su larga residencia hubiese afrancesado su apellido.

—Montez au etage Nº 2.

Al llamar, oí un ruido como si alguien se levantara y voltease papeles.

Es él,—me dije,—que estaría escribiendo...

Abrióse tan instantáneamente la puerta, que quedé por varios segundos parado en el umbral.

Era él. Al ver su fisonomía sonriente, amabilidad y extremada cortesía, creí que fuese otra persona, é iba ya á preguntarle por él, cuando, al oir mi acento, exclamó:

—¡Ah, Vd. es de la patria!....

No pudo pronunciar una palabra que me serenase más y me diese valor y confianza para expresarme. Con ésa sóla ganó mi corazon.

La palabra patria, pronunciada á miles de millas y por el hombre que, por su talento y escritos, mejor podía representarla á la distancia, no podía, á los veinticuatro años, sino conmoverme.

El señor Borbon anuncióme su visita,—díjome al darle mi tarjeta.

Sus retratos son exactos, sobre todo el adjunto á la biografía del señor Pelliza, — tanto que es el autor mejor retratado que he encontrado, sólo que sus retratos tienen la expresion séria de las fotografías, y él es suave, bondadoso y risueño como un niño. Sorprendióme hallarlo tan ájil, y dada su edad, constitucion y ausencia agitadas por el pensamiento, me lo imaginaba quebrantado como esos ancianos de la Independencia. Derecho como una regla, elegante como en la juventnd, límpio y cuidadosamente vestido, ví, no obstante su estatura, el tipo original de la diplomacia, y recordé instantáneamente con placer las inmensas simpatías que obtuvo cuando fué nuestro Ministro Plenipotenciario ante diversas cortes europeas. En unos pasos que dió en su pieza, allí donde el cuerpo no tiene las restricciones de la calle, me apercibí de cierta desenvoltura natural, lijera, rápida, que d'Orsay y Wilton habrían envidiado para sus cincuenta abriles.

Gauthier y otros enamorados del arte, abrigan tal pasion por la belleza, que la prefieren al génio,

y deploran, cual si fuera una desgracia, no haber nacido bellos. Aunque somos del mismo parecer, siempre que se nazca en una sociedad estética, capaz de apreciar este sacrificio espiritual, vemos que es igual poseer aquéllos dones derramados en el rostro, lenguaje y maneras, porque producen el mismo resultado: arrebatar en un segundo, como éllos dicen, el corazon del espectador, sea un público ó la humanidad entera. Si no hay ideal, nace con la velocidad del relámpago, y se aprecia instantáneamente ese compendio moral, bello por el contenido, el significado y la armonía. Brummell, como acabo de ver en *Captain Gronow's Recollections*, era de nariz partida, pobre y antecedentes oscuros, y debido á ese privilejiado resplandor, que se llama simpatía, Jorge IV lo hizo su íntimo amigo y la crema de esta aristocracia, su predilecto.

Ver al doctor Alberdi y estimarlo, es sinónimo, y basta un momento para que su imágen se grabe en la memoria con la fijeza del mármol. Quisiera,—decía entre mí,—que muchos de sus opositores, que lo creerán apático, egoista y terco, lo visitasen un instante: las aberraciones caerían como las hojas secas de un árbol ante la primera tormenta de otoño,—tal es la atraccion simpática que lo rodea.

Consérvase siempre afeitado y con el cútis bastante fresco. Posée aun gran parte de su poblada cabellera, que yace lácia, cenicienta y peinada sobre las orejas. La frente, abultada,—la mirada, fija, saliente, y los lábíos, expresivos, denotando una fisonomía genial, que habla por sí misma, sin palabras....

En una elocuencia sencilla, sin buscar artificiosos giros para encarecerla, se extiende sobre la libertad en América con el personalismo de sus escritos. Los que no le tienen prevencion, gozan, porque ven á la verdadera *Luz del Dia*, que fácil-

mente sería aplaudida con las voces *república, democracia, pueblo libre, nuestros padres, los Andes, San Martín, Belgrano, Chacabuco*, etc., etc., que han sido las máscaras de los comediantes políticos para hurtar la soberanía, preferir los silbidos de la vulgaridad por una pintura real de la situacion, de sus resultados y desastres, que ponga nuevamente al patriotismo en el camino de los principios y la verdad. Se reconcentra cuando habla, como en quien predomina el juicio, y se abstrae del mundo exterior, al remontarse á las alturas con su vuelo de águila. Cuando habla, los elojios, ni la alta opinion que crea alrededor, le animan, sin turbar su serenidad. Hay mucho de Franklin, por el realismo y el estilo familiar.

Cuando escucha, es la oportunidad de estudiar su rostro triangular, debido á una enorme prominencia del cráneo, proveniente de la gran masa cerebral que está forzado á contener. Las facciones descansan entonces como en el distraimiento, y al hacerse alguna observacion crítica, rompe las líneas con una risa, que le hace llevar las manos á los lábios. En sus vastos ojos castaños, que debieron ser inmensos en la juventud, duerme una onda de luz, y segun he oído, fué el encanto del bello sexo de su tiempo, que la tomaría por la poesía melancólica y soñadora de las ilusiones perdidas. Hay algo de éso, —pero llaman la atencion por su apacibilidad y por su alma asomada á las órbitas. Quédase como en un balcon, y semeja observar, juzgar, y á no ser por sus aprobaciones é hilaridad, úno se quedaría mudo. Creí que fuese su espíritu crítico aplicado á la conversacion, —más deseché tan vulgar idea al convencerme que era, por el contrario, un efecto de su perfectibilidad: no tener la expresion fisiognómica de su talento,—pues sería la de Voltaire ó la de algun anticuario de perfiles agudos,—y no la del hombre más cortés y dulce que he tratado en mi vida.

Asistí á una comida que tuvo la fineza de brindarme el 25 de Mayo, día de nuestra gloriosa independencia, y entonces estudié más de cerca su mirada singular. Hablaba, respondía, reía, y siempre estaba fija; pero no era ella propiamente, sino esa onda de luz, suave, cristalina.... Avasalla, abate las álas de la fantasía, y sólo siendo un fátuo inconciente ó un Napoleon, puede la imaginacion funcionar libremente.

Conozco los ojos de Rafael por el ensayo de Passavant; los de Byron, por los de D'Iisraeli, Moore, Stanhope, los esposos Shelley, la condesa Guiccioli, Albrizzi, lady Lambe y cien ótros; los de Chatterton, por Gregory, Dix, Wilson y Davies, y los de Burns, por el precioso elojio de Scott,—que son los más raros que han existido. Serán más bellos, por su tamaño, color y brillantez, pero no poseyeron, estamos seguros, esa pupila cristalina, que parece un resplandor de luna ó la gota serena, fatal. Cuando lo recuerdo, se me aparece como un sonámbulo, mirando y mirando siempre......

Lée y escribe, quizá como un privilejio de esta particularidad, hasta altas horas de la noche y sin usar anteojos. Señalóme la mesa en que trabajaba: redonda, de mármol blanco, no poseía otro adorno que un tinterillo, para que la imaginacion, sin atraccion exterior, se reconcentrase más fácilmente. Me permití entonces preguntarle si se levantaba temprano. «Antes que los sirvientes»,—me contestó. La vida higiénica y metódica de Europa ha conservado tan intactos sus caracteres fisiognómicos, que sus camaradas, á pesar de los años, le reconocerán inmediatamente. «A cada paso verá en Lóndres viejos más jóvenes que yo», — me decía, y no lo dudaba, dada la sabiduría con que se emplea aquí el tiempo,—pero sería difícil encontrar otras personas que hayan trabajado tanto con

la mente y estén en igual estado de salud. Y recibió una constitucion delicada,—pero su capital intelectual está intacto.

¡Es increible! A los treinta años llevaba en su cerebro la reorganizacion de la República, resultado de meditaciones complicadas y solitarias, — legisló sobre política, religion, finanzas, navegacion, etc , etc., teniendo en cuenta la raza, las costumbres, la tradicion, el momento y el porvenir; en su larga ausencia ha continuado su tarea, y no ha habido cuestion en el espacio de cuarenta años que no le embargara completamente. Llega á sesenta el número de sus publicaciones. Cómo no se ha doblegado ese cuerpo de Lamennais, sólo me lo explica su fuerza moral, pues como al gran escritor francés, no lo abandona la esperanza ni en las crísis de ideas, ni en las situaciones difíciles. La fé en las leyes, que gobiernan desde el átomo hasta el astro, y que civilizaron á la Europa antes salvaje, no duda que levantarán las repúblicas latinas á la altura de su época.

A los que creen en la bondad y sinceridad de sus ideas y deploraban su vejez, les diremos: todavía está fuerte el pensador, el inspirado por la democracia argentina, y cuando esté en la patria, su frente de pararayo recojerá las chispas del cielo para iluminar las tempestades políticas. La falta de ambiciones ha contribuido poderosamente. Habría llegado á ser general en gefe del campo de batalla de nuestra república, y prefirió la oscuridad en el extranjero, porque así creía cumplir mejor su mision. Notabilidades europeas, — de esas cuya ocupacion es prepararse gloria intelectual por medio de libros,—sabiendo la cabeza que tenía sobre sus hombros, le han dicho: «¿Por qué se consagra sólo á esos países?.... ¡Un espíritu como el suyo, se debe al mundo entero!....»

Este cuentito bosqueja su carácter. Hace vein-

ticinco años se embarcó en Estados Unidos para este continente. Desconocido en el vapor, empezó á gozar del pasatiempo propio de la navegacion con varios caballeros ingleses, franceses y alemanes. Pensaba hacer un espléndido viaje, cuando, al día siguiente, el Comisario le pregunta si sabía quien era el doctor Juan B. Alberdi, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina ante las cortes de Inglaterra, Francia y España, pues tenía abordo un gran cartapacio de no sé que Lord del gabinete inglés. «Un servidor, señor.» «¡Cómo ¿Vd.!...» Mostróle su tarjeta, y confirmó su identidad. No creyóse que quien se abandonó á las nobles expansiones de la sociabilidad, fuese tan elevado personaje. ¡Adios, dulces horas pasadas á la sombra de la amistad! «Desde ese día, fuí desgraciado, — la primera silla, el mejor lugar y el gran saludo fueron para mí»,—me dijo,—y en medio de estas incomodidades, que harían las delicias de los vanidosos vulgares, deploraba los ratos ingénuos perdidos á no haber sido conocido. He ahí el hombre.

Su estilo, como escritor, es otra prueba de su sinceridad. Podría escribir, dada su educacion estética, con la limpieza de Flaubert ó Daudet, y la mitad de sus folletos son incorrectos. Desprecia la forma, precisamente porque podría sobresalir. No puede diferenciar el estilo hablado del escrito, y de ahí tambien esos largos párrafos en que él mismo se hace la ilusion de estar hablando con el lector. Dá, como Stendhal y Taine, preferencia al fondo, donde descarga toda su fuerza de ideólogo y observador.

Deploró mucho la muerte de su antiguo é íntimo amigo, el doctor Juan M. Gutierrez, y ha escrito un libro en homenaje á su memoria. No se publicará aun, á pesar de afirmar lo contrario los diarios de ésa. Es un estudio biográfico, — sin

tocar su númen poético, — donde diseña su papel é influencia social en el Plata.

Hablando al respecto, lo comparamos con Mármol. Su espada contra la tiranía, fué tambien la rima; despues de la caida de Urquiza, sea cuales fuesen los puestos que ocupó, mantúvose aislado de la política y encerrado en la Universidad ó en su habitacion, así como aquél en la Biblioteca Pública,—vivía más con los muertos, como él decía, y de vez en cuando exhumaba algunos cantores perdidos, que si Dios les dió el génio, á su paciencia y bondad le deben su celebridad.

Por el ojo de la llave ó la prensa,—esa brisa matinal que trae los rumores del día, — vió que la juventud, — eso que los viejos llaman la esperanza de la patria,—peligraba en su instruccion por la desmedida influencia del fanatismo, ese enemigo de Dios y del mismo catolicismo. El patriotismo, que vivió en su alma como un ángel arrodillado, modulando las glorias pátrias, le diría ciertas palabras al oído....; lo cierto fué que tomó la peñola y salió á la calle.... A los pocos días circulaba un manifiesto firmado por él y los jóvenes independientes, que es lo único que necesita el espíritu nuevo para abrirse paso, convocando á todos los liberales para defender y emancipar la inteligencia argentina.

No olvide, — le decíamos, — este último momento, fulgurante como el relámpago, que lo define como la encarnacion de las aspiraciones modernas y el Quinet de nuestra República. Murió al poner en los manos de la generacion que se levanta el programa de su destino, fulminado por la impresion que le produjo el colosal centenario del héroe de su predileccion. Se ha cumplido, agregábamos, su deseo íntimo, porque si se le hubiese preguntado cómo y cuándo querría morir, habría contestado: «¡De alegría el día que la patria reco-

nozca en el General San Martin al autor de la Independencia, levantándole arcos triunfales en las calles é inscribiendo su nombre en primera fila en la historia!»

Está arreglando sus obras, y cuando las dé á luz, formarán numerosos volúmenes, muchos de éllos inéditos. Probará que la ausencia, cuando se consagra á los grandes problemas del pais, es patriotismo,—como él dice,—y que ama la libertad más que los que *la desean para violarla.*

Pasa acerca de él algo singular en Buenos Aires. No ha visto ni pintados á ninguno de los hombres de la situacion, á pesar de la conciliacion, y tódos lo creen su aliado, y cada vez que los diarios anuncian su regreso, lo elojian y le pasan la mano, con la mira sin duda de atraerlo, y múchos se imaginan que, en cuanto piso el muelle, los estrechará en sus brazos. ¡Lo desconocen absolutamente! Lo tienen por enemigo del General Mitre porque atacó algunos actos de su administracion; «luego, debe ser nuestro amigo»,— dícense algúnos,—debido á la lógica con que se forman las pasiones personales. El partido Nacionalista, que cree algo de lo primero, al presenciar que lo afilian, lo mira de reojo, — pero él, que sólo conoce en abstracto las cosas argentinas, como únicamente las necesita para sus investigaciones, y no está al cabo de las discusiones, quédase asombrado ante tal ligereza y precipitacion.

Nuestra última division fué tan larga y honda, que no dejó orejano á ningun paisano. Hasta las cocineras, perros y gatos se calificaron con el color político de sus amos; no se escaparon tampoco muchos extranjeros, é ignoramos cómo las naciones europeas no asistieron á la yerra, — pero se debe respetar á los que, en homenaje á los principios, hacen política de ideas, de pensamiento, por puro patriotismo, privados de los goces del poder y de la patria.

La revolucion del 11 de Septiembre y sus preliminares son accidentes enterrados, olvidados. Vino otra época, muy semejante á la legislada por él, y buscar sus opiniones en el pasado, es creer que está debajo de tierra hace veinticinco años. Eso es propio de las monarquías, donde los partidos son radicales, con siglos de existencia; está tambien en oposicion al desarrollo del hombre, en virtud del cual cuánto más se vé, más se aprende,— y sobre todo tratándose del doctor Alberdi, trascendental como el génio aleman y cuya inspiracion está en el porvenir.

«¿Qué impidió saber al hombre que la tierra era redonda?» «Precisamente estar sobre ella.» —se respondió. Oyó la palpitacion de su talento, herida por la vision del destino, y se ausentó para mejor estudiar y escribir, — desde que los grandes problemas deben tratarse léjos, en las cumbres, si es posible, para resolverlos al resplandor de las ideas del cielo. Para personificar la civilizacion en América, no bastan los libros, porque no es una abstraccion; es necesario una larga permanencia en Europa, donde se vé el respeto por el derecho comun y el juego de las instituciones libres.

Pronto estará en la patria, porque ha cumplido su plan, y le es indispensable contemplar sus metamórfosis, sus adelantos, sus calles, aspirar su aire.... La demagojía, — que entra á la política á falsificar registros ó á trepar los puestos públicos,—puede estar seguro que no obtendrá sino su desden, consecuente con sus ataques desde su primer folleto. A ella siempre se dirijió, como obstáculo para el régimen liberal, y nada más contrario á su cultura que los desórdenes de la turbulencia.

Aprecia al General Mitre y conoce su fuerza, su popularidad y los elementos de su partido.

Acabo de recibir carta de él. Me dice que, por

una afeccion al pulmon, ha tenido que marcharse al campo,—pero está restablecido y entra á preparar su regreso. Mantendráse abstraido de la política, y vivirá, — si le es posible, — fuera de la ciudad, debido á su salud, y si es llamado á compartir el gobierno, aceptará como Rivadavia para hacer el bien, ó si no, renunciar y dejar que ruede el mundo..
....
.... (1)

———————

(1) Este escrito fué una carta de Lóndres al doctor Manuel Bilbao, y que él publicó casi toda en dos correspondencias en *La Libertad* en Septiembre de 1878. La reproduzco aquí, porque habiendo sido uno de los pocos compatriotas que visitó al doctor Alberdi en Europa, fuí el único que escribiera en la prensa sobre él, dando noticias auténticas de su ostracismo. Vá en este tomo y no en el III, como había determinado en homenaje á la memoria del doctor Alberdi, reanimada con motivo de la inauguracion de su monumento, llevada á cabo por la noble gratitud argentina.



Un poeta orador

Ninguna ciudad ha simpatizado más que Buenos Aires con la independencia de Cuba, y si no ha podido ofrecerle su vaso de sangre, la ha acompañado con el corazon en su huella de dolor y martirio. Cuando el apresamiento del *Virginius*, se demudó de espanto ante el fusilamiento de sus principales caudillos, y el pueblo acudió al teatro de Variedades para protestar de la bárbara hecatombe que hacía de la soberanía de la patria un crímen y la retrogradaba á los tiempos inquisitoriales de Felipe II.

Era el 26 de Diciembre de 1873. El teatro rebosaba de gente y los oradores rivalizaban en generoso ardor. Aunque entonces era casi un niño, recuerdo, á pesar del tiempo, todos los detalles. Apenas hablaron Rawson, Varela, Mitre y Vedia, como iniciadores del *meeting*,—el público pronunció un nombre popular y amado de la juventud. Se adelantó á la mesa del escenario un hombre de estatura regular, de cuerpo de leon, y vestido de negro. Su rostro pálido, abatido por la infausta noticia, resaltaba entre su vasta y luenga cabellera de azabache. Una salva de aplausos lo saludó, y en cuanto se hizo el silencio, puso su som-

brero de anchas álas sobre la mesa; enseguida el baston; despues los guantes, que se los sacaba y arrojaba úno por úno. Luego, desabotonóse su larga vestidura; sacó una cartera del bolsillo, y de ésta, un papel. Todo ésto verificóse en medio de un silencio ansioso, sepulcral, porque el público comprendió que tenía en frente uno de aquellos oradores que poseían la principal elocuencia: la de la accion,—con sus ademanes ámplíos y precisos, y de la que brotan destellos del alma.

Principió á leer. Era la lista de los mártires. A los nombres de los Céspedes, Jesús del Sol, Varaona, O'Ryan, Castellanos, Santa Rosa, etc., etc., el público aplaudía frenéticamente, por no llorar. «¡Y todos éstos, — exclamó,— fusilados por la espalda, como traidores á la patria!» Parecía el defensor de la América, que clamaba, en nombre de la humanidad, contra crueldad tan grande, y como sólo en la demencia puede una madre devorar á sus propios hijos, agregó: «¡Y España ama á Cuba!—¡La ama, la ama, con un amor africano,—y antes de verla en brazos extraños, preferiría transformarse en Otelo y partirle el corazon!» Aunque el hecho no podía excusarse por ningun género de pasion, los espectadores rompieron nuevamente en aplausos.

Hizo una pausa, y sacando inspiracion del dolor, volvió á exclamar: «¡Pobre estrella solitaria del cielo americano! ¡La primera en ser descubierta y la última en ser libertada: ¡parece condenada á sufrir las mismas injusticias del génio que la descubrió!»

El público, ante frases tan vivaces, que parecían llevar el sello del destino, se desbordó en aclamaciones al orador. El que lea estas líneas, reconocerá fácilmente á nuestro ilustre compatriota Cárlos Guido y Spano, aunque el tiempo lo ha convertido en un anciano y ha plateado sus cabellos.

Traigo este recuerdo á mi memoria, para demostrar que el poeta era tambien orador expresivo, inspirado, y que cada vez que en nuestro pueblo se proclamaba alguna idea noble ó se protestaba contra alguna iniquidad, allí estaba para alzar su voz en nombre de la libertad ó del derecho (1).

---

(1) Este escrito apareció en el Album de la Demostracion Guido y Spano, para el que fué hecho expresamente en 1895 y lo reproduzco aquí, porque aqué circuló escasamente y en homenaje al ilustre poeta.

Domingo Matheu

I



Hace algun tiempo entraba de visita en casa de un escritor, y lo hallé trabajando en su bufete,—sin duda sobre Historia Nacional, porque al poner la pluma en el tintero, me dice: «Sabe Vd. que es original lo que pasa: no hay todavía ni apuntes biográficos de Passo, Larrea y Matheu, directores de la Primera Junta: ¡los primeros gefes de la Revolucion de Mayo!» Despues de explicarle que estos vacíos dependían de la militarizacion de nuestra historia, díjele que de Matheu fácil me sería obtenerle, porque su familia estaba ligada por parentezco á la mía. Así fué. A los pocos dias visité á mis parientes y amigos, Doctores Martín Matheu y Domingo Barros Matheu, hijo y nieto sucesivamente del prócer, y enseguida el primero me remitió de su archivo los datos pedidos, que tuve el gusto de

pasárselos al escritor de mi amistad. Supe despues que eran para confeccionar simples apuntes biográficos,—que tardarían algun tiempo en aparecer, y como tuvo la galantería de devolvérmelos, despues de tomar lo necesario, me dije, al verlos tan voluminosos: «que debía aprovechar la ocasion de escribir un ensayo sobre la personalidad de Don Domingo Matheu», por no conocerla el pueblo sino de nombre. Partidario, en nombre de la justicia, de las exhumaciones, descubrimientos históricos y vindicaciones, arredrábame sólo el parentezco, en estos tiempos en que la burguesía, á falta de abolengo, acude á la historia á arrancar gajos de los árboles genealógicos, como la única fuente de aristocracia contemporánea. No vá desacertada la idea, porque no hay más sangre azul que las propias acciones, que elevaron á Napoleon á la cumbre social, fundando la primera de las dinastías, aunque muchos compatriotas tropiezan con algun mestizo, de color y formas más africanas ó indígenas que europeas,—pero me retraía,—dije,—el parentezco. «¿No hemos visto á los hijos hacer las biografías de sus padres, y viceversa!»—me dije. Me resolví á escribir estas líneas, por ser colateral el parentesco (1), y tratarse de una simple noticia biográfica, tomada de apuntes que no tengo por qué despreciar, concretada puramente á exposicion de hechos, con el simple fin de llenar este vacío en la literatura histórica, es decir, no se trata de justicia póstuma, de vindicaciones, porque, en tal caso, entregaría los materiales á ótro, colocado en terreno más independiente, para que lo defendiese. Felizmente nadie ha atacado á Domingo Matheu y su nombre vive en el corazon del pueblo. «Puedo, pues, llenar mi propósito.»—me dije.

(1) Mi abuela materna, Doña Saturnina Rondó, era hermana, por parte de madre, de la esposa de Don Domingo Matheu, Doña Ventura Diana. Esta casóse dos veces: la primera, con el Teniente Coronel Don Bernardino Paz, tucumano, padre de Don Cárlos Paz, degollado en Vences, y abuelo del Coronel Don Cárlos Paz, muerto en la batalla de Santa Rosa, en 1880, y en segundas nupcias, con Don Domingo Matheu.

II

Don Domingo Matheu nació el 4 de Agosto de 1766 en la ciudad de Mataró, distante once leguas de Barcelona. Fueron sus padres Don Domingo B. Matheu y Doña Francisca Chicola, que tuvieron ademas los hijos siguientes: Miguel, Pablo, José, Francisco, Jaime, Antonia, Teresa y Manuela. Esta extensa familia era la principal en dicha localidad y se dedicaba al comercio y especialmente á la industria de tejidos.

Don Domingo Matheu hizo sus estudios con los Escolapios. Cursó las matemáticas, la naútica, y despues de exámenes teórico-prácticos con volúmen gráfico é ilustrado de las cartas y un largo viaje á las islas de Barlovento, expidiósele el diploma de Piloto de mar afuera por el Capitan General de Cataluña.

Era el año 1787; tenía veintiun años, y siguiendo la tradicion de la familia, dedicóse al comercio, pero al comercio marítimo, escuchando el impulso de sus inclinaciones. Su hermano mayor, Miguel, era personaje de influencia y tenía á la sazon el monopolio de Cadiz para exportar productos á estas colonias; asocióse á él, siendo, á la vez, cargador y piloto, y traía en sus buques de vela géneros, sedas, porcelana, cuchillería, quincallería, ferretería y toda clase de mercaderías, llevándose de retorno productos del pais. Feliz en sus empresas, llegó á reunir un importante capital, pero educado en un hogar democrático, bajo la influencia liberal de Cárlos III, sintióse avergonzado ante la visita de Cárlos IV á Barcelona á raiz de suceder á su padre en el trono y acompañado de María Luisa y del favorito Godoy. Había, en sus diversos viajes, adquirido aquí numerosísimas

relaciones; conocía á lo más granado de nuestra sociedad y principalmente á los comerciantes españoles, y decidido á abandonar á España, resolvió establecerse en ésta. Liquidó la sociedad con su hermano Miguel, y puso de su sola cuenta en 1793 un negocio de bazar, vasto, que abarcaba todo género de mercaderías, menos el de comestibles, en la calle de la Merced (hoy Cangallo), entre San Martin y Reconquista. Recibía medias de seda pura, que usaban los hombres entonces con pantalon corto, cuyo precio era de una onza de oro el par.

Práctico en los ramos de su comercio importador, activo y emprendor, sonrióle bien pronto la fortuna. Era, lo que llamamos, un comerciante al por mayor, y la mayor parte de los minoristas de los pueblos de la provincia de Buenos Aires, de las del Interior, de Cuyo y hasta de Chuquisaca y Oruro, constituían su clientela. Esta inmensa cantidad de compradores, trabajadores, industriosos, honorables, que representaban nada menos que el comercio general del pais, eran sus consignatarios y mantenía con éllos correspondencia contínua.

Captóse, por su honorabilidad, la confianza de éllos, y su nombre, en álas de un crédito creciente, adquirió mayor notoriedad y simpatía. En aquéllos tiempos huérfanos de politica,—reducidos á una escasa sociabilidad, y la mayor parte de ella, excepto algunas tertulias familiares, á conversaciones de aldea en las trastiendas de los merceros, el comercio era el todo, contribuyendo indudablemente el capital, la honorabilidad y la seriedad en los tratos á dar la importancia social que mecían los comerciantes. Ser español, en el coloniaje, era el mejor título para tener influencia y, — si se agrega, — liberal, adquiriase la consideracion de los hijos del pais, que principiaban á campear por sus propios respetos. Explícase así la excelente po-

sicion de Don Domingo Matheu en el comercio y su ascendiente en la sociedad, mientras muchos comerciantes, que llegaron despues á la fortuna, eran apenas bandolistas bajo de la Recoba Nueva

III

Tal era su posicion social cuando la primera invasion inglesa. Su paisano y amigo, Don Martin Alzaga, llamólo inmediatamente que Beresford apoderóse de la plaza. Alistó treinta y tantos españoles, dotólos de armas y municiones, y contribuyó á arrojar al General inglés del Fuerte. Mantuvo tambien, de su peculio propio, á esta gente, gastando más de tres mil pesos fuertes.

Cuando la segunda invasion, era Teniente 1° de la 1ª Compañía de Miñones, pero la mandó, por imposibilidad de Passo. Reemplazando al Capitan, asistió á los combates del Riachuelo y el Miserere. Llamado nuevamente por Alzaga, formó cantones en la manzana de su casa, Cangallo, San Martin, Reconquista y Cuyo, alistando á los mismos hombres de la primera invasion. Vió un cañon enemigo en la esquina de Cangallo y San Martin, — bajóse, se apoderó de él y tomó diez prisioneros ingleses, que entregó á Liniers. Estos actos, que contribuyeron á arrojar á los ingleses de este suelo, diéronle la consiguiente nombradía de patriota, si se considera que él defendía á su patria, la España, en una de sus colonias, nada menos que contra el poder británico.

IV

Napoleon, entretanto, penetró en España. Los hermanos Matheu abandonaron la vieja ciudad natal, y consecuentes con el liberalismo tradicional de su hogar, lucharon contra las huestes del gran conquistador, y despues, hasta la conspiracion de

Lacy, que pretendió dar en tierra con el poder arbitrario de Fernando VII, perjudicándose, con tal motivo, en sus negocios y fortuna. Pelearon en diversas partes de España y especialmente en Cadiz, llegando á veintisiete el número de hijos, nietos y sobrinos de esta familia que tomó las armas. Murieron seis en diferentes refriegas, incluyéndose á su hermano mayor, Miguel, su ex-socio y mejor amigo, de resultas de las torturas á que lo sometió la Inquisicion por estar complicado en la conspiracion referida. Causóle este incidente tanta pena, que estuvo, por consolarse con más detalles, á punto de hacer un viaje á España, cuando Mr. Brittain le presentó una letra girada contra él por su malogrado hermano, que abonó inmediatamente. Estos sucesos dispersaron á los Matheu: Pablo estableciósе en San Lúcas de Barrameda,—José, en Barcelona,—Francisco, en Jamaica, —quedándose Jaime, que era el menor, con las tres mujeres, á cuidar á los ancianos padres en Mataró, — y Domingo, definitivamente en Buenos Aires.

V

El 1º de Enero de 1809, con motivo de la sublevacion de Alzaga, fué despojado el señor Matheu de un armamento que tenía en su domicilio. Reclamólo á los patricios y fuéle devuelto inmediatamente, porque probó que era el mismo de sus hombres y con el que defendió dos veces el suelo contra las invasiones inglesas. Era amigo de Alzaga, pero más del pais, y en prueba de ello, contribuyó al sostenimiento de Liniers, produciéndose enseguida la division entre nativos y españoles, cuya preponderancia debía resolverse en los campos de batalla. Púsose inmediatamente del lado de los primeros, y no hesitó, porque toda su participacion en los sucesos anteriores no tenía más que

esta aspiracion: la libertad, — la mayor suma de libertades, — y si nos extendimos demasiado sobre su familia, fué para demostrar su filiacion liberal y que cuando tratáramos de independizarnos, no podía, á pesar de ser español, dejar de ser consecuente con el credo republicano, que había sido la tradicion de su hogar y por la que los suyos derraman tanta sangre. Su modo de ser ajústábase á la revolucion: era rápido, decidido, enérjico, y representaba, más que el talento y la sabiduría, lo que,—llámase vulgarmente,—carácter, tan necesario en las transiciones sociales.

Elejido partido, púsose en accion, ejercitándola especialmente, dado su nacionalidad y carácter, entre peninsulares industriosos y americanos inquietos. La trastienda de su casa comercial fué desde ese instante uno de los tantos centros en que se fraguaba el nuevo órden de cosas. Enviado Chiclana al Alto Perú para trabajar por la revolucion, dióle franca carta de crédito, bajo su única responsabilidad personal, para ante sus corresponsales en Córdoba, Oruro y Chuquisaca, Señores Recalde, Tudó y ótros, y lo mismo procedió respecto de su hermano Miguel, que vivía aun en Cádiz, donde residía la Regencia, para don Hilarion de la Quintana.

Precipitados los acontecimientos, vino el Cabildo abierto del 22 de Mayo. Asistió entre los doscientos cincuenta notables, votando con la mayoría: *que el virey había caducado* y que se formase Junta; tomó parte activa en los ardientes días del 23 y 24 con el Coronel don Juan Antonio Pereyra, Martin Rodriguez y Beruttí, con quienes mantenía estrecha amistad, y pidiéndole éstos un compromiso revolucionario constante, en nombre de los peninsulares que representaba, el señor Matheu les dió por escrito seis artículos, que condensaban la *democracia sin título de nobleza y la*

union de españoles y americanos. Ahora se explicará el lector cómo y por qué, en la mañana del 25, despues del grito de Mayo, el señor Matheu fué nombrado entre Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Larrea, Passo y Moreno, para formar parte de la famosa Junta y aclamado su nombre por el pueblo á pesar de tratarse de un gobierno revolucionario contra España y que debía dirijir con patriotismo los nuevos destinos de las Provincias Unidas.

VI

Inmediatamente que los ciudadanos nombrados prestaron juramento en el Fuerte, al señor Matheu, en el reparto de cargos, discerniósele la rama de la Guerra, designándosele ademas Director de la Fábrica de Fusiles y Comisario de Vestuarios. Era tal la escasez de fondos, por falta de sistema rentístico, que sólo asignósele para sostener el personal de la Fábrica cuatro pesos fuertes diarios, — despues, dos,—viéndose luego Matheu en la necesidad, para crear fondos, de solicitar composturas de particulares. En la Junta, no se tuvo en cuenta su nacionalidad, recordándose solamente su enerjía y sinceridad, comprobadas numerosas veces en bien de la emancipacion naciente. No dudóse nunca de su buena fé, y al calor de tan excelentes factores, pudo organizar la Fábrica y Comisaría de Vestuarios. Hizo los planos de los talleres y maquinaria, obtuvo su aprobacion y principió la edificacion; arregló los cuarteles de la guarnicion,especialmente al rededor de la PlazaMa yor, quitando á ésta el feo espectáculo de ser mercado y parada de carretas, y ordenó que éstas fuesen en adelante á la Ranchería de los Jesuitas. Levantó en la Ensenada una batería con dos cañones y construyó un horno de ladrillo para proveer

al costo á sus moradores y fomentar allí la poblacion. Hubo momentos en que despachaba varias expediciones al mismo tiempo: úna para proveer al ejército del Alto Perú, ótra al del Paraguay, así como al de la Banda Oriental, consiguiendo, por sus disposiciones, que la de éste burlase á la escuadra española, enemiga siempre de la Junta. Para evitar las depredaciones de los marinos españoles en las costas del Paraná, mandó á Esteves Illiac que construyese en la entrada del río una batería de dos cañones, y formó la escuadrilla, confiada á Azopardo, quien, por no sujetarse extrictamente á sus instrucciones, cáe prisionero en el combate de San Nicolás.

El señor Matheu, á pesar de sus ímpetus, era conciliador, y obtuvo que la Junta le remitiera á Liniers, por intermedio de su consignatario Recalde, un cartapacio pidiéndole *que depusiera las armas, que volviera nuevamente á sus amigos, que lo esperaban*, etc., etc., y como persistiera en defender la Monarquía, le escribía á Castelli, á la sazon en Oruro: *la sentencia contra aquellos seis* (Liniers, Allende, Concha, Rodriguez, Moreno y Orellana) *fué unánime en ser ejecutados*, aplaudiendo tambien implícitamente esta resolucion, para sostener la causa republicana.

Viene el movimiento revolucionario de la Junta, la imposicion de Saavedra, la separacion de cuatro miembros de aquélla y el destierro de varios notables. Matheu fué uno de los primeros en retirarse, é instado por su gran amigo, el Coronel Pereyra, en nombre de Saavedra, para que volviese, contestóle: « *Haga volver primero á los compañeros; si no, nó.* » Empezóse á llamarlos; únos, vinieron, — ótros, querían ver claro, — y Matheu, que ayudaba al efecto, recibió de Posadas, que estaba en Mendoza, el siguiente consejo, además de su negativa: *que se librara de semejantes gauderios.*

Castelli deja violar el armisticio; el ejército es derrotado en el Desaguadero, y Saavedra es enviado á las Provincias á templar el espíritu público. Matheu es nombrado Presidente de la Junta, en su reemplazo. Era el 26 de Agosto de 1811. Su primera medida fué llamar á los desterrados por Saavedra: Posadas, Rodriguez Peña, etc., etc., que se hallaban en Mendoza y San Antonio de Areco. Matheu, con su enerjía, logró tonificar la opinion: el país púsose de pié, — reorganizóse el Ejército del Alto Perú,—pero persistían las rivalidades. Suprimió el tributo que pagaban los indígenas ála Corona de España, reconociéndolos igualmente ciudadanos de las Provincias Unidas,—y creó una Comision Militar para organizar la instruccion de los ciudadanos en el arte de la guerra. Habría, dado su expeditivo modo de ser, hecho muchas cosas más, pero él mismo conspiró contra su poder. Su carácter era irreconciliable con *un gobierno de tantas cabezas*. Tal le contestó á su amigo Calderon, á la sazon en Chile, al investigarle la causa de su renuncia, y él mismo abogó por el nombramiento de una Junta más diminuta, y centralista del mando, *aprovechándose*, — segun sus palabras, — que *la gente estaba afuera*. Referíase á las fiestas del Pilar, que quedaban realmente, entonces, en el campo y duraban un mes.

El nuevo Gobierno fué reducido al Triunvirata, compuesto de Chiclana, Pueyrredon y Rodriguez Peña. *Para nada nos acordamos de nosótros*,— dice Matheu, en su correspondencia,—nombrándose especialmente ausentes y los más unjidos por la simpatía pública. Un mes apenas duró el gobierno de Matheu, y á continuar en su puesto, muchas otras útiles medidas habría ejecutado.

Fuera ya de la vida pública, entregóse de lleno nuevamente á su casa de comercio, tan importante que en 1810 tenía en caja un capital de

ochocientos mil pesos fuertes. Había edificado, con cal y vigas pedidas á su amigo, el Coronel Pereyra, á Santa Fé, los vastos almacenes situados en la calle de Florida, entre Piedad y Cangallo, donde parte ocupa la Joyería de Fabre; pero dada su intervencion pasada y sobre todo su pasion por la causa revolucionaria, era imposible que se reconcentrase únicamente en sus negocios particulares. Así, vémosle remitirle en 3 de Febrero de 1813 á San Martin doscientas maneas á los Desmochados, que le servirían para esperar los marinos españoles, y al año siguiente ayudó á Alvear á formar el padron miliciano de la Capital.

El Director Posadas encargóle, por sus vastas relaciones, de buscar un marino capaz de formar una escuadrilla que batiese la española, y tuvo el honor de encontrar á Brown y presentarlo al gobierno, conviniendo ambos en bases convenientes para el país; despues apoyó á Buchardo, casado con una parienta suya; llamado por Alvear á su campamento en Olivos, contestóle: *¡De ninguna manera: ¡pierden la Patria!;* colocó en la Fábrica de Fusiles á Monasterio, proscripto español, que supo fundir cañones, y á pedido del goberno, entrególa con placer al Baron de Holmberg, quedando él, en cambio, de Protector, como siempre lo fué, pues nunca recibió sueldos y dió siempre de lo suyo para armas, provisiones y vestuarios.

Durante los años 1816 y 1817 trató de atraer á la union á Artigas, padre de la anarquía. El Coronel Pereyra, en Santa Fé, era, por intermedio de Hereñú y Sobertia, su agente confidencial. Había ya contraido matrimonio con la señora Doña Ventura Diana, y principió á tener la larga prole que dejó á su muerte; no sentía ya el proceso de la revolucion como republicano, sino como gefe de un hogar argentino, y ante los proyectos monárquicos, para resolver la indecision política, exclamaba:

«¡Hombres sin fé: tienen la Independencia y la libertad, y quieren entregarla por temor al pueblo que los conquistó! ¡Qué patria dejaré á mis hijos!» Nunca negó á los gobiernos su accion ó su peculio; generoso, su bolsillo fué de sus amigos, y á los peninsulares que se quejaban, les decía: *«¡Qué más quieren!; esta es tierra buena,—hacen posicion, familia y fortuna,—mientras que en España todo es difícil y persiguen los espiones!»*

Desde 1815, repetía, por su salud, su renuncia del cargo de Comisario de Vestuarios. «No quería,—decía,—perjudicar los intereses del Estado ni los suyos», y recien, á sus instancias, se le admitió en 1817. Dejó una valiosa fortuna, consistente en más de treinta propiedades centrales en esta ciudad; una larga descendencia, contándose entre ella al Doctor Don Martin, Abogado, único sobreviviente, al Doctor Domingo, médico del Ejército Libertador de Lavalle, y á Doña Leocadia Matheu, esposa del Doctor Don José Barros Pazos, ex-Presidente de la Corte Suprema de la Nacion. El General Rosas, por su accion en la emancipacion y parentezco con su esposa, lo consideraba altamente, sirviendo más de una vez para salvar á inocentes de las garras de sus esbirros,—pero alejado, por sus achaques, del trato social, apenas salía á pasear de vez en cuando por el bajo con su antiguo amigo, el Coronel Pereyra ó alguno de sus hijos. Así, recluído en su hogar de la calle de la Florida, entre Cuyo y Corrientes, apagóse su vida el 28 de Marzo de 1831, siendo aquél despues uno de los *rendez-vous* más renombrados de la sociedad porteña (1).

(1) Los salones de la señora de Matheu fueron renombrados entre 1835 y 1840. Asistían á sus tertulias: Alberdi, Echeverría, Juan María Gutierrez, Del Carril, Varela, Ramos, Ledesma, Mármol, Cané, Somellera, Eguía, Barros Pazos, amigos de su hijo, el Doctor Don Domingo Matheu, cirujano del ejército libertador de Lavalle. El Doctor Barros Pazos, casado con su hija Doña Leocadia Matheu, compró dicha propiedad, y continuando la tradicion familiar, recibía allí á Carril, Carrasco, Cárdenas, Domingues, Sarmiento, Mitre, Gutierrez, etc., etc,, y demás personalidades de su tiempo.

Palomeque en el Plata

———



Llegó aquí en 1865, acompañando en el destierro á su ilustre padre. Niño aun, la *hermana mayor*, — como él llama á esta República,— lo recibió en su seno,—lo amamantó con los primeros conocimientos, - la Universidad le abrió sus puertas,— nuestra generacion,los brazos,—le hizo suyo,—juntos estudiamos hasta doctorarnos y le amamos con el cariño ciego y sincero de la juventud. Mirábamos todo entonces al traves del corazon, y, más que compañero, era nuestro hermano. Fué de nuestro círculo.

Había ¿por qué callarlo!, — al menos en mí, — más que amistad, admiracion por su temperamento vivaz, entusiasta y generoso,—por su noble y brillante inteligencia, abierta á las grandes ideas modernas,—por su bello corazon, fuerte á la vez, y su carácter atrayente y altivo. Alto, delgado, ájil,

simpático, imponía, con su armonía, el presentimiento de un destino superior, y que el cariño aceptaba sin reservas. Tuve el gusto de verlo despues en las luchas forenses y periodísticas luciendo sus facultades, desplegándolas, dando razon á mi pronóstico y haciéndome exclamar íntimamente: «¡ Irá léjos ! »

Su patriotismo lo llevó á su patria, á la hermana menor,—como él la llama,—ofreciéndole las ricas é insuperables fuerzas de su desbordante naturaleza. Simpatía, espíritu atrayente, conciencia del derecho, del deber, patriotismo, ciencia, serían, — lo cierto es que al poco tiempo oimos figurar su nombre en la política, — ese estadío de los creyentes y activos, — siempre defendiendo principios, ideas. Partió de aquí hace dieziseis años, y en tan largo espacio de tiempo para un hombre jóven, no le hemos visto descansar un día, una hora. Escritor y tribuno, ha tomado parte, en la prensa y los parlamentos, en todas las cuestiones, grandes y nímias, que han agitado la vida contemporánea de su patria,—y nosótros, sus antiguos condiscípulos y amigos, al leer, en las noticias y telegramas de la otra banda, siempre repetido su nombre, nos hemos sentido enorgullecidos: como argentinos, creyendo ver el tríunfo de nuestra instruccion y experiencia superiores, y, como compañeros, el de nosótros mismos, — y dado el enervamiento de esta sociedad, su parálisis general, tanto más profunda cuanto más extensa, era un consuelo ver que en la patria chica, — que siempre, con el corazon, consideramos un pedazo de la nuestra,—se irguiese y levantase, en medio del fragor de las instituciones, uno de los nuestros.

Ausente en Europa, y despues, por mis asuntos, comunmente fuera de la Capital, no tuve ocasion de estrechar su mano en las varias veces que por horas vino aquí. Con apasionado recuerdo de su persona,

¡con qué gusto no supe que el 9 de Enero del año próximo pasado debía darnos una conferencia en el teatro de la Victoria y defender nuestros derechos contra Chile! ¿Gratitud? Nada nos debía, porque no era un extranjero, sino un hijo de la antigua Provincia argentina, y, para nuestro pais, fué siempre un honor formar un hombre para el derecho americano. Era algo más público, y, de consiguiente, más elevado: la declaracion de principios, en nombre de la verdad, que es la ciencia. Debía tomar esa mañana el tren para un negocio de tierras en la Provincia de Buenos Aires, y, desatendiéndolo, á las 2 p. m. me encaminé al Victoria. Pésimas circunstancias: calor extraordinario, — la gente apropiada para estos actos, estaba en el campo, — era Domingo, — y, lo que era peor, un diario de la mañana había anunciado que la conferencia habíase postergado. Felizmente, la Comision invitadora componíase de numerosos y prestijiosos compatriotas suyos, y aquí, por la gran poblacion y facilidades peculiares, llénase pronto, con cualquier motivo, un teatro y mucho más para escuchar la palabra de un ciudadano oriental, conocido y querido de tódos, sobre un asunto propio, grave, de actualidad palpitante y que interesaba la fibra del patriotismo.

Así fué: cuando entré, la vasta sala estaba llena. La Comision estaba en el proscenio, y él destacábase por su estatura. El tiempo no había devastado su fisonomía, porque si estaba completamente calvo y con el bigote y pera grises, el cútis era fresco,— gozaba de todas sus fuerzas y enerjías, y cierta corpulencia dábale un aspecto atlético. El rostro refleja tambien la vida, y á través de tan larga ausencia, ví en ciertas arrugas, nobles pero fieras, que había luchado, luchado mucho,—sufrido, desesperado, — pero por la limpidez de la frente, echada atrás, arrogante y la rectitud de la mira-

da, que había vencido, — quiero decir, — salvado los principios y las ideas, que son la bandera de los patriotas en política. Y si la vida, tan real, tan dura, deja sus huellas en el rostro, ¿qué extraño es que despues de tantos años de figuracion vertiginosa, ardiente, sincera y franca, no exprese tambien la historia intestina de su pais! ¡Un verdadero Oriental!, — me dije, — al descubrir, trás su aspecto tribunicio, imponente y, á la vez, llano, cierto aire militar. Cuando olvidaba que el tiempo plasma las fisonomías, convirtiéndolas en la forma del espíritu, extrañaba ver á nuestro antiguo amigo con una expresion férrea, terrible.

Al principiar á hablar, su rostro púsose en movimiento, y descubrí poco á poco, en las ondas palpitantes de su elocuencia, al antiguo condiscípulo, educado entre nosotros, sin más *instinto* que el corazon y otro ideal que la patria. Siempre entusiasta, generoso, intrépido, ví que no existía, tras su valor ingénito, capaz de todas las abnegaciones, ni una sombra de maldad ó tiranía: todo era efecto de la arruga entre la mejilla y la nariz, cuando estaba en reposo, callado, emocionado tal vez por estar delante de un público que le parecería un contendor parlamentario,—y expresaba,en el lenguaje fisiognómico, su agitado pasado, tumultuoso. No necesité preguntarle, al hallarnos juntos, si había luchado mucho, porque lo veía, é interrogado como Manfredo, habría exclamado: «¡Mírame la frente!» Tal pasa hasta con los muertos en las grandes hecatombes: tienen la expresion de su postrer esfuerzo. Hízole mucha gracia, al decirle: «Sabes que cuando te pones sério, temo que me mandes degollar,» -- y al reirse, desarrugaba el rostro, espejo de su alma pura y generosa.

Su primera frase fué un saludo á esta sociedad en que vivió veinte años, y de donde salió educado y apto para la lucha democrática. Habló de

nuestro pais rico, saludable, destinado, por su extension, á ser cosmopolita y el crisol de todas las razas, — y en este proceso, — agregó, — los orientales, por tradiciones de sangre y de historia, no se consideraron nunca extranjeros respecto de nosotros, sino hermanos. Comprobó su aserto con la guerra de la Independencia, con el sitio de Montevideo, con las cien batallas en que ambos pueblos, combatiendo por un ideal comun, escribían con su propia sangre la historia del Rio de la Plata, — demostrando al fin que no era posible, despues de tales antecedentes, que no se dejase oír en nuestro suelo, en la presente emerjencia con Chile, la palabra de un Oriental.

Aunque supiese lo que iba á decir, improvisaba, abriéndoseme ancho campo para juzgarlo naturalmente. Su estilo, aunque familiar, no es del tono de la conversacion, que permite á cualquiera hablar horas seguidas; es del diapason de la elocuencia. No es un orador científico, académico ó literario, como Zeballos, Magnasco ó Gomez, respectivamente, sino el popular, llevado al parlamento y de aquí á la conferencia. Sin la voz llena y sonora de Zeballos, representa, en tal estadío, al conferenciante norte-americano, que aparece suelto de cuerpo, con llaneza, como invitando al público que lo interrumpa para dialogar con él, sin guantes y vestido á lo sumo con levita negra, — todo esto, por supuesto, en la suprema posesion de sí mismo y con la más ámplia libertad de maneras. Hablo con tanta sinceridad, que, si alguna vez, doy una conferencia, asistiré con el saco y chambergo con que viajo por las colonias, para contribuir á demostrar que tal acto en nuestro pais deprimido, profundamente atrasado, no debe ser un acontecimiento, sino un fenómeno popular, vulgar, de todos los días y todas las noches, como el mejor medio para ir arrancando poco á poco del gobierno centralizador todas las libertades por la conciencia del derecho.

Explicó que la neutralidad no impidiría que, en caso de guerra, miles de orientales vinieran con su propia bandera á combatir á nuestro lado, y dada su representacion, capaz de interpretar ideas y sentimientos nacionales, el teatro, de entusiasmo, vínose, como se dice, abajo. Tocó, indudablemente, la fibra nacional, herida por la injusticia, pero no está en tocarla, sino en quien la toca, — y ahí está el valor de sus palabras, propio, porque condensa el de su personalidad, conseguido á fuerza de accion, de propaganda y de puños. Aunque no traía carácter representativo, hablando, por el contrario, por su sola cuenta, tódos veían palpitar en él el alma de la juventud uruguaya. ¿Puede haber para nuestras jóvenes generaciones una palabra oriental más sincera que la de Palomeque?, — y al escucharla, por sus antecedentes, puédese que influyesen la simpatía ó la pasion; pero,— yo pregunto: ¿si hoy no son necesarios, en cuestiones tan íntimas, tales vínculos para oir á un extranjero y dejarse arrebatar por su palabra! La primera condicion de un orador, para su éxito, es ser creido, — y solo se obtiene cuando el público sabe que quien habla dice lo que piensa y lo que siente, aunque sea erróneo y mal expresado. Es tambien su moral y el mejor homenaje á la sinceridad, que es la verdad del alma. De ahí la fuerza de Leandro Alem, — su virtualidad, — con todo de ser demasiado bondadoso para una reaccion en el gobierno.

Para juzgar bien los progresos del antiguo condiscípulo, situéme en un palco cercano al proscenio y decidido á no perderle una palabra y ni un ademan. Improvisó hora y media. Su voz es simpática, expresiva y de bastante alcance, y las maneras, liberales, sin ser exajeradas. Su escuela es la de la naturalidad, tratando, por la familiarizacion, de vincularse al público para tratar juntos un asunto comun: él, con la palabra, y éste, con la aten-

cion,—quedando siempre, por modestia, á su altura. Hablé anteriormente de la posesion de sí mismo. Es otra condicion fundamental, porque la inteligencia es delicada como un cristal; el menor temor la empaña, — si se alza un telon de niebla, nada vé, y conturbada, se encoje, y declárase impotente. El ideal sería estar solo, como en los ardientes é interminables monólogos del cuarto, — pero la oratoria es milicia, y el verdadero orador, á manera del valiente, se siente estimulado ante los millares de rostros y ojos, — se excita, — sus facultades se abren, se expanden, — brótanle fácilmente las imágenes y las ideas, y nace, por la inspiracion, la elocuencia que sugestiona y arrastra á las multitudes. ¡El mundo externo! Es el oríjen de todas las sensaciones,—pero es necesario que haya trigo en el molino, para que la piedra, agitado por las álas, á impulsos del torrente, tenga que moler!

A la improvisacion sucedió la lectura de un extenso escrito sobre la Invasion Portuguesa de 1816 en el Estado Oriental, tendente á probar que, contra ciertas voces corrientes, nosótros fuímos entonces los eternos amigos de los orientales. Nada más oportuno que la historia para vincular á las sociedades, y si se tiene en cuenta que el trabajo del doctor Palomeque fué una tésis meditada, séria, se comprenderá cómo, en ese instante, se acercaran las almas de dos pueblos vecinos, hermanos, para fundirse en una sóla. ¡Sublime momento! Sentióse el abrazo de las dos patrias, — las cuitas, entre lágrimas, de las peregrinas de la democracia, y la reconstruccion del vireynato cruzó como un relámpago. ¡Oh, mágico poder de la palabra! ¡Oh, sentimiento que la inspira, unjiéndola de sublimes fantasías! Dos horas duró la segunda parte, terminando á las 6 p. m. Tres horas y media duró la conferencia,—tres horas y media que

equivalen á cinco de cualquier otro orador. Arrastrado por su verbosidad, no conoce el descanso, y despues de tal prueba, recien desembarcado, con una mala noche de viaje y excitado por las emociones consiguientes, estaba como si tal cosa, entero. Un compatriota suyo, que estaba á mi lado, me dice: «Así es; habla y escribe cincuenta horas seguidas, y se queda muy fresco,» — frase gráfica que bastóme para compendiar su personalidad.

Al ir á saludar y felicitar, conmovido, al amigo de treinta y cinco años, bajaba en ese instante del proscenio para regresar enseguida á Montevideo. Fresco realmente, como si saliese de un baño, habría tomado el vapor, si sus compatriotas, amigos y numeroso pueblo que le acompañaron hasta su residencia del Hotel España, en la Avenida de Mayo, no le hubiesen pedido que defiriese el viaje. Otro discurso allí, desde los balcones, — y habría pronunciado cuarenta, quedándose tranquilo, porque con bronquios libres, ancho pecho, nervios sanos, yacía reposado y apto para continuar siempre. Estaba admirado ante esta organizacion que no conocía el descanso y que vivía del trabajo y la lucha constantes, y ansiaba, entre las numerosas personas que venian á felicitarlo, estar á su lado para tener un instante de expansion retrospectiva.

Recien á las 11 p. m. terminó la sobremesa y pudimos salir al balcon. Tódos en el campo,—la noche, calurosa, — la Avenida, estaba sola. Sólo veíanse la luz eléctrica y las ráfagas del río que pasaban rizando las copas de los plátanos. Despues de tantos años, no pude impedir que, impulsado por el cariño, me preguntase: «¿Y Vds.?» La liquidacion se imponía, pero la frase era terrible, porque nuestra generacion no había producido, salvo uno ó dos Ministros por quince días, un solo hombre de estado. Expliquéle despues que, bajo un

sistema centralizador de gobierno, absorbente, que hace pura vida oficial, necesítase más defectos que cualidades para subir, y que, para ser instrumento de épocas corruptoras y desgraciadas, la abstencion era más patriótica y honrosa. Contestóme que no nos pesara, como si las decepciones, en la vida pública, fueran inmensas y la felicidad sólo se hallara en el hogar. «¡Sí, — recuerdo que le dije, — pero tú has tenido la satisfaccion de intervenir en la política de tu pais (1)!

Volvamos á él. Conocía su labor de escritor, enorme, pero,—para mí,—el valor del hombre está en las ideas. Conversamos largamente sobre hechos sobre los hechos brutales que constituyen la histotoria y, desgraciadamente, la vida nacional, — sobre principios, ideas, ideales, y ví que, á pesar de baber estado pisando tanto tiempo el barro de nuestra democracia inorgánica, no solamente estaba limpio,—allí donde mánchase hasta con sangre, — sino que yacía tan puro como cuando se fué de aquí. Es que el tiempo no crea: amasa simplemente, y desarrollando sus ingénitas facultades, el nombre honorable convirtióse en patriota, el patriota en idealista y el idealista, al calor del patriotismo,—ese sentimiento que engrandece,—en apóstol. Sí, Palomeque, en la democracia turbulenta de su pais, donde tambien se levantan las leyes sin cimientos, algunas veces en barro, para derrumbarlas enseguida y reconstruirlas en cal, donde algunas veces se firman á cañonazos y se anda á empujones con las ideas, es un apóstol, por su ingenuidad, — si se quiere, — pero no de los que se

(1) Ya que hablo aquí otra vez de la política argentina, agregaré los siguientes nombres á los de la nota de la página 56, para colaboradores de un gobierno de reaccion: Doctores Cárlos Vega Belgrano, David Peña, Rodolfo Rivarola, José N. Matienzo, Osvaldo Piñero, Norberto Piñero, Cárlos Molina Arrotea, Mauricio Daract, Miguel Tedin, etc., etc., porque nunca sería demasiado larga. El señor Vega Belgrano, Redactor de *El Tiempo*, está escribiendo una obra fundamental sobre el doctor Alberdi, y es uno de los compatriotas, por sus ideas liberales, mejor preparados para contribuir á favorecer una reaccion política.

quedan en su cuarto ó atrás, para filosofar y criticar, sino de los que marchan adelante, á la cabeza, arrastrando los peligros y señalando el camino. Locomotoras del progreso, son fuerza y luz al mismo tiempo, arrastrando el inmenso convoy é iluminando el paso de las muchedumbres. Ingenuidad, sí, y candidez tambien, porque si no se crée, no se tiene fé,—el mundo se anochece,—es una noche y no vale la pena de avanzar. ¿A donde, si el alma no espera, ni sueña! Recojámosnos, entonces, en el egoismo de la vida privada; allí encontraremos algo, ese algo que los prácticos llaman dinero,—la única aspiracion digna de sus afanes, — y tambien una bolsa donde guardarlo.

¡Nó:! soñemos! El sueño no es una mentira; es la misma idea que, al preceder al hecho, lo predice, lo proclama en la inmensa propaganda, y, como el sol, no conténtase con alumbrar, sino que se anuncia con sus infinitos rayos. ¡Qué sería de la mente sin sueños, de la vida sin esperanzas! Soñemos,—pero soñemos con la patria, para libertarla, para defenderla; soñemos con los principios, con las ideas, para entronizarlas, porque otras semillas no producirán el gobierno, la libertad, la justicia, el derecho, para sostener el Estado y realizar la felicidad pública. Más de una vez, al ver que la vida no es sino una traicion de las ideas universales, me he dicho: «¿Qué sería de éllas, si no fuese por estos hombres que nos hacen soñar. A no ser por éllos, no aspiraríamos, ni esperaríamos alguna vez su imperio, y nos retrotraeríamos al paganismo, mil veces peor, porque dados la densidad de la humanidad y los nuevos intereses creados, sería un paganismo político, un saqueo sin freno, un cáos. Nos consuelan con la esperanza, — nos alimentan, y si no fuese por éllos, la vida sería una noche sin astros y no valdría la pena de vivirla.

La República Oriental del Uruguay, con todas

sus revoluciones y dictaduras, no ha entrado aun en el periodo materialista, — de la existencia; — la política será industria, vanidad, pero una vez que se ha apoderado del gobierno, no lo convierte en botín. Ya llegarále el día, como á nosotros, si no desvía las corrientes inmigratorias de resíduos de razas inferiores. Entretanto, espíritus como el de Palomeque representan, genuina y perfectamente, la política sentimental en que aun yace su pais, temeroso de que, al abandonar la vida tradicional, entre en esta pseudo-civilizacion, que tambien es barbarie. Aunque la política sea una, prácticamente no es igual en todas partes; el político europeo no es el norte-americano,— el norte-americano no es el argentino,—el argentino, no es el chileno y el chileno no es el peruano, ni el uruguayo, ni el brasilero y así sucesivamente. Cada úno está caracterizado por los rasgos de su nacionalidad,— y ahí está el valor de Palomeque: es un político de su pais, esencialmente nacional, y al verlo latente, vibrando el aire con las antiguas palabras de patria, libertad y derecho, creyendo en éllas, emocionado por la fé, hacíame recordar á Chassaing, Lopez Torres, Keen y Argerich en los gloriosos tiempos de la política-pasion.

He aquí, á largos rasgos, la silueta física y moral del uruguayo que vino el 9 de Enero 1902 á defender en el Victoria nuestros derechos contra Chile. Hónrome, como condiscípulo, poder tratarlo por su apellido simplemente, porque es una personalidad en su pais y en el nuestro un extranjero tan argentino como Bocayuva en el Brasil; sí, la Argentina no tiene mejor amigo que Palomeque en la República Oriental del Uruguay, como él tampoco tiene, fuera de su patria, mejor patria que la nuestra. El lo sabe, y su regazo está siempre pronto para recibirlo, ya como viajero ó desterrado de la democracia, para endulzarle la vida con la amistad, como en los pasados días de la juventud.

DOCTOR DON JUAN MANUEL DE LABARDEN

RECTIFICACION HISTORICA

Hace diez años publiqué una série de estudios crítico-literarios sobre los antiguos poetas patrios, y en el Prefacio de Lafinur (1), criticando la militarizacion de nuestra historia, decía que era más fácil escribir la biografía de cualquier capitanejo vicioso de la Independencia que zurcir la de la personalidad civil más saliente del Vireynato, — presintiendo desde ya que escollaría ante la del doctor Don JuanManuel de Labarden,—con todo de haber sido Licenciado, del Consejo de S. M. y su Oidor Honorario de la Real Audiencia de la Plata, Teniente General y Auditor de Guerra da la Capitanía General del Rio de la Plata, Regidor, Síndico Procurador y cuanto se podía ser en el coloniaje. Así fué,—tanto más que venido últimamente debía aventajar en datos biográficos á los escritores que me precedieron,—y la dificultad era trascendental, porque sujetos estos trabajos á orden cronológico, el primer tomo lo encabezaría el Doctor Labarden,

(1) Juan C. Lafinur (Crítica Literaria), — por el Doctor Arturo Reynal O'Connor,—Prefacio,—pag. VI.

por ser el *primero* que escribió en verso en nuestro pais. «¿Cómo salir del paso!» —díjeme más de una vez.

El Archivo Nacional no puede auxiliar sin datos prévios, que indiquen lo que se desea esclarecer; la historia literaria no está escrita aun, y los aficionados á estudios históricos me decían que sólo sabían lo que publicó al respecto el Doctor Don Juan María Gutierrez. El era, indudablemente, la fuente. Allí tomaron datos todos los escritores que se han ocupado del Doctor Labarden y otros poetas argentinos, principiando por mí, que fuí el primero en aprovecharla y seguir las huellas del ilustre maestro, porque para ello sacrificóse medio siglo, con sin igual patriotismo literario, en las oscuridades del laberinto de la historia. El no nos dijo cuando nació, pero en cuanto al lugar, su corazon porteño dábalo en Buenos Aires (1). No había de éllo duda, y lo contrario habría sido una blasfemia.

¡Como se ama, por el patriotismo, á estos hombres! Sacados de entre los escombros de la historia, créese haberlos creado, — que nos pertenecen, — y se está más pronto á admitir la mentira favorable que los hechos capaces de arrojar alguna luz, por más que se respete la verdad histórica. Los años pasaban, — el primer tomo aludido estabá hecho, y su aparicion dependía sólo de algunos claros que llenaría en la biografía del Doctor Labarden, cuando hojeando en la Iglesia de la Catedral al Norte el libro 5º de Matrimonios, hallo que se casó en esta ciudad en 1750 con Doña María Josepha de Aldao y Rendon. Era el mismo, porque decía *Doctor Juan Manuel de, Licenciado en Derecho.* No había duda, — pero ¡Oh, fatalidad!—la partida dábalo natural del Perú.

(1) Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX,—por Juan María Gutierrez, pág. 35,—1865.

Quedéme helado. Cerré el libro con impaciencia, como si fuese culpable del dicho, é, impresionado, recuerdo que quise volar con la fantasía á reclamarle al cura,—como si se tratase de un error que pudiese subsanarse así no más. En vano se es Abogado en ciertos casos; el corazon no aprende,— pero el escritor, más perspicaz, salió, rápido, como si el aire de los claustros me quemara. Afuera, quise ir á lo de Don Juan María (1) para trasmitirle mi desgraciado hallazgo y tratar de remediarlo, — pero ¡hacía quince años que estaba bajo de tierra! Pensé entonces en varios de los historiadores actuales, por el consuelo que se experimenta en compartir con ótros una mala noticia, comun en tal caso. «Otro, más frío, con ánimo despejado, puede darme algun buen consejo», — díjeme, — pero aunque esto no pasó de mi cerebro, resolví callarme, porque hasta los lectores de nuestra historia, sugestionados por su militarizacion, desdeñan la parte literaria.

«¡El Doctor Labarden, peruano!», — decíame en mis adentros,— y aunque la soledad aumentaba mi pesar, la idea de ser el único poseedor del secreto, consolábame sobremanera. «¡Nadie lo sabe más que yo!» — exclamaba con cierta fruicion. Creía, por supuesto, muy sinceramente que, á estar vivo Don Juan María, todo se arreglaría,—y mientras pensaba, con la imaginacion, en allanar tan insuperable obstáculo, me dije que Labarden, por su matrimonio en 1750, debía haber nacido, á lo menos, en 1725, — época en que los oriundos de estos paises no tenían más que esta denominacion: españoles americanos,— y fundándome en el domicilio permanente, que escribió para enriquecer la literatura argentina, que permitieron á España in-

[1] Me permito respetuosamente y en señal de cariño usar los nombres con que lo llamábamos entre los estudiantes en los claustros cuando era Rector de la Universidad.

cluir á Ventura de la Vega en su Parnaso, — en varias estrofas de *sus* poesías, en que dá con amor el título de patria á esta ciudad, criticando, en cambio, con un desprecio, que rechaza el patriotismo, á los poetas limeños,—en fin, él aquí, en su corazon, cambió al Perú por Buenos Aires, — y no me consideraba con derecho á desterrarlo de la patria que le crearon su vida, los acontecimientos, su pensamiento y su pasion. Desarrollada, subjetivamente, esta teoría, fuí al Museo Histórico á leer las Actas orijinales del Cabildo desde 1750 en adelante, por si hallaba algo nuevo á su respecto, — y despues de verlo figurar de Regidor y Síndico Procurador, ¿qué creis que encuentro? Su fallecimiento, —ocurrido entre 1777 y 1777. Ignoraba la fecha precisa y la causa,—pero había muerto;—no cabía duda; ahí estaba la declaracion del Cabildo, en acta de 6 de Diciembre de 1777, y como no existía en aquel entonces otro personaje de igual nombre y apellido y con idénticas dignidades y campanillas, suspendí la busca, porque con el último suspiro, lo sabeis,—terminan todas las fatigas de esta vida y muy especialmente para el Doctor Labarden, que fuéle algo asendereada.

Si años antes, cuando leí su partida de matrimonio en la Catedral al Norte, no hubiese, por su nacionalidad peruana, cerrado el libro tan rápidamente, habría visto al márjen tres notas, — dos de éllas otorgándose testimonio. La segunda dice: «A pedido de su consorte, año de 1785, á 13 de Agosto, *ya viuda*.» Habríame ahorrado, en tal caso, investigaciones inútiles,—pero estaba de Dios que el Doctor Labarden tenía que darme mucho quehacer. No podía ser él, de consiguiente, el autor de la Oda al Paraná y demas composiciones que corren bajo su nombre, porque todas fueron escritas treinta años despues. Pedro Grullo dijo bien claro: «¡Los muertos no hablan!» Consignaré que, á pe-

sar de mi *impresionabilidad*, — que no es sino la de cualquiera ótro, con la diferencia de que, por mis ideas literarias, comunico al lector hasta sus fenómenos nerviosos, - no me desanimé; su fallecimiento fuéme un relámpago,—porque no dudé entonces que el autor de esas composiciones sería felizmente argentino, quedando así encabezado al Parnaso por un Homero legítimo y triunfante el patriotismo literario.

No quiero hacerme el presajioso,—pero alguna duda flotó siempre en mi espíritu, —de esas ténues, que cruzan rápidas ó se deshacen con la nerviosidad de las ondas, — porque nunca encontré relacion entre la vida ampulosa y séria del Doctor Labarden con sus tituladas elucubraciones,—esa trabazon fatal, tan íntima, tratándose del poeta, - sér tan subjetivo, que convierte los libros en sepulcros de su alma y las páginas en bajo relieves de penas y suspiros,— mientras nosotros, los vulgares, no tenemos más esperanza que nos devoren los gusanos. Todas las apariencias, no obstante, dábanlo por autor. Estando esas composiciones firmadas por su apellido y uno de sus nombres, - siendo aquél tan afamado en el coloniaje y en la aurora de las letras patrias, á punto de que el Doctor Don Vicente Lopez, en su Introduccion al *El Triunfo Argentino*, le dice *Hijo de Apolo*, y le ruega suspenda *su sublime canto*, para exclamar *enfurecido* por la segunda invasion inglesa: ¡*Mi trompa es débil, celestial la tuya!*, — ¿á quién iban á achacarse sino al ilustre Regidor y Síndico Procurador, Doctor Don Juan Manuel de Labarden, Teniente General y Auditor de Guerra, etc., etc., con tantos títulos como conocimientos, espíritu ilustrado y el más culto del coloniaje! Era lógico, tanto más que Don Juan María lo daba vivo hasta 1812,—y yo mismo, en datos que su-

[1] Pará la nomenclatura de las calles de Pehuajó con nombres de Poetas Argentinos, Véase su libro *Pehuajó*, publicado en 1896.

ministré á nuestro distinguido compatriota, Señor Don Rafael Hernandez (1), lo hacía muriendo en la Colonia del Sacramento, más ó menos por esa fecha. ¿No podía ser sino él!

¡Con razon díjeme una vez el señor Trelles (2) que había tres Labarden! Si Don Juan María hubiese hojeado las actas del Cabildo ó siquiera la partida de matrimonio, no hubiera incurrido sobre el Doctor Labarden en errores tan fundamentales. *Soy amigo de Plauto, pero más de la verdad*, y sobre todo de la verdad histórica, para que de entre las mentiras del presente, que contajiarán al porvenir, se salve siquiera el pobre pasado; pero el Doctor Juan María Gutierrez es una de las personalidades más perfectas que hemos producido: matemático, científico, poeta, literato, escritor, catedrático, patriota, era una intelijencia liberalísima: amante de la juventud, es el Quinet de nuestra civilizacion incipiente y el ideal de los argentinos,— lo respeto y amo, y mi pasion me induce á decir, sin pretender chicanear, que él no tiene la culpa, porque un escritor, aunque confeccione una biografía antigua, no está obligado á entrar en las sacristías de los conventos, ni pasarse un mes hojeando las Actas del Cabildo. La Iglesia de la Catedral del Norte, por otra parte, no tenía en 1865 (3) el magnífico Indice actual, y era imposible, sin prévia fecha, consultar la inmensa cantidad de libros de nacimientos, matrimonios y defunciones, que comprendían los de casi todo el antiguo centro de Buenos Aires; el Doctor Don Vicente F. Lopez no había principiado á publicar las Actas del Cabildo, desconocidas casi de tódos,—yacían misteriosamente guardados bajo de llaves en el

(1) Para la numenclatura de las calles de Pehuajó con nombres de poetas argentinos. Véase el libro *Pehuajó*, publicado en 1896.

[2] El Señor Don Manuel Ricardo Trelles, bibliógrafo, mmumismático, coleccionista y autor de importantes y patrióticas obras de Historia Nacional.

[3] Año de la publicacion de la biograjía del Doctor Don Juan Manuel Labarden, que forma parte de sus *Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos hetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX*,

Tesoro Municipal; sus hojas exhalan un polvillo impalpable, que hiende la epidermis, capaz de una infeccion microbiana, y el que, como yo, opone al error una partida, no triunfa científicamente, porque tales documentos no son ciencia, sino apenas sus elementos materiales. La ciencia está en el pensamiento aplicado á los hechos, en la meditacion á la investigacion, y no en la investigacion misma, que constituyen la historia y la filosofía, formando, por la lógica, la experiencia y la sabiduría del porvenir.

¿Y quién era el autor de las poesías? Lo dicen éllas: Manuel de Labarden, así como las cartas al Dean Funes (1), la dirijida al Doctor Don Manuel Basabilbaso (2), *El Telégrafo Mercantil* (3) y la *Lira Argentina*. ¿Cómo es que el Dean Funes, el Doctor Basabilbaso y Francisco Antonio Cabello, Director de aquél periódico, no lo tomaron por el Doctor Don Juan Manuel de Labarden? Es que Funes le oyó como poeta, — Basabilbaso vivia aquí, era de su tiempo, le conoció, —Cabello era su compañero de tareas, y no podían confundirlo con otro Labarden, muerto un cuarto siglo antes; pero viene despues de cincuenta años Don Juan María, y al estudiarlo al traves de la historia, no se encuentra sino con un Labarden, con el Doctor Don Juan Manuel de, que llena, por largo tiempo, las crónicas del vireynato. Vé que el *Telégrafo Mercantil*, en 1801, y la *Lira Argentina*, en 1825, le dan el título de Doctor; que el segundo periódico de el Auditor de Guerra del Ejército Conquistador de Buenos Aires, puesto que desempeñó largo tiempo *el Doctor Don Juan Manuel*,— que el padre Castañeda

]1] Estudios Biográficos y Çríticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX, por Juan María Gutierrez, — Tomo I, pág. 117. (En la Biblioteca Nacional pueden verse las cartas originales.)

[2] Id. Id. pág. 97.

[3] Primer periódico que se publicó en Buenos Aires, redactado por Don Francisco Antodio Cabello. El primer número apareció el año de 1801.

en 1821, en el número 10 de *Doña María Retazos*, llámale además *el Doctor Don Juan Manuel de*, por ser posterior y conocerle solo de fama, y cáe inocentemente en el error, — pero con tanta conciencia, que, á habersele dicho á Don Juan María que el autor de la Oda al Paraná no era Don Juan Manuel, habría desmentido categóricamente tal afirmacion.

Tan es el estudio, por el estado imperfecto de nuestra historia, la causa de tal confusion, que cinco años antes publicó unos simples *Apuntes Biográficos* sobre el poeta Labarden (1) y dióle sus verdaderos nombres y títulos,—de donde se deduce que el pensamiento es como los ojos: no vé en la oscuridad, y si se empeña en avanzar, córrese el riesgo de caer en el abismo.

Ha habido tambien sugestion, porque el doctor Labarden no podía en 1768 (2) ser perseguido por Don Munuel Basavilbaso y dirijirle en 1789 una atenta y afectuosa carta, aunque se ignorase su fallecimiento doce años antes. (3)

Si se tratase de un simple cambio de nombres, es decir, que Manuel pasase por Juan Manuel, independientemente de sus respectivos títulos, nada sería; el lector, con su claro criterio, los deslindaría, porque con los nombres en la historia pasa al revés de la política: no hacen los hombres,—pero en el estudio final del Dr. Gutierrez sobre nuestro Homero, hay dos biografías; la primera, que abarca hasta la página 49, comprende á Don Juan Manuel, y de ahí en adelante al sobreviviente Don Manuel, haciendo de dos vidas, úna sóla, como si se tratara de individuos que hubiesen nacido pegados del seno materno y forzados á pensar y ejecutar las mismas acciones. Tócame á mí, desgraciadamente, como predecesor de Don Juan María, ser el Dr. Doyen

[1] Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina,—por el Dr. Juan M. Gutiérrez.—pág. 145.

[2] Estudios Biográficos, etc., etc. por Don Juan M. Gutierrez.—pág, 41.

[3] Id, Id,—pág. 97.

que separa estos dos séres, para que tenga cada uno en adelante su respectiva vida independiente (1), y digo desgraciadamente, porque exento de vanidad literaria, sólo experimento dolor al correjir las páginas del maestro, como si cortara en carne propia, aunque he explicado que él no tiene culpa alguna. La existencia de Juan Manuel está probada, y aunque he hallado la partida de nacimiento de Manuel, para que el lector se cerciore de la accion de cada uno y dentro de su propia esfera, no tiene más que cotejar la firma del primero en las actas del Antiguo Cabildo con la del segundo en las cartas al Dean Funes en 1802, existentes en la Biblioteca Nacional. Esto bastará para probar que existen dos Labarden. No pueden confundirse, porque el segundo aparece en la vida pública enseguida de morir el primero, y no hay más que esta duda: que el poeta, llamándose Manuel José, solo firma Manuel, pero es sabido que los que tienen la *de* antepuesta al apellido, suprimen, en obsequio á la brevedad, el segundo nombre, sobre todo cuando el primero es más largo y son independientes (2). Así llamáronle los periódicos y los amigos de su época, y si el Dr. Funes, en sus cartas, intercaló *Joseph*, es porque, religioso, quiso ser fiel á los nombres de pila y sabría que ese segundo nombre púsosele en recuerdo del sér que le dió á luz (3).

---

(1) Refiérome á la conocida operacion que ejecutó últimamente el célebre cirujano de París, separando el cuerpo de dos gemelos, que nacieron pegados.

[2] Exceptúase etc. etc. Juan Manuel, Juan Cárlos, Juan Bautista, Juan Nepomuceno, Juan Crisostomo. El primero es más corto, pero han sido puestos además para usarse juntos en homenaje á algun personaje de la tradicion que quiso diferenciarse de algun homónimo.

[3] Nacio en 1754. He aquí su partida de bautismo. Manuel Joseph de Labarden. Copiada á pedimiento de su padre. En nueve dias del mes de Julio de 1754 con mi licencia el Dr. Don Joseph Ignacio Valladares puso óleo y crisma á Manuel Joseph de un mes de nacido, á quien dicho doctor privadamente bautizó el día 11 de Junio próximo pasado, hijo legítimo del Licenciado y Abogado de la Real Academia de las Charcas, Don Juan Manuel Labarden y Doña Josepha Aldao. Fué padrino: Don Jacinto Quiroga, B. Joseph de Andrújar [Catedral al Norte].

¿Quién era Manuel de Labarden? Hijo del Doctor Don Juan Manuel Labarden,—nada menos que su hijo mayor. Separados ya, pasaremos, conforme á nuestro epígrafe, á ocuparnos del segundo, habiendo preferido hacer aquí la rectificacion, más propia siempre de un trabajo histórico, para que cuando estudiemos al poeta, en el primer tomo á que nos referimos, surja limpio y puro de dudas entre los compañeros que cultivaron las musas.

El Doctor Don Juan Manuel de Labarden, aunque haya nacido en el Perú, se ha incorporado, por su vida entera y sus acciones, á la historia nacional. Es una personalidad argentina, y aunque no hubiese salido de Lima, pertenece á nuestra literatura histórica, por habersele creído hasta el presente el décano del Parnaso, como Ruwley, por el génio de Challerton, figura en la poesía inglesa del siglo XVI. Padre además de nuestro clásico poeta, se halla vinculado á esta sociabilidad por un afecto que el tiempo aumentará indefinidamente, sobre todo si se tiene en cuenta que ha sido patriarca y fundador de una larga familia, que mantuvo hasta sus últimos descendientes la tradiccion literaria.

Habiendo contraido matrimonio en esta ciudad en 1750, podemos creer que nació en el Perú en 1725, aunque era ya Licenciado y la gente no se casaba tan jóven. Recibió su título en la Universidad de Charcas, y á verse ya en medio camino, decidióse sin duda á seguir á lomo de mula hasta aquí. ¿Qué le trajo? Quizá la mayor facilidad de hacer carrera en teatro más pequeño,—la avidez de recorrer tierras nuevas, extrañas, y, á la vez, propias, por estar entonces bajo la jurisdiccion política y judicial del Perú,—quizá la miseria. ¡Misterios!; lo cierto es que el 1° de Enero de 1754 lo hallamos nombrado Re-

gidor del Cabildo. Componían ese año esta institucion personajes como Don Juan de Lezica y Torrezuri, Don Juan de la Palma Lobaton, Don Miguel Gerónimo de Esparza, Don Joseph Arroyo,—Don Luis Aurelio de Zavala, Don Miguel de Igarzabal, Don Alonso García de Zúñiga y Don Juan Antonio Jijano y Castro.

No podía comenzar mejor su vida pública en el coloniaje, y si consideramos que era de otras tierras, recien llegado, podemos decir que cayó bien en esta sociedad. Todo tiene su causa. ¿Cuál era élla en aquellos tiempos en que el Cabildo, teniendo en su mano el gobierno general de la Comuna, centralizándolo, se reelejía anualmente á sí mismo?. Por excepcion incorporaba á su seno á algun vecino notable por su posicion social ó fortuna. Debían ser, además de su título, su saber, su educacion, y eso que atrae á los demás, por la dominacion ó la bondad,—el carácter,—porque había otros licenciados que se debatían con el trabajo libre y mordían su título en la oscuridad de la miseria. Su posicion era excelente: Abogado, era ademas, como Regidor, gobernante, — á punto de que se exponía á despertar la emulacion de sus colegas ó antiguos moradores del vecindario.

Conocemos las tareas de los antiguos Cabildos. — Aunque eran todo: justicia, criminal civil y comercial,—Municipalidad,—Hacienda, Finanzas y Policía,—reuníanse sólo dos ó tres veces en la semana, — trataban igual número de asuntos, que versaban, á lo sumo, sobre el precio del pan, del vino y de las gallinas, propios y arbitrarios, derechos de pregonería y alcabala, basuras, sueldo del portero y aun del verdugo. Casado, con hijos, pobre seguramente, no iba á hacer fortuna en un cargo gratuito, y así, vémosle, al año siguiente, ocupar el puesto de Síndico Procurador, más propio de un letrado. En 1759, elíjesele nuevamente Regidor.

Ambos puestos deberían ser incompatibles, porque el Procurador tenía tambien asiento en el Ayuntamiento y su facultad privativa era defender los derechos del público,—una especie de Fiscal, con accion pública,—pero se explica su ejercicio simultáneo, dada la teoría innata de la autoridad en España: todos los poderes contra el pueblo, para que los sostengan y nazcan la oligarquía y el nepotismo.

El Doctor Labarden, dados su claro talento y avanzada ilustracion, no dejaría de darse cuenta de la delicada situacion que le creaba tal ambiguedad, pero comprendía, por otra parte, que ejerciendo sus deberes de Síndico conforme á la justicia, la libertad y la equidad, los derechos de la sociedad no podrían tener en la Sala Capitular mejor defensor, no sólo contra él, que, en tal caso, olvidaríase que era tambien Regidor, sino contra los impulsos tiránicos y arbitrariedades de sus colegas, muy lógicos en aquellos cerebros, ignorantes todavía de la idea de la soberanía del pueblo. Liberal, verboso, admirónos leer numerosas actas sin hallar sus protestas, discusiones ú opiniones: ¡nada! Todo, lector, deslizábase tranquilo en aquellos tiempos; si no existian las libertades políticas, que hoy sólo conocemos por escrito, desconocíase la tiranía, y sobre todo no habían nacido aun los discursos, que tanto alteran el sistema nervioso del pueblo y parecen ser la piedra fundamental y la argamasa de las instituciones del día.

En 16 de Enero de aquel año, trátase de la suspension del Alcalde Don Domingo Figueroa por haberse oído que tenía abiertas dos causas criminales, é iba á negárselε ya la entrega de la vara anexa al cargo, cuando el Doctor Labarden toma la palabra y dice simplemente: *que no habiendo constancia de tales procesos, sino rumores, debe admitírsele y que se le tome juramento.* Nada más. Todos nacemos con la idea y el sentimiento

de justicia; el estudio los desarrolla, formando,—lo que se llama en derecho,—la conciencia jurídica,—pero el abogado sabe algo más: los procedimientos, que dicen á la intelijencia y la ciencia, entre los laberintos de las dudas y opiniones: «por aquí,»—señalando el camino más recto y más corto. Los abogados, indudablemente, originan muchos pleitos, pero en la vida pública de las aldeas, por su universal ignorancia, son, cuando obran de buena fé, no solamente útiles, sino necesarios. Principian por saber que es imposible hacer justicia sin oir á las dos partes, y como lo acaba de probar Labarden con Figueroa, no se dejan guiar por murmuraciones, y se convierten, en las grandes como en las pequeñas sociedades, en baluartes contra el chisme. ¡Ya veis!: con una sola palabra hace entrar á un Regidor al Cabildo y tomar su asiento.

El 7 de Abril de 1759 presenta la renuncia de estos dos empleos, y no se le admite (1). No expresándose la causa, es imposible conjeturarla, pero el Doctor Labarden, callado ante la banalidad de los asuntos, debía sentir entumecerse la intelijencia y aspiraría un ambiente propicio para desenvolverla. ¿Buscaba la libertad? No lo creemos, — porque pobre, — como debía serlo, — los letrados entonces se debatían en la miseria; — algo, algo había entre él y el Cabildo, — envidia, emulacion, celos, que sublevarían egoismos, antipatías, porque el silencio se transformó en frialdad; — nacieron las discusiones, las reyertas, las persecuciones.... ¿Cuál sería la causa? Al traves de unos papeles amarillentos, escritos hace siglo y medio, no es posible, dado su laconismo, deducir más, pero un hombre que, contra su nacionalidad, se imponía

(1) Acta capitular de 1759.

con su mayor erudicion y experiencia, debía suscitar en nuestro Cabildo las pasiones de aldea consiguientes. Su nacionalidad se imponía. ¡Esta es la palabra! Al revés de lo que pasa hoy, porque Lima se presentaba orgullosa con sus alcázares y tradiciones. Agréguese que dependíamos de su Virrey y no teníamos audiencia, y se verá que un limeño no era un extraño, sino tambien un español—americano, que continuaba bajo su jurisdiccion político-judicial originaria, - pero los Regidores, por el prestigio de su nacionalidad, debían mirarlo de recjo.

Lo cierto es que en 1760 no es reelijido Regidor. Nada malo débese inducir de éllo, porque todos los años, en las elecciones, se sustituían algunos excelentes cabildantes con otros vecinos, para halagar algo la opinion, — pero enseguida renuncia el puesto de Procurador, y es nombrado, en su reemplazo, el Doctor Don Antonio de Velazco. Hélo simple particular, y en la misma situacion que cuando llegó de Chuquisaca. No debió salir en muy buenas relaciones con el Cabildo, porque niégase, á su exigencia, entregar los papeles concernientes al puesto de Procurador (1). Estaría dedicado nuevamente á su profesion, cuando aquél recibe una real cédula fechada en Aranjuez el 30 de Abril de 1761, nombrándose Teniente General y Auditor de Guerra al Doctor Don Juan Manuel de Labarden.

Felipe V, «atendiendo á la falta de letrados que se experimentaba en la ciudad de Buenos Aires y á lo distante que se hallaban de ella las Audiencias de Charcas y de Chile para el recurso de los litijios y materias de justicia, etc. etc.», creó «por siempre en esta ciudad el puesto de un Teniente General letrado, Auditor de la gente de guerra»,

(1) Actas originales del Cabildo, tomo 32, sesion del 14 de Enero de 1760.

con la misma jurisdiccion de los que existían en algunas de sus provincias de América y en Filipinas, elijiendo al efecto en San Lorenzo á 30 de Noviembre de 1738 al licenciado Don Florencio Antonio Moreiras. Anciano ó enfermo este letrado, un cuarto siglo de estas tareas pondríanlo aun más achacoso,—lo cierto es que el 8 de Abril de 1760 el Gobernador y Capitan General Don Pedro Cevallos dirijióse á S. M. solicitando que se exhonerase á aquél de dicho empleo por hallarse físicamente imposibilitado para desempeñarlo, y propuso para reemplazarlo al Doctor Labarden, *abogado de crédito y conocimientos*. Hé aquí los antecedentes del nombramiento referido (1).

Un año tardó S. M. en aprobar la propuesta de Cevallos (2), así como en llegar el nombramiento á esta ciudad. Con fecha 24 de Marzo de 1762, Don Pedro Cevallos ordenó que pasase al Cabildo para que se le diese el debido cumplimiento. Bien despacio iban entonces las cosas de palacio. Una razon más para que una cédula real fuese un acontecimiento. La tomaba primeramente el Alferez Real, la besaba, la abría, y despues la leía ante los Regidores puestos de pié y destocados. Tódos, haciéndola reverencias, como á carta de su Rey y Señor natural, la acataban y le prestaban la debida obediencia. Tal sucedió esta vez, haciéndose pasar adelante al Doctor Labarden para ser recibido con todas las solemnidades de estilo. Tomado el juramento acostumbrado por el Alferez Real, Señor Don Gerónimo Matorras, respondió: *Si juro y amen*,—dió una fianza de mil pesos, exijida

---

[1] Todas las fechas de este nombramiento, cédula, recepcion del Cabildo etc., etc. del Doctor Gutierrez en la biografía citada del Dr. Labarden son exactas,—excepto en la pág. 40, cuando dice que este empleo de Auditor *lo conservó hasta despues de las invasiones inglesas ó hasta su muerte*, continuando siempre la vida del padre con la del hijo.

[2] El 30 de Abril de 1764.

para garantir el cumplimiento de los deberes del cargo, saliendo fiador el Regidor Don Juan Benito Gonzalez, y entró en posesion de su alto puesto.

Es que Cevallos, que tantas simpatías manifestó por nuestra ciudad y sus habitantes, había tomado bajo su proteccion al Doctor Labarden y le dispensaba una franca amistad. Por él sabría nuestro flamante Auditor que en 1760 lo propuso á S. M. en reemplazo de Moreiras, y no dudando de su aceptacion, fué tan rehacio ante el Cabildo renunciando, antes de que llegara la cédula, el puesto de Síndico Procurador. Es que aquella institucion le era hostil, á pesar de no existir, de los personajes de 1754, más que el Señor Don Alonso García de Zúñiga; los ótros, además del Señor Matorras, eran los Señores Don Diego Mantilla de los Ríos, Don Francisco Cabrera, Don Domingo Gonzalez, Don Eugenio Lerdo de Tejada, Don Juan Benito Gonzalez, Don Francisco Almandos, Don Francisco de Lezica, Don Joseph de Gainza, Don Ignacio de Irigoyen, Don Antonio Millan, Don Domingo de Andicona y Don Facundo Prieto y Pulido, elejidos posteriormente, y si fuera por antipatías personales, nacidas de discusiones ó roces nerviosos, la armonía debió restablecerse, — pero existía en el Cabildo una causa más permanente y de que hablaremos despues. Todo iba, sin embargo, perfectamente, dada la proteccion que le dispensaba un mandatario como Cevallos, animoso, popular, y que, por los méritos reales del ahijado, transformábase en justa influencia respecto de las corporaciones ó personas con que alternaba públicamente.

Mil pesos mensuales ganaba el Dr. Labarden, y su despacho estaba en el Fuerte. Los auditores de guerra gozaban del fuero militar (1) y de las

---

[1] Orden Real de 25 de Septiembre de 1765.

prerrogativas del grado de Teniente General; dependían del Gobernador, y su jurisdiccion era conocer y sustanciar todas las causas civiles y criminales de los militares del distrito; otorgaban las apelaciones para ante la superioridad, — la asesoraban con sus dictámenes y consejos, y reemplazaban, por su grado militar, al Capitan General, fuese Gobernador ó Virey. Asistían, en representacion del Gobernador ó Virey, á las sesiones del Cabildo, y así le hemos visto en las elecciones que se verificaban anualmente el 1º Enero y en todas las ocasiones que se ventilaban asuntos propios de las relaciones político-administrativas con la superioridad y cuando su presencia ó consejo jurídico-militar fuesen necesarios. Tales eran las funciones de este letrado,—las más altas que podía ejercer un súbdito en aquel tiempo, — y convirtieron al favorecido desde ese instante en personaje principal.

En 1764, el alcalde de 1er voto, Don Juan Miguel de Esparza, pide la supresion del traje de las golillas para los miembros del Cabildo, y el Gobernador Cevallos, por dictámen de Labarden, ordena que en adelante usen en cambio el traje militar para las fiestas de tabla y funciones públicas. En ese tiempo, tuvo lugar la intervencion militar de Morphy en Corrientes, ordenada por Cevallos para restaurar el imperio de los Jesuitas, y Labarden fué nombrado Juez comisionado *para la averiguacion de los delitos acaecidos* (1), é impedir mayores arbitrariedades á aquel gefe. Principiaría por levantar un sumario á los comuneros,—pero en 1767 hácese cargo Bucarelli de la Gobernacion, y en ejecucion de la célebre pragmática de Carlos III, firmada el 2 de Abril de ese año en su real residencia del Pardo, ordenando el extrañamiento de los

---

(1) Véase *Páginas Históricas*, por M. F. Mantilla, pág. 226 á 247, donde en *Ultimos días de los Jesuitas en Corrientes* describe este distinguido historiador la accion del Doctor Labarden en esa mision.

Jesuitas de todos sus dominios, elije á Labarden, sin duda por estar ya allí, para tan terminante comision. Encontró, felizmente, ayuda en el pueblo, que odiaba con razon á los regulares de la Compañía por sus expoliaciones. Recibió un pliego lacrado de instrucciones, que decía: *Debe abrirse el 21 de Julio y ejecutar su contenido el siguiente día*. Quería Bucarelli que en un mismo instante fuesen prendidos los jesuitas de Corrientes, Montevideo, Córdoba y Santa Fé, para que los de Misiones y de otros colegios más fuertes no opusiesen resistencia al verse sólos. No pudo, para cumplir tal órden, valerse de los soldados de Morphy, porque sirvieron á la dominacion jesuítica y no le inspiraron confianza. ¿Qué creis que hizo? A las 10 p. m. llamó á dos ciudadanos concordes con su mision y les encargó que citasen á su domicilio á los miembros del Cabildo y numerosos comuneros. Llegados al número de ochenta, hízolos entrar á la sala, y poniendo centinelas en la puerta, para que nadie entrase ni saliese, explicóles las instrucciones del pliego cerrado y, para ejecutarlas, demandó el consurso de los presentes, que representaban, por sus condiciones sociales, el pueblo de la localidad.

Al día siguiente, á las 5.30 a. m. el Doctor Labarden, despues de sitiar el Colejio, entró, al frente de esta fuerza ciudadana, por la puerta principal. No se escapó un sólo jesuita. Hizo el inventario de sus bienes, tomó posesion de éllos,—púsolos bajo segura custodia, y á los pocos días expulsó á aquéllos en número de diecisiete en una pequeña embarcacion, consignados á esta ciudad.

De regreso en esta ciudad, y aprobada su conducta, constituyóse, de acuerdo con otra real cédula de 27 de Marzo de 1769, la Junta de Temporalidades. Era su Presidente el mismo Vertiz, que acababa de hacerse cargo de la Gobernacion, y los demas miembros, personajes como los Señores Doc-

tor Don Miguel Gonzalez de Leiva, Don José de Gainza y Don Manuel de Basabilbaso. Era necesario formar inventario y tasaciones de los bienes urbanos y rurales dejados por los jesuitas en esta ciudad, y dado su excelente éxito como Interventor en Misiones, conduciéndose en la captura y desalojo de les jesuitas con alta prudencia y sabiduría, ¿de quién iba á acordarse la autoridad, para tal operacion, sino de él! Lo contrario, dada tambien su capacidad y conocimientos, habría sido un desaire inusitado. Vertiz, felizmente, haciendo justicia, como Bucarelli y Cevallos, nombróle para practicar esta operacion.

Recalcamos sobre el reconocimiento de todos los gobernantes de los méritos del Doctor Labarden, porque sólo con el Cabildo fué desgraciado. Dijimos que hubo frialdad entre ambos, y de parte de Labarden, esa frialdad que hiela el alma al ver toda la Corporacion en su contra. Nadie lo acusa, ni se pronuncia una palabra contra de él, pero vé rostros fríos, sonrisas falsas y sobre todo un silencio .... eterno, cruel hasta la injusticia. Nada valen el talento, la erudicion y la experiencia, si no es para sublevarse su superioridad ante el egoismo de esas almas frías, frías como lápidas sepulcrales. Sábese que el silencio, en ejecucion tan cobarde, es más dañino que el lábio entorpecido por el viejo cerebro; se hace el vacío al rededor de la víctima, para asfixiarla como á una rata en una campana pneumática. «No lo queremos: ¡qué se vaya!»,— eran las palabras qne ese aire glacial debía traerle al oido. De ahí su renuncia de Síndico Procurador en 1760, seguramente cortés, reprimiendo su justo dolor, porque, en la vida pública, no existe el derecho de quejarse, ni aun de la propia mala suerte, como si fuera un combate de fieras regulado por el éxito. Toda su venganza, á pesar de la proteccion del valeroso Cevallos, era no entre-

gar los papeles, — papeles que serían de él, cópias de dictámenes ó informes, — para demostrar su enojo, pero que despues, vencido en su impotencia, se los devolvería al Cabildo.

Comprendemos esta calma despues de una lucha intestina. Producida por un convencionalismo cerebral, á raíz de una reaccion pacífica, oculta, como la blanca ceniza, los viejos carbones del dolor todavía ardientes. Si Labarden hubiese nacido aquí, su nombramiento de Auditor de Guerra, asimilado al grado de Teniente General, habría sido, dado el carácter burocrático, un triunfo, porque todos los cabildantes se habrían sentido dominados por la superioridad. Si la política tiende un puente de plata al enemigo que huye, la adulacion fabrica uno de oro cuando vence,—pero el Cabildo creía que Labarden, por su nacionalidad, era obra del favoritismo caprichoso de Cevallos y que era mejor esperar. Una tregua sucedió á las paces lógicas,—no esperando sus enemigos sino la caida de Cevallos para enseñar los dientes.

No iban errados los cabildantes, dado lo poco que duraban aquí los mandatarios españoles. En cuanto subió Bucarelli á la gobernacion, principió la persecucion. ¿Pretexto? El lector sabe que el odio, cuando quiere desahogarse, fácilmente lo halla, y á falta de uno real, creó uno bastante singular. Era entonces Síndico Procurador Don Manuel Basabilbaso, y el Cabildo, por su intermedio, se dirijió al Gobernador Bucarelli acusándolo de usurpador de títulos é infractor de las ordenanzas. Decía nada menos que el título de Teniente General había caducado con Moreiras, no siendo, en consecuencia, sino simple Auditor de Guerra, y que al Ayuntamiento y funciones de Iglesia llevaba las más veces vestido de color y baston en vez de vara de la real justicia. Acusábasele tambien de sentarse en el Ayuntamiento en la silla destinada al

Exmo. Señor Gobernador y no en los escaños destinados á los regidores, *queriendo así hacerse igual á V. S.*,—decía la nota,—*sin otro título que el de su voluntad y el empeño de defraudar á V. S. en los privilegios que le están concedidos* (1). ¡Qué quereis!; Labarden, además de extranjero, era liberal, y así como dictaminó en contra del traje de golillas, asistió más de una vez al Ayuntamiento y á las funciones de Iglesia con baston y vestido de color. Cometió, es cierto, tal crímen, pero no al sentarse en el Cabildo en silla, porque, en ausencia del Capitan General, ejercía con ello un derecho, representándolo como su Lugarteniente.

Bucarelli, felizmente, se expidió contestando con fecha 23 de Diciembre de 1768 que se enteraría de esta representacion,—como se llamaba entonces á las comunicaciones á la superioridad, — y prevenía entretanto al Cabildo que *no tomase determinacion alguna sobre las pretensiones del Procurador General* (2). Tenía ocupado á su Lugarteniente en ese instante en la cuestion de la expulsion de los Jesuitas, que embargaba el tiempo y el ánimo de ambos, y procedía sábiamente en no atender quejas ridículas contra él, que lo desviarían de sus tareas, tanto más que no tenía otro personaje superior con que sustituirlo; pero debemos advertir que el Cabildo, precisamente porque Cevallos no le hacía caso, arrojando quizá la queja al canasto, se dirijió á S. M. directamente á principios de 1765, y el 10 de Octubre de este año recibióse una real cédula en esta Corporacion, declarando que nuestro Licenciado *no debe pretender ni permitírsele ejercer otras funciones que las que le*

[1] Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX,—por el Doctor Don Juan María Gutierrez,—pág. 43.

[2] Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX,—por el Doctor Juan María Gutierrez,—pág. 45.

concede el título que se le dió en Aranjuez el 30 de Abril de 1761 de sólo Auditor de gente de Guerra (1). Cevallos, al saber esta conducta del Cabildo y la respuesta de la Corte, se encojería de hombros, pero Labarden, por sentarse lo menos posible entre sus enemigos, asistía á las sesiones sólo en las elecciones, en representacion del Capitan General ó cuando éste le ordenaría.

Labarden era liberal, como habreis visto,—liberal por sus ideas, por su modo de ser y sobre todo despreciaba todas las fruslerías de la etiqueta; era, ante todo, extranjero, y estas dos condiciones lo separaron moralmente de los cabildantes, atrayéndole cada día, por sus liberalidades y franquezas, mayores antipatías, á punto de que la corporacion se veía muy feliz con su ausencia; pero quitarle el título de Teniente General, era despojarlo de su categoría militar, de algo inherente á su cargo y necesario para su posicion respectiva y debido respeto en el ejército,—lo que era imposible. ¿Qué tratamiento iban á darle gefes, oficiales y tropa? Y requeríase que fuese superior para la obediencia reinante, existiendo entonces el fuero militar; de lo contrario, era imposible la disciplina. Tratábase, por otra parte, de una degradacion: ¡le habían despojado de su grado por real cédula!,—y aunque no era infamante y solo ante el Cabildo, trascendería enseguida con la celeridad del rayo, por la novedad y la escasez de poblacion, por todas las clases sociales, y con todo de ser enemigo de fórmulas, comprendería, por su propia seriedad, que su autoridad había sido quebrada.

Su autoridad era imposible, y, en milicia, es todo. ¡La suerte que Bucarelli, así como Vertiz, comprendiendo que tal título era inherente á su puesto é indispensable á su ejercicio, serían los

[1] Acta del Cabildo de 10 de Octubre de 1765.

primeros en dárselo para sostener su autoridad é impedir la indisciplina! Comprenderían tambien que era un acto de justicia, tanto más que á éllos nada S. M. les había notificado, y como los actos más trascendentales, entrañan, dada la debilidad humana, algo de personal, se explica el sostenimiento que hicieron estos dos gobernadores de su lugarteniente, teniéndolo á su lado, apreciando de cerca sus conocimientos y virtudes, viéndolo trabajar dia y noche y ligados á él por la comunidad de las tareas, que crean la amistad y el mejor compañerismo. Para éllos era siempre su lugarteniente, y los inferiores al Dr. Labarden seguíanlo reconociendo tal por deber y no por cortesía. Era imposible en el Fuerte, donde rejía la disciplina militar, comprenderlo de otra manera, á parte de que los gobernadores no lo habrían permitido.

El Dr. Labarden, para no ser desconocido en su grado, huía del Cabildo, y por las elecciones anuales, que alteraban su composicion, no dejaría de tener en algunos periodos mayores simpatías; pero la causa,—como dijimos,—estaba en su nacionalidad,—y agregada á su liberalismo, poco apoyo debía tener en la institucion de aquel tiempo, sea cual fueren las personas. No perdía ocasion de perseguirlo. En una visita de presos, porque presentóse acompañando al Teniente del Rey, Don Diego de Salas, los Alcaldes y Alcalde Provincial, protestaron ante el Escribano Don Francisco Escargot (1). Conócese que esta Corporacion no cejó en sus miras, é irritada por que al Dr. Labarden fuera de allí, en el Fuerte y en todas partes se le reconocía y saludaba como Teniente General, reiteró sin duda sus quejas ante la Corte, porque en 1776 recibió otra cédula real declarando que él *no debía excederse de las facultades concedidas á su empleo*

(1) Acta del Cabildo de 23 de Diciembre de 1775.

de Auditor de Guerra (1). Cevallos, inspirado en la amistad, habría tambien, por cuerda separada, quejádose á la Corte del Cabildo, defendiendo la gerarquía militar de su lugarteniente, y como la justicia entonces, á manera del hilo, cortábase por lo más delgado, habría vencido, originando cédulas contrarias, —pero Bucarelli y Vertiz limitáronse á sostenerlo. En esta situacion Labarden, solo ante el Cabildo, traslúcese que hubo una verdadera guerra, porque mientras aquél se empeñaría en degradarle, él defendía como podía sus prerrogativas Primeramente lo persiguiría ante los gobernadores, despues ante el ejército y el público, tratando, con las ordenanzas á la mano, de ponerlo en ridículo, y el mundo militar, siempre pronto, ante el civil, á sostener su supremacia, hallaría razon á nuestro Auditor, atribuyendo el caso á ignorancia de aquella Corporacion,—pero estas luchas desiguales no se sostienen, aunque se posea razon, sino á costa de la tranquilidad y la salud.

El Dr. Labarden, á nuestro juicio, dirijióse tambien á la Corte, quejándose del Cabildo y defendiendo sus fueros. Era, como militar, su deber. Alegaría, en primer lugar, su derecho al grado, fundándose en el tenor de su mismo nombramiento firmado en Aranjuez el 30 de Abril de 1761 (2), — cuán inherente era el grado á su empleo militar,—necesario para su ejercicio y la conservacion de la disciplina, y demás razones que sobrarían á la penetracion de nuestro Auditor. Deberían ser muchas y bien fundadas,—la defensa bien dirijida, — porque en la sesion de 6 de Diciembre de 1777 recibióse otra Real Cédula, que el Excmo. Señor Virey pasó al Cabildo, en la que Su Majestad de-

(1) Acta del Cabildo de 19 de Diciembre de 1776.

[2] Actas del Cabildo, libro 33, pág. 102 vlta.

clara que el *difunto* Doctor Don Juan Manuel Labarden, *no tan solamente fué Auditor de Guerra, sino tambien Teniente del Gobernador, cuyo real rescripto tomó, besó y juró sobre su cabeza el Señor Regidor Don Juan Angel Lascano, obedeciéndole en nombre de este Ilustre Cabildo como d carta de nuestro Rey y Señor y para su cumplimiento acordaron se copie en el libro que corresponde y se devuelva original á la parte, con la anotacion correspondiente* (1). ¡Al asno muerto, cebada al rabo! Esta es la justicia española, que, por tradicion hereditaria, continúa lo mismo entre nosotros, sino peor, á pesar del siglo y medio transcurrido. No es falta de memoria, sino de absoluta vergüenza, negar en *dos* cédulas el grado de Teniente General que se dió formalmente en la del nombramiento, para enseguida, sea cuales fueren las razones opuestas por el Cabildo, contradecirse, volverse á negar á si mismo, y todo solemnemente. ¡Y estas eran cédulas reales!

En 28 de Junio de 1776, estando el Cabildo en sesion, avisó el portero que el Escribano de Gobierno estaba á la puerta y pedía licencia para entrar, y concedídosela, hizo saber una providencia del Señor Gobernador y Capitan General ordenando se le den al Dr. Don Juan Manuel de Labarden los testimonios de una providencia de 20 de Noviembre de 1775 (2). Ignoramos el asunto de la referencia, pero el hecho de solicitar testimonio de manera tan oficial y por intermedio de la superioridad, demuestra bien claramente que no franqueaba sus umbrales hacía tiempo. Esto era seis meses ó un año antes de fallecer. ¿Desde cuándo no ponía allí los piés? Imposible determinarlo, pero calculamos dos ó tres años; espacio corto para la feli-

[1] Acta del Cabildo de 6 de Diciembre de 1777.

[2] Acta del Cabildo de 28 de Junio de 1775.

cidad, pero para sufrir, siempre es demasiado. Agréguese que la persecucion veníale desde diez años antes,—que sería quizá anciano y que las postrimerías de este pleito ante la Corte, en que tuvo que defender personalmente las prerrogativas, le hallaría cansado, rendido por los sufrimientos.

En la monotonía de aquella sociedad, esta cuestion sería una entretencion, y aunque fuera del Cabildo, el mundo oficial, los corrillos y las personas sérias sostendrían con su opinion al doctor Labarden, estamos seguros que él no se divertía.

A él, legalmente, correspondíale el grado de teniente general; tal lo declaraba el texto de la cédula que comunicó su nombramiento de Auditor de Guerra, firmado el 30 de Abril de 1761 en Aranjuez,—y las dos resoluciones de la Corte, despojándolo de su grado militar, debieron sumirlo en el más profundo dolor. No era una cuestion nímia; hoy mismo tendría idéntica importancia, y si los actuales Auditores de Guerra y Marina, por ejemplo, que, por las leyes vigentes gozan del grado de General para ejercitar su necesaria autoridad, se viesen despojados de él por el Poder Ejecutivo, aquéllos se verían en el caso de renunciar ú ocurrir al Congreso en defensa de sus fueros. La querella con su superior ó la miseria: es el prospecto que se les ofrecería. El Doctor Labarden tenía á su favor que lo desconocía una autoridad puramente civil, y que la militar, de que dependía, lo amparaba,—pero el Cabildo, como emanacion propia de la comuna, tenía más influencia social, y,—como pasa siempre, — se teme más el juicio de la gente, emitido en las conversaciones y corrillos, que el rigorismo legal ó administrativo. ¡ Veíase desconocido, rebajado por la misma Corte que lo nombró! ¡Estaba élla tan léjos para entablar querella! ¡ No tendría allí quien lo sostuviese y hablase por él!,—y á pesar de su derecho, viviría en la duda, en la

seguridad de su derrota! Sufrir injustamente, verse perseguido por el más alto poder contra el texto expreso de la ley, ¡es horrible! Al hombre intelectual, el trance le es más amargo aun, por que, apartado de todos los negocios y placeres materiales de la vida, vé socavada su posicion y derrumbado su pedestal.

El Doctor Labarden cayó en desgracia,—como se decía antiguamente. ¡Faltóle Cevallos, Cevallos que, mientras lo hubiese impuesto, con su impetuosidad, al Cabildo, se habría dirijido inmediatamente á la Corte en defensa de su fuero militar, y élla, que tan fácilmente cambiaba de opinion, ratificaría su grado de Teniente General! Bucarelli y Vertiz concretáronse á hacerlo respetar,—pero, agraviado, desconocido en su categoría militar, necesitaba ser impuesto al Cabildo y á cuántos quisiesen negarlo, y á esta cruzada, que sublevaría pasiones, no se animaban aquéllos, que solo lo apreciaban por sus talentos y aptitudes. ¡Ah, amistad, noble fuente de la vida, cuán necesaria eres muchas veces para inspirar y producir la justicia! Hoy esta injusticia, aunque le hubiese traspasado el corazon, se calmaria ante el espectáculo fulgurante de la civilizacion, como el sol seca en las flores las lágrimas de la noche, pero en aquellos tiempos un dolor buscaría la soledad, el desierto. ¡Un rincon oscuro! ¿Y la familia? Su hijo Manuel, el poeta, tendría veintiun años,—un hombre,—y no debería darle espectáculo tan poco edificante. ¡Partió!... Como el pájaro herido, que busca el ramaje de algun bosque, traspasaría la vieja Buenos Aires, la blanca ciudad que créole tantas amarguras, y se escondería en alguna quinta ó chacra de los alrededores: los Quilmes, San Isidro Labrador, Punta Chica .. Allí moriría, porque en ninguna Parroquia del Municipio, ni en el Cementerio he hallado su partida de defuncion; pero

que murió en 1776 ó 1777, no hay duda: ahí está la declaracion oficial de la cédula de 21 de Junio de 1777, el supremo documento de aquellos tiempos,—la segunda nota de su partida de matrimonio,—y sobre todo el silencio que precede en las actas del Cabildo desde aquella fecha, ese silencio despues de las fatigas de la vida, pesado, triste, eterno y que anuncia bien claramente, en sus écos fúnebres, que se ha muerto; ¡voces de ultratumba! Tal se moría, por la complexion de la vida, en aquellos tiempos, — y si se me preguntase: ¿de qué murió el Dr, Labarden?», — contestaría: «de pena». Hoy no mata el dolor, sino el placer.

Aunque haya expirado en la cueva de algun bosque, á manera de una liebre perseguida, murió defendiendo su derecho. Es muy difícil, por no decir imposible, discutir contra una autoridad superior, nada menos que real, arbitraria como la España, que no reconoce derechos ni justicia, sino servilismo y temor, y muy preclaro dobió ser su talento para triunfar. Que la justicia llególe despues de muerto, no aménguase su victoria. Tal pasa con los mártires, con los que han nacido para sufrir, sedientos de justicia: ¡todo les llega tarde!; ¡pero saben morir!: ¡cierran los ojos, serenos, tranquilos, para enseñar á los demás la paciencia y resignacion! «¡Así debió suceder»,—exclamaría Cevallos, — como si estuviese escrito, — porque en ese instante, ¡qué casualidad!, volvía á hacerse cargo del poder y en el carácter de Virey, sin que le fuera dable más que pasar la cédula del 21 de Junio de 1777 al Cabildo para su conocimiento, en que se reconocía el grado militar de su talentoso é ilustre amigo.

El Dr. Labarden dejó una larga prole: Manuel José (1), Gregoria Josefa (2), María Celedonia (3),

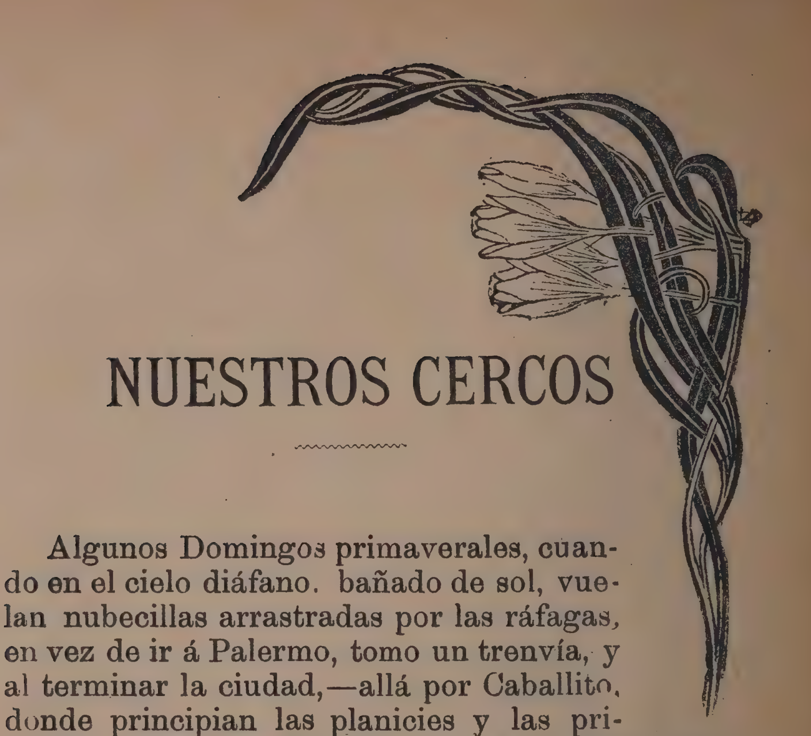
[1] Nació el 9 de Junio de 1754, bautizado en Catedral al Norte.
[2] " " 9 de Mayo de 1756 " " " "
[3] " " 2 de Marzo de 1759 " " " "

María Justa (1) y Juan Pedro Celestino (2). Hubo un Rosendo Labarden, sin de, que falleció en 1860, siendo Editor Responsable, — como se decia entonces, — del viejo *El Nacional*, y el Dr. Avellaneda, que lo redactaba, lo despidió con las frases más expresivas y elogiosas. Era tambien, al mismo tiempo, Presidente de la Sociedad Tipográfica Bonaerense. No descendía de los otros Labarden. ¡ Ahora encuentro los tres Labarden que me dijo el Señor Trelles ! — es decir, de los que figuraron. Juzgo de una manera trascendental la manera de morir del Doctor Labarden, porque la revolucion estallada en 1810 en la Plaza Mayor tiene su oríjen en los hombres civiles del coloniaje que la prepararon desde la prensa, la tribuna, el púlpito y las conspiraciones, y múchos, como el Doctor Labarden, oponiendo su liberalismo á las ideas y prácticas monárquicas, caían en la vanguardia oscura, cuando aun ni se vislumbraban las flechas del sol de Mayo en el horizonte, y justo es reconocerlo cual uno de los precursores y de las primeras víctimas. Si no vertieron sangre, derramaron lágrimas, y en los sacrificios de la vida, que preparan la redencion de un pueblo, aquéllas matan tambien, convirtiéndose igualmente en la sangre roja con que se inscriben los nombres de los mártires en los fastos de la historia (3).

[1] Nació el 17 de Julio de 1766, bautizada en Catedral al Norte.

[2] " " 19 de Marzo de 1773 " " " "

[3] En la página 280, dijimos que el Dr. D. Juan Manuel falleció entre 1777 y 1777. La primera fecha es un error de imprenta; debe leerse 1776, y despues de escrito aquéllo, leo que el Doctor Juan Manuel de Labarden falleció el 7 de Agosto de 1777, fecha declarada por su viuda en el expediente solicitando pension en 1781. Se le concedieron $ 750 anuales en 1786, imputándose al Montepío de Ministros. Véase el expediente respectivo en el Archivo Nacional. En esta oficina hay abundantes datos sobre el Dr. Juan Manuel de Labarden.



NUESTROS CERCOS

Algunos Domingos primaverales, cuando en el cielo diáfano. bañado de sol, vuelan nubecillas arrastradas por las ráfagas, en vez de ir á Palermo, tomo un trenvía, y al terminar la ciudad,—allá por Caballito, donde principian las planicies y las primeras casitas de Flores, — me bajo sériamente y con aire de mucho quehacer. No sé si tomar al Norte ó al Sur. ¿Qué busco? ¡Nuestros antiguos cercos!

Desde niño, por la pureza del aire, el silencio y el canto de los pájaros, los preferí á los paseos públicos. Hasta hace treinta años cruzaba campo al Noroeste, desde Callao y Tucuman; al llegar á Paraguay, había un gigantezco ombú, quizá en lo que hoy es calle, invitando al pasante á sentarse en su tronco y gozar de la apacible sombra, y recuerdo que sentía envidia por Don José C. Borbon al contarme que conoció el costado Este de Florida desde Viamonte, cercado de tunas hasta el Retiro. Hoy hay que andar una, dos leguas, ¡y, al fin, no se hallan! ¿Han desaparecido?, ¡porque un día nos vamos á encontrar, los porteños, con que Buenos Aires tampoco existe!

Reconocí únos, legítimos, de tunas, varias cua-

dras al Sur de Rivadavia. Son las viejas quintas de Flores. En esas soledades, – pero que son hoy el centro,—el Doctor Juanzaras, primer Rector de San Cárlos, descansaba, con un libro bajo del brazo, de su cátedra, entregado á su propia sicología y se extasiaba con la luz, el éter sútil, los pájaros y las flores. Paséase con el espíritu y no con los piés, y en esos sitios apartados, resplandecientes, donde el aire puro, impregnado de aromas, vuela, me expando, me recreo, á pesar de pensar en cosas sérias, graves. Aunque vaya rompiendo terrones en plena calle, por falta de veredas, — saltando huellas profundas y con los piés empolvados, ¡siento lástima por los de Palermo, con todo de entreverlos en victoria, echados para atrás, riéndose, porque su diversion es inconciente! El hombre no hallará la alegría ó la tristeza, que hacen gozar ó sufrir, sino en sí mismo,—recojiéndose, despertando el yo, hablando con él. Divinos, lector, sólo por el pensamiento, nada hay que lo supere, y cuando, por mi fatalidad psíquica, me elevo, divinizándome, ¡estos son los sitios predilectos, donde el alma, léjos del ruido y movimiento de la vida materíal, se ensancha, recójese y medita!

¡Los argentinos patriotas, y sobre todo los porteños, tenemos tanto que pensar! Pensamos mientras estamos despiertos, sin esfuerzo, sin gasto, como vemos al abrir los ojos. ¡Pensar es vivir! Se vive pensando, y se goza confundiéndose con la naturaleza,—la amiga fiel y sincera,—que en las horas melancólicas nos abre su eterno seno de yerba siempre fresca. Nos sentamos al borde de una zanja, cortamos las flores, las olemos, las botamos,— escuchamos el cántico de los pájaros,—pero con misticismo, recojimiento y ternura,—sentimos el olor á trébol, á retama, á violetas, — admiramos las chispas del éter, — henchemos los pulmones,—calmamos los nervios,—purificamos la sangre y reco-

bramos mayores bríos para emprender las tareas semanales. Son los paseos de nuestros antepasados. «Aquella vieja casa blanqueada, maciza, es la quinta de la familia de. . .; la de allá, con torreones, la de. . . . ¡En mi niñez crucé estos sitios al galope como en campo raso!» — exclamo al fin, con cierto desconsuelo.

Aun allí veo que desaparecemos, que desaparecimos. Quinteros, horticultores, horneros, industriales, obreros, tódos son extranjeros. «¿Dónde están los compatriotas?» Una urraca hiende el aire como una flecha y vá gimiendo. ¿Herida? Es su canto favorito, en sus volidos cortos. ¡Qué ave tan seductora! Será su tamaño, su larga cola, pero no puedo verla en una rama, con su copete erizado, murmurando, haciéndose la enojada, sin querer acercármele, hablarla, porque, tan inteligente, tan social, paréceme que contestará cual loro. Cuando tiene la ocurrencia de visitar la ciudad, y atraviesa el espacio, ¡adiós!,—la digo desde de mi corazon, aunque vaya apurado ó con otra persona,—y si la descubro por la calle de la Florida, atraida sin duda por la a boleda del Retiro, la sigo respetuosamente con la mirada, porque sólo su amor patrio la hace abandonar estos parajes iluminados y perfumados. «¡Ah, aunque las inmigraciones arrasen al último porteño, mientras haya un árbol en Buenos Aires, tú no abandonarás su cielo azul, y doliente y quejumbrosa pasarás como una flecha, llorando la raza que tanto amaste!» Cansado, reposo en el tronco de un viejo ombú talado, y un hornero, de repente, rompe, con sus trinos estridentes, el silencio cristalino. ¿He turbado su reposo? No, — es demasiado civilizado, — y debió anunciar mi llegada, porque enseguida acuden volando ótros y ótros y estallan en un concierto armonioso, vibrante, que aturde, excita. ¡Qué ave tan nerviosa! En la rama, en el suelo, no está quieto un segundo; deshácese en

movimientos, y los ojos fulguran. De un color de terracota, raro, precioso, parece salido recien de manos del Artífice. Terminaron una ária, llena de trinos, digna de Beethoven en el piano, ampulosa, ondulante, y apenas apagadas sus últimas notas en el aire, un venteveo lanza un grito estridente y agudo. Lo busco con la mirada, y lo descubro, en la copa de un eucaliptus lejano, por su pecho de huevo de oro y cabeza aterciopelada. Grita: «¡Te veo!», pero de una manera tan profunda y tierna, que oprime el corazon. No tiene más que ese canto y el doble: «¡Ven, te veo, — ven, te veo!», — en duo, trino ó cuarteto, pero aquél es siempre solitario. Penetrante, cuando hiende el espacio, todos los demas pájaros callan para escucharlo, y todo al rededor, víoletas, enredaderas, arboledas, florestas, se estremece, envolviéndose en un arrobamiento encantador. El corazon despierta, porque el lejano grito es brioso, valiente, — pero no guerrero, aunque incita más á la accion que al pensamiento. No conozco, en la postracion, nada que entone más, y si yaceis sentado con la cabeza entre las manos, os poneis inmediatamente de pié como si el destino os dijera: ¡levántate!

Miro á la calle, y diviso cerca, entre los terrenos y las huellas, un buey, que sin duda quiere tambien descansar verdaderamente del yugo semanal. Parado, me mira con sus colosales cuernos y quijadas abatidas por el trabajo. No sabe cantar, pero si hablase, conoceríamos entonces cuan dura es la vida y lo que es ganarse el pobre sustento con el sudor. Agradezco íntimamente tambien su visita, y me digo: «¿Si sabrán los mocitos de Buenos Aires cuánto despierta un hombre en la soledad? Ellos dirán que incomodarían á los pájaros, á los animales, á la naturaleza, interrumpiendo su silencio, y, — ya lo veis, — esta algazara no puede

ser sino bienvenida, amor. Los pobres me dan cuánto tienen: su canto, hasta su corazon,—y nacidos para deleitar la floresta y la vida, es una herejía matarlos. ¡Un bosque sin pájraos es una vida sin amor, un sepulcro! ¿Por qué,—lector,—en vez del polvoriento y húmedo Palermo, no vienes aqui siquiera de vez en cuando? Ya lo veis: no estareis solo; sino bien acompañado, como os place. Os creis felices, porque sois inconcientes. y solo los desgraciados no pueden vivir sino conversando, riendo, distrayéndose, aturdiéndose para engañarse. Venid, nuevos porteños; no importe que la tradicion no os llame á estos agrestes parajes;—no es el campo monótono, solo, triste: — son los cercos, ó,—lo que la gente culta llama,—los alrededores. ¿Quereis nada más bello? Es el sitio de las zanjas, de las calles desiertas, que llevan á los pueblos veraniegos, — las auras traen perfumes campestres, — los pájaros cantan, y las rosas silvestres, el hinojo, las violetas y las margaritas asoman por do quier. A lo léjos se divisan los suntuosos castillos, y al éco de las músicas de la ciudad, que trae al oido dístintamente el viento, se piensa, se reconcilia el espíritu en su propio divorcio, porque,—convenceos.—no se es feliz sino consigo mismo,—y no poder vivir solo un instante, no es sino degeneracion ó desgracia.»

Aunque fumo poco, enciendo un cigarrillo. Es el gran cigarrillo, por la conciencia con que se goza, mientras en el centro se termina un paquete, y tan inconcientemente, que el deseo permanece igualmente ardiente. Como si fuese otro yo, se aviva tambien y suelta al aire espirales de humo. Oigo, entre las enramadas, una música; escucho: es un acordeon,—instrumento vulgar,— pero tan excelente, tan bien tocado,—que me paro, me empino sobre un promontorio y distingo que proviene de un rancho, en el interior de una quinta, bajo cuyo corre-

dores estan varias personas: quinteros italianos, - que amenizan, despues de las rudas faenas de la semana, el domingo. Es una pieza armoniosa, sentimental,— sin duda alguna cancion nacional, que recuerda al ausente, al desterrado la patria lejana, porque mi corazon se despierta y sueña en el porvenir. ¡Oh, la patria! ¡No se olvida, ni se vive solo, porque se la lleva en el alma y es la sombra del proscripto!

¡Adelante! Es temprano aun. ¿Y mis pájaros? De vez en cuando lanzan su cántico peculiar. ¿Habeis notado que ya no hay chingolos? Han sido sustituidos por los gorriones: otros napolitanos glotones. ¿Recuerdas,—lector,—cuán nervio sos eran y lo que les asentaba su copete, duro como elástico de general! «¡Allí oigo chillar una ratona!» ¡Cuánto tiempo hacía que no veía una! Creía que se habían ido tambien, léjos.... La busco en el ramaje, y la veo enojada como siempre y con los ojos relumbrantes. Ya no hay tampoco huevos de de gallo, ni camambúes,—ni moras,—ni muchachos tampoco que los despojen de sus frutos y los hagan retoñar. «¡Unos saucos!» Años hacía que no los veía; serán de alguna antigua familia criolla, y, en efecto, diviso al pasar, entre los árboles, la casita blanqueada, limpia, y á unas viejas, bajo las enredaderas, tomando mate. «¡Adios, compatriotas!»,—únicas quiza en estos sitios,—valientes que resisten á esta invasion de nuevos bárbaros.

El oleaje de la muerte ha arrastrado hasta los amigos, y al vernos sólos, creemos ser uno de los tantos rezagados que lloran desesperados sobre las ruinas de su raza. «¡Juan María Gutierrez!»,—grito en el espacio. Los legítimos porteños saben lo que este nombre significa: patria, tradicion, libertad, entusiasmo, poesía. Busco violetas entre las zanjas, y las arranco vorazmente como si fueran perlas. Llego á un vasto edificio abandonado, que sería alguna chacra en el coloniaje. Tiene un ele-

vado mirador, que es mi descanso en esos paseos; subo, y de allí veo el bañado de Flores, Moron, San Martin, Belgrano y Buenos Aires sepultada en un bajo y exhalando humo de incendio. «¿Qué veo? A la ciencia divina de la política convertida en industria. No hay ni principios, ni ideas; ni libertades, ni derechos, ni seguridad, ni justicia. De aquí diviso la casa de gobierno, que se ha dado en llamar *Rosada*. Fábrica de leyes, hombres y hechos opresores, debería llamarse más bien *Negra*. ¡La Administracion, la Administracion! No existe; queda reducida á esta palabra pomposa y hueca, y si fuera día de trabajo, diría que el humo que surje en lontananza es de los cigarrillos de las oficinas públicas. Miremos á otra parte; no quiero entristecerme.»

El Plata brillaba. «Puente que nos une á la Europa, él será quien nos salve. Descubierta la América para ser poblada por las razas del viejo mundo, estaremos rodeados siempre de extranjeros, y con fé profunda en nuestro destino, exclamé con Moreno: ¡Que la patria se salve, aunque perezcamos nosotros! Vendrán otras razas superióres,—fundarán el imperio del derecho y nada tendremos que envidiar á los Estados Unidos,» Despues de haber pronunciado en alta voz estas palabras, bajé triste aun, porque me dije: estamos destinados á desaparecer,—y la raza es la nacionalidad, la patria! Estamos condenados á vivir entre estranjeros, mientras todos los demás viven entre sus compatriotas,—para que nuestro territorio tan vasto en el mapa y tan fecundo sea el emporio de la riqueza universal. ¡Un pueblo que se sacrifica por su suelo,—por el suelo, que no es sino un elemento material de la patria! ¡Somos el único en estas condiciones!» Lamentaba que el sol declinara, porque tenía brios para principiar de nuevo la excursion, y mientras me encaminaba á

tomar el trenvía para regresar, sorbía á bocanadas la brisa impregnada de trébol y buscaba en el espacio á mis amados cantores. ¡Ni urracas, ni horneros! Algunos venteveos cruzaban el espacio como balas,—pero silenciosos, mudos,—seguramente en busca de sus nidos. Nada más,—mientras la tarde avanzaba, y la floresta, envolviéndose en el silencio, se preparaba á soñar con las flores y la aurora.

¡Un día de campo!—dice la gente. ¿Por qué? Porque nada hay tan apetecible, en la vida vertiginosa de la ciudad, como la vuelta á la naturaleza. El hombre regresa fortalecido por el ejercicio, el oxígeno y con horizontes más vastos,—pero los cercos patrios tienen el aliciente de los aromas, de las flores, de los pájaros y de las tradiciones que inspiran y despojan el espíritu de sombras, abriéndole horizontes infinitos. Contra el presente, siempre triste, sublime porvenir aun á costa de lo más caro, y contra la realidad, dura, terrible, la fantasía encantadora. Mejor es vivir engañado, que morir con la verdad,—generalmente amarga, porque la tumba es otro mundo. Al pez, el agua,—al ave, el espacio,—al hombre, el pensamiento, el ensueño y la esperanza. Pensemos,—pero con las álas de la fantasia cuando atravesemos el porvenir. Solo élla salvará el presente y alivianará la realidad.

Al llegar al hogar, la familia en la mesa, la luz, y el calor, me entonan. Todos hallan olorosísimas las violetas, y contesto:

—¡Son de los cercos!

Es cierto,—hasta ahora ha habido violetas más fragantes.

Entran dos convidados.

—¿De dónde vienen?

—¡De Palermo! — dicen, cansados, desganados.

—¡Yo vengo de los cercos!,—por eso estoy brioso, con apetito.

Id allá, de vez en cuando, si quereis reconciliaros con el pasado y contigo mismo. Regresareis contentos y hasta os creereis felices.

ANGUSTIAS

(CUADRO DE SCHENCK)

Una oveja rezagada bala en la soledad. No ha podido seguir á la majada, porque su corderillo recien nacido tembló y cayó aterido de frío. La tarde avanza como una tormenta y la nieve cae cae copiosa blanqueando el campo hasta el confin. El huracan se desencadena,—el relámpago fulgura, — las ráfagas pasan y el cierzo hiere á rachas. La pobre oveja levanta la cabeza buscando instintivamente en el cielo la esperanza, y los nubarrones negros, sombríos, ruedan . . . . empujándose, preñados de rayos y aumentando el espanto, el terror. ¡Ah!... no son la noche, la nieve, ni la borrasca que la hacen balar, manteniéndola con la boca abierta, angustiosa, sino los cuervos que la han cercado! ¡Son un tropel turbulento, aumentado por numerosas bandadas que llegan sucesivamenta del horizonte tenebroso!

La nieve sigue cayendo como agua, á raudales. Apenas vése la superficie del cuerpo del recental, y la oveja, con las patas enterradas en la nieve, lo cruza con las dos manos, como abrazándolo,—oponiendo por toda defensa, en el profundo desamparo, el baluarte de su inmenso y desinteresado amor. El pobre animal bala .... ¡Es el desierto!, — pero es

su único recurso, su consuelo, como queja, auxilio, esperauza.—¡Angustias!,—dice el inspirado Schenck. ¡Lamentos, llantos, lágrimas del corazon materno que ve al fruto de sus entrañas que amamantaba con su sangre é irradiaba la vida con sus caricias, próximo á expirar y ser devorado por las aves carniccras! ¡Qué inmensa tristeza! ¡Qué traicion le tendió el destino! Piensa en la majada, en la última vez que la vió doblar el viejo bosque y en el pastor, tan noble, ¡qué si le hubiese visto!...; pero el pobre iba encapotado por el cierzo......... ¡Maldita nieve, maldito huracan! La nieve tambien blanquea á la oveja y los cuervos,—¡pero á los soldados, combatan por la presa ó por defenderse, nada les importa de las balas perdidas! Los cuervos se reunen en grupos,—se estrechan, ateridos igualmente de frío; algúnos, hambrientos, giran alrededor,—se anticipan á la muerte, como queriendo arrancarle ya los ojos á la víctima,—avanzan...;—pero ninguno se acerca por temor á la oveja y porque saben... ¡qué el hijo tiene que morir!... Y la tarde se oscurece,—la nochc se precipita,—la tormenta redobla sus furores,—la nieve y el frío aumentan y el huracan rompe sus álas...

El hijito murió,—pero la madre no lo abandonó hasta que las ráfagas salinas devoraron su piel y su carne, reduciéndolo á un esqueleto blanco, para impedir que fuese pasto de sus eternos enemigos... ¡Ah, madre, con tu amor engrandeces hasta las fieras!...

INDICE





PUBLICACIONES D

—

El Poder Electoral—*Conspiración Bookart* (escrito forense, — *Introducccion al Estudio del Derecho Internacional Marítimo.* — *Juan C. Lafinur* (crítica literaria). — *Juan B. Maziel* (crítica literaria). — *Restitucion In Integrum* (escrito forense), — etc., etc.

Condiciones de Mi Año Literario

Cada año aparecerá un tomo de esta publicacion. ¿Una Revista más? Una Revista más, agregada á las numerosas é interesantes que posée ya nuestro pais, con la diferencia de que será escrita por un sólo autor, no obstante de que cada tomo contendrá múchos de los diversos materiales consignados en la carátula que le servirá de programa y no solicita suscricion: él que la quiera, que la compre en las principales librerías, donde se hallará en venta. El autor, sin embargo, se honrará en hacérsela remitir á quien desée suscribirse á élla. Se reciben avisos para los próximos tomos. Por todo lo concerniente á élla, correspondencia, etc., etc., dirijirse á su autor: *Maipú 768.*



Aparecerá proximamente

LOS POETAS ARGENTINOS

TOMO I